

UCLA

UCLA Electronic Theses and Dissertations

Title

Negra memoria: la narrativa policial centroamericana en la era del neoliberalismo

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/2527n9hj>

Author

González Calderón, Julia

Publication Date

2023

Peer reviewed|Thesis/dissertation

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Los Angeles

Negra memoria: la narrativa policial centroamericana en la era del neoliberalismo

A dissertation submitted in partial satisfaction of the requirements for the degree of Doctor of
Philosophy in Hispanic Languages and Literatures

by

Julia González Calderón

2023

© Copyright by

Julia González Calderón

2023

ABSTRACT OF THE DISSERTATION

Negra memoria: la narrativa policial centroamericana en la era del neoliberalismo

by

Julia González Calderón

Doctor of Philosophy in Hispanic Languages and Literatures

University of California, Los Angeles, 2023

Professor Patricia Arroyo Calderón, Chair

Throughout the twentieth century, the Isthmus experienced leftist revolutionary movements, right-wing authoritarian regimes aligned with the interests of the United States government and the local economic elites, military coups, civil war, and brutal forms of political violence that reached the level of genocide in Guatemala according to the United Nations. In the decade of the 1990s, the different nations of the region transitioned to liberal democracy and peace. The new governments implemented a neoliberal agenda that has since ruled the economics of the area. Neoliberal policies, including the Central American Free Trade Agreement (CAFTA) of 2004, have drastically altered the region. This transformation is marked by the slimming of the role of the states, the transnationalization of capital, and the shift to tourism, manufacturing or maquilas, non-traditional crops for export, extraction of natural resources, and remittances as the new preferred sectors for capital accumulation. Increasing

social inequalities, the emergence of gang violence, and the phenomenon of undocumented migration towards the US are all consequences of the implementation of these policies.

“Negra memoria: la narrativa policial centroamericana en la era del neoliberalismo” (“Noir Memories: Central American Detective Fiction in the Times of Neoliberalism”), argues that the crime fiction genre has been used by Central American and U.S.-Central American authors since the 90s as a means of reacting to and contesting the structural changes carried out in the region by an economically neoliberal agenda. My dissertation is structured around three major neoliberal changes: privatization of life and security (chapter 1), violence and memory in postwar Central America (chapter 2), and migration and diaspora (chapter 3). My research utilizes a wide corpus of novels and short stories written in both English and Spanish and published from 1988, when the inaugural noir Central American novel *Castigo divino* by Nicaraguan Sergio Ramírez was published, until today. Ultimately, I claim that the turn to fiction experienced in Central American literatures in the past thirty years has not implied a rupture with political commitment, but rather a formal change, and that contemporary Central American authors who write noirs continue the Isthmian tradition of employing literature as a means of political expression.

The study of recent Central American fiction offers an exceptional insight on the impact these changes have had in the region. Specifically, detective fiction in Central America is a very popular genre and the most relevant novelists of the region have practiced it or even specialized in it. Most critics claim that crime fiction, although affected by and reflecting the sociopolitical climate of the isthmus, cannot be considered political literature. They argue that there is a deep fracture between the literature of the previous decades (1960s to late 1980s), a highly politically and socially committed literature that preferred non-fiction narratives and poetry rather than the

novel and short story genres, and the current trend, that opts for aesthetically complex works of fiction that do not adhere to explicit nor clear-cut political positions. Contrary to these readings I contend that, whereas the political message has changed, since current sociopolitical landscape in the Isthmus is radically different from that of thirty years ago, the Central American authors who practice the noir genre still are using literature as a vehicle for political expression. My dissertation is, therefore, making an original contribution to the ever-growing field of Central American literary studies.

The dissertation of Julia González Calderón is approved.

Maarten H. van Delden

Karina Alma

Jorge Marturano

Patricia Arroyo Calderón, Committee Chair

University of California, Los Angeles

2023

ÍNDICE

I. Introducción	1
1. Corpus	3
2. El policial centroamericano en el marco de la producción policial latinoamericana y los estudios culturales centroamericanos.....	7
3. Marco teórico: estudios de (post)modernidad, globalización y neoliberalismo	13
4. “Eso no puede ser paz”: la Centroamérica neoliberal de posguerra	16
5. Organización de la tesis	26
II. Autopsia de una paz criminal: la reacción a la agenda neoliberal de la posguerra	31
1. Introducción	31
2. Posguerra, neoliberalismo y resistencia en la narrativa de Rodrigo Rey Rosa ..	36
2.1. Introducción	36
2.2. <i>Que me maten si...</i> y el proyecto de la paz neoliberal en Guatemala ..	36
2.2.1. Una Guatemala escindida frente a la paz: la representación simbólica de las posturas ideológicas al final del conflicto armado	38
2.2.2. De la violencia de la guerra a la violencia de la paz: el crimen de la transición	47
2.2.3. Al otro lado del desencanto: el fracaso irremediable de la paz	50
2.3. <i>El país de Toó</i> y la esperanza de una nación maya	64
2.3.1. Iximulew global: Guatemala en la era del capitalismo transnacional	67
2.3.2. La crítica social en la novela: el yugo del Estado neocolonial	71
2.3.3. <i>Kastajinem</i> y <i>tijax</i> : el amanecer de una era de lucha decolonial	81
2.4. Conclusiones	93
3. Los crímenes del Orteguismo en <i>Ya nadie llora por mí</i> de Sergio Ramírez	95
3.1. Política y literatura en la narrativa policial de Sergio Ramírez: de <i>Castigo divino</i> a la saga Morales.....	96
3.2. <i>Ya nadie llora por mí</i> : defensa quijotesca del fracaso e instrumentalización feminista	107
3.2.1. ¿#MeTooManagua?: instrumentalización del feminismo	109
3.2.2. Contra Ortega: crítica del danielismo y propuesta de una ética quijotesca del fracaso	114
3.3. Conclusiones	132
4. Conclusiones	134

III. Interrogatorio al pasado: la memoria de los conflictos armados	137
1. Introducción	137
2. El fracaso del policial frente al laberinto de la representación en <i>El material humano</i> de Rodrigo Rey Rosa	144
2.1. Ovidio frente al laberinto de la representación	152
2.2. Teseo en el laberinto de la violencia	160
2.3. Conclusiones	179
3. El misterio de la memoria exiliada en <i>El sueño del retorno</i> de Horacio Castellanos Moya	181
3.1. La fantasía del retorno y la ilusión de un país en paz	183
3.2. “Ya bastaba de recuerdos”: las batallas de la memoria y el triunfo del olvido en El Salvador	185
3.3. Conclusiones	194
4. Bajo el polvo de la Revolución Sandinista y el sol del olvido en la Costa Rica neoliberal de <i>Verano rojo</i> de Daniel Quirós: el mito de la Suiza centroamericana	195
4.1. El atentado de La Penca: el mito de la Historia	199
4.2. Guanacaste neoliberal: el mito del progreso y el Estado de bienestar	204
4.3. Bajo el polvo de la Revolución y la violencia política: el mito de la neutralidad	213
4.4. Desengaño político y anhelo de olvido: el mito del Sandinismo	219
4.5. Conclusiones	225
5. Conclusiones	226
IV. Sujetos en tránsito: la experiencia diaspórica	229
1. Introducción	229
2. Niños en venta y el misterio de la identidad diaspórica: <i>The Long Night of the White Chickens</i> de Francisco Goldman	235
2.1. Niños en venta: transformación neoliberal, violencia política y la cuestión de las adopciones internacionales	238
2.2. “Born into a kind of labyrinth”: la subjetividad diaspórica y el enigma de la identidad propia	245
2.3. Conclusiones	264
3. El peso del pasado: trauma, violencia heteropatriarcal y diáspora en <i>Moronga</i> de Horacio Castellanos Moya	266
3.1. Trauma diaspórico: la globalización de la herida del pasado	269
3.2. Las masculinidades diaspóricas de la posguerra salvadoreña	280
3.3. La transnacionalización del crimen organizado en la era del capital global	290
3.4. Conclusiones	297

4. El capital humano: crimen, clase y migración en <i>Lluvia del norte</i> de Daniel Quirós	299
4.1. El detective: entre la memoria del Sandinismo y la esperanza de un mundo más justo	301
4.2. La escena del crimen: Guanacaste neoliberal y turistificado	308
4.3. La víctima: nica indocumentado de clase trabajadora	311
4.4. El asesino: las conexiones entre élites transnacionales y crimen organizado	316
4.5. La resolución del crimen: la necesidad de la resistencia comunitaria frente al neoliberalismo	320
4.6. Conclusiones	323
5. Conclusiones	325
V. Conclusiones	329
VI. Bibliografía	334

ACKNOWLEDGMENTS

Estoy inmensamente agradecida con mi directora de tesis, la profesora Patricia Arroyo Calderón. Gracias por su entregada mentoría, por su generosidad intelectual y humana, por su dedicación sin límites. Si este texto contiene algún acierto es, sobre todo, gracias a ella. Estoy también agradecida con los miembros de mi comité doctoral, los profesores Maarten van Delden, Karina Alma y Jorge Marturano. Gracias por todos sus comentarios, sus recomendaciones y su apoyo.

Estoy agradecida con el profesorado y el personal administrativo del Departamento de Español y Portugués de la UCLA. Gracias especialmente al profesor Javier Patiño por su generosa ayuda en las procelosas aguas del mercado laboral académico, así como a Erin Brown y Anne Le del UCLA Career Center. Muchas gracias a Gloria Tovar por toda su ayuda durante estos seis años. A la profesora Juliet Falce-Robinson, gracias por todo lo que me ha enseñado sobre docencia, así como a la profesora Laurel Westrup de Writing Programs y a Lisa Felipe de UCLA EPIC. Gracias también al profesor Jared McBride del programa del Cluster en Political Violence y, del Center for Advanced Genocide Research de la University of Southern California, gracias a Wolf Gruner, Crispin Brooks y a Martha Stroud. Gracias a los investigadores Stewart King, Jeffrey Browitt, Alexandra Ortiz Wallner y Mauricio Chaves.

Buena parte de mi trabajo ha sido facilitado enormemente por una serie de becas y ayudas económicas. Gracias a la Mellon Foundation, UCLA EPIC, UCLA Graduate Division, el UCLA Latin American Institute, y a Ben y Rue Pine. Gracias por su apoyo también a Lori Webster y su hijo Luke, Jenn Monti y su familia, Sue Amini y Joanne Jubelier (que la tierra te sea leve).

Gracias asimismo a las personas que generosamente cedieron su tiempo para hablar conmigo y facilitaron mi trabajo en Ciudad de Guatemala y San Salvador en verano de 2022: Marta Casaús, Nanci Chiriz Sinto y la Fundación MAG, Julio Solórzano y el Memorial para la Concordia, Miguel Huezo Mixco, la Casa de la Memoria de Ciudad de Guatemala, el Centro Monseñor Gerardi, el Centro Monseñor Romero, la Casa Museo Monseñor Romero y el Museo de la Palabra y la Imagen. Gracias también a Ricardo Corea.

Gracias a las compañeras senior del programa, ya doctoras, que ejercieron como mentoras y amigas y me guiaron con afecto estos seis años: María Teresa Monroe, Laura Muñoz, Kristal Bivona, Paula Thomas, Tania Varela y Juliana Espinal. Gracias también a mis compañeros de aventura en mi cohort: Lalo Díaz, Mary Hood y Angelica Waner, quien me ha acompañado en tantas y tantas horas de escritura.

Gracias a mis padres, que sembraron en mí la curiosidad intelectual y el amor por la lectura, y me apoyaron cuando quise perseguir mis sueños al otro lado del océano. Gracias a Álex por su apoyo entusiasta, su energía y su amor. Gracias a Reyes y Sara, que, desde el otro lado del mundo, no dejaron de escuchar y compartir dramas y de cuidarme. Y gracias también a los amigos que en los últimos seis años han hecho de Los Ángeles un hogar tan difícil de dejar: Cristina, Enrique, Yulia, Marcos, Paloma, Antonio, Nere y Rubén.

VITA

EDUCATION

- Ph.D. Candidate in Hispanic Languages and Literatures, UCLA. Expected June 2023.
Graduate Certificate in Writing Pedagogies, UCLA, March 2023.
Graduate Concentration Certificate in Gender Studies, UCLA, June 2019.
- M.A. in Advanced Hispanic Studies, University of Seville, July 2014.
Master thesis, “El neopolicial se derrite: *La pista de hielo* de Roberto Bolaño como exponente de un subgénero en auge”, received High Honors
- B.A. in Hispanic Studies, University of Seville, July 2012.

GRANTS AND AWARDS

- Dissertation Year Fellowship, Graduate Division, UCLA, 2022-23. \$20,000.
- EPIC-Lang Grant, UCLA EPIC, Spring 2022.
- T.A. Mini-Grant, Center for Advancement of Teaching, UCLA, Spring 2022.
- Spanish and Portuguese Department Nominee for the UCLA Academic Senate Distinguished Teaching Assistant Award, 2022.
- Mellon Foundation Pre-dissertation Fellowship, Graduate Division, UCLA, Fall 2021. \$8,000.
- Internship in Broader Professionalization, Spanish and Portuguese Department, UCLA, Summer 2021.
- Graduate Student Summer Research Small Grant, Latin American Institute, UCLA, Summer 2020.
- Ben and Rue Pine Research Travel Fellowship, Spanish and Portuguese Department, UCLA, Summer 2020.
- Mellon-EPIC Fellowship, UCLA EPIC and Mellon Foundation, Fall 2019. Seminar in Teaching Excellence: Inclusive Classrooms II.
- Graduate Summer Research Mentorship, Graduate Division, UCLA, Summer 2019.
- Rookie T.A. of the Year Award, Spanish and Portuguese Department, UCLA, 2018-19.
- T.A. Collegiality Award, Spanish and Portuguese Department, UCLA, 2018-19.
- Academic Year Fellowship, Spanish and Portuguese Department, UCLA, 2017-18.
- Iberoamerica Research Fellowship, Santander Bank and University of Seville, 2017. Research stay at the University of Costa Rica, January 9 to May 12, 2017.
- Best GPA in Master’s cohort, University of Seville, July 2014.
- Erasmus Fellowship, University of Seville, 2010-2011. Undergraduate study abroad at the Free University of Berlin, two semesters.
- Santander-CRUE Fellowship, University of Seville, 2011. Undergraduate study abroad at the University of Puerto Rico Recinto Río Piedras, January to May 2010, one semester.

PUBLICATIONS

- “Asesina del género: la ficción antipolicial de la salvadoreña Claudia Hernández.” *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 41, 2021: 49-69.
- “Memory for Sale: Neoliberalism and Crime in Post-Dictatorial Chile in *El corazón del silencio* by Tatiana Lobo.” *Clues. A Journal of Detection* 38.1, April 2020: 48-59.
- “«El amor es cosa seria»: la novela centroamericana decimonónica como arma de adoctrinamiento sentimental.” *Cuadernos de Aleph* 10, June 2018: 49-59.

- “The Irrelevant Mystery, the Involuntary Detective, the Melting Clue: Notes on *La pista de hielo*, a Neopolicial by Roberto Bolaño.” *Alea: Estudios Neolatinos* 20.1, January-April 2018: 125-141.
- “Matar al padre: psicoanálisis y simbolismo en algunas narraciones de Cristina Peri Rossi.” *Erotismo, transgresión y exilio: las voces de Cristina Peri Rossi*. Ed. Jesus Gomez-de-Tejada. University of Seville Press, 2017: 173-190.

SELECTED CONFERENCE PRESENTATIONS AND TALKS

- “Asalto al policial: las claves de género negro en *El corazón del silencio* de Tatiana Lobo.” Guest lecture. 20 minutes, University of Costa Rica, April 26, 2017.
- “Contesting Bias in Media Coverage of Gender Violence in the Spanish Advanced Composition Class: A Sample Lesson Plan”, EPIC-Lang Conference, UCLA, April 28-29, 2023.
- “Eichmann in Guatemala: The Representation of the Genocide Perpetrator in Dante Liano’s *El hombre de Montserrat*”, ACLA 2023 Conference, Chicago, March 16-19, 2023.
- “Trauma, violencia heteropatriarcal y diáspora en la *Moronga* (2018) de Horacio Castellanos Moya”, XV Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA), University Rafael Landívar of Guatemala, online, July 18-22, 2022.
- “Detection, Revolution, and Political Resistance in Central American Crime Fiction.” ACLA 2022 Conference, online, June 15-18, 2022.
- “Destrucción medioambiental, neoliberalismo y resistencia en la narrativa policial centroamericana contemporánea.” LASA 2022 Conference, online, May 5-8, 2022.
- “El capital humano: migración, clase, crimen y resistencia en *Lluvia del norte* de Daniel Quirós.” VIII Congreso Centroamericano de Estudios Culturales «Vulcanoamérica: resistencias, fisuras, escapes». University Rafael Landívar of Guatemala, online, October 13-15, 2021.
- “Romances revolucionarios: la representación del amor y su relación con la utopía política en la narrativa centroamericana de posguerra.” VIII Coloquio Internacional de Jóvenes Investigadores de Literatura Hispanoamericana (CIJILH), University Complutense of Madrid, online, October 28-29, 2021.
- “Instrumentalization of Feminism and the Gender Politics in the Post-Revolutionary Nicaragua of *Ya nadie llora por mí* by Sergio Ramírez.” 2021 ACLA, online, April 8-11, 2021.
- “Indigenous Resistance Against the Crimes of Neoliberalism in Central America in *El país de Toó* by Rodrigo Rey Rosa.” 2021 MLA Convention, online, January 7-10, 2021.
- “‘Who in the hell I really was’: complejo de castración e identidad en *The Autobiography of a Brown Buffalo* de Oscar Zeta Acosta.” LASA 2020 Conference. Online, May 13-16, 2020.
- “‘Una frontera tan vasta’: en torno a las crónicas *Los migrantes que no importan* de Óscar Martínez.” LASA 2019 Conference. Boston, May 24-27, 2019.
- “‘El amor es cosa seria’: la novela centroamericana decimonónica como arma de adoctrinamiento sentimental.” 42nd Conference IILI. Bogota, June 12-15, 2018.
- “La palabra atrapada en el deseo: fracaso artístico y homosexualidad reprimida en *El jardín de al lado* de José Donoso.” Spanish and Portuguese Department Graduate Conference “Affects and Effects: A Feminist Meta-Conference.” UCLA, April 19-20, 2018.
- “Memory for sale: neoliberalism and crisis in the post-dictatorial Chile of *El corazón del silencio* by Tatiana Lobo.” Seminar “Crime Fiction, Cosmopolitanism, and Non-Violent Crime.” ACLA 2018 Conference. UCLA, March 29-April 1, 2018.
- “El misterio irrelevante, el detective involuntario, *La pista de hielo*: algunas notas en torno a un neopolicial de Roberto Bolaño.” 8th CEISAL International Conference. Salamanca, June 28-30, 2016.

I

Introducción

Esta tesis doctoral examina las diferentes formas en que autores centroamericanos contemporáneos han reaccionado a los cambios materiales producidos en el Istmo a raíz de la implantación del neoliberalismo utilizando la narrativa policial. Durante las postrimerías de las distintas guerras civiles, que se extendieron entre las décadas de 1960 y 1990, se inició una agenda neoliberal consolidada con la firma de los diversos acuerdos de paz y la transición a la democracia liberal. A pesar de que todos los acuerdos de paz firmados en la zona reconocen que la extrema desigualdad social fue el principal motivo que condujo a los procesos revolucionarios y los conflictos bélicos, con posterioridad a la firma de dichos acuerdos no solo no se han llevado a cabo medidas para paliar esta desigualdad sino que, tres décadas más tarde, esta se ha agudizado, de tal modo que las y los centroamericanos continúan batallando con enormes niveles de pobreza, falta de recursos y servicios básicos, inseguridad ciudadana, violencia, explotación laboral y desposesión territorial.

La Centroamérica del siglo XXI y sus problemas de justicia social distan mucho, sin embargo, de los del pasado. Como es lógico, los retos de la región se han transformado al ritmo de los tiempos, y nos enfrentamos ahora con la desigualdad y los problemas producto de la globalización, la transnacionalización del capital, y las nuevas formas de acumulación de riqueza como las maquilas, el turismo, el extractivismo de minerales y otros recursos naturales, y el tráfico de drogas, armas y personas. Los escritores del Istmo respondieron a la injusticia social del pasado siglo con contundencia a través de la poesía comprometida y el testimonio, sosteniendo enorme dosis de fe en la capacidad política de la palabra escrita como arma de cambio social¹. La transición a la paz se reveló como una manzana envenenada para

¹ La crítica ha destacado que precisamente una de las características de la narrativa centroamericana de posguerra es la de la revisión crítica de la tradición testimonial. Según Ortiz Wallner, la literatura centroamericana contemporánea “muestra tendencias que se inclinan por deconstruir, superar o resemantizar el espacio narrativo del testimonio” (*El arte de ficcionar* 81) y va a minar “la idea de que el testimonio es el recurso más importante

muchos de quienes la habían apoyado, en muchos casos con abierto entusiasmo y vigor, que vieron cómo las dinámicas de violencia, corrupción, autoritarismo, explotación y desposesión continuaron entrando el siglo XXI, si bien por otros canales, acordes a los nuevos tiempos. En general, la crítica especializada (Ortiz Wallner, Browitt, Cortez, Arias) ha identificado un giro en la literatura centroamericana de posguerra² en el que los autores se distancian del compromiso político y los géneros anteriormente asociados a este (poesía³ y testimonio⁴) en favor de la novela⁵ y el cuento de ficción y expresan un profundo desencanto y malestar con

para la reconstrucción del pasado” (*El arte de ficcionar* 83), un proceso que tiene que ver con “el abandono de la creencia en la posibilidad de obtener una percepción de la realidad subalterna de manera objetiva y directa —y con ello un acceso directo a la verdad (histórica)—” (*El arte de ficcionar* 81). La novela más importante en este sentido es sin duda *Insensatez* (2004), del salvadoreño Horacio Castellanos Moya, aunque también se pueden traer a colación *La diabla en el espejo* (1999) o *El arma en el hombre* (2001), del mismo autor. Los autores contemporáneos van a trabajar a menudo sobre los estilemas del testimonio (el discurso oral, la urgencia en la exposición de una injusticia social, la narración del subalterno, etc.) dándoles una vuelta de tuerca formal y estilística. Aunque los elementos formales han cambiado mucho y los nuevos autores se han decantado por la ficción y por un regreso a la “literariedad” en forma y lenguaje, es evidente que la literatura comprometida del presente sigue dialogando con la literatura comprometida del pasado, y sigue reescribiéndola desde las particularidades de las dinámicas del nuevo milenio.

² Empleo la expresión “de posguerra” para referirme a toda la literatura centroamericana producida tras los distintos acuerdos de paz o, en términos más amplios y flexibles, desde los años noventa hasta la actualidad. Este es, por supuesto, un término imperfecto ya que no todos los países experimentaron procesos bélicos y los que lo hicieron los cerraron en diferentes momentos. No obstante, se trata de un término ampliamente usado por los especialistas y, para mis propósitos, funciona bien.

³ Los principales referentes de la poesía comprometida centroamericana de la época de guerra son Ernesto Cardenal en Nicaragua, Otto René Castillo, Ana María Rodas, Alaíde Foppa y Marco Antonio Flores en Guatemala, así como Roque Dalton y sus compañeros de la generación comprometida (José Roberto Cea, Tirso Canales, Roberto Armijo y Manlio Argueta, entre otros) en El Salvador.

⁴ Además del celeberrimo *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983), no podemos olvidar *El trueno en la ciudad* (1987), donde Mario Payeras narra sus actividades dentro de la guerrilla urbana en Ciudad de Guatemala durante los años ochenta; *Nunca estuve sola* (1988) de la salvadoreña Nidia Díaz, *Don't Be Afraid Gringo* (1989) de la hondureña Elvia Alvarado, *Secuestro y capucha* (1954) de Salvador Cayetano Carpio (más conocido por su pseudónimo de guerrilla, comandante Marcial), *No me agarran viva* (1985) de la salvadoreña Ana María Castillo Rivas (editado por Claribel Alegría y Darwin Flakoll), *Hombre del Caribe* (1977) de Abelardo Cuadra (editado por Sergio Ramírez), *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* (1982) del nicaragüense Omar Cabezas, *Testimonio: muerte de una comunidad indígena en Guatemala* (1993) del guatemalteco y maya jakalteko Víctor Montejo, quien también ha publicado la *Brevísima relación testimonial de la continua destrucción del Mayab* (1992). Para una revisión más en profundidad del género y la controversia en torno a él, véase el libro de John Beverley *Testimonio: On the Politics of Truth*, así como su artículo “The Margin at the Center: On Testimonio (Testimonial Narrative)”, además del libro de Arturo Arias *The Rigoberta Menchú Controversy*. Arias incluye, además, varios capítulos dedicados al testimonio en *Taking Their Word* (en concreto, los capítulos 4, 5, 6 y 7).

⁵ Por supuesto, ya durante los sesenta, setenta y ochenta se produce novelística de interés que sigue la línea de compromiso ideológico de la poesía y el testimonio que le son contemporáneos. En El Salvador cabe destacar *Un día en la vida* (1980) y *Caperucita en la Zona Roja* (1977) de Manlio Argueta, así como *Pobrecito poeta que era yo* (1976) de Roque Dalton, y *Cenizas de Izalco* (1966) de Claribel Alegría y Darwin Flakoll; en Nicaragua, destacan *¿Te dio miedo la sangre?* (1977) y *Castigo divino* (1988) de Sergio Ramírez, que, para mí, marca el punto de inflexión entre la narrativa de guerra y la de posguerra.

la situación sociopolítica de posguerra. A lo largo de esta disertación voy a analizar una serie de novelas policiales centroamericanas para argumentar que el género negro está siendo empleado por los autores del Istmo como vehículo de un mensaje políticamente cargado, estableciéndose así, más que una ruptura, una evolución transformadora de las tendencias propias de la era de los conflictos armados. Las posturas de los autores que aquí incluyo son variadas y oscilan entre el pesimismo cínico y burlón y la esperanza en la posibilidad de construir un mundo más justo mediante la colaboración y solidaridad de los diversos grupos oprimidos, bajo el recuerdo de los ideales revolucionarios del pasado. Estos escritores se alejan de las posturas binarias, inamovibles y categóricas de la lógica de la Guerra Fría y, aunque su mensaje no se corresponde con la agenda política de ningún grupo o proyecto en concreto, sus novelas no dejan de ser una crítica rotunda de los modos en que la transformación neoliberal de Centroamérica ha afectado a la mayor parte de su población, tanto en el Istmo como en la diáspora. En suma, los textos literarios que aquí analizo constituyen una urgente llamada de atención: el mensaje y su medio ha cambiado, ciertamente, como han cambiado los tiempos y las circunstancias, pero es constatable que la narrativa policial centroamericana contemporánea tiene una fuerte vocación de denuncia política.

1. Corpus

Para mi corpus, he seleccionado un total de nueve novelas publicadas a partir de 1988, año en que ve la luz *Castigo divino* de Sergio Ramírez, considerada como la inauguración del neopolicial en Centroamérica (Quesada 59, 65). Las novelas seleccionadas son *Que me maten si...* (1997), *El material humano* (2009) y *El país de Toó* (2018) del guatemalteco Rodrigo Rey Rosa, *Verano rojo* (2010) y *Lluvia del norte* (2014) del costarricense Daniel Quirós, *Ya nadie llora por mí* (2017) del nicaragüense Sergio Ramírez, *El sueño del retorno* (2013) y

Moronga (2018) del hondureño-salvadoreño Horacio Castellanos Moya, y *The Long Night of White Chickens* (1992) del estadounidense de origen guatemalteco Francisco Goldman.

Siguiendo la convención actual en estudios centroamericanos, mi atención se ha centrado en los seis países hispanohablantes del Istmo: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. De estos países solo he podido incluir, naturalmente, una pequeña muestra y quedan muchos trabajos sin abordar, como *El hombre de Montserrat* (2005) de Dante Liano, *Mariposas negras para un asesino* (2005) y su secuela *El laberinto del verdugo* (2010) de Jorge Méndez Limbrick, *Días del Olimpo* (2019) de Miguel Huevo Mixco, *Duelo* (2017) de Eduardo Halfon, *The Mastermind* (2016) de David Unger y la saga de la detective Romelia Chacón de Marcos McPeck Villatoro compuesta por *Home Killings* (2001), *Minos* (2005), *A Venom Beneath the Skin* (2005) y *Blood Daughters* (2011), así como buena parte de la obra de Rafael Menjívar Ochoa: *Los años marchitos* (1990), *Los héroes tienen sueño* (1998), *De vez en cuando la muerte* (2002), *Cualquier forma de morir* (2006) y la novela póstuma *Al director no le gustan los cadáveres* (2020). Además, casi todos los autores incluidos en la tesis han practicado el género policial de forma amplia y su bibliografía incluye muchas más muestras de este tipo de novelas, entre las cuales podríamos mencionar: *El cojo bueno* (1996), *Caballeriza* (2006), *Los sordos* (2012) y *Fábula asiática* (2016) de Rodrigo Rey Rosa; *Castigo divino* (1988) y la saga del detective Dolores Morales compuesta, además de por *Ya nadie llora por mí*, por *El cielo llora por mí* (2009) y *Tongolele no sabía bailar* (2021), así como multitud de cuentos como “Ya no estás más a mi lado, corazón” (2016) de Sergio Ramírez; *Baile con serpientes* (1996), *La diabla en el espejo* (2000), *El arma en el hombre* (2001), *Donde no estén ustedes* (2003), *Insensatez* (2004) y *La sirvienta y el luchador* (2011) de Horacio Castellanos Moya; y *Mazunte* (2015) y el cuento “Marea roja” (2016) de Daniel Quirós. Francisco Goldman no ha publicado más ficción policial, pero cuenta con una impresionante crónica periodística criminal en torno al asesinato

de Monseñor Gerardi titulada *The Art of Political Murder: Who Killed the Bishop?* (1998).

Esta enumeración es sin duda prueba evidente de la importancia del género negro en la región.

El corpus de la tesis tiene, sin embargo, una carencia de la que soy ampliamente consciente, y es la de género: todas las novelas analizadas han sido escritas por hombres. Es bien sabido que el género negro ha sido tradicionalmente producido de forma mayoritaria por autores varones, si bien este panorama ha cambiado mucho en las últimas décadas. Así, en el ámbito hispanohablante, muchas escritoras se han alzado como figuras prominentes de este tipo de narrativa, como la española Marta Sanz, la argentina Claudia Piñeiro, la chilena Marcela Serrano o la cubana Ena Lucía Portela. Sin embargo, la paridad en las antologías, premios y eventos relacionados con el género negro está aún muy lejos de lograrse: la antología de cuento policial latinoamericano *El crimen tiene quien le escriba* (2016), compilada por Ramón Díaz Eterovic, incluye tan solo a tres mujeres entre un total de veintitrés autores, mientras que el sitio web de la Semana Negra de Gijón, actualmente el festival literario del género más relevante, recoge a un total de treinta y cinco autores de los cuales solo doce son mujeres. En este sentido, el corpus de mi tesis es el resultado de la aún escasa representación femenina en este género literario, aunque Centroamérica cuenta ya con varias narradoras importantes, sobre algunas de las cuales he trabajado en otros proyectos (González Calderón, “Memory for Sale”; González Calderón, “Asesina del género”). Cabe mencionar publicaciones relevantes como la novela *El corazón del silencio* (2004) de la chilena-costarricense Tatiana Lobo, que decidí no integrar a la tesis por tratar el contexto chileno; la reciente novela *Ita* (2018) de la guatemalteca Mónica Albizúrez; los cuentos de la colección *De fronteras* (2007) de la salvadoreña Claudia Hernández y el relato largo “La noche de los escritores asesinos” (1997) de la también salvadoreña Jacinta Escudos, incluido en su colección *Cuentos sucios*. A pesar de que la tesis no incluya obras escritas por mujeres,

la perspectiva de género atraviesa todo mi análisis de las obras escogidas, y la problemática de las masculinidades, la violencia de género, las luchas feministas, los roles de género y la heteronormatividad está ampliamente presente a lo largo de estas páginas.

Desde el punto de vista territorial, quedan excluidos de mi análisis Belize, por ser predominantemente angloparlante, y la región del sur de México que geográficamente forma parte del Istmo pero suele ser englobada en los estudios literarios mexicanos. Entiendo, sin embargo, que en el mundo globalizado que habitamos Centroamérica va más allá de las fronteras de los países mencionados, y que incluye la llamada “Greater Central America”, es decir, aquellas comunidades de centroamericanos y sus descendientes instalados en el exterior del Istmo. Es por ello que he incluido la novela de Goldman, que es además la obra que inaugura la narrativa centroamericana en inglés. Puesto que el alcance de la tesis, como el de cualquier texto, es en última instancia de carácter limitado, no he podido incluir textos de Honduras ni Panamá, aunque también en estas naciones se cultiva el género policial: vale la pena mencionar las novelas hondureñas *Los días y los muertos* (2016) de Giovanni Rodríguez; la saga del profesor y detective Quentin Jones *Madrugada: rey del albor* (1993) y *Downtown Paraíso* (2018) del también hondureño Julio Escoto; y la novela panameña *Una disculpa pública* (2020) de Raisa Calderón.

Algunas de las obras de mi corpus se alejan bastante en su estructura y estilemas de las formas clásicas del género policial, pero, aunque trabajo con una consideración relativamente amplia de lo que es y no es un relato policial —toda narración literaria gira, al fin de cuentas, en torno a una pregunta o enigma que hemos de resolver—, en todas las obras seleccionadas hay siempre un crimen o un delito. El lugar que este crimen ocupe en la trama, más central o

más secundario, varía según el caso, pero, de nuevo, es un elemento constante que invariablemente se halla en el núcleo mismo de la historia, aunque sea solo como detonante⁶.

2. El policial centroamericano en el marco de la producción policial latinoamericana y los estudios culturales centroamericanos

El neopolicial se inaugura en Centroamérica en 1988, como ya hemos mencionado, con *Castigo divino* de Sergio Ramírez y a partir de ahí podemos observar una producción rica y extensa. Así lo indica Ortiz Wallner, para quien este es “un subgénero literario cada vez más popular en América Latina, y particularmente en años recientes en Centroamérica” (*El arte de ficcionar* 133-134). Lo mismo opina Rivera Rivera: “dentro de las tendencias narrativas de la literatura centroamericana de la primera década del siglo XXI, la novela policial –o al menos los recursos poéticos pertenecientes a esta- ocupa un lugar preponderante dentro de la producción textual de la región” (“Propuestas narrativas” 55). En definitiva, “[c]omo en el resto de América Latina, en Centroamérica el (sub)género policial ha llegado a ocupar en años recientes un lugar sobresaliente en la producción y, particularmente, en el mercado literario” (Ortiz Wallner, *El arte de ficcionar* 162)⁷.

Misha Kokotovic ha destacado también la fuerza que la narrativa del crimen tiene en la ficción centroamericana de posguerra: “What is striking in all of these works is the common theme of criminality” (“Neoliberal Noir” 45). Además, el crítico ha señalado el estrecho vínculo entre la narrativa negra centroamericana y el neoliberalismo, creando la denominación de *neoliberal noir* para una serie de trabajos que se caracterizan por reflejar las tensiones producidas a raíz de las contradicciones de un mundo en el que el mercado está

⁶ Así, Uriel Quesada ha notado que en el Istmo “no hay escritores dedicados exclusivamente al género, sino más bien autores que se sirven del género para propósitos concretos dentro de una producción abierta que incluye otras formas narrativas” (72).

⁷ Albrecht Buschmann ha analizado las diferentes hipótesis que explican la popularidad del género policial y propone la tesis de la violencia: “el subgénero es especialmente atractivo porque ilustra y despliega el tema tabú, la violencia, y al mismo tiempo lo hace controlable a través del modelo del enigma racional, integrándolo en nuestro modelo perceptivo de manera tranquilizadora” (84). Esta explicación me parece satisfactoria solo parcialmente, pues el policial contemporáneo ha dejado a menudo de ofrecer finales tranquilizadores al lector y sigue, aun así, gozando de excelentes ventas.

totalmente liberalizado pero los seres humanos carecen de libertad. Buena parte de la crítica ha visto en la narrativa centroamericana de posguerra una ruptura con la literatura de las décadas anteriores, principalmente, la poesía comprometida y el testimonio de la era revolucionaria. Para Alexandra Ortiz Wallner, después de los ochenta, “la producción literaria ficcional buscará abandonar la polaridad política así como las etiquetas de las literaturas revolucionarias y de los nacionalismos literarios” (Ortiz Wallner, *El arte de ficcionar* 55).

Para Beatriz Cortez, la característica dominante de la narrativa centroamericana contemporánea es lo que ella ha denominado una sensibilidad o estética del cinismo, que define como “una sensibilidad que ya no expresa esperanza ni fe en los procesos revolucionarios utópicos e idealistas que circularon en toda Centroamérica durante la mayor parte del siglo XX” (25). Por su parte, Arturo Arias ha observado también una ruptura por parte de la narrativa centroamericana reciente con respecto de la anterior y asegura que nos hallamos ante “The End of Political Literature” (*Taking Their Word* 24) y que ninguno de los escritores que han empezado a publicar y cosechar éxitos en los noventa ha tocado el tema de las guerras civiles, debido, según él, a una suerte de “war fatigue” (*Taking Their Word* 22)⁸.

Estos críticos no ignoran el peso que el elemento sociopolítico tiene en esta narrativa, particularmente en lo que respecta a las fuerzas del neoliberalismo y la globalización, y entienden que los escenarios de la narrativa centroamericana contemporánea son “lugares trastocados por los efectos de una globalización acelerada, [y] del ideario neoliberal” (Ortiz Wallner, *El arte de ficcionar* 63). Por su parte, Arturo Arias afirma que

⁸ Esta aseveración no es del todo cierta. Rodrigo Rey Rosa, quien en estos momentos es probablemente el escritor guatemalteco vivo más reconocido internacionalmente, empezó a publicar novelas en los años noventa (debutó a mediados de los ochenta con narrativa breve) y su tercera novela, *Que me maten si...*, que analizo más adelante, es de 1996. La acción de la novela transcurre durante el final de la guerra civil guatemalteca y su inmediata posguerra. Horacio Castellanos Moya, por su parte, debutó en el mundo editorial a finales de los ochenta con *La diáspora*, una novela que, si bien desde el desencanto, gira en torno al proyecto revolucionario salvadoreño. El tema del conflicto armado reaparece con fuerza en *El arma en el hombre*, que tiene por protagonista a un militar desmovilizado tras la firma de los Acuerdos de Chapultepec. Si bien el tema de la guerra va a ser tratado de forma radicalmente distinta a la manera en la fue manejado por la literatura de los años setenta y ochenta, esto no significa que los nuevos autores no lo toquen; muy al contrario, la cuestión de los conflictos armados del pasado va a ser uno de los motivos comunes de esta literatura.

[a]mid the region's vast transformations, and embedded in broader issues such as the end of the cold war and the triumph of neoliberal globalization, narrative textuality changed as well, registering these subtle alterations as might a finely tuned seismograph. (*Taking Their Word* 10)

Sin embargo, concuerdan en que “[t]he committed literature is there, but referenced obliquely and standing back from preaching” (Browitt, *Contemporary Central American Fiction* 2).

Para Jeffrey Browitt, al igual que para Ortiz Wallner, en estas narraciones “the key is in the ‘art’ and not the ability to faithfully mimic political or historical reality” (Browitt, *Contemporary Central American Fiction* 9). Por último, Uriel Quesada también ha observado la tendencia del policial centroamericano a constituirse como una literatura “despolitizada”, por así llamarla, aunque este crítico señala algunas excepciones.

A pesar de la riqueza de estas lecturas, aún hay espacio para introducir nuevos enfoques, aproximaciones e interpretaciones sobre la narrativa centroamericana de los noventa a la actualidad. Así, Kokotovic opina que

it would be inaccurate to characterize these works as a political retreat into the personal, for although they do not articulate an alternative to the neoliberal present, they nonetheless constitute a forceful critique of it from the perspective of that foundational figure of neoliberal theory: the sovereign individual. (“Neoliberal Noir” 19)

Dentro de este marco, mi propia investigación se alinea junto a los planteamientos de Kokotovic y no pretende enmendar o contradecir, sino más bien ampliar, las lecturas hechas por Ortiz Wallner, Arias, Cortez, Browitt y otros estudiosos sobre textos ya canónicos de la literatura ístmica. Por supuesto, tampoco pretendo ofrecer una lectura excluyente de estos textos, que, a fin de cuentas son complejos y pueden ser analizados desde diferentes prismas sin agotarse, sino más bien aspiro a ofrecer una mirada novedosa y original sobre este género.

En las páginas que siguen, afirmo que la literatura policial centroamericana de posguerra es profundamente política, si bien es política de una forma nueva y que nada tiene que ver con los planteamientos de la literatura de la época anterior. Confío en saber esquivar con habilidad las trampas- de una lectura sociopolítica fácil y simplista de cuyos peligros ya advierte Browitt (*Contemporary Central American Fiction* 6-11)⁹: nada más lejos de mis deseos que reducir estas novelas a meros panfletos. Mi propio trabajo dialoga, en suma, directamente con algunos de los textos más influyentes de los estudios centroamericanos contemporáneos y aspira a hacer una contribución notable a este campo.

El género policial se ha convertido en las últimas décadas en uno de los géneros literarios más comprometidos con el cambio social. Los motivos son variados y de distinta índole. Del lado de la recepción, se trata de un género tradicionalmente muy popular y que se encuentra siempre en las listas de los más vendidos. Esto es: tiene un alcance más amplio que otros géneros literarios. Por otra parte, es un género que cuenta, en el ámbito angloparlante, con una tradición ya establecida de crítica social, como es el caso de las novelas de Hammet o Chandler. Por último, hay un factor que tiene que ver estrictamente con la región centroamericana y, por extensión, latinoamericana, y es que parece que, ante el aumento de la violencia criminal, la escalada de las desigualdades sociales, la rampante impunidad, la corrupción generalizada, y la ineficacia de las instituciones al hacer frente a crímenes graves como el narcotráfico o la violencia contra las mujeres, los autores locales han visto en la narrativa negra la mejor arma para comunicar su descontento. Para muchos de ellos el escribir

⁹ Browitt advierte de que actualmente existe “a lingering conception of literature that still haunts a lot of Latin American literary criticism: literature as primarily a statist, and thus political, practice” (*Contemporary Central American Fiction* 9). Aunque el crítico admite que las subjetividades de las narrativas centroamericanas contemporáneas “are determined, at least in part, by the civil wars and violence, they cannot be reduced to simplistic notions of social denunciation. They do not fit a determinist model” (*Contemporary Central American Fiction* 6). Browitt se sitúa en contra de “critical stances that reduce literature to a purely ideologizing function” (*Contemporary Central American Fiction* 10), pues entiende que “we cannot subordinate these literary texts in historicist fashion to their socio-historical contexts, as mere ‘symptoms of their cultures’” (*Contemporary Central American Fiction* 11). En suma, para este académico, “reducing the text to a doctrinaire political position is the safest way to betray the spirit of the original” (*Contemporary Central American Fiction* 11).

sobre violencia, un tema íntimamente ligado a la narrativa criminal, parece haber sido la única opción plausible, dado el contexto. Así lo expresan el cubano Leonardo Padura al decir que “[a] un destino negro bien le viene una novela negra” (*Modernidad* 157) o el salvadoreño Horacio Castellanos Moya cuando afirma: “Para mí, la violencia (en especial la violencia política) presente en mis obras no fue una opción temática sobre la que yo decidiera, sino que me parecía tan natural como lo es la mansión encantada para quien escribe historias de misterio y horror” (“Violencia” 98). Estas ideas se repiten en una entrevista que el mismo Castellanos Moya concede al también escritor salvadoreño Rafael Menjívar Ochoa, a quien dice que

En algunas ocasiones me han preguntado que por qué la violencia. Cada vez que regreso al país lo veo muy violento, y lo escribo muy violento. Y es que el país es violento. Cuando alguien me pregunta acerca del “recurso de la violencia”, me doy cuenta de que para mí la violencia no es un recurso: es parte de la salvadoreñidad. Es una cultura muy violenta, y permea la familia, las instituciones, el estado, todo.

En sus inicios en Latinoamérica el género negro nunca alcanzó grandes niveles de calidad literaria, con contadas excepciones como las de Jorge Luis Borges y Bioy Casares; más bien se centró en la imitación de los grandes modelos canónicos del mundo anglosajón: primero el *whodunit* británico al estilo de Conan Doyle o Christie y más adelante el *hard boiled* o novela negra norteamericana en la línea de Hammet o Chandler. El género, sin embargo, dio un giro sustancial en la década de los setenta para alcanzar autonomía literaria con respecto de sus modelos, así como un alto nivel de originalidad. Nació entonces el subgénero del neopolicial iberoamericano, término acuñado por el mexicano Paco Ignacio Taibo II, considerado además el padre del género con su novela *Días de combate* (1977), que abre la serie del detective Belascoarán Shayne. No obstante, el uso del término fue popularizado por Leonardo Padura a raíz de su ya clásica entrevista con Juan Armando Epple para *Hispanamérica*.

El neopolicial iberoamericano es un subgénero de la narrativa criminal perteneciente al ámbito lusófono e hispano, tanto en América como en Europa. Este subgénero se independiza de sus “hermanos mayores” angloparlantes y va a presentar problemáticas intrínsecamente latinoamericanas y a construir sus tramas narrativas de manera realista (con algunas excepciones como *Triste, solitario y final* de Osvaldo Soriano) de acuerdo con las circunstancias de su contexto de producción. En general, las características del neopolicial son las siguientes: la descentralización del enigma como principal elemento dramático para, en su lugar, poner el foco sobre el contexto social del crimen; el detective como héroe derrotado en mitad de una atmósfera de desencanto y pesimismo; la relevancia del espacio urbano en la trama; la conciencia autoparódica del género; la crítica social; y la problematización del pasado nacional reciente.

El nuevo subgénero gana autonomía de forma notable en aspectos como el de la crítica social. Así, la novela negra norteamericana reflejaba las caras más oscuras de las ciudades estadounidenses, pero la crítica no llegaba a cuestionar jamás la legitimidad del sistema capitalista ni el origen de las injusticias sociales. Por el contrario, el neopolicial es un género fuertemente comprometido con la denuncia de causas sociales y nacionales acuciantes como la desigualdad social y la corrupción rampante del Periodo Especial cubano en “Las cuatro estaciones” de Leonardo Padura o la extrema corrupción de todos los niveles del Estado mexicano en la serie de Belascoarán Shayne de Paco Ignacio Taibo II. La descentralización del enigma es un recurso que va íntimamente ligado a la función social en este género, pues, en general, el crimen sirve como una excusa para que el investigador se adentre en otro misterio de mayor calado y se realice una revisión crítica de la realidad social o del pasado convulso (dictaduras, guerras civiles, casos específicos de corrupción, etc.). De este modo, la aparición del cadáver de la sintecho Carmen en *La pista de hielo* de Roberto Bolaño es una excusa narrativa para destapar las injusticias sociales y la corrupción en la España de los

noventa. En otro ejemplo, la investigación en torno a un joven homosexual asesinado en el Malecón de La Habana queda pronto en un segundo plano en las *Máscaras* de Padura cuando el detective Mario Conde es absorbido por otra investigación de mayor envergadura y que atañe no a unas pocas personas, como en el caso del asesinato, sino a toda una nación: la persecución de los homosexuales por parte del gobierno revolucionario cubano en la década de los setenta. En definitiva, las investigaciones de los detectives neopoliciales son una herramienta para, en última instancia, hacer hincapié en problemas sociales específicos.

Los autores de neopolicial tienen en común el pertenecer a la generación de iberoamericanos que creyeron en un proyecto de cambio social utópico y que, en la madurez, se vieron obligados a asumir que tal proyecto había fracasado y estaba lejos de realizarse (García Talaván 51). La acción de las novelas se desarrolla en una atmósfera de fracaso, decepción y desencanto, y sus protagonistas son también personajes fracasados desde las lógicas dominantes en la sociedad: tienen un trabajo que no es prestigioso, no ganan mucho dinero, no se codean con la élite y no están casados ni triunfan jamás en el amor, que suele presentarse simbólicamente como esa redención que les será fatalmente negada hasta el final. Como ya hemos visto, el *hard boiled* o novela negra incluía cierta crítica social, pero esta se limitaba a señalar males sociales sin cuestionarse nunca las dinámicas estructurales de que eran síntomas, planteando así una crítica superficial encuadrada dentro de la conformidad con el sistema capitalista. El neopolicial, por el contrario, lleva a cabo una crítica profunda de la realidad social y plantea al lector cuestiones complicadas acerca de las macroestructuras económicas, políticas y sociales que rigen las naciones iberoamericanas en la actualidad.

3. Marco teórico: estudios de globalización, (post)modernidad y neoliberalismo

Esta atmósfera de desencanto generalizado se relaciona, en el marco del policial centroamericano de posguerra, con varias circunstancias específicas del Istmo: de un lado, se encuentra la decepción con el final de los procesos revolucionarios y la era de la esperanza

utópica. A esto se une la desilusión con las nuevas sociedades “en paz”, caracterizadas, como vamos a ver más adelante, por altos niveles de corrupción, incremento de la actividad criminal y de la violencia, grandes desigualdades sociales, pobreza, instituciones democráticas débiles, precarización del empleo y feminización del trabajo y de la pobreza. Adicionalmente, el período de posguerra va a estar marcado por la migración de una buena parte de la población en busca de seguridad y mejores oportunidades: así, Los Ángeles se ha convertido en la ciudad con más salvadoreños del mundo después de San Salvador. Todos estos fenómenos son el resultado de la neoliberalización de la economía y vienen a complicarse aún más en el contexto de una sociedad de posguerra que trata de cerrar las heridas de los conflictos y donde aún siguen abiertos procesos de construcción de memoria, así como demandas de justicia y reparación.

Patricia Varas ha ligado el desencanto del neopolicial con la fallida promesa de la modernidad en Latinoamérica. Varas sigue las ideas que plantea Max Weber en *Economía y sociedad*: el desencanto es la respuesta a la secularización que sustituye una cosmovisión mágico-mítica. El lugar de la magia viene a ser ocupado por el de la ciencia, que llevará a la sociedad hacia la modernidad, el progreso económico, la democracia y la igualdad. Como este proceso no ha tenido lugar en diversas zonas de América Latina, Varas concluye que los “detectives viven el desencanto doblemente, como promesa no cumplida y como aberración histórica importada”.

Me gustaría, sin embargo, poner en entredicho la idea del fracaso de la modernidad en América Latina y, específicamente, en el Istmo. Según Immanuel Wallerstein, la consolidación de la modernidad tiene lugar a través de dos fases colonizadoras: la primera, la invasión de América en el siglo XVI; y la segunda, la ocupación de territorios en África y Asia en el siglo XIX. La globalización no es, por lo tanto, un fenómeno nuevo, sino que ya vivió un primer momento durante la llamada Conquista, que puede ser considerada como la

inauguración del primer modo de acumulación capitalista, basado en el expolio, y donde ya se establecen las conexiones entre capitalismo, raza y patriarcado¹⁰.

Siguiendo las ideas de Wallerstein y de Robinson, mi argumento es que los autores centroamericanos no están reaccionando, en el cambio de milenio, ante la ausencia de una modernidad largamente prometida, sino que las condiciones estructurales que experimentan son precisamente resultado del triunfo indiscutible de esta modernidad, que desde sus inicios fue un proyecto planteado por y para las élites, y que ha ido modificándose con el paso del tiempo para adaptarse al momento. Tal como expone Robinson, la región centroamericana

has been integrated into the capitalist world economy since the sixteenth century, and capitalism has been the predominant mode of production since at least the nineteenth century. However, capitalism did dramatically expand in the thirty year period [1960-1990], largely displacing pre-capitalist production relations as the region became rearticulated to larger world structures as globalization advanced and in consonance with the emergence of the global economy. (58)

Por su parte, Wallerstein argumenta que no existe, y nunca ha existido, un “tercer” mundo, sino que hay un solo mundo, un sistema-mundo con un modelo económico basado en las (injustas) relaciones entre países. Las naciones más poderosas, situadas en el centro, usan los recursos laborales y naturales de las naciones periféricas, que quedan así condenadas al subdesarrollo económico y social. En este orden mundial, Centroamérica ocupa un lugar evidentemente periférico y su subdesarrollo económico no puede achacarse al fracaso del proyecto modernizador, sino precisamente a su triunfo: la pobreza, la desigualdad, la expropiación de los recursos, el sumamente injusto aprovechamiento de las fuerzas laborales

¹⁰ Pensadoras feministas como han complementado estas teorías aportando la perspectiva de género al análisis sobre el sistema-mundo y la colonialidad. En el ámbito latinoamericano, ha destacado en este sentido el trabajo de María Lugones.

no cualificadas para el beneficio del capital transnacional y sus élites forman parte del tan ansiado proyecto de modernidad.

Esta tesis se apoya en un repertorio teórico relativamente amplio que incluye, como hemos visto, los estudios sobre (post)modernidad y globalización. Mi trabajo debe mucho también a los científicos sociales que han descrito a conciencia los cambios de corte neoliberal experimentados en la región y su impacto sobre la población centroamericana. Además del de Robinson, Wallerstein, han sido instrumentales en la concepción de esta tesis los trabajos de Aníbal Quijano, David Harvey, Héctor García Canclini, Marta Casaús Arzú, Rachel Hatcher, Carlos Sandoval, Edgardo Lander, Morna Macleod, Laura Rita Segato y Joel Wainwright, así como el volumen *The Postmodernism Debate in Latin America*, editado por John Beverley, Michael Aronna y José Oviedo.

Metodológicamente, emplearé en cada capítulo las herramientas más adecuadas a cada caso, incluyendo pero no limitándome a la teoría decolonial y de raza, teoría de género y estudios de memoria.

4. “Eso no puede ser paz”: la Centroamérica neoliberal de posguerra

El género negro ha supuesto para sus autores una plataforma excepcional para la expresión de actitudes críticas y para reaccionar frente a los tiempos que les ha tocado vivir. Las novelas y cuentos policiales de los escritores centroamericanos de finales de los ochenta hasta la actualidad son el producto de la inconformidad ante la realidad social. También son producto de la tensión producida por las fricciones entre, por un lado, los anhelos izquierdistas de estos autores y sus ambiciones de una sociedad más equitativa y más justa y, por otro lado, la radical transformación que han experimentado sus países en la dirección contraria debido a la aparición de las corporaciones transnacionales, el CAFTA, la privatización de bienes y servicios, la precarización del empleo, la turistificación, el empobrecimiento generalizado, la ampliación de la brecha social, la inseguridad, la alarmante

tasa criminal y la migración hacia el Norte. A todo esto se le suman las heridas aún abiertas para buena parte de la ciudadanía por las recientes guerras civiles.

Desde los años ochenta la región se ha visto sometida a una serie de medidas legales, políticas y económicas con el fin de introducir y afianzar un sistema económico neoliberal y promover la transnacionalización del capital y la participación de la economía centroamericana en redes económicas globales. Estas medidas son, en esencia, la firma de acuerdos de libre comercio como el Central America Free Trade Agreement – Dominican Republic (CAFTA-DR), la designación de zonas libres de impuestos para la instalación de maquilas, la precarización del empleo, la privatización de servicios tradicionalmente asociados al Estado, el recorte gubernamental en gastos sociales y un giro en las actividades económicas principales de estos países hacia los servicios financieros, los monocultivos no tradicionales, el turismo, la maquila, la exportación de la fuerza de trabajo y las consecuentes remesas. Por otro lado, las élites centroamericanas ya no son las tradicionales oligarquías agrarias sino élites transnacionales asociadas a la Nueva Derecha (Robinson). Paralelamente, los países que se encontraban sumidos en conflictos civiles han llevado a cabo procesos de pacificación que han logrado la estabilidad social necesaria para la implantación de estas medidas. Esto es, bajo la luz del pensamiento económico global, descubrimos que la paz ha sido, más que un esfuerzo para terminar con la extenuante violencia sistémica y el conflicto civil, un paso dado para la consecución de determinados objetivos económicos. El proceso de transformación estructural ha implicado, además de los acuerdos de paz y la estabilización de la zona, un enfrentamiento entre las élites oligárquicas tradicionales asociadas a los regímenes autoritarios y a la economía latifundista y las nuevas élites transnacionales asociadas a la Nueva Derecha y a la economía global (el sector bancario, las exportaciones, el turismo, las maquilas, las criptomonedas, etc.). Finalmente, hemos asistido a la instauración de un sistema poliárquico cuyos gobiernos, indiferentemente del signo político al que pertenezcan, trabajan

para crear el marco legislativo más favorable para el capital transnacional y el neoliberalismo, firmando acuerdos de libre comercio, aprobando la creación de zonas libres de impuestos para la implantación de maquilas, favoreciendo la privatización de servicios tradicionalmente cubiertos por el Estado como la educación o la sanidad, desregulando normativas laborales y recortando el gasto social en todo lo posible, entre otras medidas.

Todos estos cambios han tenido un impacto muy profundo en la sociedad centroamericana de los noventa y del nuevo milenio. Según Sonja Wolf, el acuerdo del CAFTA, que entró en vigor en 2006, “deepened existing wealth disparities. Ordinary Salvadorans were hit disproportionately hard by the reforms and have seen no substantial improvement in their living conditions since then” (38). Y es que, doce años después de la firma de la paz, en 2004, el 55% de la población salvadoreña vivía por debajo del umbral de la pobreza, “dentro de la nueva economía dolarizada impulsada por una ideología neoliberal excluyente representada por el sector financiero e industrial” (Candelario). El daño causado por esta agenda económica no ha pasado desapercibido para los intelectuales, y abundan las críticas. Así, Padilla afirma que “the new neoliberal agenda has not only failed to ameliorate existing social and economic problems but has reproduced and, in many cases, exacerbated them” (133). También la reputada centroamericanista Ana Patricia Rodríguez denuncia que, tras las heridas causadas por la guerra, Centroamérica “continúa siendo desfigurada por la embestida de los programas neoliberales por toda la región” (“La producción cultural en Centroamérica” 25).

Además, paradójicamente no podemos asegurar que el fin de las guerras haya traído la paz a la región, pues las dinámicas de violencia vividas durante largos años de conflicto sumadas a la pobreza generalizada y la falta de expectativas han creado el ambiente perfecto para que el crimen campe a sus anchas:

As we enter the third millennium, unemployment, poverty, and lack of opportunities are contributing to escalating levels of quotidian violence, especially among the youth of Central America. The rift between the narrative of peace and the practice of peace becomes wider, and the f(r)ictions and contradictions of peace in the region become more apparent. (Rodríguez, *Dividing the Isthmus* 202)

Y es que pesar del estado oficial de paz, las naciones del Istmo, en especial las que constituyen el llamado Triángulo Norte —El Salvador, Guatemala y Honduras—, viven convulsionadas por una violencia cotidiana que poco tiene que envidiarle a los horrores de la guerra, como si lo único que hubiera cambiado fueran los modos en que opera esta violencia: “the end of wars did not bring an end to violence, which simply took new criminal forms” (Kokotovic, “Neoliberal Noir” 17). La realidad actual del Istmo queda, pues, por desgracia muy lejos de las promesas de democracia, progreso y paz, y la población centroamericana sufre una serie de consecuencias derivadas de la transición y la transformación neoliberal, incluyendo las nuevas formas adoptadas por el crimen organizado, la violencia de las pandillas y del Estado, la pobreza y la desigualdad social y los desplazamientos forzados. Además, mujeres y niñas, así como miembros de los colectivos LGBTQ+ sufren formas específicas de violencia que suman cientos de muertes al año en la región. Tal como dijo la escritora salvadoreña Jacinta Escudos en una entrevista, “[e]so no puede ser paz” (Craft, “Una conversación” 128).

Así, en el Triángulo Norte (Guatemala, Honduras y El Salvador), las clicas o maras controlan barrios enteros y a sus habitantes, limitando “residents’ movements and spaces of sociability” (Wolf 2) y provocando recurrentes olas de terror, como la masacre de San Salvador del 31 de marzo de 2022, el día con más fallecidos por muerte violenta de toda la

historia de la democracia en el país¹¹. El gobierno de Bukele, quien a pesar de sus medidas inconstitucionales y de carácter autoritario¹² cuenta con amplio apoyo popular, respondió brutalmente con la aplicación de una política de mano dura nunca vista hasta la fecha: la declaración del estado de alarma, que se ha ido prolongando desde hace ya más de un año, y el encarcelamiento de más de 60.000 hombres¹³ sospechosos de pertenecer a pandillas. Tanto la policía como el ejército han tenido y continúan teniendo la potestad de detener a cualquiera a quien consideren sospechoso y los detenidos pueden permanecer en prisión, mientras dure el estado de alarma, de forma indefinida aún sin que existan pruebas ni cargos presentados en su contra. En paralelo a estos sucesos se ha construido un nuevo complejo carcelario masivo para albergar a estas personas y las irregularidades son enormes: no solo hay, por supuesto, multitud de detenidos sin ninguna relación con las pandillas, sino que también hay menores de edad entre los millares de presos. El presidente anunció recientemente que había logrado acabar con la violencia de las maras, pero el alto costo de este triunfo ha conllevado la limitación de las libertades y derechos constitucionales de la ciudadanía, de la que el 2% se encuentra actualmente encarcelada. La violencia pandillera y la violencia del Estado¹⁴ son, al

¹¹ Las masacres fueron la respuesta de las pandillas a la aprehensión de un líder por parte del gobierno de Nayib Bukele, una captura que violaba el pacto secreto sellado entre las maras y gobierno (Carlos Martínez), tal como ha reportado el diario *El Faro* (Martínez, Cáceres y Martínez; Carlos Martínez).

¹² Entre estas podríamos mencionar el evento conocido como Bukelazo, en que, el 10 de febrero de 2020, el presidente introdujo a personal militar y policial en el Parlamento como medida de coerción para forzar la aprobación de un presupuesto destinado a la lucha contra la delincuencia; los arrestos inconstitucionales durante la cuarentena por la pandemia del covid-19 en 2020; la destitución de jueces del Tribunal Supremo y del Fiscal General en 2021; y, naturalmente, el pacto secreto con las pandillas y la creación de un estado de emergencia que permite de forma indefinida la militarización del Estado, la suspensión de garantías, y las violaciones de derechos humanos desde hace ya más de un año.

¹³ La cifra no es casual: los expertos están de acuerdo en que en el país había unos 60.000 pandilleros (Alvarenga Venutolo 23), de modo que alcanzar tal número de presos ha sido instrumentalizado por el gobierno para alardear de haber detenido a la totalidad de las maras.

¹⁴ Bukele ha triunfado donde todos sus predecesores fallaron: en la lucha antipandillera. El partido conservador ARENA estuvo en el poder durante cuatro periodos electorales seguidos (1989-2009) y, pese a la aplicación de severas políticas de Mano Dura, no consiguió eliminar las pandillas. Las administraciones del FMNL (2009-2019) trataron de implementar medidas basadas en la educación social (Silva Ávalos), pero tras el conocido atentado de Mejicanos, que se cobró la vida de 17 personas, el gobierno cedió a las presiones de Estados Unidos y volvió a la Mano Dura con escasos resultados. Con respecto a Bukele, queda por ver cómo evolucionará el fenómeno en El Salvador y si finalmente las políticas de encarcelamiento masivo y creciente represión traerán consecuencias negativas como predicen los expertos (Bruneau 163, Cruz 26).

fin, dos caras de la misma moneda: ambas dejan a la población civil atemorizada e insegura en un contexto de violencia y creciente militarización.

La neoliberalización de los mercados del Istmo tiene lugar de forma paralela a los procesos de pacificación en Guatemala y El Salvador. La estabilización política de la región era una condición ineludible para poder concluir la transnacionalización de sus mercados y atraer inversión extranjera. Así, la antropóloga Irma Alicia Velásquez Nimatuj explica en el documental *500 Years* (2017), dirigido por la cineasta Pamela Yates¹⁵, que la guerra cumplió, mediante los crímenes de lesa humanidad y genocidio, con el objetivo de “liberar” tierras propiedad de y habitadas por comunidades indígenas, por medio de la masacre de estas mismas comunidades. Después de la guerra, estas tierras se han ocupado con proyectos extractivistas. No hay, entonces, neoliberalización sin transición a la democracia. Esta transición va acompañada a veces de procesos de justicia transicional, aunque no siempre: esto es, el neoliberalismo precisa de la transición democrática para su afianzamiento, pero no precisa de la justicia.

En algunos casos, esta transición a la democracia y la paz ha ido acompañada de procesos de justicia transicional que han sido, para muchos, decepcionantes, pues en términos generales se ha privilegiado la impunidad de los crímenes cometidos durante la guerra. Canefe ha señalado como un rasgo característico de estos procesos que hasta el presente han “rarely resulted in increased attention to historical socioeconomic inequalities and root causes of mass political violence, displacement, and systemic abuses of power” (52). Este es el caso tanto de El Salvador como de Guatemala, donde nunca llegaron a atajarse las causas que llevaron a la guerra en primer lugar, a saber: las profundas injusticias sociales y el desigual reparto de la riqueza y la tierra. Los acuerdos de paz, en definitiva, “were not about

¹⁵ Yates es autora de la Trilogía de la Resistencia, compuesta por los documentales *When the Mountains Tremble* (1983), que fue codirigido junto a Newton Thomas Siegel; *Granito* (2011) y *500 Years* (2017). La trilogía explora la historia de opresión social y violencia política en Guatemala y las formas en que el pueblo las ha resistido y continúa resistiendo.

restructuring the economy to the benefit of the poor, punishing wartime human rights abusers, or even alleviating the post-war circumstances of those who suffered abuse” (Binford 260): en este sentido, la justicia transicional refleja una comprensión “minimalista” de lo que son los Derechos Humanos (Binford 261). Fernando Rosenberg ha relacionado el auge de los derechos humanos y la justicia transicional con la neoliberalización del mercado, señalando “the limitations of a soft human rights agenda easily compatible with market globalization” (12). En el contexto neoliberal, los derechos humanos adquieren un “largely compensatory role” (Rosenberg 9), convirtiéndose en algo así como la cara amable de la moneda del neoliberalismo. Los derechos humanos se mercantilizan en una suerte de “marriage between commodification and rights” (Rosenberg 10) como un bien más al que el ciudadano/consumidor tiene que acceder:

The entitled individual, whose rights are nominally recognized but not fostered and delivered unless she finds a place in the market to grant an amount of fungible dignity to her naked life, need to build immunity or buy protection and insurance to shield against expanding risks —as her borrowed humanity is vulnerable to be recalled, outmoded, outsourced, made redundant, superfluous, disposable. (Rosenberg 7)

En este contexto, los derechos humanos y la justicia transicional son “useful and important for opening up additional space for struggling against exploitation and oppression” (Binford 264), pero no pueden sustituir a los movimientos sociales (Binford 264): “truth commissions, human rights trials, reparation or other measures of transitional justice cannot transform the possibility into a reality. Human rights is not a substitute for social movement mobilization unless, of course, the vision of human rights is broadened to embrace health, jobs, shelter, education, and other dimensions” (Binford 271).

En definitiva, los derechos humanos en el marco del Estado neoliberal son también privatizados como tantos otros bienes y servicios y dependen a menudo de la iniciativa no del

estado sino de organizaciones y grupos particulares y no garantizan el acceso a ciertas necesidades básicas como la educación, la alimentación y una vivienda digna, de que aun hoy carecen miles de centroamericanos, sino que, entendidos bajo la lógica del mercado capitalista, simplemente se concede el derecho a tenerlos: que se acceda o no a estas necesidades es ya un asunto individual y privado. Los derechos se convierten, así, en “a doubled-edged sword in the postpolitical neoliberal democracies” (Rosenberg 9).

El dogma neoliberal favorece y promueve la privatización de las tareas que antaño recaían bajo el cerco de poder de los gobiernos y las instituciones públicas, incluyendo aquellas relacionadas con la seguridad, la lucha contra el crimen y la justicia. Ante esta falta de recursos públicos, los ciudadanos acaban no solo por contratar servicios privados de seguridad, un negocio sumamente lucrativo, sino también por llevar a cabo ellos mismos las investigaciones criminales en torno a sus seres queridos que han sido asesinados o desaparecidos: esta consecuencia de la privatización de la justicia va a ser problematizada constantemente en el policial centroamericano, como veremos al abordar el análisis de *Verano rojo* de Daniel Quirós en el segundo capítulo.

La narrativa centroamericana de posguerra ha profundizado en todas estas cuestiones sociales que acabo de revisar. La obra del guatemalteco Rodrigo Rey Rosa, por ejemplo, está repleta de pandilleros, secuestros, asesinatos y crimen organizado; elementos que aparecen de una manera u otra en sus novelas *El cojo bueno*, *Los sordos*, *El país de Toó* o *Que me maten si...* En los cuentos de la salvadoreña Claudia Hernández, el lector se enfrenta a la vida bajo la amenaza constante de la violencia (*De fronteras*). La imposibilidad para llevar a cabo la desmovilización y la reinserción en la vida civil, así como los modos en que la violencia pasa a perpetuarse por canales no ideológicos ligados ya no a la guerra sino al crimen organizado se halla en el centro *El arma en el hombre* del también salvadoreño Horacio Castellanos Moya y *Managua Salsa City: ¡Devórame otra vez!* (2000) del guatemalteco-nicaragüense

Franz Galich. La narrativa centroamericana también ha tratado el tema de la justicia transicional, los procesos de transición a la democracia y los movimientos de derechos humanos en *Insensatez* del ya citado Castellanos Moya, *Noviembre* del salvadoreño Jorge Galán, *The Art of Political Murder: Who Killed the Bishop?* del estadounidense-guatemalteco Francisco Goldman y *El perro en la niebla* del salvadoreño Róger Lindo¹⁶.

¿Queda espacio para la esperanza de un mundo mejor y más justo? En este contexto de posguerra, de procesos de justicia transicional que no siempre han sido satisfactorios para las víctimas, de pobreza, violencia y desplazamientos forzados, también hay instancias de resistencia. Diferentes colectivos (mujeres, trabajadores, indígenas, afrodescendientes, colectivos LGTBQ+, etc.) siguen uniéndose y organizándose para lograr cambios en el paisaje social de sus países. Los pueblos centroamericanos demuestran no solo gran resiliencia frente a las duras circunstancias que han debido enfrentar históricamente, sino también una enorme energía social. Prueba de ello son las protestas masivas que frenaron la privatización del sistema de salud salvadoreño en 1999 (Binford 265)¹⁷, las que reunieron a más de 150.000 personas en Costa Rica en rechazo al CAFTA entre 2003 y 2007 (Almeida 22), o las que en Guatemala forzaron la salida del gobierno del presidente Otto Pérez Molina en 2015. Guatemala ha vivido muy recientemente protestas populares tras la aprobación del presupuesto para el año 2021, que reducía a cero la inversión en programas contra la desnutrición infantil, pero incluía generosas dietas para los congresistas. Tras varias semanas de protestas en todo el país que incluyeron la toma e incendio del Congreso, el presupuesto

¹⁶ Estos temas son tratados también en la narrativa cinematográfica reciente: películas como *Nuestras madres* (César Díaz, 2019) o *La Llorona* (Jayro Bustamante, 2019) exploran los procesos de justicia transicional, mientras que *Ixcánul* (Jayro Bustamante, 2015) expone la forma en que las comunidades mayas siguen siendo objeto de opresión. Por su parte, los filmes *Temblores* (Jayro Bustamante, 2019) y *José* (Li Cheng, 2018) ponen sobre la mesa el acuciante problema de la homofobia, y *El despertar de las hormigas* (Antonella Sudasassi Furniss, 2019) se centra en las sutiles formas de opresión patriarcal que sufre en su vida diaria una mujer costarricense de clase trabajadora. Por último, el tema de las pandillas es el eje central de la recién estrenada *Cadejo blanco* (Justin Lerner, 2021).

¹⁷ Nuevas protestas que obedecían a las mismas razones llegaron a movilizar a un 3% de la población salvadoreña en 2012 (Almeida 22).

fue anulado y actualmente está siendo revisado. Por su parte, las protestas masivas de la ciudadanía nicaragüense durante la primavera y el verano de 2018 estuvieron motivadas por diversas razones, entre ellas la implementación de varias medidas neoliberales como la reforma de la Seguridad Social o la concesión a una gran empresa china de un megaproyecto para construir un canal transoceánico; estas protestas desestabilizaron al país entero y pusieron en jaque al gobierno de Daniel Ortega, que se vio obligado a frenar la nueva ley de la Seguridad Social. Como puede observarse, la ciudadanía organizada tiene el poder de forzar cambios que, si bien por el momento no constituyen una amenaza para la estructura del Estado neoliberal, no pueden ignorarse. Tal como ha notado Almeida, “las campañas de protesta funcionan como actos de oposición colectiva a corto plazo más que como movimientos sociales a largo plazo” (26). En cualquier caso, las protestas sociales no dejan de ser un indicador muy valioso de cómo se posiciona una buena porción de la población en lo referente a las medidas neoliberales:

Cuando la gente se moviliza pública y deliberadamente en contra de medidas neoliberales específicas, es un signo más directo y transparente de que la política económica está conduciendo a la oposición a la globalización. [...] la gente común sacrifica su valioso tiempo y sus escasos recursos a la resistencia ante los programas económicos no deseados, relacionados con la globalización y con el capital transnacional... (Almeida 62)

En Guatemala, el movimiento pan-mayanista y otros movimientos liderados por actores sociales indígenas llevan décadas visibilizando las necesidades de los pueblos mayas y exigiendo justicia social e igualdad, habiendo logrado algunas victorias, como el derecho a la educación bilingüe para las y los niños de las distintas etnias mayas o la instauración de la institución gubernamental Fondo de Tierras (Arias *Taking Their Word* 177). Además, por todo el Istmo multitud de líderes ambientales, por lo general procedentes de comunidades

rurales e indígenas, llevan años defendiendo sus ecosistemas de la zarpa de las megacorporaciones transnacionales que tratan de implantar proyectos extractivistas que suponen la destrucción del ámbito natural local. Los líderes ambientales se enfrentan a diario a la criminalización y la represión por parte del Estado neoliberal, algo que ha denunciado Irma Alicia Velásquez Nimatuj (20). El caso más mediático es el de la hondureña e indígena lenca Berta Cáceres, cuyo asesinato en 2016 puso fin a una extensa carrera de activismo medioambiental, así como por los derechos de los pueblos indígenas y las mujeres.

La narrativa centroamericana de posguerra incluye con frecuencia instancias de resistencia en sus tramas que apuntan a la necesidad de continuar y fortalecer la organización activista existente, tal como quedará patente con el análisis de *El país de Toó* de Rodrigo Rey Rosa, la saga de Dolores Morales de Sergio Ramírez y la de don Chepe de Daniel Quirós, además de en otros trabajos que han quedado fuera de mi corpus como es el caso de las ya mencionadas *Noviembre* de Jorge Galán o *Ita* de Mónica Albizúrez.

5. Organización de la tesis

Negra memoria: la narrativa policial centroamericana en la era del neoliberalismo se divide en tres capítulos, cada uno de los cuales atiende a una de las grandes temáticas de la novelística de posguerra en relación a la transformación neoliberal de la región: transición a la paz y agenda neoliberal, procesos de memoria y diáspora. La transición a la paz con la consiguiente transformación estructural bajo lógicas neoliberales, así como la privatización de la vida diaria son los ejes centrales del primer capítulo, “Autopsia de una paz criminal: la agenda neoliberal de la posguerra”. En este análisis la reacción a los cambios estructurales que trajo la transición a la paz en Guatemala y Nicaragua en dos novelas de Rodrigo Rey Rosa, *Que me maten si...* y *El país de Toó*, y una novela de Sergio Ramírez, *Ya nadie llora por mí*. Ambos autores denuncian en su obra el impacto negativo que la transición neoliberal ha traído para la mayor parte de la población del Istmo. Rey Rosa sugiere en *Que me maten si...* que la

firma de la paz en Guatemala no puso realmente fin a la violencia, que en cambio se transmutó y pasó a circular por canales ya no ideológicos sino vinculados al capital y al crimen organizado: la promesa de una nación reconciliada es abatida simbólicamente con el asesinato de la joven pareja formada por un exmilitar y una exguerrillera. En *El país de Toó* este mismo autor representa una Guatemala ya entrada en el siglo XXI y anegada en problemas de desigualdad social, racismo y extractivismo; un país en el que tanto los grupos opresores como los oprimidos actúan organizados en redes transnacionales. Mediante un giro final distópico, la novela apunta a la necesidad imperiosa de la decolonización de Guatemala, la devolución de sus tierras ancestrales a los mayas y la emergencia de un nuevo Estado decolonizado mediante la colaboración solidaria de diversos grupos sociales marginales. Por su parte, Ramírez construye en *Ya nadie llora por mí* una fuerte crítica del régimen de Daniel Ortega que, pese a su filiación aparentemente izquierdista, ha continuado la transformación neoliberal de Nicaragua iniciada por sus predecesores liberales y ha creado un régimen en el que la riqueza está distribuida de forma altamente desigual y donde las mujeres sufren constantemente la violación de sus derechos fundamentales. A pesar de la torpeza con la que Ramírez instrumentaliza la agenda feminista en esta novela, el autor formula un convincente argumento en torno a lo que Fabricio Tocco denomina estética del fracaso, un rasgo propio del neopolicial latinoamericano. En *Ya nadie llora por mí* esta característica adopta la forma de una ética quijotesca del fracaso: Ramírez defiende la necesidad de perseverar en la lucha por la justicia social bajo la sombra del caudillo Daniel Ortega incluso si las perspectivas de victoria son tenues, pues en esa misma perseverancia se halla una suerte de victoria ética.

El segundo capítulo, “Interrogatorio al pasado: la memoria de los conflictos armados” explora los procesos de memoria y los discursos sobre las pasadas guerras en Guatemala, El Salvador y Costa Rica en las novelas *El material humano* de Rodrigo Rey Rosa, *El sueño del retorno* de Horacio Castellanos Moya y *Verano rojo* de Daniel Quirós. Estas tres novelas

problematizan las complejas batallas de la memoria de la región y dejan en evidencia que las sociedades centroamericanas tienen aún cuentas pendientes con su turbulento pasado, proponiendo que es necesario llevar a cabo un adecuado proceso de rememoración de la violencia para alcanzar la reconciliación. *El material humano* hace énfasis en la necesidad de superar una comprensión del pasado basada en dicotomías ideológicas propias de la Guerra Fría y, a través de una trama que recorre la tradición letrada guatemalteca y el laberíntico espacio del Archivo Histórico de la Policía Nacional de Guatemala, concluye que en este país no es posible construir una memoria colectiva desde una perspectiva crítica y consensuada, por lo que el protagonista y narrador se decanta, finalmente, por la narración de su propia memoria íntima. *El sueño del retorno*, por su parte, establece una analogía entre el proyecto de regreso del exilio de su protagonista, el salvadoreño Erasmo Aragón, y el proyecto de la paz salvadoreña. Ambos proyectos se construyen como fantasías inalcanzables si no se hace el trabajo de memoria necesario; la falta de resolución del misterio íntimo en torno al que se articula la novela sugiere que El Salvador no podrá superar los males sociales que le aquejan desde la firma de la paz si no lleva a cabo una investigación cabal de los crímenes pasados, asignando responsabilidades a sus perpetradores. Por último, la acción de la novela de Quirós gira en torno a un crimen relacionado con el atentado contra Edén Pastora cometido en los años ochenta y lleva al lector a reconsiderar el papel supuestamente neutral de Costa Rica en esta década. La novela destruye varios de los mitos nacionales en los que se basa la identidad costarricense: el del Estado del bienestar y el progreso, y el de la no violencia y la neutralidad política en asuntos internacionales. Por último, esta novela también desmonta el mito del Sandinismo en Nicaragua, que es visto a la luz del siglo XXI como un proyecto histórico fallido.

En el tercer y último capítulo, “Sujetos en tránsito: la experiencia diaspórica”, examino las representaciones de la migración y la diáspora en *The Long Night of White*

Chickens de Francisco Goldman, *Moronga* de Horacio Castellanos Moya y *Lluvia del norte* de Daniel Quirós. La primera de las novelas mencionadas problematiza las comunidades diaspóricas que emergen en tiempos de guerra, mientras que la segunda se enfoca en esas mismas comunidades décadas más tarde, una vez que han tenido lugar las firmas de los acuerdos de paz y la transnacionalización del capital. Por último, la tercera novela explora la diáspora nicaragüense en Costa Rica en la Centroamérica postsandinista. Las tres novelas señalan que la emergencia de las diásporas centroamericanas está ligada a los procesos de transnacionalización del capital que se afianzaron en las transiciones a la paz. La obra de Goldman denuncia la mercantilización de niños en Guatemala mediante el fenómeno de las adopciones internacionales irregulares y sugiere, a través de la utilización del recurso del crimen no resuelto, que durante los años setenta y ochenta fue imposible para los sujetos diaspóricos tener un conocimiento cabal de la violencia política que estaba asolando el país. En *Moronga*, Castellanos Moya hace hincapié en que, treinta años después de la firma de la paz en El Salvador, el trauma sigue oprimiendo a los supervivientes de la violencia allende fronteras geográficas y temporales. La novela señala que la transición neoliberal y la transnacionalización del capital han afectado a todas las áreas de la vida económica, incluyendo el crimen organizado, y denuncia que solo quienes perpetúen la violencia heteronormativa en el período de posguerra sobrevivirán en la diáspora, mientras que quienes aspiran a vivir de forma pacífica y hacer memoria sobre los crímenes de la guerra sucumbirán a la lógica perversa del sistema. La última novela analizada en la tesis, *Lluvia del norte*, expone el crimen de la turistificación en Costa Rica así como el hecho de que la experiencia diaspórica está atravesada por cuestiones de clase. La novela hace un llamamiento, en el contexto de un Estado neoliberal que se lava las manos en materia de justicia y servicios, a la organización transnacional de los ciudadanos para resistir fenómenos de injusticia social. Es solo a través de la solidaridad y los esfuerzos conjuntos de la comunidad —unas prácticas que

beben del espíritu pasado de la Revolución Sandinista— que las y los centroamericanos, según sugiere Quirós, podrán construir un mundo más justo y más igualitario.

II

Autopsia de una paz criminal: la reacción a la agenda neoliberal de la posguerra

“Como me dijo un policía local, en lo que pienso podría ser una de las mejores definiciones ideológicas del género negro: ‘con el progreso vienen todos los hijueputas’” (Lee y Cuadrado 151).

1. Introducción

En la novela neopolicial *El hombre de Montserrat* (1994) del guatemalteco Dante Liano, el narrador da cuenta del asedio y destrucción por parte del ejército a una casa de la guerrilla en lo que podemos suponer que es el verano de 1981¹⁸. En la descripción narrativa del ataque aparecen entremezcladas transcripciones de un programa de noticias de radio que está reportando el evento. El noticiero transforma la muerte de los guerrilleros en un producto de entretenimiento mediático para consumo masivo, tal como indica el hecho de que “el reportero hablaba con la misma entonación con que narraba los partidos de fútbol” (45). La escena pone de manifiesto las intrincadas conexiones entre el conflicto interno armado y los intereses económicos de las élites transnacionales:

En directo y a todo color, esto es el Noticiero Qué Mundo, desde donde se produce la noticia, transmitiendo para el pueblo de Guatemala, a través del Canal Uno, el Canal de los Grandes Espectáculos, por una cortesía de Cerveza Gallo, sabor de Guatemala, del Banco Inmobiliario y bajo el patrocinio de Alka Setzer, con información de...

¡ÚLTIMA HORA! (77, énfasis en el original).

Información periodística sobre la guerra y publicidad llegan a mezclarse de forma grotesca gracias al contraste entre la frivolidad de los anuncios y la crudeza de la violencia en otra escena más adelante:

¹⁸ La acción se sitúa sin duda en julio o agosto de 1981, ya que “entre el 8 de julio y el 13 de septiembre se realizó una serie de operaciones militares con las que se destruyeron todas las estructuras urbanas de las organizaciones guerrilleras” (Vela Castañeda 53). Mario Payeras da cuenta de esta serie de operaciones también en su conocido testimonio *El trueno en la ciudad* (60).

Encendió la radio. Entre un anuncio y otro, hablaban de la caída de la casa guerrillera. Coca-Cola, la chispa de la vida. Murieron completamente carbonizados. Ferretería del Águila. Había restos humanos por todas partes. Tarde o temprano, su radio será Philips. Fueron secuestrados todo tipo de armamento. Mejor, mejora, Mejoral. Había una mujer en estado de gravidez. Capas Ciclón, en el invierno dan protección. Un soldado perdió la mano. Hidrosolina, para la diarrea. Identificados casi todos los guerrilleros. (76)

La guerra y los intereses económicos de determinados actores sociales han estado, como resalta la novela de Liano, íntimamente ligados, del mismo modo que la transición a la paz y la democracia liberal está directamente relacionada con la transición a una economía neoliberal que ha transformado profundamente el Istmo, tal como ha señalado Robinson (68-70). Así, desde los años ochenta la región se ha visto sometida a una serie de medidas legales, políticas y económicas con el fin de introducir y afianzar un sistema económico neoliberal y promover la transnacionalización del capital y la participación de la economía centroamericana en redes económicas globales. Estas medidas son, en esencia, acuerdos de libre comercio como el CAFTA-DR, zonas libres de impuestos para la instalación de maquilas, precarización del empleo, privatización de servicios tradicionalmente asociados al Estado, recorte gubernamental en gastos sociales y un giro en las actividades económicas hacia los servicios financieros, los monocultivos no tradicionales, el turismo, la maquila, la exportación de la fuerza de trabajo y las consiguientes remesas.

Los países que se encontraban sumidos en conflictos civiles han llevado a cabo procesos de pacificación que han logrado la estabilidad social necesaria para la implantación de estas medidas. Esto es, bajo las nuevas lógicas de la economía global, podría decirse que la paz ha sido, más que un esfuerzo para terminar con la extenuante violencia sistémica y el conflicto civil, un paso dado para la consecución de determinados objetivos económicos.

Además, hemos asistido a la instauración de un sistema poliárquico cuyos gobiernos, indiferentemente del signo político al que pertenezcan, trabajan para crear el marco legislativo más favorable para el capital transnacional y el neoliberalismo, firmando acuerdos de libre comercio, aprobando la creación de zonas libres de impuestos para la implantación de maquilas, favoreciendo la privatización de servicios tradicionalmente cubiertos por el Estado como la educación o la sanidad, desregulando normativas laborales y recortando el gasto social en todo lo posible, entre otras medidas.

Todos estos cambios han tenido un impacto muy profundo en la sociedad centroamericana desde los años noventa y entrando en el nuevo milenio. Según Sonja Wolf, el acuerdo del CAFTA, que entró en vigor en 2006, “deepened existing wealth disparities. Ordinary Salvadorans were hit disproportionately hard by the reforms and have seen no substantial improvement in their living conditions since then” (38). Y es que, doce años después de la firma de la paz, en 2004, el 55% de la población salvadoreña vivía por debajo del umbral de la pobreza, “dentro de la nueva economía dolarizada impulsada por una ideología neoliberal excluyente representada por el sector financiero e industrial” (Candelario). El daño causado por esta agenda económica no ha pasado desapercibido para los intelectuales, y abundan las críticas. Por ejemplo, Padilla afirma que “the new neoliberal agenda has not only failed to ameliorate existing social and economic problems but has reproduced and, in many cases, exacerbated them” (133). También la reputada centroamericanista Ana Patricia Rodríguez denuncia que, tras las heridas causadas por la guerra, Centroamérica “continúa siendo desfigurada por la embestida de los programas neoliberales por toda la región” (“La producción cultural en Centroamérica” 25).

Paradójicamente no podemos asegurar que el fin de la guerra haya traído la paz a la región, pues con la transición a la democracia liberal la violencia no desapareció, sino que simplemente se transformó. La violencia política e ideológica dio paso así a un nuevo tipo de

violencia criminal. Las agudas desigualdades sociales que detonaron las guerras civiles siguen sin resolverse, de modo que las dinámicas de violencia vividas durante largos años de conflicto, sumadas a la pobreza generalizada y la falta de expectativas, han creado el ambiente perfecto para que el crimen campe a sus anchas:

As we enter the third millennium, unemployment, poverty, and lack of opportunities are contributing to escalating levels of quotidian violence, especially among the youth of Central America. The rift between the narrative of peace and the practice of peace becomes wider, and the f(r)ictions and contradictions of peace in the region become more apparent. (Rodríguez, *Dividing the Isthmus* 202)

Y es que pesar del estado oficial de paz, las naciones del Istmo, en especial las que constituyen el tristemente célebre Triángulo Norte —El Salvador, Guatemala y Honduras—, viven convulsionadas por una violencia cotidiana que poco tiene que envidiarle a los horrores de la guerra, como si lo único que hubiera cambiado fueran los modos en que opera esta violencia: “the end of wars did not bring an end to violence, which simply took new criminal forms” (Kokotovic, “Neoliberal Noir” 17). La realidad actual del Istmo queda, pues, por desgracia muy lejos de las promesas de democracia, progreso y paz.

En este capítulo analizo las novelas *Que me maten si...* (1997) y *El país de Toó* (2018) del guatemalteco Rodrigo Rey Rosa, así como *Ya nadie llora por mí* (2017) del nicaragüense Sergio Ramírez. Las tres novelas exploran en profundidad los modos en que la violencia se perpetúa tras las guerras civiles del Istmo, y se plantean qué posibilidades de resistencia, si alguna hubiera, les quedan a las y los centroamericanos. Las tres novelas se articulan en torno a la crítica de la agenda económica neoliberal centroamericana y las transformaciones que esta ha traído consigo, denunciando la emergencia de diversas variantes de crimen organizado como nueva forma de acumulación de capital, la perpetuación de dinámicas neocoloniales de violencia y de racismo, la rampante corrupción política, la destrucción ambiental provocada

por los proyectos extractivistas y la transformación de las metrópolis centroamericanas en áreas urbanas altamente segregadas, con las zonas de mayor poder adquisitivo sujetas a las nuevas lógicas de la seguridad.

Mientras que la novela *Que me maten si...* (1996) de Rey Rosa expresa una profunda desilusión con el proyecto de la paz en Guatemala, sugiriendo que en tiempos de paz la violencia simplemente va a perpetuarse por vías criminales en lugar de políticas, su reciente *El país de Toó* (2018) no deja de expresar desilusión y desencanto, pero también esperanza en que es posible construir alternativas al régimen neoliberal a través de la organización comunitaria, la alianza de diferentes grupos sociales y el liderazgo de los pueblos mayas hacia una Guatemala decolonizada.

De forma similar, el neopolicial *Ya nadie llora por mí* (2017) de Ramírez denuncia el fuerte impacto que la agenda neoliberal ha tenido sobre las clases trabajadoras y cómo Nicaragua se ha transformado, bajo la sombra del régimen orteguista, en un país al servicio del capital transnacional y las élites económicas mientras las clases medias y bajas se ven cada vez más empobrecidas, el trabajo se precariza y se violan los derechos de las mujeres. El autor sugiere, sin embargo, que caer en la apatía política y la inacción es precisamente dejar triunfar al sistema y que la única postura ética aceptable en este marco es la de la resistencia a través, una vez más, de la organización comunitaria. Ambos autores, pues, critican duramente la realidad de la Centroamérica del nuevo milenio bajo la economía neoliberal y señalan los modos en que la violencia se ha perpetuado por vías distintas a las ideológicas desde el final de las guerras civiles, sin haber llegado a desaparecer. Coinciden, además, en apuntar hacia la solidaridad de diferentes grupos marginales para resistir y luchar contra la injusticia social: la comunidad y la solidaridad están claramente en el núcleo mismo de la narrativa policial centroamericana de la era neoliberal.

2. Posguerra, neoliberalismo y resistencia en la narrativa de Rodrigo Rey Rosa

2.1. Introducción

La obra del guatemalteco Rodrigo Rey Rosa (1958) es prolífera y variada. Ha publicado novela, novela corta y cuentos y, en general, ha mostrado predilección por el género policial y el thriller como medio para problematizar las tensiones de la sociedad chapina en la era nueva era global. En este capítulo voy a analizar su novela corta *Que me maten si...* (1997), que fue escrita a lo largo del significativo año de 1996, el mismo año en que se firman los Acuerdos de Paz en Guatemala, y su novela *El país de Toó* (2018). Ambas novelas plantean la idea de que en este país la paz fue construida como un proyecto necesario para la deseada neoliberalización del mercado, y que en tiempos de paz la violencia no cesa, sino que más bien se transforma y pasa a discurrir no ya por líneas ideológicas bien definidas, sino a través de las nuevas lógicas del capital transnacional. A la luz de este descubrimiento, *Que me maten si...* propone la imposibilidad de construir un proyecto de paz auténtico y justo que asegure la reconciliación nacional, mientras que *El país de Toó* sugiere, en términos más optimistas, aunque sin ingenuidad, que el futuro de una Guatemala justa pasa por un impostergable proceso de descolonización.

2.2. *Que me maten si...* y el proyecto neoliberal de la paz en Guatemala

“Guatemala de la eterna primavera y van pasando los cadáveres envueltos en papel celofán o

bolsas de polietileno, *meid in usa*”

(Argueta 161, énfasis en el original).

La acción de *Que me maten si...*, que, en opinión de Ortiz Wallner, “combina en su trama aspectos de la novela de espionaje y la novela de denuncia política” (*El arte de ficcionar* 111-112), está ambientada en la Guatemala de finales de la guerra, hacia 1995¹⁹. La

¹⁹ Un personaje se refiere en el presente de la novela a los “tiempos de Lucas, quince años atrás”, situando la acción entonces a partir de 1993 (el gobierno de Lucas García empieza en 1978) y antes del final de la guerra en 1996, que aún transcurre cuando se inicia la novela.

trama comienza cuando Ernesto Solís, un joven militar perteneciente a la burguesía capitalina, decide dejar el ejército para estudiar en la universidad, transición que sus padres ven con buenos ojos. En la universidad se hace amigo de Emilia, una estudiante de antropología y miembro clandestino de la guerrilla urbana. Ella, aunque al inicio no le presta mucha atención, un día le propone pasar un fin de semana juntos en Chajul, y él accede. Una vez allí, se topan con una pareja de ancianos británicos, el escritor y periodista Lucien Leigh y su esposa Nina. Ernesto piensa que el encuentro es una casualidad, pero en realidad ha sido orquestado por Emilia, que cumple con este viaje una última misión de espionaje en colaboración con Lucien. Este le pide a Ernesto que lo lleve a ver el lugar donde asesinaron al hermano de Rigoberta Menchú y, en cierto momento, simula perder un audífono junto a un camión militar: el anciano se dedica a espiar dejando audífonos para su incipiente sordera en los lugares que le interesan, mientras que guerrilleros en Ciudad de Guatemala sintonizan la frecuencia correcta para escuchar en tiempo real los sonidos que el audífono está captando²⁰. Más adelante, Ernesto y Emilia tienen un fugaz romance y el novio de esta acaba asesinando al protagonista por celos, momento en el que concluye la primera parte de la novela. En la segunda y última parte, Emilia pasa una temporada exiliada en París y regresa a Guatemala tras la firma de la paz para averiguar qué le ha pasado a Lucien, que ha desaparecido en una de sus misiones de espionaje. A raíz de esto, investigará en torno a un orfanato de dudosa legalidad y, finalmente, será asesinada por Pedro Morán, un militar que era amigo de Ernesto y que está involucrado en el crimen organizado²¹. Con la muerte de Emilia concluye la novela.

²⁰ Rey Rosa parece tener predilección por los personajes con discapacidad. Lucien Leigh es sordo, al igual que los niños en que se inspira el argumento de *Los sordos*. El joven Jacobo, de *El país de Toó*, estuvo a punto de morir ahogado en un accidente en una piscina y pierde temporalmente la capacidad de hablar, así como sus habilidades de lectoescritura y ciertas funciones cognitivas. Por último, el protagonista de *El cojo bueno* ha sufrido la pérdida de uno de sus pies en un secuestro. Rey Rosa parece tener preferencia, pues, por poner en el centro de sus narrativas a seres marginales y marginados, también funcionalmente.

²¹ La transición del ejército al crimen organizado es también denunciada en la novela *El arma en el hombre* del salvadoreño Horacio Castellanos Moya, en que un soldado desmovilizado de las Fuerzas Armadas de El Salvador pasa, tras la firma de los Acuerdos de Chapultepec en 1992, a trabajar para un escuadrón de la muerte

La novela nos presenta, a través de sus personajes, distintas posturas ideológicas en torno al final del conflicto interno armado en Guatemala. La unión romántica de Ernesto y Emilia, ambos ex combatientes de bandos enfrentados, parece simbolizar la promesa de una nueva Guatemala en paz, pero esta promesa queda frustrada, primero, con el asesinato de Ernesto y también con los de Lucien y la misma Emilia. La novela apunta con agudeza a las carencias de un proceso de transición que ignora a los mayas, quienes conforman en torno a la mitad de la población nacional, y que ha permitido a los altos mandos militares transicionar del negocio de la guerra y la violencia política al del narcotráfico y el crimen organizado así como la violencia criminal.

2.2.1. Una Guatemala escindida frente a la paz: la representación simbólica de las posturas ideológicas al final del conflicto armado

Los distintos personajes de la novela vienen a representar de forma simbólica las diferentes posturas en torno a la violencia política y la transición a la paz que existían a finales del conflicto armado interno a mediados de los años 90 en Guatemala. Así, Ernesto y Emilia, que al inicio de la novela abandonan, respectivamente, el ejército y la guerrilla, son representaciones paralelas de dos opuestos: combatientes enfrentados que, hacia el final de la guerra, han decidido deponer las armas y dedicarse a sus estudios, esto es, a prepararse para un nuevo futuro en paz. Por su parte, los padres de Ernesto representan a la burguesía ladina conservadora que desea la paz, pero prefiere pasar por alto los crímenes contra la humanidad cometidos durante el conflicto y aboga por una transición sin procesos de justicia ni memoria. A su vez, los compañeros de guerrilla de Emilia encarnan la postura ideológica de la izquierda de la época que, si bien no negaba los crímenes contra los mayas como hacían los conservadores, insistía en que eran problemas secundarios. Por último, Pedro Morán

de extrema derecha, liderado por un mayor del ejército y, más adelante, para un cartel del narco. La novela *Managua Salsa City. ¡Devórame otra vez!* del guatemalteco-nicaragüense Franz Galich también problematiza la transición de los combatientes desmovilizados del ejército al crimen, pues el personaje principal es perseguido y atacado por una banda de asaltantes que lucharon en la contra y ahora viven de robos en casas de lujo.

representa a la clase militar que ha aprovechado la guerra para enriquecerse y establecer negocios dentro del crimen organizado que continuarán en la era de paz, en la que la violencia no es política, sino criminal.

Ernesto, que decide dejar la carrera militar antes del final de la guerra para ir a la universidad y dirigir su futuro hacia otros rumbos profesionales, vendría a representar a cierta sección de la sociedad guatemalteca que, a pesar de su complicidad con la violencia y el genocidio, comprende la profundidad de lo sucedido y está dispuesta a asumir responsabilidades y abrir camino a la justicia. Para Ernesto, el viaje a Chajul con Emilia y Lucien ha sido determinante y transformador. Allí ha podido ver los vestigios del genocidio y ha empatizado con el sufrimiento de los pueblos mayas, desarrollando un sentimiento de solidaridad con ellos. Para empezar, Leigh le ha dado a leer el fragmento del testimonio de Rigoberta Menchú en que narra la tortura y asesinato de su hermano y otros muchos campesinos²². Además, al buscar direcciones en el pueblo, “[s]e detenían a preguntar: a un niño, a un viejo, a una mujer, que parecían no comprender y se apartaban del camino con expresión de terror” (35). A continuación, visitan una iglesia decorada con “una tosca pintura contemporánea, donde aparecían amontonados varios indígenas muertos, sus cuerpos sangrientos y mutilados, en medio de un semicírculo de figuras con uniformes de soldados” (35). Finalmente, al contemplar el lugar de la masacre Ernesto piensa que “debía sentirse culpable, tal vez cobarde” (40) por no haber hecho nada y haber participado de la violencia en tanto que miembro de la institución militar. Este viaje marca, pues, un antes y un después para la conciencia de Ernesto, que le confiesa a Emilia: “Me has hecho cambiar. Ahora sé que debo aceptar la responsabilidad por mucho de lo que ha pasado aquí —dijo—. Sobre todo por lo que les ha pasado a los indios” (45). Ernesto representa, así, la buena voluntad de hacer

²² En el capítulo XXIII de su conocido testimonio *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* la activista k'iche' relata el brutal asesinato de su hermano. Varios jóvenes guerrilleros y él fueron torturados y después asesinados por parte del ejército en 1979 en Chajul ante la impotente mirada de los vecinos del pueblo.

autocrítica y asumir responsabilidades. El personaje encarna, en última instancia, la posibilidad de una transición justa en Guatemala, al menos desde el punto de vista ladino.

Sin embargo, otros personajes en la novela representan posturas ideológicas diferentes que pueden dificultar la transición a una paz exitosa. Los padres de Ernesto, en primer lugar, representan a la élite ladina a la que los crímenes de genocidio les son indiferentes y abogan por una transición sin procesos de justicia ni memoria. Una noche Ernesto conversa con sus padres mientras su empleada doméstica les sirve la cena y ven en las noticias el descubrimiento de una fosa común en El Petén, con lo que Ernesto afirma que se “[c]ometieron crímenes de guerra” (15). Su padre se limita a guardar silencio y a aprobar su salida del ejército, “todo un acierto” tal “[c]omo estaban las cosas” (15), mientras que su madre adopta una postura negacionista, alegando que ella no es “quién para juzgar” (15) y que “[l]as cosas más horribles que puedas imaginar, todo, absolutamente todo ocurre como debe ocurrir. Es parte de la forma de ser del mundo particular en que vivimos, que nada puede cambiar. Hay que aceptarlo, simplemente” (14). Con esta escena, el autor parece presentarnos dos posturas ideológicas enfrentadas comunes entre la población ladina durante la inmediata posguerra: unos, como Ernesto, quieren que se investiguen los crímenes de guerra y se abran los procesos de justicia pertinentes, mientras que otros, como sus padres, prefieren pasar por alto los crímenes de genocidio y lesa humanidad, y optar más bien por una posguerra de “borrón y cuenta nueva”, enterrando el lado más oscuro de la guerra bajo un manto de triunfalismo acerca del fin de la violencia bélica²³.

²³ Este enfrentamiento perdura aún hoy, tal como muestra la aseveración, por parte de diversos guatemaltecos y guatemaltecas entrevistados para el documental *500 Years* (2017) de la cineasta Pamela Yates, de que en Guatemala no hubo genocidio. Buena parte de la clase política conservadora sostiene la misma opinión, sin ningún reparo en hacerla pública. Zury Ríos Sosa, hija de Efraín Ríos Montt y ferviente negacionista, fungió como diputada en el Congreso guatemalteco entre 1996 y 2012, y ha tratado de presentarse a la presidencia del país en las elecciones del 2011, 2015 y 2019. Asimismo, y tal como Berthold Molden ha puesto de manifiesto, el grueso de la clase dirigente financiera, que conforma el CACIF, es negacionista (338).

Por su parte, los sectores ladinos de izquierdas de la novela también desestiman los crímenes cometidos contra las poblaciones indígenas. Aunque no los niegan, para ellos suponen una problemática secundaria y de menor importancia, tal como pone de relieve la escena de la escucha de la grabación de Chajul. La grabación revela que miembros del ejército obligaron a un grupo de hombres mayas a transportar droga y, cuando completaron la misión, los ejecutaron y lanzaron sus cuerpos al mar. Xiuán, el guerrillero ixil que interpreta la conversación, se indigna y propone que se denuncie, alegando que podrían presentarse como pruebas las cintas y el camión rescatado del mar con los cuerpos de los cargadores, a lo que sus compañeros le replican que las cintas “[s]on muy poca cosa, nada, casi — dijo Arturo—, para nuestros tribunales” (56). Cuando Xiuán contesta que no puede “dejar que esto termine ahí” (56), le dicen sin más: “Lo entiendo, pero sobre todo ahora, nosotros no podemos ayudarte” (57). Es interesante notar que, aunque Xiuán se refiere a sus compañeros empleando la forma gramatical de usted, Óscar y Alberto lo tutean, dejando clara así la dinámica de poder entre ellos. La condescendencia de los guerrilleros ladinos hacia su camarada indígena es evidenciada a través del “tono amistoso [de Óscar], mientras Arturo replegaba el mapa” (57). El tono indica cierta infantilización del interlocutor dada la seriedad del asunto y el hecho de que Arturo estuviera haciendo algo más pone de manifiesto que ya han dado por zanjada la cuestión. Rey Rosa critica así la exclusión sistemática de las luchas indígenas dentro de los movimientos de izquierda guatemaltecos y la condescendencia que han sufrido dentro de ellos los indígenas, minimizando, como hacen Óscar y Arturo en el pasaje analizado, los crímenes contra los pueblos mayas, y sugiriendo que un proyecto de paz excluyente hacia las comunidades mayas no podría ser jamás exitoso.

En la lucha de las diversas organizaciones guerrilleras se antepuso siempre la cuestión de clase y la lucha por la liberación económica a la cuestión étnica, restándole así importancia a la opresión sistemática sufrida por el pueblo maya, ya que “lo económico se convierte en

determinante” (Macleod, *Ri Ajxokon* 61). El análisis de la investigadora Morna Macleod de diversos documentos sobre la cuestión indígena, el racismo y la lucha armada redactados por organizaciones revolucionarias²⁴ pone de relieve que los guerrilleros no niegan la existencia de un sistema racista, pero piensan que la lucha de clases es más urgente y prioritaria y que, una vez obtenida la victoria y liberada la clase trabajadora, la solución al problema racial vendrá por sí misma, pues entienden que el indígena es explotado por la posición que ocupa en la cadena económica de la república y no por su etnia, con que “el problema del racismo se resuelve con el proceso revolucionario” (*Ri Ajxokon* 36). Además, el planteamiento de la cuestión racial del EGP “implica que la cultura maya se erosionará inevitablemente cuando las relaciones de producción cambien de precapitalista a socialista; en otras palabras, que el proceso de asimilación a la larga es inevitable” (Macleod, *Ri Ajxokon* 67), una idea que la investigadora cuestiona: “¿está reñida la cultura indígena con la modernidad?” (*Ri Ajxokon* 68). Como varios autores han venido señalando, el proyecto nacional de la república guatemalteca incluye en sus planes desde el principio al pueblo indígena, la cuestión es en qué posición de la cadena económica lo sitúa: la nación maya es indispensable para la Guatemala moderna como mano de obra semi esclava en los cafetales y algodones de la costa y como servicio doméstico en los hogares de la capital²⁵ y, ya en el siglo XXI, como trabajadores del campo en los grandes monocultivos dedicados a la exportación y empleados de las maquilas. La interacción entre Xiuán y sus compañeros ladinos ilustra bien estas tensiones dentro de la izquierda chapina. Rey Rosa está denunciando con esta escena el racismo de las

²⁴ Se trata de su estudio *Ri Ajxokon, ri Amaq'i Chi Iximulew. Organizaciones revolucionarias, indianistas y pueblos indígenas en el conflicto armado: análisis y debates*. Específicamente, el texto se ocupa de “La cuestión indígena” (1982) del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), “Racismo I” (1976) y “Racismo II” (1978) de la Organización del Pueblo en Armas (ORPA), y de “Los pueblos indígenas y la revolución guatemalteca” (1982) del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP).

²⁵ Aura Estela Cumes Simón ha trabajado ampliamente el tema de la mujer indígena como empleada doméstica en Guatemala en su tesis doctoral *La “india” como sirvienta: servidumbre doméstica, colonialismo y patriarcado en Guatemala*, mientras que Matilde González Izás ha analizado las relaciones entre el proyecto modernizador y la opresión étnica en su estudio *Modernización capitalista, racismo y violencia: Guatemala (1750-1930)*.

organizaciones guerrilleras, para quienes la lucha de los indígenas era una cuestión secundaria, y sugiere que el racismo perpetuado por la URNG²⁶ a través de la condescendencia, el paternalismo, el acaparamiento de la toma de decisiones, el borrado de las cuestiones étnicas dentro de la lucha por la justicia social y la aspiración a la solución del llamado “problema indígena” mediante la asimilación cultural construirá una paz excluyente, débil y que no se atiende a las necesidades de aproximadamente la mitad de la población guatemalteca.

Sin embargo, la novela, a pesar de la crítica que hace a través del personaje de Xiuán y la escena antes descrita, encierra una contradicción en su planteamiento, y es que replica precisamente la forma en que se llevaron a cabo los Acuerdos de Paz, que no contaron con representantes de comunidades mayas para las negociaciones, a pesar de que el 83% de las 200.000 víctimas mortales de la guerra fueron, precisamente, de origen maya. Las negociaciones sentaron a miembros del ejército y de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) y, aunque en la guerrilla hubo por supuesto participación indígena, ya hemos visto que para estas organizaciones las cuestiones de raza y etnia nunca fueron una prioridad. Al igual que el proceso de paz, la novela parece pasar por alto las voces indígenas. Xiuán es el único personaje maya y solo está presente en la acción de las páginas 48 a la 57: menos del 10% del total de la novela. Las reivindicaciones de los indígenas, sus aportaciones y sus perspectivas estuvieron ausentes de los Acuerdos de Paz y también lo están de *Que me maten si...*, que se limita a narrar el final de la guerra y la transición a la paz desde el punto de vista ladino.

Como Ernesto, también Emilia ha decidido deponer las armas y abandonar la lucha armada de la guerrilla para, en su lugar, dedicarse a los estudios. Ambos se conocen en el

²⁶ Esta comprendía a las tres formaciones guerrilleras: el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), la Organización del Pueblo en Armas (ORPA) y las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), además del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT).

campus universitario y Ernesto se enamora de la muchacha. El breve romance entre ambos simboliza la promesa de una Guatemala en paz tras la exitosa reconciliación de los dos bandos enfrentados en la contienda: militares y guerrilleros. De vuelta a la capital tras su viaje a Chajul, Emilia y Ernesto no tienen tanto contacto, aunque finalmente ella sugiere pasar otro fin de semana juntos, esta vez en la playa, donde “se acostaron en la misma cama en uno de los cuartos. Y fue el cuerpo de ella el que en la oscuridad buscó sorda y ciegamente el de él” (46). La unión sexual de ambos, el exmilitar arrepentido y la guerrillera retirada, simboliza la deseada reconciliación de una Guatemala a la que la guerra ha dejado exhausta pero en la que aún, después de todo, podría haber espacio para el (re)encuentro y el amor entre bandos enfrentados.

En su conocido volumen *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*, Doris Sommer analiza diferentes novelas latinoamericanas decimonónicas que fundaron las literaturas nacionales de sus respectivos países y cuyo argumento, además, gira en torno al nuevo proyecto de república liberal latinoamericana del momento. En estas novelas, el éxito o el fracaso de tal proyecto está representado por el destino de la pareja protagonista y por el desenlace, en felices nupcias o en tragedia, de su romance. Rey Rosa parece adherirse a esta tradición a través de su representación de la experiencia amorosa como una oportunidad de redención no solo personal sino social. El amor de Emilia puede salvar a Ernesto de su pasado de complicidad con el ejército, y viene a evocar la posibilidad de una Guatemala de posguerra en que ambos bandos se reconcilien fraternal y amorosamente. Sin embargo, la promesa de una sociedad guatemalteca en paz se rompe trágicamente en la novela con el asesinato, primero, de Ernesto y, después, de Emilia. No hay lugar en la novela para la esperanza en un nuevo proyecto de nación, que se plantea imposible desde el principio porque, en realidad, ni Ernesto ni Emilia, con toda su esperanza hacia el futuro y sus deseos

de una Guatemala en paz y reconciliada, conocen la auténtica profundidad de las transformaciones de la violencia en la era de posguerra.

Las relaciones sexoafectivas en la novela también le sirven al autor para problematizar la masculinidad heteronormativa del momento. A pesar de que las guerrillas centroamericanas incluyeron a mujeres entre sus filas, llegando a ser un alto porcentaje de los combatientes, y de que la militancia supuso la oportunidad para muchas mujeres de dejar atrás roles femeninos tradicionales y entrar en la esfera pública en una supuesta igualdad de condiciones, los testimonios de las excombatientes ponen de manifiesto que sus compañeros varones se comportaban a menudo dentro del rígido arnés de la masculinidad heteronormativa tóxica y violenta²⁷. Óscar, el novio guerrillero de Emilia, le pregunta a esta si tuvo “algo que ver con [Ernesto] Solís” (63), a lo que ella reacciona sintiendo “un ligero enfado. Eso era estrictamente asunto de ella” (63). Le cuenta la verdad, sin embargo, y Óscar la insulta llamándola “[p]uta” (63). Esa misma noche aparece Ernesto también por casa de Emilia. Atormentado por el final de una relación que tanto le importaba, quiere aclarar las cosas con ella, pero es Óscar quien abre la puerta y lo recibe encañonándolo con una pistola: lo mata de un tiro al instante. Queda deshecha por completo así la más mínima posibilidad de reconciliación nacional: el resentimiento entre bandos, simbolizado en los tóxicos celos patriarcales y posesivos de Óscar sobre Emilia, no deja espacio para el diálogo, que es brutalmente aplastado mediante la violencia.

²⁷ Así, mujeres mayas que combatieron en alguna de las guerrillas de la URNG han declarado que de sus compañeros “at least a few did try to take advantage of women’s bodies” (Arias, “Indigenous Women” 137) mediante el acoso o el asalto sexual. Para leer más sobre la experiencia de las mujeres en las guerrillas guatemaltecas pueden consultarse, además del citado trabajo de Arias, el volumen colectivo de 2008 *Memorias rebeldes contra el olvido: Paasantzila Txumb’al Ti’ Sortzeb’al K’u’l* (Hernández Alarcón et al.), así como *Nuestras utopías: mujeres guatemaltecas del siglo XX* (1998) de Norma Stolz-Chinchilla, *Guatemaltecas: The Women’s Movement 1986-2003* (2006) de Susan A. Berger, *Mujeres en la alborada: guerrilla y participación femenina en Guatemala (1973-1978)* (2018) de Yolanda Colom, y *Mujeres y guerra en Guatemala y Chiapas* (2006) de Silvia Soriano Hernández. Por último, véase el ensayo de Maureen Shea “Narradoras activistas y guerreras intrépidas de la Centroamérica revolucionaria: discursividades testimoniales de mujeres combatientes” en el cuarto volumen de *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas IV*, editado por Héctor M. Leyva, Werner Mackenbach y Claudia Ferman. La masculinidad tóxica en excombatientes de la guerrilla ha sido explorada y problematizada también por el novelista salvadoreño Horacio Castellanos Moya en buena parte de su obra: *El sueño del retorno*, *Insensatez* y *Moronga* son probablemente los mejores ejemplos.

Óscar se descubre, como hombre, como el opuesto de Ernesto. El exmilitar ha sido siempre respetuoso de Emilia y su espacio, ha aceptado la relación que Emilia ha deseado tener con él, ha apreciado el enriquecimiento que Emilia ha traído a su vida, ha aceptado con tristeza la decisión de esta de romper el contacto, y solo trata de hacerla cambiar de idea mediante el diálogo, que tan importante parece en el plano nacional también. Por su parte, Óscar es posesivo, celoso, violento, cruel e impulsivo: ha insultado a Emilia cuando esta ha sido sincera con él y se ha vengado asesinando a Ernesto a sangre fría. La altura moral de Ernesto con respecto a Óscar se traduce también en el plano físico, pues Óscar “[e]ra más pequeño y delgado que Ernesto. Tenía los ojos inyectados de sangre” (64).

El asesinato de Ernesto marca la muerte simbólica de la posibilidad de reconciliación en Guatemala y de alcanzar una paz duradera y auténtica. En la estructura de la novela, también marca el final de la primera parte, focalizada en Ernesto y que transcurre durante el final de la guerra, mientras que la segunda está focalizada en Emilia y tiene lugar en la inmediata posguerra. Así, aunque guerra y posguerra pudieran parecer como dos periodos históricos marcadamente diferenciados, Rey Rosa los liga y fuerza al lector a contemplar ambos como partes de un todo, para descubrir así las lógicas de la transformación de un tipo de violencia de corte ideológico a un nuevo tipo de violencia, de corte económico, que discurre ya por cauces diferentes.

Es el joven militar Pedro Morán, buen amigo de Ernesto, el personaje que encarna esta nueva forma de violencia. Es hijo de un poderoso coronel que parece estar implicado también en actividades delictivas, pues la madre de Ernesto revela conversando con su hijo que hay rumores de que el padre de Morán está asociado con un israelí con el que transporta cocaína (16). Al parecer, el coronel Morán no es el único militar corrupto, ya que la madre de Ernesto asegura que son muchos “quienes van a quedar en la picota cuando todo este asunto de la paz haya terminado. [...] Gente como el coronel Bonilla, o el almirante Hernández” (16). No

obstante, cuando Ernesto encara a Pedro y le pregunta acerca de su relación y la de su familia con el narco, este lo niega todo (25-26). Sin embargo, Morán es el responsable de la operación de transporte de droga que espían los compañeros de Emilia y cuya escucha permite deducir que el camión militar transportaba amapola o cocaína hasta el puerto, y que los hombres ixiles forzados a cargar la mercancía bajo amenazas han sido asesinados al final de la operación (56)²⁸. El final de la novela confirma además que, en efecto, Morán está involucrado con las altas esferas del crimen organizado, con lo que Rey Rosa apunta a través del personaje a la forma en que la transición a la paz no concluyó la violencia, sino que más bien transformó la violencia política en violencia criminal y permitió a las élites militares enriquecerse y anclarse en el poder político-económico mediante la instauración y fortalecimiento de complejísimas y sumamente lucrativas redes de negocios ilícitos como el tráfico de drogas, el de personas o el lavado de dinero.

2.2.2. De la violencia de la guerra a la violencia de la paz: el crimen de la transición

Rey Rosa emplea al personaje de Morán para señalar la corrupción de las fuerzas armadas y dar a entender que los altos mandos del ejército se beneficiaron personalmente de la guerra enriqueciéndose y utilizándola como medio para el crimen organizado. Aunque por desgracia aún contamos con escasa evidencia histórica de la conexión entre ejército y negocios turbios (como tráfico de armas, de personas y de drogas, todos los cuales aparecen en la novela, siempre en torno a la figura del militar Morán), en la actualidad disfrutamos de la suficiente información fidedigna al respecto para poder aseverar que la élite militar del periodo de la guerra está relacionada con el crimen organizado en Guatemala y que un alto número de oficiales aprovecharon la lucha contrainsurgente y la transición a la paz para enriquecerse de forma ilícita. Así, por ejemplo, ya a finales de la década de los 90 se destapó

²⁸ Los cargadores ixiles mencionan que temen por sus vidas y, además, que sus mujeres están en aldeas modelo (52). Las aldeas modelos fueron una suerte de campos de concentración y reeducación ideológica donde se recluyó a menudo a las y los supervivientes de masacres y otras operaciones militares en el altiplano.

mediante el caso Moreno la implicación de militares en una red de contrabando dirigida por el salvadoreño Alfredo Moreno Molina, tal como ha reportado la prensa (“Moreno Molina”).

Además, tras la firma de los Acuerdos de Paz, militares de alto rango ya retirados conformaron dos grupos de crimen organizado conocidos como La Cofradía y El Sindicato. La Cofradía es “uno de los poderes ocultos que actúan en Guatemala” (Figueroa Ibarra 97) y fue organizada por los militares contrainsurgentes Manuel Callejas y Callejas y Francisco Luis Ortega Menaldo a partir de una estructura clandestina que operaba en el Ministerio de Finanzas Públicas para detectar tráfico de armas y municiones destinadas a las organizaciones guerrilleras. (Figueroa Ibarra 111)

Estos oficiales aprovecharon su posicionamiento privilegiado para hacer negocios sucios²⁹.

Por su parte, El Sindicato se formó a raíz de “una suerte de fraternidad horizontal en el seno de los militares egresados de la Escuela Politécnica en 1973” (Figueroa Ibarra 111). Aunque el militar Roberto Letona Hora parece también tener un rol prominente en la organización, su principal líder es el ex general Otto Pérez Molina (Figueroa Ibarra 111), quien fungió como delegado del ejército en la comisión del gobierno en los diálogos de los Acuerdos de Paz, fue presidente de la república de 2011 a 2015 y se encuentra actualmente en prisión por el caso de corrupción de aduanas La Línea. La guerra y la paz han sido, en última instancia, una oportunidad para el enriquecimiento ilegal de ciertos actores sociales³⁰.

²⁹ En concreto, el general Ortega Menaldo “ha sido acusado de mantener vínculos con el narcotráfico y el contrabando al extremo de que en 2002, el gobierno de Estados Unidos de América le canceló la visa” (Figueroa Ibarra 97). Ortega Menaldo no es el único militar jubilado al que Estados Unidos ha retirado su visado; también puede mencionarse el caso del coronel Rojas, quien “enfrentó en 2003 un proceso penal por contrabando y fue vinculado con un desfalco en el Crédito Hipotecario Nacional” (Figueroa Ibarra 98).

³⁰ Fue precisamente durante la época de la guerra cuando se formaron las alianzas entre diferentes sectores del ejército y se consolidan estos grupos de poder. La Cofradía engloba a los militares conocidos como estratégicos o institucionalistas, mientras que los constitucionalistas se reunieron en El Sindicato. Ambos grupos tenían opiniones encontradas acerca de cómo llevar a cabo la lucha contrainsurgente. Los primeros, la línea “dura” del ejército, abogaban por una guerra total que no tuviera consideraciones por los daños colaterales que se pudieran causar y eran reacios a las negociaciones con la guerrilla (Schirmer 263-264). Los constitucionalistas, por el contrario, se inclinaban por una estrategia que combinara elementos militares y políticos y su tesis de estabilidad nacional, ideada en 1986 por el entonces Ministro de Defensa y general del ejército Héctor Gramajo, marcó las pautas de la última década de la guerra (Schirmer 236-237).

Es seguro que con el paso de los años sabremos más sobre estas oscuras tramas de corrupción, poder y tráfico de armas, personas y drogas. Mientras el panorama se aclara, sin embargo, la producción cultural centroamericana y particularmente su literatura está mostrando una capacidad excepcional para problematizar este tipo de cuestiones, mientras que otros tipos de discursos (políticos, académicos, de derechos humanos, etc.) no han sido capaces o no han querido centrar su atención en estos asuntos. Esta novela es, sin duda, un gran ejemplo, pero también lo es *The Long Night of White Chickens* de Francisco Goldman³¹ y, hasta cierto punto, *El hombre de Montserrat* de Dante Liano.

Que me maten si... viene a denunciar, pues, el vínculo entre Estado y crimen organizado que se crea en la Guatemala neoliberal de posguerra: el Estado neoliberal ya no está al servicio del bien público ofreciendo sanidad, educación, transporte, seguridad, etc., sino más bien al de la acumulación de capital de las élites a través de actividades que el Estado, en una suerte de esquizofrenia neoliberal, considera criminales y supuestamente persigue, por un lado, y, por otro lado, a la vez protege y promueve. Cabe preguntarse: en Centroamérica, el Estado neoliberal ¿es también un narcoestado? Así lo creen algunos autores, que piensan que tras la guerra “el Estado contrainsurgente no fue relevado por un Estado de derecho democrático, sino que se transformó en un narcoestado en gran parte controlado por redes criminales” (Fleer 271). La antropóloga Irma Alicia Velásquez Nimatuj ha denunciado en el documental *500 Years* (Yates) que las agresivas campañas de tierra arrasada de los años ochenta sirvieron no solo para “quitarle el agua al pez”, según la campaña de “pacificación” del Plan Victoria 82 de Ríos Montt³², sino también para desocupar las tierras de la Franja Transversal del Norte y dejarlas disponibles para la inversión

³¹ *The Long Night of White Chickens* se analiza en el tercer capítulo de la tesis.

³² El Plan Victoria 82 fue gestado e implementado en 1982 por el general Ríos Montt y el alto mando del ejército. Los coroneles Lobos, Cáceres y Gramajo estuvieron a su cargo en distintos momentos (Schirmer 23). El objetivo del plan es aniquilar a la población indígena de las áreas del altiplano donde operaba la guerrilla, para dejar a la subversión sin abastecimiento (Schirmer 45): es la estrategia conocida como “quitarle el agua al pez”.

extranjera tras la firma de la paz. En efecto, son numerosos los grandes proyectos extractivistas que encontramos hoy en el altiplano guatemalteco. Por su parte, William I. Robinson afirma que la paz en Guatemala se firmó con el objetivo de estabilizar la zona y así poder atraer capital extranjero (102-103).

En *Que me maten si...* el autor está apuntando precisamente al contexto socioeconómico de posguerra en el que el capital ilícito que se mueve con el crimen organizado es un elemento fundamental del mercado (trans)nacional. La antropóloga Rita Laura Segato ha desarrollado ideas relevantes para comprender el paisaje económico de la era neoliberal en torno a lo que ella denomina “primera” y “segunda realidad”. La primera realidad es aquella economía declarada y pública, mientras que la segunda realidad la constituyen “una interminable serie de negocios ilícitos [que] produce sumas masivas de capital no declarado” (355). Es importante notar que, en última instancia, ambas realidades no son opuestas y excluyentes, sino interdependientes: nos enfrentamos a “la duplicación del Estado y la llana aceptación de la intocabilidad y funcionalidad de la ‘segunda realidad’” (357). Rey Rosa augura de forma perspicaz y brillante los que serán los grandes problemas de la Guatemala del nuevo milenio antes de que estos problemas hayan salido siquiera a la luz, de modo que su novela parece funcionar como una forma de desesperado grito de advertencia que, como los gritos de Lucien y Emilia al ser asesinados, nadie escuchará.

2.2.3. Al otro lado del desencanto: el fracaso irremediable de la paz

Mientras que la promesa del amor mantenía viva la sensación de esperanza en la primera parte, esta promesa es ya imposible con el asesinato de Ernesto. En la segunda parte, sin embargo, el lector descubre que la unión romántica de los protagonistas no hubiera podido suponer en ningún caso la reconciliación nacional, porque tanto Ernesto como Emilia son actores sin importancia en un gran escenario sociopolítico. Ambos desconocen el calado real

del final de la guerra y cómo actores más poderosos, tales como Pedro Morán, están moviendo los hilos de la historia.

Este amargo descubrimiento se refleja en el ambiente que caracteriza la segunda parte: aunque los personajes traten de luchar, todo está perdido y no queda sino resignarse a la derrota y a un destino irremediadamente fatal; aunque la guerra concluya oficialmente, el proceso de paz está construido sobre el borrado de los crímenes de guerra y, bajo las lógicas del capital transnacional, la violencia solo está transformándose, pero no desapareciendo. En este contexto, una paz auténtica y duradera se revela imposible.

Tras la muerte de Ernesto, Emilia abandona Guatemala para vivir en Europa, aunque finalmente regresa al país a petición de Nina, pues Lucien ha desaparecido investigando el caso de un hogar infantil sobre el que circulaban rumores oscuros. Al día siguiente de su llegada a Lívingson, municipio en la costa del Caribe guatemalteco, Emilia recibe la noticia de que Lucien, en efecto, ha muerto. Su muerte, le explican, ha sido accidental: salió con un barquero, pero hubo tormenta y la tiburonera en que viajaban volcó. El barquero pudo llegar a la orilla, pero no así el anciano. La versión oficial de la muerte de Lucien oculta una historia más cruenta, sin embargo: Calixto, el guía de confianza de Lucien, que lo llevó en su tiburonera cada día durante su estancia, le confiesa a Emilia que el día del accidente había quedado en recogerlo para una nueva excursión pero que cuando iba al encuentro de Leigh dos muchachos desconocidos le dijeron que el británico ya se había ido, cansado de esperar. Calixto pensó que le querían robar el trabajo, e insistió en llegar al puerto, pero le advirtieron que se iba a meter en “problemas” si iba (101). Así, Lucien se encuentra en el embarcadero con un muchacho “de aspecto dravídico” que le dice que es primo de Calixto, que este está

enfermo y que viene a sustituirlo (91). La descripción del clima sombrío y violento funciona como premonición de su asesinato, enfatizada con la imagen de los tiburones³³:

Era una mañana gris con viento huracanado. El cielo descendía lentamente sobre la oscura y verde bahía circular. Era un día de veleros de vela negra, que iban y venían y recordaban aletas dorsales de tiburones sobre el agua plomiza. De pronto el lanchero detuvo el motor y volvió a Leigh sus ojos inyectados de sangre mientras la embarcación era mecida por las olas. (92)

El mismo Leigh entiende la amenaza y trata de calmarse “diciéndose a sí mismo que no tenía ningún motivo para alarmarse, aunque estuviera alarmado” (92). Por último, intenta comunicarse con Nina a través de su audífono, pero “no alcanzó a oír su propia voz” (92): la imposibilidad de comunicarse es uno de los temas que articulan esta segunda parte.

Así, una nueva instancia de incomunicación se produce cuando Emilia, tras reconocer el cadáver del anciano británico, llama a Nina para darle la noticia. A pesar de la amistad que las unía, Emilia entiende que es la última vez que habla con ella y reflexiona en estos términos acerca de su interacción: “Era un poco triste [...] cuán fría y circunspecta podía ser la gente, especialmente en momentos así” (102-103), aunque la misma Emilia ha recibido la noticia con toda frialdad y no le “era posible llorar” (102). En la conversación a larga distancia con Nina duda por un instante sobre si contarle lo que ha averiguado a través del lanchero, pero “no quiso continuar; ¿a qué sembrar una semilla de duda en la mente de Nina?” (103).

Este recurso parece dar a entender que no hay posibilidad en Guatemala de sostener un diálogo nacional adecuado, pues la violencia y la desidia lo impiden, tal como ha propuesto ya Nicasio Urbina, para quien la técnica empleada por el autor de constantes silencios y

³³ Esta imagen no solo evoca la amenaza de la muerte en el mar, sino también la presencia de los grandes depredadores del ecosistema bélico: los militares corruptos que van a moverse al final de la guerra hacia el crimen organizado y se van enriquecer de esta manera, como Pedro Morán.

mensajes interrumpidos³⁴ “refleja en forma artística la violencia y la incomunicación que sufre la sociedad guatemalteca” (303). Ortiz Wallner, por su parte, ha interpretado este recurso como evidencia de la imposibilidad de conocer la realidad histórica y, por lo tanto, como un síntoma de la falta de fe en modelos discursivos, como el testimonio, que sean capaces de representar fielmente la historia³⁵:

la señal que emiten sus [de Lucien] audífonos es frágil, se quebranta constantemente y no llega nunca a transmitir los mensajes en su completitud. Esta situación es simultáneamente representada en la narración y su estructura colmada de vacíos a través del movimiento narrativo de la elipsis, que señala la imposibilidad de conocer la totalidad de la(s) historia(s) debido a la omisión de los más diversos asuntos. (*El arte de ficcionar* 113)

Bajo mi punto de vista, el recurso de los fallos en el audífono tiene más que ver con las dificultades en el contexto de la Guatemala del momento para comunicar efectivamente lo que está sucediendo dentro del país a la comunidad internacional, que parece haber abandonado a la nación centroamericana y a las víctimas de la guerra a su suerte. Esta interpretación me parece más acertada, habida cuenta que Lucien es un actor internacional, y dado el hecho de que, especialmente hacia el final de la década de los 70 e inicios de los 80, cuando se

³⁴ Para Urbina, esta incomunicación se articula principalmente a través de los fallos en la transmisión de los audífonos de Lucien, que funcionan en paralelo con los frecuentes silencios en los diálogos entre personajes: “La señal de los audífonos no es constante, sino que va y viene permitiendo escuchar porciones o segmentos, pero no la comunicación completa. Es decir, que hay espacios vacíos o blancos en esas comunicaciones, similares a los que encontramos en el discurso de la novela” (293-294).

³⁵ Este es, para Ortiz Wallner, un rasgo característico de la ficción centroamericana de posguerra, en la que la académica observa “una fisura, un desmembramiento de los mecanismos que ponen a funcionar una determinada noción de representatividad, así como el abandono de una creencia en la posibilidad de obtener una percepción de la realidad subalterna de manera objetiva y directa —y con ello un acceso directo a la verdad (histórica)—” (*El arte de ficcionar* 81). Esta falta de fe en la posibilidad de representar de forma fidedigna la realidad está imbricada con la ruptura literaria con el testimonio y el giro hacia formas ficcionales: “la idea de que el testimonio es el recurso más importante para la reconstrucción del pasado es minada en el proceso de cambio de paradigma [...] y es cuestionada” por la literatura centroamericana contemporánea (*El arte de ficcionar* 83). En la narrativa de los noventa a la actualidad, por lo tanto, tiene lugar “un cambio de paradigma múltiple que, en el caso de las formas testimoniales, ha evidenciado como rasgos distintivos el haber abandonado la fe en ‘una verdad’ histórica, el haber renunciado al reclamo de representatividad en nombre del subalterno y el haber recuperado la pretensión de literariedad” (*El arte de ficcionar* 95).

cometieron la mayor parte de los crímenes de genocidio y lesa humanidad, fue realmente complicado, tanto desde la arena internacional como desde diferentes regiones del país, saber qué estaba sucediendo exactamente en los escenarios bélicos de Guatemala. Además y como ya hemos comentado, aún hay una buena cantidad de información histórica que no se ha aclarado y de la que se desconocen sus auténticas dimensiones: el enriquecimiento de ciertos sectores empresariales, altos mandos militares y oficiales del gobierno a raíz del conflicto mediante negocios sucios como el tráfico de drogas o de niños, que son dos ejes centrales de la novela de Rey Rosa.

Con el descubrimiento de la muerte de Lucien, Emilia ha llegado al otro lado del desencanto y la paranoia: ha terminado por descubrir que hay una dimensión de la guerra desconocida y terrible que no obedece a fracturas ideológicas, sino a las perversas lógicas del capital. Ella, que estaba llena de ideales, que había creído en la revolución, la justicia y la lucha por la igualdad, parece derrotada y exhausta; aunque sabe que Lucien ha muerto en circunstancias sospechosas, prefiere no seguir adelante con sus averiguaciones: buscar justicia y verdad parece una tarea inútil e irremediabilmente condenada al fracaso. Así, la novela se inserta en lo que la crítica Beatriz Cortez ha denominado una “estética del cinismo”, caracterizada por ser “una sensibilidad que ya no expresa esperanza ni fe en los procesos revolucionarios utópicos e idealistas que circularon en toda Centroamérica durante la mayor parte del siglo XX” (Cortez 25). De hecho, la novela expresa desencanto no solo en torno a los proyectos revolucionarios que concluyen con la firma de los Acuerdos, sino también con el proyecto mismo de la paz y la transición, en que la violencia viene a transformarse y a tomar nuevas formas. La crítica social de *Que me maten si...* lo convierte, pues, en uno de los “textos que contribuyen a la denuncia de que la posguerra no es más que un espacio donde la guerra sigue, aunque por otros medios y en otros espacios” (Cortez 39).

La novela no especifica nunca del todo qué está pasando en el hogar infantil que Lucien está investigando, sino que el texto apunta a la posibilidad del abuso sexual de menores y el tráfico de niños creando, en la sutileza de la sugerencia ambigua, un efectivo ambiente de terror y frustración generados por la espantosa sensación de no saber³⁶. En todo caso, los hogares de niñas y niños en Guatemala han sido a través de las décadas caldo de cultivo de negocios sucios, abusos de todo tipo y corrupción. Este mismo tema es uno de los ejes centrales de la novela *The Long Night of White Chickens* (1992) del guatemalteco-estadounidense Francisco Goldman, así como de la película de ficción *Ixcanul* (2015) del cineasta guatemalteco Jayro Bustamante. Es un tema secundario, además, en las novelas *Moronga* (2018) del salvadoreño Horacio Castellanos Moya y *A veces despierto temblando* (2022) de la mexicana Ximena Santaolalla. La historiadora Rachel Nolan ha investigado en profundidad los más que dudosos procedimientos de adopción internacional en Guatemala, que acabó siendo prohibida en 2016 tras múltiples escándalos legales³⁷. Así, en 2010 la periodista Marielos Monzón publicó en el diario *Prensa Libre*³⁸ la columna de opinión “No se venden”, en que denuncia que las y los niños guatemaltecos se han convertido en un producto de mercado que se compra y se vende en procesos marcados por la irregularidad. Por último, los hogares infantiles guatemaltecos han estado recientemente en el ojo de mira público a raíz del escándalo del caso Hogar Seguro, un albergue infantil del Estado que alojaba a menores de edad víctimas de negligencia y abusos y en el que, el 8 de marzo de 2017, 41 niñas

³⁶ El mismo tratamiento recibe la inhumana clínica en torno a la que gira el argumento de *Los sordos*.

³⁷ Su artículo periodístico “Destined for Export: The Troubled Legacy of Guatemalan Adoptions” ofrecen un resumen muy apto de la problemática de la adopción internacional en Guatemala desde la guerra hasta la actualidad.

³⁸ Fundado en 1951 por opositores al gobierno del progresista Jacobo Árbenz, *Prensa Libre* es uno de los periódicos más leídos e influyentes del país. Es propiedad del grupo Prensa Libre, que posee a su vez *Nuestro Diario*, el periódico más sensacionalista y también el más leído de Guatemala (Hatcher 98).

murieron³⁹ en un incendio mientras la policía custodiaba la puerta de la habitación en la que estaban encerradas, impidiéndoles la salida⁴⁰.

Antes de dejar Lívingson, Emilia decide hacer una visita al hogar de niños, al que solo se puede llegar por vía marítima. Calixto la lleva y allí le dicen que los responsables están cenando en cierto restaurante, adonde Calixto procede enseguida a acercarla. Allí está Celeste, la máxima autoridad del hogar y de la que corre el rumor de que en el pasado ejerció como madame en un prostíbulo hondureño (116), con un grupo de personas, todos extranjeros, comiendo y bebiendo. Richard, un tipo del grupo, insta a Emilia a pasar la noche en el hogar, pues navegar de vuelta a Lívingson sin luz es peligroso, y procede a despedir a Calixto sin la autorización de la chica, que queda “desarmada” (113), abandonada y a merced de los desconocidos.

Richard es israelí, como también lo es el socio de negocios ilícitos de los Morán, según los rumores que comunica la madre de Ernesto al principio de la novela. La asociación de los Morán precisamente con un israelí no es casual, pues evoca el apoyo financiero y de entrenamiento militar con que el gobierno de Israel contribuyó a la contrainsurgencia guatemalteca⁴¹. La alusión a que el personaje sea israelí puede sugerir, además, la posibilidad de otros crímenes en juego, como quizás tráfico de armas, para el que existe un robusto mercado en Centroamérica (Ungar, “The Armed Arena” 452)⁴².

³⁹ 15 niñas sobrevivieron al fuego, algunas de ellas quedando totalmente desfiguradas de por vida.

⁴⁰ No deja de ser tristemente irónico que el suceso tuviera lugar un 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer Trabajadora, que empezó a celebrarse en conmemoración de las mujeres víctimas de un trágico incendio en una fábrica textil de Nueva York.

⁴¹ La colaboración de Israel con el Estado guatemalteco durante la guerra civil ha sido detallada por Milton H. Jamail y Margo Gutiérrez en su estudio *It's No Secret: Israel Military Involvement in Central America*. Además, el mismo Otto Pérez Molina reconoció, en una videoentrevista realizada por el periodista norteamericano Allan Nairn en 1982 en el departamento del Quiché, que estaba operando con morteros (munición incluida) proveídos por Israel, tal como ha reportado *Democracy Now!* (“Exclusive: Allan Nairn”). Nairn testificó además en el proceso de 2018 contra Ríos Montt ofreciendo evidencia sobre la vinculación entre la contrainsurgencia guatemalteca e Israel, e iba también a testificar en el proceso de 2013, pero la Fiscalía decidió retirarlo de la lista de testigos.

⁴² Solo en 2015, por ejemplo, la Dirección General de Servicios de Seguridad Privada (DIGESSP) de Guatemala cerró cuarenta empresas de seguridad ilegales, que contaban con un total de 5.000 guardias de seguridad y 8.500 armas de fuego (Ungar, “The Armed Arena” 448). En el país hay 1.5 oficiales de seguridad privada por cada oficial público, y el 30% de las empresas de seguridad privada de la capital son ilegales (Ungar, “The Armed

Como con Lucien, el asesinato de Emilia es presagiado en el texto y el mismo personaje puede notar la atmósfera de amenaza que lo rodea, incapaz, como en una pesadilla, de escapar de esta, como se evidencia cuando Richard le dice a Emilia: “Yo te aseguro que no vas a arrepentirte de permanecer aquí. —Era una amenaza solapada” (112). A continuación, Emilia cae en un arranque de paranoia pues “le parecía que aquella gente no era de fiar” (113), pero Richard la convence de ir a su yate para tomar algo con él, y esta accede. En el yate la espera Pedro Morán, quien se descubre no solo como el líder del grupo de narcotráfico que los amigos de Emilia investigaron con la ayuda de Lucien meses atrás, sino también del dudoso negocio caritativo del hogar infantil. Morán da un largo discurso en que afirma saber la verdad sobre la muerte de Ernesto, pues le tenía puesta vigilancia: el ejército se presenta como omnipresente y omnisciente gracias a la inteligencia militar de La Dos⁴³.

No es esta la primera instancia en la novela en que Morán se beneficia de su posición en el ejército para obtener información privilegiada acerca de los demás personajes, sino que cuando aún vivía y acababa de tener lugar su romance con Emilia, Ernesto recibe una visita de Morán, quien le revela las actividades de la muchacha en la guerrilla urbana y le hace saber que la chica tiene una relación romántica con un guerrillero de unos cuarenta años, Óscar. También le deja caer, con total acierto, que seguramente su viaje a Chajul fue una excusa para

Arena” 454). La tenencia de armas en Guatemala está bastante facilitada en términos legales, pues la Constitución prohíbe limitar la posesión de armas y los importadores solo precisan de una licencia expedida por la Dirección General de Control de Armas y Municiones (DIGECAM) del ejército (Ungar, “The Armed Arena” 453). Así, se calcula que hay en el país más de dos millones de armas, legales e ilegales, en manos de civiles (Ungar, “The Armed Arena” 449).

⁴³ G-2, D-2 y S-2 fueron las diferentes designaciones que tuvo Inteligencia Militar en diversos momentos del conflicto armado y que se conocía popularmente con la abreviatura informal de “La Dos”. Jennifer Schirmer detalla en *The Guatemalan Military Project: A Violence Called Democracy* la importancia de La Dos para la lucha antisubversiva del ejército. Los agentes de inteligencia averiguaban grandes cantidades de información sobre los individuos señalados por los altos mandos y, en caso de recibir las órdenes pertinentes, procedían también a su secuestro, tortura y eventual asesinato. Tras el golpe del 82 y como bien dice el personaje de Morán, este tipo de represión se llevaba a cabo sin que la gente “ni cuenta” se diera, pues a partir de la transición entre el gobierno de Lucas y el de Ríos Montt se llevan a cabo toda una serie de cambios en la logística material de la lucha contrainsurgente para invisibilizarla a ojos de la gente y, así, de los periodistas, los defensores de derechos humanos y, en general, los grandes medios de comunicación y diversos organismos internacionales. En este nuevo contexto de violencia encubierta, “bodies would no longer be dumped on the streets” (Schirmer 167).

algún tipo de misión. Morán le asegura a Ernesto de forma que no deja de resultar inquietante para el lector que, como buen compañero del ejército, lo protege siempre: “Ya sabes cómo somos en la institución. Nos gusta hacernos cargo, que los nuestros estén bien. Te cuidamos las espaldas, aunque ni cuenta te des” (59). Ernesto no es el único que tiene acceso a información privada de Emilia, sino que lo mismo sucede a la inversa, y la chica es informada a través de sus contactos en la guerrilla de que Ernesto era militar, con lo que deja de hablarle y concluye su breve relación amorosa.

A través de estas escenas, Rey Rosa evidencia las dinámicas paralelas de inteligencia que tenían lugar durante la guerra: los militares vigilan a la insurgencia y protegen a los suyos, pero también vigilan a aquellos de su bando que establecen lazos y relaciones de algún tipo con guerrilleros, tal como ha hecho Pedro con Ernesto y sus relaciones con Emilia. Por su parte, los guerrilleros en la novela hacen exactamente lo mismo y vigilan las actividades criminales del ejército con la ayuda de Lucien y sus audífonos, pero su vigilancia se extiende e incluye también a sus propios camaradas (especialmente las mujeres), estableciendo un control sobre las relaciones interpersonales y las actividades de los distintos miembros de la red guerrillera. El resultado final es un panóptico invisible pero omnipresente que crea un clima de profunda opresión y paranoia, en el que todo el mundo vigila y, a su vez, es susceptible de estar siendo vigilado. Se instaura así en la novela una atmósfera de paranoia y suspicacia, un rasgo típico del neopolicia. La violencia en la Guatemala del final de la guerra y la inmediata posguerra se revela como solapada, pero no por ello menos efectiva ni brutal. De hecho,

the human rights record in Guatemala steadily worsened during the six years of elected civilian governance under Cerezo [1986-91] and Serrano [1991-93] (and worsened yet again under de León Carpio [1993-96]) to the point where killings and

disappearances surpassed those in the three years previous to the transition in 1986.

(Schirmer 256)

Mientras aún se encuentran en el yate, Morán declara ante Emilia que “ahora me dedico a la beneficencia. Yo, que antes hacía el mal, no siempre queriendo, hago ahora el bien” (119). Esto le permite a Rey Rosa adentrarse en otra de las vías a partir de las cuales se ligaron las lógicas neoliberales con los procesos de paz en la región. Jael Silliman ha estudiado cómo la emergencia explosiva de multitud de organizaciones dedicadas a la cooperación de los años setenta del pasado siglo hasta la actualidad está ligada a la implementación del capitalismo neoliberal: puesto que el Estado deja de proveer servicios que tradicionalmente ofrecía a sus ciudadanos, las funciones asistenciales de este quedan ahora en manos de iniciativas privadas y no institucionales. Así, “many NGOs enable the privatization and the liberalization of nationalized economies. [...] In many instances, the widespread reliance on NGOs is an indictment of the state’s failure in social development” (24). Además, muchas ONGs están controladas por intereses del gobierno o grandes corporaciones (Silliman 32) y a menudo las ONGs han usurpado el espacio político que antes ocupaban los movimientos sociales, dando la impresión de ser sustitutos ideales para el sistema neoliberal en cuanto que no representan por lo general una amenaza grave para el statu quo (Silliman 46). Para Silliman, el rol de las organizaciones sin ánimo de lucro pasa más por la administración de la pobreza que por su mitigación (48): “They are to increasingly be service providers rather than those seeking to challenge the system [...]. Yet NGOs are usually poor substitutes for publicly funded services” (48).

Centroamérica ha seguido la tendencia descrita por Silliman y ha experimentado una explosión de ONGs que ha sido generalmente vista como un fenómeno positivo (Robinson 226), pero en el fondo el trabajo de las organizaciones está íntimamente relacionado con la privatización de servicios y la transformación del Estado: las ONGs vienen a suplir las

carencias del Estado neoliberal, que ya no ofrece los servicios sociales del pasado (Robinson 227). En última instancia, las ONGs se mueven dentro de la lógica del individualismo neoliberal, según la cual cada comunidad es individualmente responsable de su propio bienestar y desarrollo. Este comportamiento no hace sino favorecer a las élites transnacionales y a la consolidación y perpetuación del Estado neoliberal (Robinson 227). Las ONGs son la alternativa “segura” a los movimientos sociales en la sociedad neoliberal, ya que no cuestionan las estructuras económicas del sistema y tienden a la despolitizar la sociedad (Robinson 228). Pese a sus aspectos positivos, es importante notar que ni los derechos humanos ni las ONGs suponen una amenaza seria para el Estado neoliberal y no pueden presentarse como sustitutos de los movimientos sociales.

La “cooperación” en la era neoliberal, pues, no es sino una forma más de acumulación de capital que facilita la continuidad de las políticas económicas neoliberales y que, en última instancia, es un área llena de sombras: Morán se dedica al negocio de la beneficencia, que parece una fachada para algún negocio de tráfico de niños o quizás de explotación sexual infantil, y ya sabemos que también está involucrado en el narcotráfico en redes que, como evidencia su conexión con el israelí Richard, son transnacionales. Morán ha aprovechado, al fin y al cabo, la era de guerra para beneficiarse de su posición de militar y establecer negocios ilícitos con los que ahora puede continuar en la época de paz, sin tener que rendir cuentas por su participación en la violencia política o criminal del país, y aprovechando las circunstancias hábilmente para enriquecerse.

Rey Rosa denuncia a través de esta escena la impunidad de la transición guatemalteca⁴⁴ de que disfruta Morán, impunidad asegurada por las múltiples leyes de

⁴⁴ Hay que notar, sin embargo, que, aunque la realidad guatemalteca del siglo XXI ha estado cerca del oscuro paisaje de impunidad que profetiza la novela, sí se han producido numerosas instancias de justicia. Entre los casos más relevantes de la justicia transicional guatemalteca se encuentran el caso Ríos Montt, el caso de Sepur Zarco, el de Las Dos Erres, el de la Embajada de España, etc. Aunque los resultados han sido desiguales y no siempre satisfactorios, en todos estos juicios se han dictado condenas importantes.

amnistía (la última firmada en diciembre de 1996, días antes de la firma de la paz) y que ha facilitado a los altos cargos del ejército continuar con su carrera sin tener que enfrentar consecuencia alguna por su participación en el genocidio o el terror urbano. En una época en que la impunidad y protección ofrecidas por el ejército permite a sus oficiales enriquecerse ilegítimamente a través de varias actividades, Morán se decanta, diversificando sus negocios como todo buen empresario, por el tráfico de armas, niños y drogas, a lo que añade el negocio de la cooperación⁴⁵.

Emilia identifica, además, el discurso de Morán con el de un político: “un pensamiento se formó en la mente de Emilia y comenzó a sacarla de su estupor: «Este hombre es un político.» Este discurso era el principio de una campaña, y ella no quería escuchar más” (119). Así, Vela Castañeda afirma que “[h]oy, aquellos oficiales que, en 1982, fueron encargados de comandar a los pelotones de la muerte están en los más altos cargos de las fuerzas armadas. Los demás oficiales de alto rango, ya retirados, son ciudadanos respetables” (26). Por su parte, Schirmer asegura que la institución castrense “refuses to accept its own historical responsibility for genocide” (265). Rey Rosa sugiere, mediante la identificación hecha por Emilia del discurso de Morán como “campaña política”, que la política en la Guatemala de posguerra está en manos de aquellos que han sido hechores o cómplices de la peor parte del conflicto. En efecto, los gobiernos democráticos de Cerezo (1986-91), Serrano Elías (1991-93), de León Carpio (1993-96) y Arzú Irigoyen (1996-2000) colaboraron activamente con el Ejército para mantener una brutal estrategia de contrainsurgencia en marcha: “the Guatemalan military have crafted a unique Counterinsurgency Constitutional

⁴⁵ *El cielo llora por mí* (2008) de Sergio Ramírez, una novela que analizaré al final de este capítulo, también critica el trabajo dudoso de algunas organizaciones. Así, los narcos usan “una supuesta fundación llamada Green Gift” para contratar servicios de avionetas (33) y la mansión más famosa del país fue “construida con fondos internacionales donados para las víctimas del huracán Mitch” (39). A escala latinoamericana, el documental y filme de ficción brasileño *Quanto vale ou é por quilo?* (Sergio Bianchi, 2005), inspirado en el cuento “Pai contra mãe” de Machado de Assis, denuncia la falta de transparencia en el lucrativo negocio de la caridad, que solo en Brasil mueve cifras exorbitantes al año, aunque los recursos financieros no parecen ir a parar siempre a los bolsillos de los más necesitados ni a programas de desarrollo social, sino a carteras privadas.

State in which State violence has been reincarnated as democracy” (Schirmer 258). El mismo Serrano, además, fue el presidente del Consejo de Estado durante el régimen de Ríos Montt y, paradójicamente, miembro de la Comisión Nacional de Reconciliación que negoció los Acuerdos de Paz. En última instancia, el caso del exgeneral y expresidente Otto Pérez Molina ilustra muy bien este argumento: fue mayor del ejército durante el gobierno de Ríos Montt, y la mano derecha de este en la lucha contrainsurgente en el altiplano guatemalteco desde su base militar en Nebaj, departamento del Quiché. La zona ixil fue “brutally ‘pacified’” por el entonces mayor y sus tropas, “at a great human cost to Ixil Mayas” (Arias, “Indigenous Women” 125). En el año 2000, Pérez Molina, quien ya hemos visto que encabeza el poderoso grupo de exmilitares El Sindicato, ligado, al igual que su rival La Cofradía, al capital ilícito, se retiró con todos los honores del ejército y en 2011 se presentó a las elecciones presidenciales, de las que salió triunfador. En 2015, sin embargo, se destapó una compleja trama de corrupción aduanera conocida como el caso La Línea que lo implicaba directamente. Una serie de masivas protestas sociales sin precedentes en la Guatemala de posguerra consiguieron la dimisión del presidente, que, habiendo perdido la inmunidad jurídica del cargo, tuvo que sentarse en el banquillo de los acusados por sus crímenes de guante blanco y lleva en prisión, condenado por estos, desde 2015.

Al final de la novela, Emilia, como Lucien antes que ella, es asesinada y, además, su cadáver es deshumanizado: la desnudan, buscan en vano micrófonos en sus orificios corporales con frialdad médica, le llenan el estómago de plomo y la tiran al río (125). La infructuosa búsqueda de los micrófonos pone de relieve que el asesinato ha sido del todo innecesario, pues la chica no estaba recogiendo pruebas acerca del hogar infantil⁴⁶. El cruel asesinato de la joven Emilia, que había sido para Lucien ese “ser improbable” que luchaba

⁴⁶ De forma similar, la mayor parte de los asesinatos de la contrainsurgencia fueron igualmente fútiles para los objetivos del gobierno, pues el aumento de la violencia en masa a finales de los años 70 e inicios de los 80, en lugar de desalentar a través del miedo a la población indígena de unirse a las guerrillas o colaborar con ellas, tuvo el efecto contrario, y más indígenas pasaron a engrosar las filas de la subversión izquierdista (Schirmer 18).

“con la esperanza de ayudar” a mejorar la situación de su país pone punto final a la novela con la nota más amarga posible y confirma lo que auguraba el asesinato previo de Ernesto: que la paz en Guatemala se está construyendo como una falacia. Tal como ha notado Alejandra Ortiz Wallner, los asesinatos, primero de Ernesto y luego de Emilia “constituyen una ruptura que impugna los discursos de la pacificación y democratización en Guatemala y simultáneamente se dice la continuidad de una historia de la violencia” (Ortiz Wallner, “Transiciones democráticas”).

El autor hace entender así a sus lectores que no hay esperanza posible para el caso guatemalteco, que todo esfuerzo por buscar justicia y paz verdaderas acabará siendo brutalmente reprimido, y que no nos queda sino resignarnos a este destino nacional trágico, pues los tentáculos del poder son demasiado fuertes como para ser vencidos.

Rey Rosa viene, pues, a señalar cómo la política y los negocios de la Guatemala de la paz están en las manos de aquellos que subyugaron a su país durante años cometiendo los más atroces crímenes de lesa humanidad. El proyecto de la paz está, en última instancia, construido como una falacia y carece de toda autenticidad o credibilidad. La falsedad en que está fundada la paz guatemalteca queda de relieve cuando Morán hace un pacto con Emilia e, inmediatamente, lo rompe. Le asegura que si ella guarda silencio sobre el hogar infantil él la dejará en paz, pero es mentira: la mata igualmente (120-121). Rey Rosa cuestiona así el discurso hegemónico sobre la paz en Guatemala, un discurso triunfalista que pone por encima de todo el “alivio” del fin del combate y la violencia bélica, y privilegia una transición a la paz que no solo está basada en la impunidad y el borrado de las víctimas y los crímenes de guerra, sino que permite a los altos mandos del ejército enriquecerse ilícitamente e instaurar profundas redes de poder, influencia y negocios turbios cuyo calado todavía hoy no terminamos de conocer. El autor critica duramente la falsedad, replicada en la forma en que Morán rompe su promesa con Emilia, de un determinado discurso político que planteaba la

paz, tal como se llevó a cabo, como el camino necesario hacia una democracia idealizada. En última instancia, los discursos de las dinámicas transicionales no han reflejado la realidad, tal como han puesto de relieve varios autores, entre los que hemos citado a Velásquez Nimatuj, Yates y Robinson.

Según plantea la novela, no hay espacio en la Guatemala de la posguerra para el diálogo, la búsqueda de la justicia, la reconciliación nacional y la construcción de una democracia bien arraigada en instituciones públicas transparentes y dedicadas al servicio del país, pues al final la paz está asentada sobre cimientos que contradicen profundamente todos estos ideales, siendo un proyecto construido para favorecer el capital transnacional y el afianzamiento de las élites militares y financieras en el poder, de modo que tras la firma de los Acuerdos de Paz la violencia, transformada, persiste. Este panorama desolador cambia sustancialmente, como veremos a continuación, en una de las novelas más recientes de este mismo autor, *El país de Toó*.

2.3. *El país de Toó* y la esperanza de una nación maya

“It is beautiful to dream that this new millennium could be the millennium of the Maya”
(Montejo 199).

El país de Toó es un thriller político que gira en torno a la corrupción, el enriquecimiento ilegítimo de las élites transnacionales, el extractivismo y las resistencias locales a estos fenómenos. El escenario de la trama es la Guatemala de la segunda década del siglo XXI y el autor pone de relieve cómo los augurios de *Que me maten si...* se han cumplido sin excepción. A casi un cuarto de siglo de la firma de la paz, sin embargo, Rey Rosa parece ser más optimista acerca de las posibilidades de resistir el modelo neoliberal y neocolonial que opera en el país. El análisis de la novela revela cómo el escritor propone un nuevo modelo nacional en el que la comunidad maya recupere un rol de liderazgo en la sociedad y elabore estrategias para combatir la injusticia social y crear una nación equitativa y, en última

instancia, nuevamente indígena. La novela critica el alto nivel de corrupción política y empresarial, la complicidad entre los diversos agentes que conforman las élites transnacionales que controlan Guatemala y los megaproyectos extractivistas cuyo impacto negativo daña de forma permanente los ecosistemas y a las comunidades del altiplano. Frente a esta oscura imagen, sin embargo, Rey Rosa traza un paisaje de esperanza, abriendo una brecha en la que caben diversas formas de resistencia que, en colaboración, pueden herir a los poderes hegemónicos y, quizás en un futuro, establecer nuevas formas de gobierno y ciudadanía, unas más justas, solidarias y humanas. El autor parece ser consistente con estas ideas fuera del mundo de la ficción también: en 2003 el poeta maya k'iche' Humberto Ak'abal rechazó el Premio Nacional de Literatura de Guatemala Miguel Ángel Asturias, el más alto honor del país, debido a las ideas racistas de Asturias. En 2004, el galardón fue ofrecido a Rey Rosa, quien lo aceptó, pero lo “(re)invirtió en el fondo para un premio de literatura indígena” (Rodríguez Freire 1073) que organizó el Premio de Literatura Indígena B'atz'⁴⁷.

Toó es una región ficticia que en la novela reúne un total de veintiséis cantones de comunidades indígenas en lo que podemos identificar como el altiplano guatemalteco. El nombre de Guatemala no se menciona jamás, pero toda la acción transcurre en esta república ficcional que es una recreación literaria del país centroamericano entre los años 2012 y 2017⁴⁸. El protagonista de la novela es un joven salvadoreño apodado Cobra que llega al país vecino para trabajar como chófer y muchacho de los recados de un hombre poderoso, don Emilio, que se dedica a la compraventa de antigüedades y a otros negocios turbios. Don Emilio extorsiona a Cobra para que asesine a un conocido activista social ladino, Polo, cuyo trabajo amenaza los intereses de don Emilio. Sin embargo, Polo consigue sobrevivir al intento

⁴⁷ B'atz' es el nawal de la creatividad y suele representar a las artes.

⁴⁸ El anuncio de la llegada del Oxlajuj Baktún, más conocido popularmente como la “nueva era maya” nos sitúa en el 2012, mientras que la referencia a los atentados terroristas de Barcelona nos traslada a 2017.

de asesinato y Cobra va a esconderse un tiempo fuera de la capital, pero en la carretera unos sicarios tratan de matarlo por órdenes de su jefe. Tras una persecución que acaba en un espectacular accidente, Cobra finge su propia muerte y regresa a la ciudad, donde rescata a Jacobo, el hijo adolescente de don Emilio, de un búnker en el que este lo había encerrado para que muriera⁴⁹ antes de salir del país, huyendo de un proceso legal por sus negocios ilícitos. El muchacho estuvo a punto de morir ahogado de niño en una piscina, accidente a raíz del cual perdió el habla y varias funciones cognitivas, de modo que su padre, después de ser abandonado por su esposa, decidió internarlo en una clínica psiquiátrica privada⁵⁰, donde el chico ha crecido con el único amor de su nana Matilde, una mujer maya que continúa visitándolo a lo largo de los años y que lleva a cabo un ritual sanador gracias al que se recupera completamente del accidente sufrido en la piscina. Después de rescatar a Jacobo, Cobra, el niño y doña Matilde empiezan una nueva vida en Toó, cuyos habitantes están inmersos en la lucha contra una gran corporación minera. Ambos ladinos se integran a la perfección y Cobra colabora con la comunidad en un plan de independizar Toó del resto de la república. La novela concluye cuando la comunidad de Toó hace explotar el puente que conecta la región con la capital, simbólicamente declarando su independencia.

⁴⁹ El secuestro y la privación de libertad es otro de los temas más habituales en la obra de Rey Rosa: el protagonista de *El cojo bueno* es secuestrado en su juventud, como también varios de los personajes de *Los sordos* y la madre del protagonista y narrador en *El material humano*.

⁵⁰ Aunque la madre de Jacobo, esposa de Emilio Carrión, no está de acuerdo con la decisión, no parece hacer nada por impedirlo tampoco y, poco después, abandona el país para instalarse en San Francisco. La figura de la madre se presenta hasta cierto punto de forma enigmática en la novela. La de Jacobo abandona a su hijo para vivir en los Estados Unidos, donde, según dice doña Matilde, acaba muriendo de cáncer a los pocos años. Por su parte, la madre de Cobrita, el hijo de tres años de Cobra, elude también sus responsabilidades para con su hijo y, cuando su esposo se traslada a Toó, manda con él al pequeño. Por último, la misma madre de Cobra, una prostituta salvadoreña, muere de cáncer mientras este está en la cárcel y tampoco, como es natural, vuelve a verla jamás. En última instancia, podríamos relacionar la figura de la madre ausente con la representación del anhelo de un Estado del bienestar social protector y nutricio que ha acabado por abandonar a sus hijos/ciudadanos a su suerte de forma negligente y dolorosa. Ese es precisamente el rol del Estado neoliberal y transnacional: dar un paso atrás, desentendiéndose del mercado salvo para desregularlo y desinteresarse del cuidado de aquellos que estaban bajo su supuesta protección.

2.3.1. Iximulew global: Guatemala en la era del capitalismo transnacional

La acción tiene lugar en una Guatemala que está inserta en las redes de la globalización y de la economía neoliberal transnacional que ha exacerbado las desigualdades sociales. El elemento transnacional es central en la novela y está presente en su protagonista, que ha dejado su país natal para exiliarse tras sus problemas con la justicia y las pandillas. Cobra debe dejar El Salvador tras pasar una temporada en la cárcel debido a su implicación con una mara. Como pandillero, se dedicaba a cobrar (de ahí su apodo) el impuesto de la extorsión de la banda a diferentes negocios locales, hasta que su medio hermano lo traiciona, y va a parar a prisión. Al ser liberado, su padre, un juez de Sonsonate, lo saca del país y lo manda a trabajar para don Emilio. A lo largo de la novela queda de manifiesto la extensión de las redes de las élites transnacionales: el juez de Sonsonate manda a su hijo ilegítimo al corrupto anticuario de la capital guatemalteca, a quien a su vez un amigo griego establecido en el Istmo le ofrece su helicóptero para escapar del país cuando se dé una orden de arresto contra él (161). Por su parte, Cobra “pensaba que don Emilio se escondería en El Salvador, donde tenía amigos con recursos” (212). Las élites transnacionales crean, pues, sus propias redes de solidaridad y colaboración que les permiten anclar su poder y desafiar los instrumentos locales que cuestionan o amenazan su impunidad.

Asimismo, las noticias interrumpen de vez en cuando la trama a través de diversos canales como prensa o radio, obligando al lector a conectar lo local con lo global, la acción individual con la colectiva y el destino de los personajes con el de una nación y el panorama internacional. Por último, el elemento transnacional se ve reflejado también en las conversaciones de los personajes que, de cualquier etnia o clase, están interesados en discutir la actualidad sociopolítica del mundo. Por ejemplo, mientras don Emilio y el psiquiatra de su hijo desayunan en un exclusivo club

hablaron de todo y de nada. De cómo los chinos estaban comprando el país —desde tierras montañosas con abundantes fuentes de agua y yacimientos minerales hasta playas enteras... (44)

Por su parte, en la fiesta de San Miguel Arcángel, Cobra y sus amigos indígenas de Toó hablan

de esto y de aquello (la razón de la pobreza en Bolivia o en la India, que al contrario de lo que parecían creer tantos sociólogos locales no era la inclinación natural de los pobres al alcohol y la indolencia, sino las grillas económicas, que los forzaban a endeudarse; los mercados de esclavos en Libia; la defenestración del último presidente norteamericano; la proliferación de los drones; la minería extraterrestre...) (271)

La comunidad maya de Toó, además, se inicia en el uso de las criptodivisas con el objetivo de independizarse de la república a la que pertenecen desde tiempos de la Conquista. Los campesinos indígenas hacen uso, tanto en la novela como también en la realidad, del capital transnacional de la manera que es más conveniente para ellos, adaptándose a los tiempos que corren y usándolos astutamente a su favor para combatir la opresión. Así, el Pop Bank es el primer banco maya del mundo y fue creado en Guatemala por la Cooperación para el Desarrollo Rural de Occidente. Su gestión es en línea: “it exists on Wall Street, managing Maya investments via computerized systems operated directly from Totoncapán” (Arias, *Taking Their Word* 194). En su conocido volumen sobre (post)modernidad *Culturas híbridas*, Néstor García Canclini enfatiza el hecho de que “[e]l desarrollo moderno no suprime las culturas populares tradicionales” (200, énfasis en el original) y que las culturas tradicionales integran nuevas tecnologías y otros productos de la modernidad de forma efectiva con sus modos de vida. Así, los habitantes de Toó pueden usar Internet y las criptodivisas de la manera que les resulte más conveniente en una “relación fluida [...] con la modernidad” (222) para precisamente preservar sus territorios y avanzar hacia la autonomía sociopolítica y la

independencia y es que “[n]i la modernización exige abolir las tradiciones, ni el destino fatal de los grupos tradicionales es quedar fuera de la modernidad” (221).

Las académicas Jennifer Gómez Menjívar y Gloria Elizabeth Chacón han estudiado en profundidad el uso de las nuevas tecnologías en el siglo XXI por parte de las comunidades indígenas mesoamericanas y afirman que, aunque exista el mito de que los “auténticos” indígenas llevan vidas pre-industriales o pre-modernas, lo cierto es que la globalización ha tenido consecuencias para todos: “the globalization of society, politics, and the economy has irrevocably altered Indigenous peoples’ ways of living and their communication networks” (14). Por lo tanto, “the use of technology cannot be dismissed simply as deleterious to culture” (Gómez Menjívar y Chacón 7), sino que, muy al contrario, “the use of cyber technology in many Indigenous nations can be best understood as a creative and empowering tool to combat language death, raise political awareness, and ingeniously create Indigenous networks across various geographies” (Gómez Menjívar y Chacón 11). Así, a la hora de echar mano de las nuevas tecnologías, los indígenas tienen intereses propios y específicos, tales como network building/maintenance and cultural preservation” (Gómez Menjívar y Chacón 12). Las autoras sugieren que las nuevas tecnologías están siendo usadas a menudo como medio para la decolonización: “a key driving force behind Indigenous interfacing with cyber technology today is to advance the process of decoloniality and its attendant nationalist manifestations” (Gómez Menjívar y Chacón 12). Así, en *Que me maten si...* el uso de criptomonedas permite a la comunidad de Toó la independencia financiera a la hora de reclamar su autonomía y es que “the use of new media in Indigenous communities support the goals of autonomy and sovereignty” (Gómez Menjívar y Chacón 16). A la vez, las criptomonedas les permiten a los mayas de Toó integrarse como un actor más en las transacciones de capital en el mercado transnacional, puesto que “new media allows Indigenous communities to stablish virtual connections and transport goods, languages, and

ideas across cybernetic and national spaces” (Gómez Menjívar y Chacón 15). En última instancia, la novela pone de relieve que “Indigenous peoples in Mexico and Central America are using new media [...] in creative ways in order to promote the visibility, economic viability, and cultural continuity of their communities” (Gómez Menjívar y Chacón 16-17).

La Guatemala de la novela es un país fuertemente estratificado, securitizado⁵¹ y donde los poderosos viven en una burbuja aislada de la realidad social de la mayoría de la gente, tal como se aprecia en esta cita: “Don Emilio Carrión conducía despacio por la calzada, el campo de golf de dieciocho hoyos a la izquierda, las altas vallas con cámaras de vigilancia de las residencias de lujo a la derecha” (41). Este paraíso de seguridad, belleza y lujo queda, sin embargo, más cerca de lo que uno podría pensar de la precariedad:

Pocos habrían imaginado que, más allá de las pequeñas colinas ondulantes y los bosquecillos de pinos y cipreses, las residencias con piscinas y las canchas de tenis, comenzaban las barriadas obreras, los arrabales, y, un poco más allá, los barrancos bañados con aguas negras y poblados de covachas, donde los torrentes del final de la estación lluviosa causaban año tras año deslizamientos de tierra y pérdidas de vidas y viviendas. (43)

Y es que la novela presenta un país de marcados contrastes sociales. Mientras que el pudiente don Emilio mantiene a su hijo ingresado durante años en una clínica privada, en los hospitales públicos la falta de recursos y personal puede costar la vida, como observamos cuando Cobra lleva a urgencias a Polo, a quien han picado los escorpiones que el mismo Cobra dejó en su casa extorsionado por don Emilio. Polo precisa atención médica inmediata para no morir, pero el único empleado del hospital que aparece le espeta: “¡Que no hay nadie que atienda a nadie! ¿No se entiende? Los médicos están de turno y no sé dónde están las enfermeras” (137). Cobra vuelve a tratar de ingresar a Polo, ahora por Maternidad, y el empleado de allí le

⁵¹ Mark Ungar (“The Privatization”) ha estudiado a fondo el proceso de securitización de la era neoliberal en América Latina.

dice: “No hay personal” (138), para luego afirmar que solo puede ingresarlo un familiar suyo (138). La novela critica así que los servicios públicos a disposición de la clase trabajadora oscilan entre lo risible y la pesadilla, como evidencia esta escena en que Cobra, con Polo ya inconsciente, consigue al filo de lo imposible llamar a su hermano para que este tramite por fin el ingreso.

2.3.2. La crítica social en la novela: el yugo del Estado neocolonial

El argumento de la novela está tejido en torno a la crítica, en primer lugar, a la corrupción de la clase política y la élite económica y, en segundo lugar, a la perpetuación de dinámicas de violencia colonial a través de los proyectos extractivistas en territorio indígena. Así, en la novela aparece una serie de casos de corrupción que involucra a buena parte de la clase dirigente del país y que podemos relacionar perfectamente con recientes casos de corrupción en Guatemala en cuyo epicentro se encuentran nada menos que los expresidentes de la república Jimmy Morales (2015-2019) y su predecesor, el exgeneral Otto Pérez Molina (2012-2015).

Pérez Molina estuvo directamente implicado en el caso Redes, que involucró a grandes empresas de energía, y el caso La Línea, de corrupción de aduanas. De hecho y como ya he mencionado anteriormente, los escándalos destapados durante su presidencia provocaron una serie de protestas masivas sin precedentes en la Guatemala del siglo XXI en las que participaron clases populares y medias y que desencadenaron, finalmente, su renuncia a la presidencia mientras se preparaba para enfrentarse a un proceso penal que lo llevó a prisión hasta el día de hoy. En la novela, el activista ladino Polo es uno de los instigadores de las protestas que acabaron con la presidencia del líder ficticio, y guarda en su casa afiches de recuerdo de las manifestaciones en que se lee la consigna “Tito, cerote, te toca ir al bote” (92), casi idéntica a la que se usó contra Pérez Molina: “Otto, cerote, te vas a ir al bote”. La elección de Tito como nombre ficcional de Pérez Molina no es casual, y es que este operó

bajo tal pseudónimo durante los años del genocidio cuando aún era mayor del ejército, un periodo durante el cual estuvo involucrado en crímenes contra la humanidad.

Como ya hemos comentado, no deja de ser significativo el hecho de que Pérez Molina haya finalmente acabado en prisión a raíz de sus delitos de guante blanco y no por sus crímenes de lesa humanidad y su responsabilidad en el genocidio ixil. Así, doña Matilde, la nana maya del hijo de don Emilio, Jacobo, le explica al niño que el presidente “no era un buen hombre, que había matado a mucha gente, a muchos indios, amigos y parientes de la nana” (180). Doña Matilde no deja de notar, naturalmente, que hayan sido los delitos financieros y no el genocidio el motivo del encarcelamiento: “repetía que él [el expresidente] había matado a mucha gente, a miles de hombres, mujeres, niños y ancianos, pero lo habían encerrado por ladrón. Y con él habían encerrado a muchas personas más. Gente del gobierno y gente que hacía negocios con el gobierno” (183). Mediante el discurso de este personaje, el autor hace hincapié en la manera en que el Estado neoliberal guatemalteco pone en valor distintos elementos: se otorga impunidad por crímenes contra la humanidad y el intento de exterminio de una etnia entera, pero el fraude y el enriquecimiento ilegítimo pueden tener consecuencias muy serias. A la luz de este planteamiento cabe preguntarse ¿cuánto vale una vida indígena en la república guatemalteca?

Por su parte, la administración de Jimmy Morales, el presidente que sucedió en el cargo a Otto Pérez Molina, también estuvo plagada de escándalos. La novela detalla que el hermano del presidente es procesado por su implicación en un caso de corrupción (126), tal como le sucedió en efecto al hermano de Morales. Además, la campaña presidencial de Morales fue financiada de forma ilegal. Por último, el argumento de la novela da cuenta también del golpe anticonstitucional de Morales conocido en los medios como “el Moralazo”: el presidente trató durante meses y por todos los medios posibles de expulsar de Guatemala al jurista y diplomático colombiano Iván Velásquez, que fungía en esos momentos como el

Comisionado Internacional contra la Impunidad en Guatemala (CICIG). Este, junto con la fiscal general del país, Thelma Aldana, había iniciado en 2017 el proceso para retirar la inmunidad jurídica a Morales, permitiendo que este pudiera ser procesado por sus delitos de corrupción. Así, leemos en la novela: “*Presidente de la República declara persona non grata al comisionado de las Naciones Unidas contra la impunidad y exige su inmediata salida del país*, decía el radioperiódico que el taxista venía oyendo” (164, énfasis en el original).

Rey Rosa trata con ironía el tema de la legalidad, la moralidad y la culpa: lo que está bien o mal varía considerablemente según el punto de vista. Así, en el ya referido desayuno entre el psiquiatra y don Emilio, el doctor relata que un amigo en común, exministro, ha caído preso: una investigadora de la fiscalía llamó a su mujer y, haciéndose pasar por vendedora de bienes raíces, le sacó todo tipo de información sobre propiedades y cuentas, con lo que pudieron procesarlo⁵². Don Emilio reacciona diciendo que “[n]o [es] muy ético, eso” (45). El mismo don Emilio, sin embargo y pese a sus estrictas opiniones sobre ética, está implicado también en casos de corrupción y está pendiente de salir del país, pues la orden de su arresto podría emitirse en cualquier momento: “Por el caso de corrupción masiva en el que estaba involucrado como operador y contacto entre funcionarios del gobierno y empresarios, tarde o temprano, le había dicho su abogado, lo iban a citar” (161). Por su parte, el hermano del activista Polo, que se dedica a la política y cuya familia y carrera se ven afectadas por la caída del gobierno (67), le dice a este: “Se están pasando bastante, los de la Comisión [CICIG]. Lo que están haciendo no es muy legal que digamos, y lo saben. Pero les pela. ¿Qué se creen? ¿Eliot Ness?” (67). Estas citas parodian el alto grado de complicidad y sentimiento de impunidad entre aquellos que están implicados en los casos de corrupción.

Mientras que la crítica a la corrupción de las élites políticas y económicas es el centro de atención de las dos primeras partes de la novela, el tercer y último libro de la misma,

⁵² El inspector Dolores Morales usa la misma estrategia en *El cielo llora por mí* para obtener datos personales acerca de personas a las que investiga.

“Retorno a Toó”⁵³, pone el foco sobre los proyectos extractivistas de minería que perpetúan dinámicas de violencia colonial en los territorios mayas del altiplano guatemalteco. En esta parte final de la novela, Cobra, Jacobo y doña Matilde comienzan una nueva vida en Toó, donde Cobra participa en la lucha por la libertad de los territorios del altiplano. Al llegar, es informado de que las comunidades se encuentran batallando contra corporaciones extractivistas; en concreto, La Pirámide, una empresa extranjera de minería de oro a cielo abierto está diezmando los ecosistemas de los que los habitantes de Toó dependen para su vida diaria.

En efecto, los megaproyectos de minería, especialmente de oro e hidroeléctricos, son una lacra que el pueblo maya enfrenta desde hace años. Araya et al. aseguran que Centroamérica está experimentando un “nuevo auge minero” iniciado “en las últimas décadas del siglo pasado” (299), cuyos efectos negativos “sobre el medio ambiente son irreversibles” (300). Se trata, además, de un fenómeno que afecta a un gran porcentaje de la población rural del Istmo: tanto en Honduras como en Guatemala, por ejemplo, en torno al 30% del territorio del país está afectado por concesiones de minería (Araya et al. 330, 346). Entre los efectos negativos de la minería metálica los autores enumeran “conflictividad social, escasez de agua, afectación de la salud, inseguridad, contaminación del agua superficial y subterránea, destrucción de los medios de vida y activos campesinos, violencia y represión, entre otros” (348).

La llegada de la minería metálica a Guatemala está íntimamente ligada con su proceso de pacificación, pues un año después de la firma de los Acuerdos de Paz y en el marco de los nefastos programas de ajuste estructural promovidos por el Fondo Monetario Internacional, el Congreso modifica su Ley de Minería para hacer más atractiva la inversión extranjera,

⁵³ La preferencia por el término *libro* en lugar de *parte* es también una referencia al *Chilam Balam*, un texto maya producido durante la era colonial, que se encuentra dividido en libros y no partes. De hecho, su título completo es *Los libros de Chilam Balam de Chumayel*.

rebajando las regalías al 1% del valor del mineral extraído (dividido a partes iguales entre el Estado y la municipalidad de la extracción) y permitiendo la importación sin aranceles de los materiales y equipos necesarios para llevar a cabo el proyecto (Araya et al. 345). Esta situación ha desembocado en que “en Centroamérica las empresas mineras se han aprovechado de las débiles legislaciones en materia ambiental y tributaria para instalarse” (Araya et al. 354), una opinión que comparten Macleod y Pérez Bácama, quienes observan un “notorio tráfico de influencias entre la empresa minera, el Estado y los medios de comunicación” (22).

El elemento transnacional es relevante en el terreno de la minería en Guatemala, pues las concesiones se dan a grandes empresas multinacionales. Asimismo, también el Banco Mundial ha influido en el estado de la cuestión: en torno al año 2004, esta institución recibió la recomendación por parte de un grupo de expertos de modificar su política de proyectos extractivistas, en vista de la cantidad de daños ambientales, así como de los focos de conflictividad social causados por este tipo de proyectos en comunidades de todo el mundo. Dicha recomendación fue, sin embargo, obviada y, muy significativamente, ese mismo año el Banco Mundial concedió un préstamo de 45 millones de dólares a la transnacional canadiense Glamis Gold Inc. (Araya et al. 348).

Para Araya et al. la situación de explotación ambiental y opresión comunitaria de la minería metálica en Guatemala “demuestra qué lejos está quedando ese sueño que puso fin a 36 años de conflicto” (351). Por su parte, para Morna Macleod y Crisanta Pérez Bácama no cabe duda de que “la embestida de transnacionales contra lo que queda de los territorios indígenas forma parte de los saldos de una suerte de bancarrota del complejo tránsito del conflicto armado hacia la paz con democracia” (10).

Es común que las empresas mineras actúen en los límites de la legalidad, amparadas en el respaldo de las autoridades, que garantizan la impunidad, y en la vulnerabilidad de las

comunidades que sufren el impacto de sus proyectos. Así, la concesión de terrenos para la instalación de las minas se efectúa a menudo, según Araya et al., mediante técnicas de más que dudosa ética, como el engaño o la coerción (346). Igualmente, a pesar de que las Naciones Unidas reconocen el derecho inalienable de los pueblos nativos a llevar a cabo una consulta comunitaria sobre cualquier tipo de proyectos que afecten a sus territorios, la realidad es que rara vez se llevan a cabo estas consultas, como fue el caso de la controvertida mina Marlin (Macleod y Pérez Bécama, 14, 33), pero también de muchas otras. Macleod y Pérez Bécama enumeran hasta once megaproyectos transnacionales de minería o hidroelectricidad, además de Marlin, en los que no se consultó a la comunidad en cuyos territorios ancestrales se acabó instalando el proyecto (10-11).

La minería, en especial, acarrea toda una serie de consecuencias ambientales nefastas. La explotación del oro suele desarrollarse normalmente mediante una técnica de lixiviación con cianuro que consiste en lavar el oro con una solución de agua y cianuro. No solo es el gasto de agua enorme, pues se calcula que “una mina pequeña gasta en una hora el agua que una familia campesina gastaría en 20 años” (Araya et al. 353), sino que además “el agua utilizada queda irreversiblemente contaminada” (Araya et al. 353). También Macleod y Pérez Bécama destacan que la “minería a cielo abierto es especialmente devastadora de la naturaleza” (17), que deja una gran cantidad de residuos contaminantes (17-18), que hace un “uso desmesurado del agua”, lo cual provoca “su contaminación, [y] la desecación de pozos y manantiales” (35), además de causar problemas de salud como un aumento de los casos de cáncer y la aparición de malformaciones fetales (37).

Las comunidades locales a menudo se organizan para resistir el impacto de la minería y actualmente existe “una creciente oposición a la extracción minera por parte de las comunidades afectadas” (Macleod y Pérez Bécama). La lucha pretende acabar para siempre con la minería metálica a cielo abierto en Guatemala o, al menos, conseguir que los proyectos

extractivistas se lleven a cabo bajo una serie de estrictos parámetros y, desde luego, no se permita jamás la técnica de la lixiviación del oro con cianuro (Araya et al. 355). Sin embargo, cuando las comunidades locales se organizan para reclamar derechos sobre sus territorios, la respuesta gubernamental suele ser la represión contundente y, a menudo, brutal. Araya et al. detallan por ejemplo cómo una manifestación pacífica en Sololá en 2005 fue violentamente reprimida por parte de las autoridades con el resultado de una muerte y más de veinte heridos (350), y casos similares se vienen reportando periódicamente en la prensa nacional. Además de la represión de la protesta mediante la violencia física directa, se lleva a cabo un proceso de “criminalización y persecución” (Macleod y Pérez Bácama 39) del activismo que busca erosionar la moral y la energía de los líderes sociales, además de crear una atmósfera de miedo, tensión y paranoia que disuada a la población de involucrarse en este tipo de actividades. Así, doña Crisanta Pérez Bácama tuvo una orden de arresto a su nombre como consecuencia de su lucha contra Goldcorp y la mina Marlin. El documental *500 Years* de la cineasta Pamela Yates informa de que este tipo de acusaciones judiciales, que carecen de fundamento legal y, por tanto, también de posibilidades de prosperar en los tribunales, no se llevan a cabo con la intención de desarrollar una causa, sino con la de crear un ambiente de terror y silenciar las protestas. La antropóloga guatemalteca y maya k’iche’ Irma Alicia Velásquez Nimatuj ha denunciado que el extractivismo de la posguerra ha iniciado una nueva “etapa de criminalización de las comunidades” (“Los juicios” 20) indígenas. Por su parte Emil’ Keme⁵⁴, ha afirmado también que

para el estado-nación latinoamericano los indígenas que resisten las políticas económicas extractivistas siguen siendo una amenaza al status quo [...] De ahí que sea necesario eliminarnos, encarcelarnos, y construirnos discursivamente como sujetos ‘terroristas’ o ‘incivilizados’. (Valle Escalante 15-16)

⁵⁴ Antes conocido como Emilio del Valle Escalante.

La novela de Rey Rosa expone y critica las violentas dinámicas de extractivismo que enfrentan las comunidades mayas en Guatemala. Así, un ingeniero griego expleado de la transnacional La Pirámide expone los daños causados por la mina. Para empezar, la compañía había mostrado una total “falta de atención [...] ante los problemas de las comunidades que habían sido seriamente afectadas por la actividad minera” (232), y es que las “licencias fueron otorgadas pese a la oposición de los representantes de los pueblos indígenas” (232), pero tal como denuncian las fuentes citadas “la ley había sido flexible, para algunos” (232). El proyecto minero en Toó ha provocado no solo escasez de agua por el desmesurado uso de “[c]ien mil litros [...] por hora” cuando una familia local emplea unos cinco mil al mes (234), sino también su contaminación debido a la solución de cianuro que emplea la compañía en su procedimiento y que dejará residuos tóxicos en “el aire, el agua y la tierra del valle durante muchos, muchos años” (233-234). Además, el paisaje ancestral de la zona también se ha visto impactado negativamente en la novela: el monte que está siendo explotado ya ha perdido un tercio de sus casi tres mil metros de altitud, y “dentro de pocos años sería terreno raso, o acaso tal vez un gran cráter, si seguían encontrando oro más abajo” (233). Por último, el ingeniero explica a su audiencia que la empresa canadiense responsable de la mina ha generado un beneficio de “por lo menos doscientos millones de dólares al año entre el 2015 y el día de hoy” (235), de los que la comunidad de vecinos apenas ha visto nada porque el alcalde ladino se robó la regalía del 0,5% correspondiente al municipio y se ha ido a vivir con su familia a Estados Unidos, si bien “[d]e vez en cuando manda una remesa, eso sí” (236).

Los líderes comunales de Toó se niegan a resignarse, pese a todo, y están involucrados en diversas actividades de resistencia, a pesar de que el activismo acarrea represalias muy graves. Así, el hermano de Polo le advierte a este que sea precavido con su actividad, pues está calando hondo y llamando la atención de sectores de la élite, lo cual podría acarrearle consecuencias terribles: “Las hidroeléctricas, las mineras, las constructoras... Los estás

jodiendo a todos” (68). Por ejemplo, el Estado trata de acabar con la actividad de una radio comunitaria creada por Polo en contra de una hidroeléctrica (122). Además, uno de los líderes comunitarios de Toó, don Pascual, acaba siendo asesinado por la policía en el transcurso de una protesta. Antes de su muerte don Pascual

era tildado de terrorista⁵⁵ en la prensa local y algunas redes sociales por oponerse a las actividades de una poderosa compañía minera que había devastado El Recuerdo, su cantón natal. Pasó más de un año en una cárcel de la capital de la pequeña república fallida, pero por último (poco antes de la amnistía jurídica proclamada para los presos políticos y los políticos presos, «menos los imputados por delitos de sangre») fue puesto en libertad; no existía ninguna prueba en su contra. (231)

Frente a la criminalización y la persecución, sin embargo, los habitantes de Toó perseveran en la lucha y, aunque la situación sea crítica, pequeñas victorias van llenando de esperanza su proceso de resistencia. Por ejemplo, “[h]abían conseguido, hacía poco, que en varios cantones de Toó se prohibiera el uso de bolsas plásticas y, a orillas de las carreteras, la instalación de vallas publicitarias, muy a pesar de la moribunda Cámara Nacional de la Industria y el Comercio” (271). Además, las generaciones más jóvenes han accedido a espacios tradicionalmente negados a los indígenas, como la educación universitaria. La joven Goya, por ejemplo, se ha titulado en Derecho y es abogada y activista de tal éxito que recibe invitaciones para dar ciclos de conferencias en Europa (259-260).

Hasta ahora hemos revisado cómo Rey Rosa construye una mimesis ficcional de Guatemala en su novela para denunciar la corrupción de las élites políticas y empresariales y la continuidad de la violencia colonialista a través de megaproyectos extractivistas que acarrearán la destrucción ambiental de los territorios ancestrales de los mayas, quienes además

⁵⁵ Durante los conflictos armados en Centroamérica era común que el Estado y los medios de comunicación se refirieran a los guerrilleros como terroristas. De forma interesante, la palabra sigue empleándose para denotar al nuevo enemigo interno: bien al pandillero, bien al activista y, cada vez con mayor frecuencia, a los líderes de comunidades y organizaciones indígenas.

enfrentan la criminalización y hasta el asesinato cuando se organizan en resistencia. Al final de la novela, sin embargo, esta da un giro argumental que separa la historia de la mera mimesis y la lleva hacia el campo de la especulación ficcional y la utopía política. Rey Rosa viene a defender la urgencia de que diversos grupos sociales guatemaltecos (ladinos, clases trabajadoras, indígenas, mujeres) se unan colaborativamente para crear una nueva nación: una nación maya autónoma. La resistencia y los cambios políticos no pueden seguir llevándose a cabo, sugiere el autor, mediante las lógicas occidentales del neocolonialismo, el mercado transnacional y la supremacía blanca y ladina, sino que es hora de que los mayas lideren el destino sociopolítico de los grupos en resistencia. Con la llegada de los europeos al continente en 1492 emergió una organización colonial del mundo y de las Américas y esta organización “hasta la actualidad perdura en las estructuras institucionales, en el orden cultural, en las ‘estructuras de sentimiento’” (Muyolema 237). La estructura colonial permaneció incólume, así, tras las declaraciones de independencia de las repúblicas latinoamericanas y sus revoluciones liberales:

Mientras que a los criollos y sus descendientes contemporáneos les gusta contar la biografía de la nación como una ruptura del orden colonial, a los pueblos indígenas les resulta imposible pensarse en ese “nosotros” que logró emanciparse políticamente. El reverso de los procesos de independencia es la continuidad del colonialismo.

(Muyolema 244)

Esta organización colonial del mundo se perpetúa, de hecho, hasta la actualidad y la era neoliberal. Así, Víctor Montejo reconoce en el gobierno guatemalteco “a modern and astute neocolonialism that surreptitiously replicates the colonialism of the past in an updated, internal, neoliberal version” (Montejo 190). También Emil’ Keme ha notado la relación entre colonialismo y “el modelo económico neoliberal adoptado en varios países a través de

tratados de libre comercio”, el cual “sigue generando innumerables tensiones entre Pueblos originarios y estado-nación” (Valle Escalante 14).

Al apuntar hacia la necesidad de la decolonización de Guatemala, la novela se inserta en el giro decolonial del discurso y se separa intencionalmente de las narrativas occidentales y coloniales que perpetuaban la supremacía blanca y el colonialismo y defendían el mestizaje. Muy al contrario, Rey Rosa propone una transculturación a la inversa de la sociedad guatemalteca, que debe mayanizarse. Se inscribe así *El país de Toó* en el giro decolonial que ha marcado el ámbito del latinoamericanismo en las últimas décadas.

2.3.3. *Kastajinem* y *tijax*: el amanecer de una era de lucha decolonial

La resistencia a las estructuras opresivas de poder que operan en el país viene encarnada en los personajes de Jacobo, Cobra y Polo: un niño discapacitado, un expandillero salvadoreño y un activista ladino. Los tres personajes tienen una cosa en común: han sobrevivido a un accidente que casi les cuesta la vida y, como les explica al final de la novela doña Desideria, habitante maya de Toó, han muerto y han renacido para ayudar a la gente (295). En primer lugar, Jacobo estuvo a punto de morir ahogado de pequeño en la piscina de sus padres; Cobra, por su parte, salva la vida de milagro después de que su coche se precipitara por un barranco al ser perseguido por los sicarios de don Emilio, mientras que Polo consigue sobrevivir a las picaduras de alacrán con que Cobra, extorsionado por don Emilio, casi lo mata. Al llegar al umbral de la muerte pero salvar la vida, los tres personajes están regresando simbólicamente del mundo de los muertos al de los vivos, ascendiendo victoriosos del inframundo, tal como en el *Popol Vuh* los gemelos Hunahpú e Ixbalqué regresan del más allá tras vencer a los señores de Xibalbá, lo cual sugiere que la resistencia político-económica en la Guatemala del nuevo milenio ha de ser una resistencia según códigos de pensamiento y conducta indígenas y no ladinos.

Así, esta transición de la muerte a la vida que experimentan Jacobo, Cobra y Polo puede relacionarse también con el concepto maya de *kastajinem* o despertar, al que se hace mención directa en la novela cuando varios habitantes de Toó discuten estrategias de resistencia en el velorio de don Pascual, asesinado en una protesta popular contra una compañía minera:

Ante la matanza, las comunidades respondemos con solidaridad, con cantos y con flores, con azúcar, con velas. Respondemos con el Kastajinem, con el despertar, porque aún en medio de la muerte y el dolor no perdemos el poder para organizar lo bello. (255, énfasis en el original)

En el *Chilam Balam de Chumayel*, el despertar se asocia sistemáticamente con el amanecer del nuevo día⁵⁶. El *Kastajinem* tiene entonces en la novela esta connotación de reinicio que apunta al amanecer de una nueva era, y la mayor parte de la trama tiene lugar, además, durante la nueva era maya cuya llegada le anuncia la nana Matilde a Jacobo:

la nana también le decía que las cosas cambiaban, que el momento, la fecha, había llegado, ese año. Lo llamaban el Oxlajuj Baktún, «un Señor muy poderoso hecho no de carne sino de años». La era de su gente había comenzado. Un cargador de buena suerte había llegado, decía. Otro tiempo iba a empezar. (183)

El final del 13 baktún tuvo lugar el 12 de diciembre de 2012, iniciándose al día siguiente una nueva era de cinco mil doscientos años en el calendario maya. Pese a las equivocadas creencias popularizadas en occidente en torno a que esta fecha marcaría el fin del mundo, se trataba, sencillamente, de un nuevo comienzo con la oportunidad (de forma similar al simbolismo del 1 de enero en el mundo occidental) de hacer cambios, mejorar e iniciar una etapa mejor y más feliz (Aveni 31-32). El concepto de *kastajinem*, en el marco de la nueva era maya, se asocia directamente con el poder de resistencia indígena y su resiliencia, que lleva

⁵⁶ Hay abundantes ejemplos. He aquí algunos: “Era el momento en que acababa de despertar la tierra” (49) o “[s]e despertaron cuando estaba despertando la tierra” (51).

activa los más de 500 años que, hasta ahora, los mayas han sobrevivido a la colonización, ladinización, opresión sistemática y genocidio, como bien hacen notar los personajes indígenas de la novela: «Nos robaron hasta el miedo y aquí estamos.» / «Esta tierra es nuestra.» / «La heredamos.» / «La compramos.» / «La defendemos» (253).

La idea del *kastajinem* ha sido empleada, de hecho, por colectivos guatemaltecos en resistencia: a raíz de una masacre similar a la que en la novela acaba con la vida de don Pascual y muchos otros⁵⁷, se creó el Colectivo Kastajinem, dedicado a impulsar la resistencia a través del activismo civil y la creación artística, y en octubre de 2013 se celebró en Totonicapán un festival artístico llamado también Festival Kastajinem, que trató de celebrar la lucha del pueblo a través de diversas disciplinas artísticas. Rey Rosa decide significativamente emplear la cosmovisión maya para dar a entender que son precisamente las comunidades mayas quienes tienen el derecho a liderar el cambio a una nueva era sociopolítica y que son sus estrategias, sus herramientas y sus modos de lucha los que garantizarán el éxito de la resistencia en contra del neoliberalismo.

Rey Rosa crea así una novela que se aleja intencionadamente del paternalismo condescendiente de las posturas que imperan en la mayoría de discursos culturales hegemónicos sobre los mayas, ya pertenezcan al campo de la historia, la política, la antropología o la creación literaria. Estos discursos han empleado tradicionalmente un punto de vista etnocentrista, paternalista y condescendiente y han sido empleados por los poderes colonizadores y por la izquierda ladina para legitimar y perpetuar las dinámicas de opresión racial y social que vienen operando en la república guatemalteca desde la Conquista, y que también han servido para legitimar el expolio de los recursos naturales de las tierras indígenas

⁵⁷ “En Totonicapán, Guatemala, a inicios del mes de octubre del 2012 el ejército guatemalteco reprimió una protesta pacífica maya k’iche’ que le reclamaba al gobierno del ex militar y luego presidente del país Otto Pérez Molina, abolir el incremento a la electricidad, revocar propuestas de privatización al sistema educativo y dar más poder constitucional al ejército nacional. Las protestas concluyeron con una intervención militar que culminó con el asesinato de ocho personas, y más de 35 heridas” (Valle Escalante 15).

en nombre del desarrollo capitalista tal como han argumentado Joel Wainwright, Edyta Andzel-O'Shanahan y Morna Macleod, cuyos trabajos reviso a continuación. Frente a esta tradición, sin embargo, Rey Rosa sugiere que es hora de dejar a los mayas liderar su propia lucha por la liberación y la defensa de sus territorios, sus ecosistemas y sus comunidades.

Así, en su estudio *Decolonizing Development: Colonial Power and the Maya*, el académico Joel Wainwright lleva a cabo una crítica al desarrollo capitalista desde una postura marxista postcolonial y demuestra cómo el discurso sobre los mayas ha sido construido para presentarlos como incapaces de gestionar los recursos naturales que, de hecho y paradójicamente, habían estado gestionando desde hacía siglos cuando llegaron los europeos. Este discurso implica que el sistema agrícola maya precisa del desarrollo del capitalismo europeo. También los académicos especializados en las culturas mayas contribuyeron, según Wainwright, a la construcción de este discurso. Los mayas fueron “descubiertos” dos veces: la primera vez en el siglo XVI de mano de los primeros conquistadores y, la segunda, en el siglo XIX de mano de la nascente disciplina de la arqueología (99). Partiendo de *Orientalism* de Edward Said, Wainwright explica que las dos lecciones principales de la mayística son, en primer lugar, que los mayas de la actualidad son una raza con una esencia formada hace miles de años y, en segundo lugar, que tras un periodo de gloria los mayas cayeron en decadencia. El gran misterio para los especialistas consistía en averiguar qué había producido esta decadencia⁵⁸, y se puso la mira en el sistema de milpa como responsable de la caída de la civilización maya antigua (125).

Por su parte, Edyta Andzel-O'Shanahan ha analizado la representación de los mayas en la ficción centroamericana, poniendo de manifiesto los problemas de representación que

⁵⁸ La cultura popular contemporánea suele mantener esta visión del maya como el descendiente caído en desgracia de una raza que alguna vez vivió una era de gloria. Wainwright pone como ejemplo el filme *Apocalypto* (Mel Gibson, 2000), y podemos pensar también en la reciente novela *Aquí estoy (Here I Am)* en el original en inglés del escritor estadounidense Jonathan Safran Foer. En la novela, el presidente ficcional de Israel da un discurso elogiando la resistencia y resiliencia del pueblo hebreo, contrastándolas con el ejemplo de los mayas, preguntándose qué ha sido de ellos (125).

acarreaba la narrativa indigenista del pasado siglo, una narrativa que “reinforce[d] the hegemony of the dominant culture” (423) y promovía la asimilación cultural del indígena y la política del mestizaje al representar

the Maya way of being with condescension and paternalism. Canonical indigenista novels, written and read mostly by non-indigenous upper class, retained a close relationship with the state-promoted ideology of assimilation of the indigenous population into the Spanish-speaking, westernized society. (440)

Como hemos tenido oportunidad de ver en el apartado anterior, los discursos de la izquierda revolucionaria guatemalteca tampoco se encontraban muy lejos de estos puntos de vista. En el ya citado estudio de Morna Macleod (*Ri Ajxokon*), la investigadora pone de relieve el racismo intrínseco de las organizaciones guerrilleras en Guatemala. En su novela, *Rey Rosa* invierte el orden revolucionario impuesto por los guerrilleros ladinos que dictaban que la liberación étnica seguiría, en segundo lugar, a la económica, y antepone la causa de la liberación del pueblo maya de la opresión por parte del Estado ladino como una prioridad indiscutible. Ante esta problemática de liberación económica versus liberación étnica, *Rey Rosa* parece reconocer que ambas están íntimamente ligadas y que la primera no será posible sin la segunda: no podremos acabar con el sistema neoliberal sin antes devolver a los indígenas el lugar social que les corresponde legítimamente mediante la creación de una nación maya. En este sentido, *Rey Rosa* sugiere que la decolonización de Guatemala debe llevarse a cabo a través de un proceso de transculturación a la inversa o de mayanización de los ladinos, tal como el que experimentan los personajes de Jacobo y Cobra a lo largo de la novela y, especialmente, una vez que se han trasladado a vivir a Toó.

En el caso de Jacobo, este ha crecido en soledad en la clínica psiquiátrica, donde la nana Matilde le ha enseñado en secreto a leer y escribir en español, así como los rudimentos de su lengua materna (no se especifica qué lengua maya) y buenas dosis de cultura maya

gracias a la lectura del *Popol Vuh* y el *Chilam Balam*, libros cuyas historias Jacobo memoriza y atesora. De hecho, cuando se encuentra atrapado en la oscuridad absoluta del búnker de su padre Jacobo se reconforta a sí mismo recordando el pasaje del *Popol Vuh* que describe las pruebas que tienen que superar los gemelos en Xibalbá. Significativamente, Jacobo parece encontrarse en la primera prueba:

Cansado de llorar en la oscuridad, recordó un pasaje del libro que conocía de memoria, casi palabra por palabra:

... *El primer castigo era el de la Casa Oscura, Quequema-ha, en cuyo interior solo había tinieblas.* (186, énfasis en el original)

Las voraces lecturas que ha realizado de los clásicos mayas le hacen ver el mundo a través de este prisma, relacionando su realidad con los mitos e historias de los primeros habitantes de Iximulew. Este prisma le ha servido a Jacobo para hacer más tolerable la dura realidad que le ha tocado vivir: el accidente casi mortal, la pérdida del habla, el abandono materno y más adelante el paterno, y el criarse en una clínica psiquiátrica. El inquebrantable amor de doña Matilde junto con las hazañas y logros de los héroes mayas le han permitido afrontar su infancia traumática sin perder el juicio. De hecho, para cuando llega a Toó, Jacobo ya se siente uno más y es que, en cierto sentido, ha crecido en Toó gracias a las historias de su nana, y el mundo maya ha sido su vía de escape mental para soportar los padecimientos del confinamiento en la clínica. Llegando a Toó, Jacobo está llegando a su hogar. Él mismo decide adquirir un nombre maya y se decanta por el de Junajpú, uno de los gemelos del *Popol Vuh*.

Cobra, por su parte, parece encontrar en el modo de vida de las gentes de Toó la solidaridad y el amor que llevaba buscando toda la vida, y finalmente “resultó incluido en la comunidad de Toó” (269). Empieza a vestir, por ejemplo, “una chaqueta de lana, típica de muchos pueblos del altiplano” (273). Esto no deja de ser significativo, pues sabemos que la

vestimenta es uno de los marcadores culturales utilizados tradicionalmente para distinguir entre ladinos e indígenas y, de hecho, las prendas tradicionales de las comunidades mayas como los cortes, los huipiles, los tocados o las camisas bordadas son frecuentemente causa de discriminación (Macleod, “Mayan Dress”). Don Santos, principal de Toó y aj kijab (suerte de sacerdote maya y guía espiritual) le ofrece a Cobra trabajar para el Común: “Así pasa a formar parte” (272). La invitación es entendida por parte de Cobra como un honor y sigue un breve ritual que consagra al salvadoreño como un miembro más de la comunidad. En la ceremonia, Santos le hace entrega de un cuchillo de obsidiana, un *tijax*, que, tal como explica el glosario que cierra el libro, es “uno de los veinte nawales del calendario maya, cuyo glifo representa un cuchillo de obsidiana. Sus atributos son la fuerza y el poder emprendedor. Su energía es muchas veces drástica” (298)⁵⁹. En efecto, unas páginas más adelante Cobra ya está “embarcado en el servicio comunal” (279). Estas escenas tienen lugar en la tercera parte del tercer libro de la novela, sección que se abre con una cita recogida de Radio Mitre a modo de epígrafe en la que se explica el significado de la entrega del cuchillo:

Desde tiempos remotos existe la creencia de que los cuchillos no han de regalarse. En caso de hacerlo, se cree que se avecina una pelea. Por tal razón el arma se vende por una moneda, o se cambia por otra cosa de poco valor. Hay quienes sostienen que cuando un cuchillo no se regala ni se vende su entrega constituye un rito iniciático comunitario, por lo cual el cuchillo pasa a tener un valor de uso y no de propiedad.
(267, énfasis en el original)

Esta cita plantea ya las dos grandes cuestiones que quedan por desarrollarse en la novela, pues el cuchillo simboliza tanto la integración de Cobra en la comunidad indígena de Toó como la lucha de esta comunidad contra la violencia económica y ambiental del sistema neoliberal,

⁵⁹ El calendario desarrollado por los mayas, más exacto que el calendario gregoriano en uso, pues no precisa de años bisiestos, cuenta con trece meses de veinte días y un periodo final de cinco días. Cada uno de los días del mes está gobernado por un espíritu o nawal, que, de forma similar al zodiaco en la cultura occidental, rige la personalidad de aquel que nace bajo su signo.

dos ideas que están fuertemente interconectadas, pues en Guatemala “son las estructuras comunales las que protagonizan la defensa y la recuperación” de los territorios expropiados (Tzul Tzul 387).

A través de este proceso de transculturación inversa de Jacobo y Cobra, el autor propone alternativas frente al proyecto hegemónico de la hispanización⁶⁰ y se opone a una larga tradición latinoamericanista para la que “la única vía factible para los pueblos indígenas de América es el mestizaje” (Beverley, “Siete aproximaciones” 270); esto es, “la renuncia [a la propia cultura] o el genocidio cultural” (Beverly, “Siete aproximaciones” 270), puesto que “el mestizaje significa el olvido de la herencia indígena y, como asunción política, como conciencia de sí y para sí, significa la negación de lo indígena” (Muyolema 260). Este proceso de transculturación inversa está en la línea de las ideas del académico Armando Muyolema, quien también ha propuesto un “proceso civilizatorio alternativo” (267) a la tradición cultural hegemónica asociada al mestizaje y el borrado cultural de las poblaciones indígenas. Muyolema ilustra este proyecto alternativo con una cita de la líder y activista ecuatoriana Dolores Cacuango: “pitishka urku uksha shina, kutin winakmi kanchik, shinami, urku uksha shinawan pachamamata catachisun (‘somos como la paja del páramo que cortada vuelve a crecer, de paja de páramo sembraremos el mundo’)” (261-262). Muyolema interpreta la cita “como una apuesta por un proceso contracultural opuesto al “blanqueamiento”, pues “sembrar o cubrir de paja el mundo” implicaría un proceso de indianización o kichwización del mundo” (265). Para él, “lo indígena kichwa no encarna una esencia o ethos inaccesible para los no quichuas: es un mundo posible, una alternativa cultural viable en la contemporaneidad” (265). Es este mismo proceso (en este caso, de mayanización) el que tiene lugar en la novela y el que Rey Rosa está sugiriendo a través de los personajes de Jacobo y Cobra.

⁶⁰ También en la obra teatral quechua de 1857 *Ollantay* encontramos este proceso de “una transculturación ‘al revés’” dentro de un “contra-proyecto de hegemonía indígena que apropia elementos de esa formación cultural para servir a sus propios intereses” (Beverley, “Siete aproximaciones” 271).

Mediante el uso simbólico del cuchillo o *tijax* que ya hemos mencionado, la novela adelanta la necesidad de la lucha por parte de todos aquellos oprimidos por las estructuras neoliberales y neocoloniales del Estado guatemalteco, pero esta lucha ha de ser liderada por los mayas y aspirar a la formación de una nueva Iximulew. La novela transmite optimismo con respecto a los procesos de lucha y resistencia en Guatemala, sugiriendo que la organización efectiva de diferentes actores sociales conllevará el éxito de estos procesos. “Regreso a Toó” se abre con una cita del *Chilam Balam* que detalla las profecías mayas para el periodo comprendido entre los años 1600 y 1620 del calendario gregoriano o el 5 ajaw katún. Las profecías hacen referencia a la aparición de conflicto, pues “se oirá la danza de las hachas” (227), y se habla de la posibilidad de alcanzar “el fin de la miseria de los hombres mayas” (272) si “se ahorcara al gobernador de esta tierra” (272). La cita marca el tono del final de la novela y sugiere que, quinientos años más tarde, los mayas aún sufren una opresión de la que pueden liberarse a través de la lucha: es posible alcanzar por medio de un movimiento popular organizado un nuevo orden sociopolítico para los mayas y, con este, una nueva vida libre de violencias y opresión racial y económica.

Los habitantes de Toó aspiran a regir su vida mediante un orden que escapa a las lógicas imperialistas occidentales y, en última instancia, al pensamiento europeo, basándose en epistemologías autóctonas que no tienen necesariamente relación con sistemas o conceptos occidentales. Así lo aclara uno de los personajes, que le explica al Cobra que en el sistema comunal indígena “la tierra era de todos, como en los países comunistas, solo que esto venía de antes, de mucho antes que Karl Marx, desde antes de la conquista” (99). La liberación económica pasa ineludiblemente por la liberación territorial y la recuperación de lo que pertenece legítimamente al pueblo maya: las tierras de sus ancestros, usurpadas por los colonizadores. Así lo expresa el mismo Polo al conversar sobre el conflicto de la minera con la comunidad de Toó: “¡Ha llegado la hora de fundar una nueva nación! ¡Una nación maya!”

(241). Para la fase de lucha que se avecina, “resistir no es suficiente. ¡Hay que ir más allá!” (241) y, en efecto, la comunidad de Toó va mucho más allá dando un golpe nunca visto hasta ahora en la historia de la resistencia maya: Cobra organiza el derrumbamiento del puente que conecta Toó con el resto de la república. Con la ayuda de su ex amante española Pamela y un brujo amigo de esta, Pablo, se organiza una limpia mágica en Toó, para la que llegan decenas de brujos de la costa y la capital. Mientras en la plaza se lleva a cabo la limpia, que no es sino una tapadera, otros miembros de la comunidad diseminan en los lugares indicados los explosivos que les ha proporcionado Cobra, quien a su vez los sacó del búnker de don Emilio. El hecho de que una limpia sirva como tapadera del dinamitazo enfatiza una vez más la conexión entre las prácticas mayas tradicionales y la lucha contra el Estado colonial opresor.

Por supuesto, la postura misma de Rey Rosa no deja de presentar una paradoja irresoluble, dado el papel protagonista de los hombres ladinos en una novela que, en última instancia, trata de la problemática territorial indígena en Guatemala y que claramente aboga por la recuperación de las tierras ancestrales del pueblo maya. ¿Por qué, entonces, los protagonistas son hombres ladinos? ¿Por qué hay una escena en que Polo presenta la idea de la nación indígena a los vecinos de Toó, como si fuera una idea o una iniciativa que ellos no hubiesen tenido por sí mismos? ¿Por qué es Cobra quien idea, organiza y lleva a cabo el gran golpe final de dinamitar el puente? Con estas decisiones narrativas, parece que el argumento de la trama cae en algunas contradicciones en su planteamiento, pues las figuras de Cobra y Polo padecen lo que se ha llamado el “complejo del salvador blanco”⁶¹.

⁶¹ Matthew W. Hughey resume en siete las características principales del “salvador blanco”, un personaje que (1) se introduce en una cultura racializada que está o pronto estará bajo asalto (28); (2) salva a la comunidad racializada de tal asalto, ataque o desastre (31); (3) experimenta dolor o tormento psíquico, emocional o espiritual como un Mesías (41); (4) aparece rodeado de otros personajes blancos extremadamente crueles, violentos y racistas, de modo que el salvador de la trama, por efecto del contraste, parece reunir todas las virtudes de que carecen los otros blancos; y se rodea de una comunidad racializada donde se contextualiza el desarrollo del personaje (47-48); (5) es a menudo un personaje con una elevada ética del trabajo (52); (6) representa la idea de “civilización” y “cultura” en yuxtaposición a los miembros de la comunidad racializada en que se integra, que son representados como salvajes, exóticos, emocionales e ilógicos (59); y (7) la historia que protagoniza se basa en grandes eventos históricos reales en los que la cuestión racial fue de gran importancia como el Apartheid, la Segunda Guerra Mundial o la Guerra Civil estadounidense (64). Algunos ejemplos bien

Después de la demolición del puente, Cobra y sus amigos discuten la operación, que ha sido un éxito y Goya la considera “una declaración de guerra incruenta y jubilosa” (294), lo cual encajaría con la idea ya previamente mencionada de una descolonización hecha con métodos inversos a los del invasor: si la conquista española fue violenta y trágica, la liberación del territorio indígena se lleva a cabo de una forma totalmente contraria: “incruenta y jubilosa” (294). Se invierte así la dinámica opresora colonial de asimilación cultural, que es violenta y destructora, mientras que el proceso de Cobra y Jacobo es, por el contrario, voluntario y amoroso⁶². Y es que, como reza la célebre sentencia de Audre Lorde, no se puede dismantelar la casa del amo con sus mismas herramientas: la resistencia y la lucha de los pueblos oprimidos por la descolonización deben hacerse, nos sugiere Rey Rosa, mediante dinámicas propias. La vecina de Toó Ermenegilda, por su parte, considera la operación no tanto como una declaración de guerra sino como una “declaración de independencia” (294), de modo que la novela se cierra con la promesa de la posibilidad de una nueva nación maya.

conocidos del cine estadounidense en que el protagonista de la cinta es un salvador blanco son, según Hughey, *To Kill a Mockingbird* (Robert Mulligan, 1962), *Gran Torino* (Clint Eastwood, 2008), *The Last Samurai* (Edward Zwick, 2003), *Avatar* (James Cameron, 2009), *The Matrix* (Lilly y Lana Wachowski, 1999), *Children of Men* (Alfonso Cuarón, 2006), *The Last King of Scotland* (Kevin Macdonald, 2006), *Dances with Wolves* (Kevin Costner, 1990) y *The Blind Side* (John Lee Hancock, 2009), entre muchos otros.

⁶² El amor parece funcionar, al igual que en *Que me maten si...*, como la encarnación de la esperanza. Así, se rumorea que el ingeniero griego que trabajaba para el proyecto minero antes de unirse a la causa antiextractivista no se ha quedado por la zona solo por su activismo, pues “corrían rumores de que se había enamorado de una muchacha mam” (232). En este sentido, se trata de un “ingeniero griego convertido, en tierra maya, en guía activista por indignación y tal vez también por amor” (236): el amor aparece representado entonces como una arrolladora fuerza de transformación personal, pero también social, una forma de salvación individual y a la vez colectiva. Esta idea queda reforzada con el ejemplo de Cobra, que se enamora también de una joven de Toó, Ermenegilda: “pensaba en ella con frecuencia. Había sin duda, algo carnal en su deseo de volver a verla; pero también una ilusión que no lo era, y una nostalgia que le parecía inexplicable” (280). Sus sentimientos por Ermenegilda son tales que, cuando reconecta con Pamela, su amante española de la capital de la república y “una mujer casi perfecta” (290) para ultimar detalles acerca del golpe final de la novela, decide hacer los trámites necesarios a través de un tercero y sin comunicarse directamente con ella ni verla, para evitar “decepcionar a Ermenegilda” (290). Al igual que en *Que me maten si...*, aquí el amor supone de nuevo una oportunidad de redención personal, pero también está ligado al compromiso social: diríase que solo aman de verdad aquellos que, por así decirlo, aman a la comunidad también. De nuevo, Rey Rosa emplea un tropo con una larga tradición en la literatura latinoamericana como metáfora del proyecto moderno de nación, revisitado y adaptado a los tiempos de la era neoliberal. Significativamente y al contrario que en *Que me maten si...*, en *El país de Toó* los romances, si bien apenas sugeridos en unas pocas ocasiones, son felices: esto es, hay lugar para la esperanza de un nuevo proyecto de nación.

Muyolema ha relacionado las estructuras coloniales y el neoliberalismo, ambos aspectos explorados por Rey Rosa en su novela, con los límites del relativismo del pensamiento postmoderno frente a crisis de la modernidad afirmando que “el neoliberalismo se apoya en uno de los metarelatos que curiosamente no ha sido severamente cuestionado: la idea de la democracia occidental” (Muyolema 269). Por su parte, Edgardo Lander también se ha referido a este tema para afirmar que no se trata de que la modernidad esté en crisis, sino que lo que está “en crisis es la pretensión hegemónica de los saberes e imaginarios occidentales -su Historia Universal- constitutivos del mundo colonial” (26). Según Lander, quienes experimentan la crisis de la modernidad desde sus centros intelectuales y políticos lo hacen con “*desilusión y desencanto*” (26, énfasis en el original), mientras que para aquellos que han sido históricamente sometidos a relaciones coloniales de subalternidad, esta “crisis” supone “la posibilidad de la descolonización de sujetos, imaginarios, memorias, identidades” (26). Esto es, “[m]ientras que para unos es el *fin de la Historia*, para otros puede ser el comienzo de *otras historias* no-coloniales” (26, énfasis en el original). La novela de Rey Rosa se inserta sin ninguna duda dentro de esta corriente de pensamiento, y apunta a la posibilidad de repensar nuevos modos de organización política, comunitaria y nacional bajo el liderazgo de los legítimos herederos del continente americano: es el comienzo de una nueva Historia. *El país de Toó* apoya, pues, “un pensamiento y accionar políticos que alimentan un proyecto cultural y civilizatorio radicalmente antagónico con aquella ideología pan-nacionalista de corte criollo, mestizo y letrado” (Muyolema 260).

La novela de Rey Rosa pone en entredicho, entonces, no solo el gobierno guatemalteco y su dudosa transparencia, sino el concepto mismo de nación guatemalteca. Su trabajo critica con fiereza el statu quo de Guatemala, la corrupción de las élites políticas, el enriquecimiento de la burguesía capitalina a través de todo tipo de negocios sucios, y la concesión del territorio maya a inversores extranjeros carentes de ética que destruyen el

paisaje, el ecosistema y las comunidades que viven allí desde antes de que Guatemala recibiera ese nombre. La novela lanza un rayo de esperanza acerca del futuro próximo y, al destacar los recientes triunfos de la resistencia guatemalteca como la caída del gobierno de Pérez Molina y su encarcelamiento, nos hace saber que, a pesar de lo crítico de la situación, aún puede haber lugar para el optimismo: a través de la organización social y colectiva las clases trabajadoras, los marginados y los oprimidos pueden defender sus causas y avanzar hacia la construcción de un mundo más justo. Para Rey Rosa, la cuestión indígena en esta novela ha pasado a ser de primer orden, y el autor aboga por el derecho del pueblo maya a reclamar sus territorios para gestionarlos de la manera en que deseen. Y es que dos décadas después de la firma de los Acuerdos de Paz los pueblos mayas siguen sufriendo la violencia del Estado, esta vez a través de la imposición de proyectos extractivistas y la falta de protección y servicios públicos de calidad, como hemos visto a lo largo de la novela en diversos ejemplos. En la era del neoliberalismo, las tierras mayas están a la venta al mejor postor en un despiadado mercado transnacional en el que el único valor es el lucro. El futuro de una Guatemala justa pasa, en la visión que traza Rey Rosa en la novela, por la creación de una nación indígena y la mayanización de la población ladina. La nueva Iximulew debe emerger, sugiere el autor, de un proceso de descolonización llevado a cabo con estrategias propias, y que se administre de acuerdo a lógicas no occidentales, sino autónomas, y se acuerde a las formas tradicionales de organización comunal de los mayas.

2.4. Conclusiones

Si las víctimas de *Que me maten si...* quedaban impotentes y sucumbían ante la violencia del ejército y sus negocios sucios, los personajes de *El país de Toó* se niegan a ser víctimas, se rebelan contra el orden establecido y envían un mensaje de esperanza: otro mundo es posible, debemos luchar por él. En este sentido y retomando las ideas de Lander acerca de la supuesta crisis de la modernidad (26), podríamos decir que, en *Que me maten*

si..., Rey Rosa está escribiendo desde el centro intelectual y político de esta, de ahí que la novela exprese un sentimiento de profundo desencanto ante el fin de la Historia. Por el contrario, en *El país de Toó* el autor asume una posición marginal y parece estar escribiendo desde la subalternidad. Este cambio de posicionamiento, del epicentro de la modernidad a sus márgenes, provoca también el cambio de perspectiva en sus novelas: el desencanto ante el fin de la Historia de *Que me maten si...* se ha transformado en *El país de Toó* en la esperanza de nuevas historias alternativas y decoloniales.

Las fuentes históricas revelan que Rey Rosa planteó con acierto ya en su novela de 1997 los que serían los grandes problemas de la paz en Guatemala: la transformación y continuación de la violencia por vía no ya de la ideología sino del crimen organizado, la ausencia de diálogos de reconciliación profundos, la falta de justicia para las víctimas de la guerra y del genocidio con la imposición de políticas de olvido, la impunidad para quienes cometieron crímenes de lesa humanidad, la perpetuación del racismo y la criminalización de las comunidades mayas, la transición para ciertos actores del ejército del negocio de la guerra a otros negocios sucios (tráfico de drogas, armas, personas y otros) en una Guatemala global, así como la transición de estos mismos actores de los altos mandos de las Fuerzas Armadas a altos cargos de la administración de la República.

En *Que me maten si...* la auténtica profundidad de la violencia es tal que los personajes no pueden ni empezar a concebirla, del mismo modo que sus nuevas lógicas son desconocidas, con lo que la resistencia a esa misma violencia es algo imposible, y los protagonistas son asesinados sin llegar a conocer el calado del fenómeno al que pretendían enfrentarse. En *El país de Toó* los tentáculos del monstruo de la paz neoliberal siguen siendo larguísimos, pero los personajes ahora sí saben cuán hondo llegan y reconocen sin problemas las estructuras y dinámicas de la violencia, desarrollando por lo tanto estrategias de resistencia más adecuadas y más prometedoras. La única forma de vencer a este monstruo, nos plantea

Rey Rosa, es mediante la organización y alianza de los diferentes sectores poblacionales víctimas de él y, en última instancia, a través de un proceso de descolonización que devuelva a los mayas el poder sobre sus tierras ancestrales.

3. Los crímenes del Orteguismo en *Ya nadie llora por mí* de Sergio Ramírez

“—¿Y se puede hacer algo?

—Insistir.

—¿Vale la pena, padre?

—Siempre vale la pena. Incluso cuando se sabe que puede no llegarse a nada”

(Galán 241)

Ya nadie llora por mí (2017) es la segunda entrega de la saga neopolicial del detective Dolores Morales del nicaragüense Sergio Ramírez, saga que cuenta actualmente con tres volúmenes: *El cielo llora por mí* (2008), *Ya nadie llora por mí* y *Tongolele no sabía bailar* (2021). De todos los autores estudiados en esta tesis, Ramírez es el único que ha trabajado activamente y por un periodo prolongado de tiempo en la política de su país. En esta sección final, voy a repasar brevemente la vinculación entre política y literatura en la obra detectivesca de Ramírez, centrándome en sus novelas *Castigo divino* (1988) y *El cielo llora por mí* (2008) y haciendo hincapié en la crítica social que se establece en estas para, a continuación, abarcar el análisis de *Ya nadie llora por mí*, articulado a través de dos aspectos fundamentales de la novela: la consideración de la instrumentalización del feminismo que con escaso éxito hace la novela y el análisis de la crítica social al orteguismo y la transformación neoliberal de Nicaragua, acompañada por la sugerencia de que solo una cierta actitud de fracaso ético quijotesco puede adoptarse frente a las circunstancias sociopolíticas de la Nicaragua actual.

3.1. Política y literatura en la narrativa policial de Sergio Ramírez: de *Castigo divino* a la saga Morales

Ramírez es probablemente el narrador vivo más reputado del Istmo, tal como avala el Premio Cervantes que recibió en 2017 en reconocimiento a una brillante carrera literaria⁶³. Al contrario que otros escritores centroamericanos más jóvenes y de acuerdo con el perfil de los escritores de su generación (tales como Claribel Alegría o Gioconda Belli), quienes estuvieron comprometidos con los movimientos de izquierdas durante las décadas finales del siglo XX, Ramírez, nacido en 1942, ha participado activamente en la vida política de su país. Perteneció al núcleo del Frente Sandinista y, cuando este grupo asumió el poder tras derrocar a Somoza en 1979, pasó a ser uno de los nueve miembros de la junta de gobierno revolucionaria para, unos años más adelante, asumir el cargo de vicepresidente de Nicaragua (1985-90). Es durante estos años que redacta *Castigo divino*, la colosal novela que según Uriel Quesada inaugura el neopolicial centroamericano con su publicación en 1988 (59) y que disfrutó además de tal éxito de recepción que una productora colombiana compró los derechos para la realización de una serie homónima, que más adelante se pasaría también por televisión nicaragüense.

Castigo divino es una novela de no ficción al estilo de *In Cold Blood* de Truman Capote, si bien con la tensión sociopolítica que está ausente en el trabajo del norteamericano y que sí observamos en otros ejemplos de novela de no ficción latinoamericana como *Operación masacre* de Rodolfo Walsh⁶⁴. La novela de Ramírez relata, pues, en tono de no ficción el caso judicial más sonado de la historia nicaragüense: el caso Castañeda. Oliverio Castañeda fue un joven guatemalteco a quien su activismo contra la dictadura del general

⁶³ Así lo entiende Arturo Arias también, para quien “al ganar el premio Alfaguara en 1998 con *Margarita está linda la mar*, Ramírez se convirtió en el novelista centroamericano mejor conocido en el mundo de [sic] hispanohablante” (“Post-identidades post-nacionales” 139).

⁶⁴ Novela a la que en realidad le correspondería, y no a la de Capote, la distinción de ser la primera de su género, pues se publicó en 1957, nueve años antes que esta.

Ubico había llevado al exilio en la ciudad universitaria de León, Nicaragua, donde continuó sus estudios de Derecho. Fue procesado en 1933 en esa misma ciudad acusado de haber envenenado con estricnina a su esposa y a dos miembros de una familia de la élite local. El caso estuvo acompañado de escándalos, sorpresas y amoríos a tal nivel que, semanas después de su entierro, se llegó a exhumar a una de las víctimas, una joven de veintidós años con la que se decía que Castañeda había mantenido relaciones, para “verificar” su virginidad. Pronto el caso polarizó a la sociedad local, divida entre la clase alta, que esperaba ver a Castañeda subir al cadalso y apelaba a los valores religiosos para cubrir el escándalo del triángulo amoroso de Castañeda con las hermanas Gurdíán⁶⁵, y la clase trabajadora, que veía a Castañeda como el héroe popular que iba a ser sacrificado por preservar un honor ligado a valores elitistas y anticuados, y como una víctima del somocismo ⁶⁶. En un final puramente neopolicial, sin embargo, la Guardia Nacional facilita la huida al preso para aplicarle la ley de fuga y ejecutarlo a tiros por la espalda, lo que le niega al lector una resolución satisfactoria del caso: ¿era Castañeda culpable o no?, ¿qué se decidió en el juicio? La novela, en última instancia, es una exploración del

problema de la verdad histórica, una verdad elusiva, que pone en crisis el marco legal en el que se genera, una verdad que se reduce finalmente a una imposición violenta por parte de la clase social y militar dominante. En *Castigo divino* asistimos al enunciado de múltiples verdades locales, que reflejan pequeños intereses en pugna, envidias, fe en el sistema legal, escleróticos conceptos de honor, etcétera. Esta lucha incesante distorsiona la apreciación de las grandes verdades de la historia; en el caso

⁶⁵ En la novela, las hermanas Gurdíán son rebautizadas con el apellido de Contreras. Ramírez decidió cambiar los nombres de algunos personajes cuyos descendientes aún vivían en León en el momento de la publicación con el propósito de eludir posibles cargos judiciales.

⁶⁶ No podemos pasar por alto la importancia del elemento transnacional en la novela: Castañeda es un guatemalteco que se exilia en Nicaragua tras ser perseguido por el régimen de Ubico. Irónicamente, en el exilio, la dictadura somocista acabará ejecutándolo. Las redes de ayuda, solidaridad e influencia transnacionales en el Istmo están muy presentes en la obra. Tanto los grupos de la burguesía liberal, como el propio Castañeda, que aspiran a la democratización de sus países, como los grupos oligárquicos y militares que mantienen el poder establecen redes de apoyo transnacionales.

de Nicaragua, el ascenso de la dictadura somocista y la responsabilidad de la rancia burguesía en tal hecho. (Quesada 70)

En este sentido, destaca en la novela el antagonismo entre Tacho Ortiz, capitán de la Guardia Nacional somocista, y el juez Mariano Fiallos, que ve cómo los militares le impiden una y otra vez con toda clase de ilegalidades, cumplir con sus responsabilidades como juez del caso. Años más tarde, Ortiz sería responsable de una matanza de estudiantes en León, y Fiallos sería profesor de Derecho del mismo Ramírez en la facultad local. El primer neopolicial centroamericano es, por lo tanto, profundamente político, uno de los rasgos característicos del subgénero. Para Ramírez, política y literatura están entonces íntimamente ligadas: después de todo, escribió la novela en las madrugadas de su mandato como vicepresidente, durante las horas tranquilas, antes de que los teléfonos del despacho empezaran a sonar y la guerra civil en que estaba sumido el país requiriera toda su atención. La novela está dedicada, además de a su esposa, a “los combatientes, en todos los frentes de guerra, que han hecho posible este libro”. Él mismo se ha referido en numerosas ocasiones a literatura y política como sus “oficios compartidos”: tal título lleva, por ejemplo, una colección de ensayos sobre tal tema publicada en 1994.

Tras la derrota del Sandinismo en las elecciones del 90 con la victoria en las urnas de la liberal Violeta Chamorro, Ramírez pasó, progresivamente, a engrosar las filas de antiguos sandinistas que aspiraban a una renovación del movimiento y que se situaron en contra del liderazgo de Daniel Ortega. Este grupo terminó escindiéndose del partido al formar el Movimiento Renovador Sandinista (MRS), con quien Ramírez se presentó a la presidencia en los comicios del 96. Tras una nueva derrota, Ramírez se retiró de la primera línea política, aunque haya seguido siendo muy activo en la promoción de una izquierda renovadora en Nicaragua y en el movimiento contra Ortega. Para despedir su carrera política publicó unas memorias de su participación en el Sandinismo, *Adiós muchachos*, que vio la luz en 1999.

En 2008, exactamente dos décadas después de la publicación de *Castigo divino*, Ramírez regresa al género negro, esta vez con *El cielo llora por mí*, una historia sobre narcotráfico en la Nicaragua de principios de los 2000 protagonizada por un irónico inspector de policía y exguerrillero cojo⁶⁷, el inspector Dolores Morales. En esta novela se presentan los personajes que regresarán casi diez años más tarde en la segunda entrega de la serie Morales, *Ya nadie llora por mí* (2017). La serie concluye, de momento, con la última novela publicada por el autor hasta la fecha, *Tongolele no sabía bailar* (2021). Los tres volúmenes de la saga están articulados en torno a la crítica de la realidad sociopolítica de la Nicaragua contemporánea.

En *El cielo llora por mí* el inspector Morales, adscrito a la división de Narcotráfico, resuelve con ayuda de su buen amigo, un compañero policía de la costa caribeña a quien apodan Lord Dixon, el asesinato de una joven en la Laguna de Perlas, caso que acaba destapando un entramado de tráfico de cocaína por parte de un cartel colombiano. En la novela, el lector asiste al escenario de una Nicaragua precarizada, empobrecida y vendida a los gigantes del neoliberalismo, una Nicaragua en la que la justicia funciona parcialmente, manchada de corrupción, y donde la policía hace su trabajo con medios exiguos. Así, por ejemplo, los celulares de los agentes de la policía son fruto de una donación de Movistar (35)⁶⁸ y la cámara fotográfica que usan en Homicidios para tomar instantáneas de la escena de un crimen ni siquiera es de la institución, sino del hijo de uno de los inspectores, que “se la ganó en una promoción con cupones” (59). Mientras tanto, Morales debe trabajar con una computadora sumamente lenta, “pues pertenecía a la antigüedad clásica” (70).

⁶⁷ Morales tuvo que pasar por la amputación de uno de sus pies a causa de una herida en la guerra, y Ramírez conserva, también resultado del conflicto, una leve cojera que lo ha acompañado a lo largo de casi toda su vida adulta y que caracteriza el caminar del escritor. Parece pues que hasta cierto punto Morales puede ser el áter ego de Ramírez.

⁶⁸ De un modo similar, la puerta mayor de la catedral “había sido donada por Glenn Müller, el magnate mundial de las pizzas Dominó” (189).

Como es común en el neopolicial, la investigación del policía sirve como excusa para revelar las miserias sociales de la nación y adentrarse en la realidad menos favorable de esta. Ramírez presenta a través de los ojos de su protagonista una Managua sumamente desigual, empobrecida y precarizada en la que el paisaje urbano está siendo radicalmente modificado como consecuencia de la transnacionalización de la economía y la agudización de la brecha social. Por ejemplo, las idas y venidas de Morales por toda Managua se ven continuamente interrumpidas por huelgas y protestas del personal sanitario de la ciudad (39, 46), de estudiantes (178) y de los trabajadores de las bananeras (275), y es que la capital nicaragüense vive bajo el yugo de una economía que no apoya a los humildes. Así, un niño que entra a robar en una casa parece una noticia de lo más corriente en la radio (38-39) y vemos de pasada también, en sus recorridos por la ciudad, la dura existencia de aquellos que viven de lo que recogen de la basura (91), tema que reaparecerá con más centralidad en la siguiente entrega de la saga. Otros, ante la crisis, no tienen más opción que emigrar al llamado Norte, como hace uno de los personajes, que “se fue para Estados Unidos después que quebró en el algodón” (111). La Managua de Morales es un paisaje en cambio constante, invadida cada vez más por la inversión extranjera. Los negocios de toda la vida van transformándose y, por ejemplo, los “cines de barrio eran ahora templos evangélicos, o antros de pornografía” (168). Por su parte, Morales compra un día el almuerzo “en el mercadito de una gasolinera, de esos que ahora llamaban conveniences en la jerga en inglés que invadía el país como una calamidad bíblica. Las súper gasolineras surgían ahora por todas partes, otra calamidad bíblica, construidas de la noche a la mañana” (118). En abierto contraste con la Nicaragua de los estudiantes, los trabajadores y los que no tienen qué comer, “nuevos repartos de lujo, defendidos tras muros sin fin, aparecían de la noche a la mañana en aquellas primeras estribaciones de la sierra de Managua plantadas hasta ahora de viejos cafetales arrasados por los tractores, mientras las motosierras daban cuenta de los árboles centenarios” (210). El

paisaje tradicional de las cercanías de Managua está siendo brutalmente modificado, pues, con la aparición de las viviendas de lujo. Mientras, las grandes corporaciones transnacionales tejen complicadas redes empresariales que hacen prácticamente imposible dar con sus responsables, como en el caso de la Caribbean Fishing, la compañía ficcional que usan los narcos en la novela para tapar sus negocios y blanquear dinero, que

pertenece a una empresa nodriza inscrita en Grand Cayman. Todo, empresas, yates, avionetas de trasiego, se perdía en aquel laberinto de sociedades anónimas registradas en los paraísos fiscales de Bahamas, Grand Cayman, Barbados, Curazao, Grenada, Panamá, sociedades que tenían por domicilio bufetes de abogados, y por socios a las secretarías, contadores y mensajeros de esos mismos bufetes. (110)

En la Nicaragua de la novela la publicidad es omnipresente: está ahí cada vez que Morales abre su bandeja de correo electrónico y encuentra ofertas de Viagra, clases de equitación, catas de vinos y hasta productos milagrosos para aumentar el tamaño del pene, anuncio que hace desear a Morales que ojalá existiera un crece-piernas (72-73). Ramírez parece apuntar así con humor que el mercado nunca podrá proporcionarnos lo que realmente necesitamos: Morales, un crece-piernas en lugar de un crece-pene; y la sociedad, justicia, solidaridad, salud y reparto equitativo de la riqueza en lugar de políticas neoliberales y mercados transnacionales⁶⁹. Una escena similar se repite cuando Morales enciende el televisor, dispuesto a descansar un rato en casa y se enfrenta a un aluvión de spots que van desde Pokémon hasta campos de golf (169). Frente a esos acelerados cambios, las memorias de una Nicaragua revolucionaria atraviesan la novela, llenándola de una fuerte desilusión por el país que pudo haber sido, pero no fue.

⁶⁹ Por su parte, *Castigo divino* también registraba los inicios de la era de la publicidad en Centroamérica a principios del siglo XX cuando Oliverio Castañeda describe en una carta dirigida a su amante Matilde Contreras un paseo que ha dado por San José de Costa Rica. Frente al aluvión de cartelera pública que le anuncia espectáculos de ópera, medicamentos milagrosos y le advierte de la prohibición de escupir en el suelo, el enamorado declara: “frente a lo prosaico, Ud. que es el ensueño” (443).

Aunque queda claro que la policía está formada mayormente por empleados que se esfuerzan en hacer su trabajo de la mejor manera posible y que buscan la justicia, también hay cierto grado de corrupción que viene de altos cargos del funcionariado. En la división establecida por Ramírez se encuentra, por un lado, toda la base de la policía y la mayor parte de sus empleados, aquellos que hacen el trabajo del día a día; por otro lado, los altos cargos administrativos y directivos que gozan de buenos sueldos, privilegios sociales debido a su estatus y conexiones sociopolíticas y se encargan de la gestión y la toma de decisiones a gran escala. Por ejemplo, la policía decomisa una maleta en la que encuentran cien mil dólares pertenecientes a los narcos. Días más tarde, Morales es alertado de que la cifra del dinero ha pasado oficialmente a ser la mitad, quedando implícito que altos funcionarios de la policía se han quedado con la cantidad sustraída (158). Estos altos cargos tienen redes de solidaridad y relaciones con la élite oligárquica y empresarial del país, lo que amenaza por momentos la resolución del caso y la consecución de la justicia. El comisionado Selva, superior directo de Morales, le advierte que con su investigación del asesinato va a dar con “un avispero, tocás a la oligarquía” (194), y queda patente la conexión entre las autoridades y las élites cuando uno de los personajes, que trabaja como abogado para los narcos y quiere evitar el interrogatorio con Morales, llama por teléfono al ministro de gobernación para quejarse, con total éxito (224).

Los lazos corruptos entre sandinistas y élites oligárquicas son también criticados con fuerza en las múltiples referencias que la novela hace del fenómeno popularmente conocido como la piñata, o el enriquecimiento de ciertos líderes sandinistas en la Nicaragua postrevolucionaria, pues supieron aprovechar de la manera más conveniente para sus carteras personales la transición de los años ‘90 y la neoliberalización de la economía. Así, el sobrepeso del inspector Alcides Larios parece simbolizar ese enriquecimiento ilícito y esa integración acomodaticia en la Nicaragua neoliberal: el tipo era “[h]ueso y pellejo nada más

en tiempos de la guerrilla, hoy en día debía ajustarse el cinturón debajo del vientre, la hebilla en el pubis” (19). De otro personaje de la novela, un narcotraficante cuyo apodo en la guerrilla era Caupolicán, se dice que tras la guerra “subió como cohete a las alturas” (55).

Por último, debemos notar que la sombra, como una amenaza latente, del orteguismo planea sobre la novela. Morales recoge a una enfermera que huye de una protesta sindical que ha sido brutalmente reprimida y esta, en agradecimiento, le dice: “[c]uando ganemos las elecciones le vamos a dar un ascenso”. Al preguntar quién es ese nosotros, la mujer contesta: “El Frente Sandinista [...], en la próxima vuelve Daniel” (51)⁷⁰. Se refiere, naturalmente, a Daniel Ortega, líder del Frente Sandinista desde la Revolución, y a las elecciones presidenciales de noviembre de 2006, en las que, en efecto, volvió a resultar electo como presidente de la República, cargo que ha ocupado ininterrumpidamente desde su victoria electoral del 2006, siendo reelegido de nuevo en los comicios de 2012, 2017 y 2021⁷¹.

La segunda novela protagonizada por Morales, *Ya nadie llora por mí* (2017), en cuyo análisis profundizaremos a continuación, tiene como telón de fondo el paisaje social de la Nicaragua del orteguismo, una Nicaragua en profunda crisis económica, social y política en

⁷⁰ Esta cita sitúa la acción de la novela en los años 2000 pero antes de 2007, cuando Ortega volvió, tal como augura la enfermera, al poder.

⁷¹ Ortega pasó los años de los gobiernos liberales (1990-2006) desarrollando iniciativas y estrategias con el fin de recuperar el poder perdido en las urnas en el 90; entre otras medidas, consiguió que se aprobara una reforma de la Constitución en 1995 que rebaja al 45% los votos necesarios para ganar la primera vuelta en las presidenciales. Más adelante, durante la administración de Arnoldo Alemán (1997-2002) Ortega firmó un pacto de gobernabilidad con el presidente y juntos “modificaron la ley electoral y redujeron el porcentaje para acceder a la presidencia” (De Gori, “Abril 18” 82). Durante la presidencia de Enrique Bolaños (2002-2007), Alemán se vio implicado en una serie de escándalos y acabó en prisión, lo cual produjo división dentro de los sectores liberales, división que benefició sin duda al FSLN en los siguientes comicios, en los que el Sandinismo obtuvo la victoria con un respaldo del 38% de los electores, que se aumentaría al 68% en el 2011 y a un apabullante 72% en las elecciones del 2016 (Midence 41). En las últimas elecciones presidenciales celebradas hasta la fecha, en noviembre de 2021, Ortega resultó de nuevo vencedor con alrededor del 75% de los votos, pero una escasa participación del 65%. En la campaña para estas últimas elecciones, Ortega llevó a cabo toda una serie de medidas antidemocráticas que pasaron por el control y la censura de los medios de comunicación y llegaron al encarcelamiento de siete candidatos opositores, así como de un elevado número de disidentes en general. Así, la icónica comandante sandinista Dora María Téllez, conocida con el sobrenombre de la Comandante Dos, fue arrestada y encarcelada en junio de 2021 y continúa en prisión hasta el día de hoy, sin que se haya respetado su derecho al habeas corpus o a un juicio justo. Todos los observadores internacionales declararon, además, fraudulentas las elecciones del 2021.

los meses precedentes a las protestas de abril de 2018⁷². Esta vez el ex inspector de policía, ahora reconvertido a detective privado con una pequeña agencia en un centro comercial de Managua⁷³, investiga un caso de abuso sexual idéntico al que hace ya años empañó la reputación de Ortega, al que su hijastra Zoilamérica Narváez acusó en 1990 de abusos sexuales desde que ella tenía tan solo once años (Kampwirth, “Abortion” 127).

La tercera y última entrega de la saga hasta la fecha, *Tongolele no sabía bailar*, ficcionaliza el llamado levantamiento del 18 de abril de 2018, cuando miles de nicaragüenses salieron a las calles en todo el país para protestar contra una nueva ley de la Seguridad Social. La protesta se reprimió duramente, pero canalizó toda una serie de insatisfacciones de diversos sectores sociales con el gobierno de Ortega, de tal manera que los manifestantes a los pocos días exigían ya no solo la derogación de la nueva ley, sino la renuncia del Presidente y el llamado a elecciones. Las protestas duraron varios meses antes de extinguirse por completo y avivaron la oposición al orteguismo, mientras que el líder se reforzó en el poder mediante una serie de medidas antidemocráticas y autoritarias, así como mediante la brutal represión de cualquier manifestación de disidencia política: las protestas se saldaron con más de 400 muertos, la mayoría de las cuales eran estudiantes. *Tongolele no sabía bailar* está diseñada

⁷² El 18 de abril de 2018 miles de nicaragüenses salieron a la calle por todo el país para manifestar su descontento con el gobierno. Aunque fue la insatisfacción con la reforma de la ley de la Seguridad Social, recién aprobada en esa fecha, lo que desató en un primer momento las protestas, estas catalizaron un descontento mucho más profundo que tenía que ver, por un lado, con la neoliberalización de la economía y la consiguiente desprotección socioeconómica de ciertos grupos sociales como los indígenas, los campesinos y los jubilados; y, por otro lado, con el modelo de gobierno de corte semi-autoritario de Ortega. Los manifestantes aprovecharon las protestas sobre la nueva ley del Seguro Social para expresar también su insatisfacción con respecto a la pésima respuesta del gobierno ante el incendio forestal en la Reserva de Indio Maíz, territorio ancestral de los rama-kriol; al proyecto de construcción de un mega canal interoceánico concedido a una empresa china; y, sobre todo, la paulatina suspensión de libertades democráticas. Así, la reforma del Seguro Social se trata, para María Mercedes Salgado, de “solo la punta del iceberg” (138), pues el estallido social tiene más bien que ver con el hartazgo, acumulado a lo largo de los años, con el modelo de democracia excluyente practicado por Ortega y su esposa, la vicepresidenta Rosario Murillo. Aunque Ortega retiró la reforma de la ley del Seguro Social el 22 de abril, las protestas no solo continuaron, sino que pasaron a exigir su renuncia.

⁷³ Morales no es el único detective neopolicial que, desencantado con el sistema de justicia y las instituciones públicas, pasa de pertenecer a la policía a ser un investigador privado. Así lo hace también Mario Conde, que trabaja en el cuerpo de la policía cubana en la tetralogía de Las Cuatro Estaciones de Leonardo Padura, pero que en su reaparición en *Adiós Hemingway* tiene un negocio de compraventa de libros de segunda mano y de coleccionista y, por supuesto, también hace investigación detectivesca.

para mostrar al lector todos los males de la Nicaragua orteguista así como el profundo malestar social que buena parte de la población siente con el modelo político del país. La respuesta a la novela desde la presidencia ha sido contundente: publicada por Alfaguara, el sello de Ramírez desde hace años, su distribución en Nicaragua se prohibió y, además, se emitió una orden de arresto contra el escritor bajo los cargos de lavado de dinero y realizar actos que fomentan o incitan al odio y la violencia. La novela mantiene como protagonista a Morales y su grupo habitual de colaboradores (doña Sofía, Lord Dixon y la Fanny), además de una serie de personajes secundarios nuevos, pero presenta varias diferencias importantes con sus precuelas: en primer lugar, la acción transcurre en apenas dos días. En segundo lugar, aunque tiene algo de thriller, la novela se aleja enormemente del neopolicial y del género de ficción criminal en general. Al contrario que sus precuelas, el punto de partida de la acción no es un crimen en sentido tradicional (un asesinato y una desaparición, respectivamente) que el protagonista como policía primero y como detective privado después debe solucionar. Ramírez se atreve, además, a romper una regla sagrada del policial dictada por el maestro del género Raymond Chandler, que reza que un buen detective no se casa jamás (Chandler 70)⁷⁴,

⁷⁴ *Un buen detective no se casa jamás* es precisamente el título de un neopolicial de la escritora española Marta Sanz, dentro de la serie de su investigador Zarco. De hecho, todos los detectives del policial iberoamericano, así como del *hard boiled* norteamericano y del *whodunit* británico, son solitarios con mala suerte en el romance. Así, el detective Mario Conde, de la saga Conde del cubano Leonardo Padura, ha pasado por dos grandes desengaños amorosos para el inicio de la Tetralogía: primero, se divorció de su mujer, Martiza, y más adelante se separó de su amante, Haydée, tras descubrir que esta lo engañaba. En cada una de las cuatro novelas de la tetralogía aparece una mujer que simboliza la posibilidad del amor: pero ese amor está condenado, siempre, a ser imposible. Se trata de Tamara, su amor platónico de la infancia, en *Pasado perfecto*; Karina, de quien sabe solo al final de *Vientos de cuaresma* que está casada; la joven Poly, con quien tiene una relación casual y sin compromisos en *Máscaras*; y Miriam, descrita con tintes de mujer fatal en *Paisaje de otoño*. El Conde está, por tanto, condenado a la soledad. También Héctor Belascoarán Shayne, el detective de la serie Belascoarán del mexicano Paco Ignacio Taibo II, está divorciado: dejó a su mujer junto con su trabajo de ingeniero, su casa, su coche y las comodidades de la mediocridad burguesa para dedicarse a la investigación criminal. Vive, desde entonces, sumido en “soledad vil y vulgar” (Taibo II 336). En *Días de combate*, la primera novela de la serie, conoce a la muchacha de la cola de caballo, personaje que nunca tendrá nombre propio y que va y viene por la serie, acercándose y alejándose de él. En *No habrá final feliz* Belascoarán le pide en matrimonio: sabe que es muy posible que muera pronto, y quiere morir tras haber vuelto a disfrutar, una última vez, de los placeres de la vida hogareña y de una mujer, pero la muchacha nunca acude a la cita en el juzgado y, poco después, Belascoarán muere acribillado: el amor se presenta en un bien inalcanzable. En el ámbito del neopolicial centroamericano se producen dinámicas similares en novelas como *Que me maten si...* de Rodrigo Rey Rosa; *Moronga*, *Insensatez* y *El sueño del retorno* de Horacio Castellanos Moya; *Los héroes tienen sueño*, *Los años marchitos* y *De vez en cuando la muerte* de Rafael Menjívar Ochoa y las dos primeras entregas de la saga Morales (*El cielo llora por mí* y *Ya nadie llora por mí*) de Sergio Ramírez. Según la convención genérica, os

ya que la novela concluye sentimentalmente con Morales contrayendo matrimonio con la Fanny, que tiene cáncer terminal. Además, incluye por primera vez capítulos en los que el narrador en tercera persona no está focalizado en Morales sino en su antagonista: el ficcional jefe de la Policía Sandinista Tongolele, personaje que aparece en *Ya nadie llora por mí* y cuya actividad ocupa buena parte de la trama de la tercera novela de la saga. Si bien *Tongolele...* no llega a las cotas de desarrollo narrativo presente en sus precuelas, resulta sin duda una novela iluminadora de las dinámicas políticas, económicas y sociales del orteguismo, así como una incursión valiente en la crítica política del régimen nicaragüense en un contexto de creciente represión que ha afectado de forma notoria a escritores e intelectuales públicos, incluyendo al propio Ramírez.

Uriel Quesada ha leído la evolución de la narrativa policial de Ramírez como un proceso de despolitización, entendiendo que *Castigo divino* es una novela cargada de intenciones políticas, pero que estas están ya ausentes en *El cielo llora por mí*, la cual “representa una vuelta a la exotización de la violencia en el Istmo” (71):

Al contrario de *Castigo divino*, los elementos históricos y sociales no son en sí fundamentales para contar la historia, sino que ocupan el lugar de un decorado que le da sabor local y sobre todo humor. [...] La trama es lineal y se centra en el misterio del caso policial, sin mayores reflexiones sobre el contexto político o ideológico como ocurría en *Castigo divino*. (71)

En líneas generales, Arturo Arias concuerda con la visión de Quesada. Arias analiza la evolución del elemento político en la novelística del nicaragüense desde *¿Te dio miedo la sangre?* hasta *Mil y una muertes*, pasando por *Margarita está linda la mar* y *Sombras nada más*, para concluir que el escritor desplaza la política del centro al margen del texto en sus

detectives de ficción están condenados, como una suerte de Tántalos románticos, a buscar incesablemente el amor, y a ser rechazados: “la última ilusión que les queda, la mujer amada, también se les escapa sistemáticamente en cada nueva aventura” (Rojas G. 214).

últimas obras, en las que, según Arias, no hay “intenciones de comunicar una interpretación significativa de entramados políticos, más allá del placer, de la *jouissance* de narrar” (“Post-identidades post-nacionales” 141).

A mi entender, sin embargo, toda la saga Morales constituye una declaración de intenciones políticas y mantiene en su centro la revisión crítica de la realidad socioeconómica del país. La serie constituye una denuncia de los males de la Nicaragua del momento y, muy especialmente, de los efectos que la administración de Ortega está teniendo sobre la república. El hecho de que formalmente las novelas sean más accesibles al público general que otras obras anteriores del autor gracias a la abundancia de diálogos rápidos, la narración lineal cronológica, el uso de un narrador extradiegético focalizado en el protagonista y confiable para el lector, el empleo frecuente de bromas y giros ingeniosos cargados de ironía, el uso de un registro lingüístico informal y de un argumento novelístico cargado de acción y personajes secundarios que se articula en torno a temas populares de absoluta actualidad no le restan a la saga Morales su profunda vocación de crítica social y posicionamiento político. El mismo autor ha reconocido abiertamente en entrevistas que el objetivo de la serie Morales, especialmente de los dos últimos volúmenes, es el de construir una crítica al régimen dictatorial de Daniel Ortega (Linares, Agence France-Presse, Pérez).

3.2. *Ya nadie llora por mí*: defensa quijotesca del fracaso e instrumentalización feminista

Ya nadie llora por mí nos presenta a un Morales que, como hemos dicho, ya no es inspector de policía sino detective privado. Tiene una pequeña agencia en un local que renta en un centro comercial, donde lo asiste doña Sofía, madre de un mártir de guerra y personaje que el lector de la saga conoce de la primera entrega, pues doña Sofía ya había sido su compañera en la policía, donde ella trabajaba como limpiadora pero también participaba activamente en la investigación, ayudando a Morales con sus agudas observaciones a esclarecer el caso de narcotráfico de *El cielo llora por mí*. El caso de *Ya nadie llora por mí*

gira en torno a la desaparición de una joven. Miguel Soto, gran empresario nicaragüense y poseedor de una inmensa fortuna, pide a Morales que investigue la desaparición de su hijastra, una joven universitaria hija de su esposa que se ha escapado de casa dejando a sus padres sumamente preocupados. Morales descubrirá, sin embargo, que la joven Marcela ha huido en realidad del nido de la víbora, pues Miguel llevaba abusando sexualmente de ella desde hacía años. Tras este descubrimiento, Morales decide darle la vuelta al caso y la espalda a su cliente, apoyando a Marcela en su huida, mientras la policía nacional, en connivencia con el padrastro, sigue buscándola para devolverla a su agresor. La muchacha recibe el apoyo de diversas personas que se dedican al trabajo comunitario, así como a la defensa de los derechos humanos y de las mujeres y, por fin, hace una aparición pública a través de varios medios de comunicación y redes sociales dando a conocer su historia e inmediatamente deja el país para regresar a sus estudios en Estados Unidos. Morales es deportado informalmente a Honduras bajo la amenaza de sufrir represalias mucho peores si regresa a Managua, pero, tras recibir en las últimas páginas la noticia de que a la Fanny, su amante desde hace ya años y a quien conocimos en la primera novela de la serie, le quedan apenas unos meses de vida por el cáncer que sufre, se decide a hacer el viaje de regreso para acompañarla en sus últimos días de vida y, de paso, volver a seguir investigando crímenes en Managua desde la clandestinidad (355-356).

En *Ya nadie llora por mí* Ramírez emplea una trama de corte feminista con escaso éxito, pues las contradicciones en materia de política de género abundan en la novela y dinamitan la intención de adherirse a la agenda feminista. La novela destaca y critica, generalmente con buenas dosis de humor a través de la parodia, el sarcasmo y la ironía, diferentes aspectos negativos del régimen de Daniel Ortega: la ausencia de democracia, la represión ilegal de la disidencia política y la protesta, la corrupción de los poderes públicos, la devaluación del espíritu del Sandinismo, la impunidad para la violencia sexual y la falta de

derechos reproductivos para las mujeres, el empobrecimiento general de la mayor parte de la población y el aumento de la brecha social, la explotación laboral de las maquilas, la ubicuidad de la actividad económica informal, la transformación de Managua a beneficio de las élites económicas, y la falta de oportunidades laborales y económicas que, junto con la persecución sociopolítica, empuja a muchos hacia la migración indocumentada a Costa Rica y Estados Unidos. Ante tal panorama el autor no sugiere rendirse en la inacción o la apatía alienantes, sino perseverar en la lucha contra la injusticia social incluso si dicha lucha está destinada al fracaso. Se nos propone así una suerte de ética quijotesca del fracaso, que Ramírez introduce a través de varios elementos meta e intertextuales de la trama así como de la estructura de la novela con la obra magna de Cervantes. *Ya nadie llora por mí* queda inserta de esta manera en lo que Fabricio Tocco ha denominado “estética del fracaso”, propia del neopolicial latinoamericano.

3.2.1. ¿#MeeTooManagua?: instrumentalización del feminismo

El tema del género, ausente en el primer volumen de la saga, es crucial en esta entrega: los abusos sexuales, la falta de consecuencias para los perpetradores y la falta de derechos reproductivos en el país son temas que articulan la trama. De forma central, el lector encuentra el caso de violaciones y abusos continuados de Soto hacia Marcela, que supone, por supuesto, una evidente ficcionalización del caso real de abuso de Daniel Ortega: este, según ha denunciado su hijastra Zoilamérica Narváez en diferentes ocasiones a lo largo de los años, agredió a la joven durante extensos periodos de tiempo⁷⁵. De manera secundaria encontramos también a los personajes de la Reverenda y Vademécum, cuyas vidas han sido también afectadas por la discriminación de género. La Reverenda es una activista que fue abusada de adolescente en su comunidad religiosa por el propio pastor, pero cuando destapó los abusos

⁷⁵ En 1998, Zoilamérica publicó un largo y completo testimonio de su historia de abusos por parte de Ortega en *El Nuevo Herald* de Miami. La nicaragüense detalla en profundidad una larga y dolorosa historia de violencia sexual, física y psicológica que se inició a los 11 años de edad y se prolongó durante casi dos décadas.

nadie la creyó y “sufrió el estigma de calumniadora” (161). Ya de adulta se dedica a asistir a mujeres y niñas que han sufrido la misma suerte, y a facilitarles, en caso de necesidad, el acceso a un profesional que les practique un aborto. Por su parte, el doctor Celestino Carmona, apodado Vademécum, es un ginecólogo cuya licencia profesional ha sido invalidada por haber practicado alguno de estos abortos, pues la interrupción del embarazo está prohibida y criminalizada en Nicaragua desde 2006⁷⁶, lo que ha provocado que el movimiento feminista sea uno de los principales grupos sociales que se oponen al régimen de Ortega. Todos estos personajes son aliados de Morales y aparecen presentados bajo un prisma positivo que favorece la empatía por parte del lector hacia sus problemas: es evidente que el mensaje de Ramírez al incluir estas tramas es el de señalar algunos de los males más acuciantes del orteguismo y apelar a la conciencia de su público.

Tres elementos, sin embargo, minimizan el impacto feminista de la novela y la revelan como contradictoria desde el punto de vista de género: el cambio un poco incoherente en la actitud del protagonista con respecto a las relaciones de género, la actitud de su aliado Rambo en lo relativo al caso de Marcela y el flechazo que sufre Morales por la chica. No deja de ser disonante que Morales se convierta ahora en un defensor de las víctimas de violación cuando en la primera entrega de la saga él mismo agrede sexualmente a una testigo⁷⁷: es difícil para el

⁷⁶ La interrupción voluntaria del embarazo había sido ya muy limitada con la ley 603 de derogación del derecho al aborto terapéutico en octubre de 2006, una reforma legal que no podemos sino considerar un “grave retroceso en materia de derechos humanos” (Ester y González 279) y que fue aprobada por 52 votos a favor y 0 en contra por el parlamento (Kane 364). No obstante, la administración de Ortega fue un paso más allá con la ley 641, aprobada en noviembre de 2007 y que ratifica la criminalización total del aborto con penas de uno o dos años de cárcel para las mujeres que se sometan al procedimiento y de uno a seis años de prisión para los médicos que lo practiquen, además de una inhabilitación profesional de entre dos y diez años. Esta penalización es total e incluye los casos de violación, incesto, embarazos con riesgo para la vida o la salud de la madre, así como malformación grave del feto (Ester y González 279). Esta ley supone el “no reconocimiento de los derechos humanos de las mujeres” y las muertes derivadas de la aplicación de esta ley deben considerarse “feminicidios de Estado” (Ester y González 282), ya que hay evidencia que sugiere que los médicos son reacios a llevar a cabo intervenciones de emergencia como el tratamiento de embarazos ectópicos o de hemorragias postmenopáusicas por miedo a que estas intervenciones sean interpretadas como abortos y acaben enfrentando cargos penales (Kane 364). La penalización del aborto es, además, “especialmente perjudicial para las menores de edad” dada la alta incidencia de matrimonios infantiles y forzados en el país (Ester y González 280).

⁷⁷ Si bien la escena es relativamente imprecisa, su lectura no deja dudas de que se trata de un encuentro sexual no consensuado “—Déjeme, qué se ha creído —dijo ella y, sin volverse, trató de librarse de su abrazo con los codos. [...] La llevó contra la pared, y para cubrir el asalto no se le ocurrió otra cosa que abrir la refrigeradora.

seguidor de la saga reconocer al Morales que ataca a su testigo Cristina en *El cielo llora por mí* en el Morales que lo arriesga todo en la siguiente novela por proteger de su abusador a Marcela, sin dudar por un momento de la palabra de la muchacha. El texto no alude a la evolución del personaje, y nunca se explica de manera lógica o coherente el cambio que ha sufrido.

Del mismo modo, uno de los personajes masculinos que asiste a Morales en su investigación en *Ya nadie llora por mí*, Rambo, pone en duda la veracidad de la denuncia de la chica:

a mi parecer esa flaquita es una pendeja. [...] ¿Por qué jode tanto con eso de que el padrastro le rompió el culito? [...] ¿Violado? Cualquier nombre que le quiera poner es lo mismo, jefe [...]. [N]o es asunto de pobres y ricos, sino del instrumento, que cuando se insolenta no hay razón que acate. [...] ¿Y usted cree que esa flaquita es una santa paloma? [...] Las mujeres se les meten a los hombres, jefe, andan sin brasier para que se les pinten las chichitas, se ponen minifaldas cortitas para enseñar medio culo, y así van a misa, para hacer caer en la tentación hasta a los sacerdotes. [...] A la hora de la calentura no hay culpables, jefe. [...] Después viene algún disgusto en la cama, y de puro capricho salen las mujeres a proclamar a los cuatro vientos que se las están despachando hermoso, como si ellas mismas no se quitaran el calzón. [...] A la flaquita el padrastro la debe tener como toda una reina, sentada en silla de oro y bañada en perfumes, y todavía se queja. (175-176)

Aunque Morales trata de discutir con Rambo y educarlo, resulta una tarea imposible, tras lo que el detective claudica y se limita a cambiar de tema: “Ya dejemos eso” (176). Este Rambo, sin embargo, se mantiene durante el resto de la novela como uno de los grandes aliados de

Ocultos detrás de la puerta, ella luchaba con sinceridad, ahora de frente, aporreándole el pecho con los puños...” (167-168).

Morales, sin que los personajes retomen este tema. Morales parece sugerir que, a fin de cuentas, cierta dosis de machismo en la sociedad nicaragüense es quizás ineludible y para derrocar al régimen orteguista actores sociales de ideologías opuestas habrán de aliarse y colaborar.

Por último, Morales siente un flechazo por Marcela. Este enamoramiento aparece en la trama de forma súbita y con cierta incoherencia, ya que Morales es pareja de una mujer casada, la Fanny, desde la primera entrega y siempre le había sido fiel, emocionalmente al menos. Morales le saca a Marcela alrededor de cuarenta años de edad y resulta incongruente que la novela trate, por un lado, de apoyar las causas feministas con respecto a la violencia sexual y los derechos reproductivos y, por otra, presente un deseo sexoafectivo problemático debido a la enorme diferencia de edad y al hecho de que Morales es el investigador y protector de Marcela. Morales no es el único pretendiente romántico de la chica, pues su abusador, Soto, se declara enamorado de Marcela y asegura que se casaría con ella si pudiera (137), detalle en el que el autor romantiza la experiencia del abuso sexual y parece perder de vista que los abusos sexuales son fruto de complejas dinámicas de poder, violencia, control y humillación que nada tienen que ver con el amor o el afecto. Además, el personaje de Marcela se retrata a través del prisma propio de la tradición literaria heteropatriarcal de la romantización de la mujer anañada, débil, herida y necesitada de la protección de un hombre salvador que la defienda y la cuide. Así, Morales aspira a “protegerla como a un gato abandonado, al que por maldad han echado agua hirviendo por encima y se necesita curarle pacientemente las quemaduras” (226). Marcela es descrita, igualmente, como una “muchacha apagada que parecía haberse refugiado en otro mundo” (226), retrato que no puede dejar de traernos a la mente el célebre verso de Neruda “[m]e gusta cuando callas porque estás como ausente” (83).

En última instancia, la novela queda atrapada en la tensión producida, por un lado, por sus pretensiones de alianza con las luchas feministas y, por otro lado, por los abundantes estilemas de representación típicamente heteropatriarcales⁷⁸. Como resultado de esta contradicción que no consigue resolverse en ningún momento, el argumento feminista del texto es débil y parece estar siendo empleado, más que para reclamar *per se* los derechos de las mujeres, como arma política para arremeter contra Daniel Ortega.

Esta instrumentalización del feminismo sugiere que, para la izquierda heteropatriarcal centroamericana, los asuntos de género siguen siendo una cuestión de segunda categoría, supeditados a los más emergentes relacionados con la economía, la política y la lucha de clases, perpetuándose así problemas que datan de la Revolución, pues, aunque el Sandinismo fue el proceso guerrillero con mayor participación de mujeres (casi un 30% de los combatientes) en toda América Latina, “en la práctica no hubo una conciliación entre los derechos políticos y sociales con los intereses de las mujeres como colectivo, los cuales fueron relegados al ámbito privado” (Ester y González 281). En efecto, la relación del Sandinismo con el movimiento feminista ha estado históricamente llena de contradicciones. Así, la guerrilla permitió a cientos de miles de mujeres nicaragüenses asumir roles de género no tradicionales, participando activamente en la lucha. Al mismo tiempo, sin embargo, “Sandinista leaders were often reluctant to directly challenge gender inequality and male privileges. Those newly mobilized women were often impeded in their efforts to address gender inequality by the same Sandinista leaders who had mobilized them” (Kampwirth, “Resisting” 80). Los testimonios de mujeres sandinistas recogidos por la investigadora Margaret Randall en *Sandino's Daughters* dan cuenta de problemas frecuentes relacionados con el género entre las filas del FSLN, que van desde los abusos sexuales a microagresiones

⁷⁸ Vale la pena mencionar que la precuela a esta novela contiene, como ya ha señalado certeramente Uriel Quesada (71-72) dosis importantes de homofobia a través de chistes e imitaciones degradantes por parte del protagonista y algunos de sus aliados, así como de la representación estereotípica del villano queer. El tema LGBTQ+ no aparece, sin embargo, en esta entrega.

por parte de soldados de rango inferior que se niegan a obedecer a una mujer o esperan que sus compañeras sean las encargadas de las tareas domésticas en el campamento. La izquierda nicaragüense actual también ha cuestionado la validez de las demandas del feminismo, que considera apropiadas cuando se encuadran dentro de un contexto revolucionario de izquierdas, pero no dentro del marco del movimiento feminista (Kampwirth, “Resisting” 83)⁷⁹. Esta es, precisamente la dinámica que presenta la novela de Ramírez, que emplea la causa del movimiento para arremeter contra el régimen sin realizar una reflexión y una crítica profundas en torno al sexismo presente en la sociedad nicaragüense y también, claro, en su literatura, ni replantearse sus modos de representación. El resultado es, pues, desigual y contradictorio: la Managua de Morales está aún lejos de las reivindicaciones de la era #MeToo pese a las pretensiones de Ramírez.

3.2.2. Contra Ortega: crítica del danielismo y propuesta de una ética quijotesca del fracaso

La novela de Ramírez articula la crítica al gobierno de Ortega en torno a varios elementos, como los derechos de las mujeres, que ya hemos visto. Pero, sobre todo, Ramírez se esfuerza por representar una Nicaragua en la que, bajo el yugo del orteguismo, las clases trabajadoras ven su existencia más y más precarizada, forzada a los límites de la marginalidad y sin oportunidades, mientras que el poder privilegia y protege los intereses de la élite económica. El autor va a criticar con fiereza el empobrecimiento de la mayor parte de la población dentro de la agenda neoliberal pragmática de Ortega, su modelo de democracia excluyente que reprime toda protesta social, la corrupción de los poderes públicos y la protección de las élites transnacionales y su capital.

⁷⁹ De un modo similar, como ya hemos visto en el epígrafe dedicado a Guatemala y la obra de Rodrigo Rey Rosa, la izquierda guatemalteca tradicionalmente ha supeditado la lucha antirracista a la lucha de clases y revolucionaria.

En materia económica, Ortega ha llevado a cabo una suerte de liderazgo pragmático y ha establecido alianzas y vínculos de colaboración con diversos agentes como los Estados Unidos, China, el FMI, la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) o Venezuela. Los resultados de esta estrategia fueron, en general, positivos: en 2018 “el país atravesaba por uno de sus mejores momentos económicos” (Rueda-Estrada 118) y el gobierno había implementado con éxito numerosos programas sociales como el Plan Techo, Hambre Cero o Usura Cero y había solucionado la aguda crisis energética previa al 2007, entre otros muchos logros (Fernández Ampié 199)⁸⁰. Carlos Midence también destaca las victorias de la administración de Ortega en los bajos índices de criminalidad del país, su crecimiento económico, la calidad de su cuerpo policial, la reducción de la pobreza, la desigualdad social y la emigración, el crecimiento del turismo, los altos niveles de participación política de la mujer, la construcción de una buena red de carreteras y el suministro casi total de electricidad y agua potable (38-39). En efecto, la pobreza, tal y como admitió el Banco Mundial, se había reducido hasta el 26% en 2018 desde 2008, cuando la tasa era de casi el 43% (Ayerdis 63), siendo Nicaragua el segundo país de Latinoamérica en reducir sus tasas de pobreza tan rápido, y además el tercer país latinoamericano con mayor crecimiento económico en el periodo 2007-2017 (Rueda-Estrada 118).

Sin embargo, no podemos dejar de observar que, pese a la notable mejoría aún hay una buena porción de la población que “está por debajo de la línea de la pobreza y la clase media, un 18%, percibe ingresos entre 500 y 2.500 dólares mensuales” (Rueda-Estrada 119). El trabajo está, además, altamente precarizado y, desde la crisis global del 2008, “entre el 76% y el 80% [de los nicaragüenses] han estado en la informalidad” (Osorio Mercado, Cortez y Sánchez 242). A este respecto, Robinson apunta que el trabajo informal es, en última

⁸⁰ Entre esos muchos otros logros Fernández Ampié resalta “la ampliación de energía eléctrica a comunidades rurales hasta convertir Nicaragua en el segundo país en Centroamérica con mayor cobertura de electrificación, la pavimentación de calles en barrios populares, la modernización de vías de acceso al interior del país o la creación de espacios de recreación para los sectores más empobrecidos” (200).

instancia, un mecanismo más del Estado neoliberal transnacional y una consecuencia natural de la globalización, pues la informalidad es parte de una nueva y perversa formalidad: “the informal economy is functionally integrated into the formal economy, and the two are complementary” (37).

Además, los detractores de Ortega critican su modelo de democracia excluyente y lo culpan de haber copado las instituciones públicas, de reprimir toda protesta social, de limitar la libertad de expresión dado que “el gobierno concentra la mayoría de los medios de comunicación” (Sánchez Benites 136), de impedir su relevo en el partido por parte de otro candidato actuando así como un caudillo, de nepotismo al mantener desde su elección del 2006 a su esposa, Rosario Murillo, como su vicepresidenta, de haber cometido fraude electoral (Miller Bacon 298)⁸¹ y de tener intereses privados en muchos de los proyectos extractivistas y empresariales transnacionales como el del canal interoceánico. Así, una de las consignas de las protestas de abril de 2018 recalca el aire dictatorial del gobierno danielista afirmando que “Ortega y Somoza son la misma cosa”, una adaptación del antiguo “Mejor que Somoza, cualquier cosa” (Rueda-Estrada 98). En definitiva, bajo la mano de Ortega el FSLN ha dado un “salto del sandinismo al orteguismo o danielismo” por el que el líder del partido ha logrado su “consolidación como caudillo” (Miller Bacon 302), una crítica que también comparte Fernández Ampié, para quien “el actual proyecto del Frente Sandinista se ha personalizado en extremo en la figura del presidente Ortega y en la de su vicepresidenta Rosario Murillo” (200-201). También Sánchez Benites entiende que el llamado danielismo es un movimiento diferenciado del Sandinismo (134) y que “el orteguismo deformó al FSLN en un patrimonio familiar” (133).

⁸¹ Tanto las elecciones municipales de 2008 como las presidenciales de 2011 estuvieron acompañadas de protestas que reclamaban contra supuestos fraudes electorales (Equipo IEPP 285-286), si bien los defensores de Ortega afirman que no hay pruebas de tales fraudes y que esas protestas son el resultado de la manipulación mediática de la oposición al Sandinismo mediante el uso de las “fake news” (Ayerdis 65).

Ramírez se sirve con maestría de diversos elementos de la globalización tratados de forma por lo general humorística para dotar a su novela de una inmediatez total y parodiar las tensiones existentes en Nicaragua entre la cultura global y la local: los personajes hacen uso de redes sociales como Facebook y Twitter, emplean Skype para comunicarse por videollamada e incluso hackean ordenadores ajenos, mientras que el detective Morales posee un “Samsung Galaxy de coraza nacarada, como una cigarrera de lujo, obsequio de la Fanny, quien lo había adquirido bajo descuento sustancial en Claro” (107). Los ídolos pop norteamericanos han impregnado la cultura nicaragüense, de modo que los protagonistas apodan Justin Bieber a un taxista local por su peinado similar al del cantante canadiense y uno de los cobradores de la agencia de deudas trabaja disfrazado de Bob Esponja, mientras que Vademécum recibe emails que le informan de que es depositario de una cuantiosa herencia de una potentada africana (253).

La novela deja claro, sin embargo, que la transnacionalización del capital ha traído a la república nicaragüense algo más que nuevas tecnologías e iconos culturales foráneos: el neoliberalismo ha cambiado radicalmente el paisaje socioeconómico del país, y también el físico, pues el gobierno nicaragüense está al servicio de los más acaudalados, excluyendo de sus planes a las clases medias y trabajadoras, cada vez más empobrecidas. Así, los personajes observan cómo unas “aplanadoras emparejaban terrazas donde iban a alzarse mansiones amuralladas” (20). Hacia el final de la novela, doña Sofía y don Narciso dan un paseo por “los sitios de diversión y esparcimiento de la nueva Managua” (302), un recorrido que revisa los cambios estructurales en la ciudad, que parece haber mutado para siempre, convertida en una suerte de extraño parque de atracciones. Pasan por la avenida Bolívar y el parque acuático hace comentar a Sofía: “parece que estuviéramos en Miami” (302), mientras que el Teatro Nacional Rubén Darío “parece un juguete de Fisher-Price” (305). La referencia a Miami es significativa, y es que Wishnant nota que los “Miami boys”, como se denomina a los

nicaragüenses acaudalados que regresan en 1990 de su exilio en Miami, donde habían pasado los años de la Revolución, se esforzaron por recrear “their cherished Miami social and cultural ‘scene’” (447). Doña Sofía y don Narciso continúan su camino y pasan junto al nuevo estadio de beisbol, la Casa de los Pueblos y diversas exposiciones que incluyen maquetas de edificios destruidos durante el terremoto de 1972⁸² e iglesias coloniales, visión que hace comentar a don Narciso: “No hay en Centroamérica nada igual. [...] No conozco Disneylandia, pero dicen que no le vamos a la zaga” (306).

La novela señala con sorna cómo las transformaciones del neoliberalismo orteguista han convertido a Managua en un desatinado cóctel de diversiones que imitan el ocio de la clase media norteamericana, a pesar de que estos proyectos no siempre encajen bien en la idiosincrasia cultural autóctona y excluyan a las clases populares. Así, Miguel Soto se queja de que tiene paralizado un megaproyecto para construir un enorme centro comercial debido a las protestas continuas de los vecinos que tendrían que ser desalojados para iniciar la construcción: “He querido levantar en esos terrenos un paraíso de compras, un mall de primer mundo, como los de Panamá, pero vaya y saque a esa gente sin que estalle un motín” (206). La Managua del siglo XXI es una ciudad diseñada para atender las necesidades y deseos de la clase adinerada, y que excluye y empuja a los márgenes a todos aquellos que no se ajustan bien a este diseño. Para ellos queda la Managua de los barrios marginales, las maquilas, los call centers y las calles que nunca saldrán en folletos publicitarios de turismo. Rodgers advierte que la élite urbana de Managua ha procurado “to actively reshape the overall fabric of the city through an explicit separation of certain urban spaces from the metropolis as a

⁸² En 1972, un gran terremoto destruyó el 90% de los edificios comerciales y el 75% de las viviendas en Managua, dejando 20.000 víctimas mortales y un total de 300.000 personas sin hogar. Somoza aprovechó la catástrofe para impulsar un nuevo modelo de desarrollo urbano, el cual dejó a las clases populares en el centro histórico de la ciudad y trasladó la actividad comercial y recreativa, así como las viviendas de clase alta a los suburbios de la capital (Rodgers, “Disembbeding the City” 115). Sin embargo, fue el presidente Arnoldo Alemán (1997-2002) el responsable de “the vast majority of the infrastructural changes to Managua’s cityscape”, para los que se invirtieron cientos de millones de dólares en un “orchestrated top-down process of urban transformation that is primarily to the advantage of the city elites and not the impoverished majority of the population” (Rodgers, “Urban Segregation” 2).

whole” (Rodgers, “Disembedding the City” 116). Así, la élite nicaragüense se mueve, más que en urbanizaciones amuralladas y condominios securitizados, dentro de una suerte de “fortified network” (Rodgers, “Disembedding the City” 120) que incluye sus hogares, oficinas, bares, restaurantes, centros comerciales, clubes y el aeropuerto internacional de Managua, mientras que

[t]he poor are excluded from these locations by private security, but also from the connecting roads, which are cruised at breakneck speeds by expensive 4x4 cars, and have no traffic lights but only roundabouts, meaning that those in cars avoid having to stop — and risk being carjacked— but those on foot risk their lives when they try to cross a road. The general picture, in other words, is one whereby a whole ‘layer’ of Managua’s urban fabric has been ‘ripped out’ of the fabric of the metropolis for the exclusive use of the city elites. (Rodgers, “Urban Segregation” 1-2)

A veces, esta expulsión hacia los márgenes no es solo figurada sino literal, y el exilio es la única solución viable para muchos nicaragüenses. Así, varios personajes de la novela terminan emigrando forzosamente dadas las circunstancias. Frank, el mejor amigo de Marcela, se va a vivir a Costa Rica, donde tiene familia, mientras que los primos peluqueros apodados Ovidio y Apolonio se pasan también a Costa Rica pero como indocumentados y con la ayuda de coyotes (346)⁸³.

La transformación neoliberal de la economía ha traído consigo nuevas formas de explotación laboral. La Fanny, por ejemplo, trabaja en un call center, que Lord Dixon define como “maquila de ropa, sólo que los operarios hacen llamadas en inglés” (54). La alusión a la

⁸³ Costa Rica ha sido tradicionalmente el destino de muchos nicaragüenses desplazados o migrantes: por motivos políticos durante el Somocismo y la Revolución Sandinista, por motivos principalmente económicos tras la transición a la paz en 1990 y por una mezcla de ambos desde que el régimen de Daniel Ortega viró hacia políticas más represivas en 2018. Así, según la Dirección General de Migración y Extranjería del Gobierno de Costa Rica, solo en 2014 se aprobaron distintos permisos de residencia a casi 20.000 nicaragüenses, y esta cifra no incluye por supuesto a quienes no consiguieron que se aprobara su permiso o quienes sencillamente ni siquiera lo tramitaron (Dirección General, “Informe anual 2014”). La creciente opresión políticosocial del danielismo se ha dejado notar enormemente, sin embargo: en 2022, alrededor de 80.000 nicaragüenses hicieron petición de refugio en Costa Rica (Dirección General, “Solicitudes y aprobaciones”).

maquila encierra otra crítica al gobierno de Ortega, que ha mantenido las Export Processing Zones (EPZs) o zonas francas, zonas de libre comercio y libres de impuestos, donde se han instalado maquilas para la confección de productos textiles que son exportados⁸⁴. Las empresas extranjeras se benefician no solo de la mano de obra barata nicaragüense, sino también de la falta de impuestos sobre materias primas y equipos y de generosos paquetes de incentivos que incluyen a veces incluso la prohibición de la actividad sindical (Robinson 159-160). Las maquilas son tristemente conocidas por sus infames condiciones laborales: “superexploitation, labor repression, the degradation of women, child labor, Taylorist control, and dehumanization” (Robinson 160). Los call centers abundan también en Centroamérica como una estrategia de outsourcing de compañías extranjeras, que, de nuevo, se aprovechan del bajo coste de la mano de obra así como de otros incentivos fiscales y sitúan sus centros de atención al cliente en países en vías de desarrollo como Costa Rica, Nicaragua o la India.

Frente a aquellos que han sido desposeídos y expulsados hacia los márgenes, se alza la élite económica, a la que pertenece Soto, quien es miembro, específicamente, de la élite transnacional consolidada en la Nicaragua post-Sandinista. Es dueño de Global Enterprises Consolidated (GECO), una megaempresa transnacional inscrita en las Islas Caimán, paraíso fiscal que lo exime de pagar impuestos y donde estaba también inscrita la Caribbean Fishing, la fraudulenta empresa de los narcos en *El cielo llora por mí*. Se trata de un hombre enriquecido gracias al fracaso de la Revolución, pues “[a]l llegar la derrota de los comandantes, en las elecciones que ganó doña Violeta, Soto fundó el Agribank” (80). La creación de bancos privados fue una de las estrategias implementadas durante el gobierno de Violeta Chamorro (1990-1997) para reactivar el comercio del país, para lo cual los Estados Unidos introdujeron un Commodity Import Program (CIP), que iba ligado al plan de creación

⁸⁴ Aunque las maquilas pueden ser también plantas de ensamblaje de productos electrónicos, juguetes y un sinnúmero de bienes materiales, la producción de las maquilas en Centroamérica “is almost exclusively of garments, outside of Costa Rica” (Robinson 161).

de diez bancos privados, proyecto para el que la Agencia para el Desarrollo Internacional estadounidense (AID, por sus siglas en inglés) invirtió 60 millones de dólares en 1991 y 1992 (Robinson 80). En última instancia, el “private banking system was to act as a direct link between emergent Nicaraguan entrepreneurs and transnational finance capital”, además de ser clave en la movilización de recursos internos para las actividades de inversores domésticos y extranjeros, así como en el traslado de fondos del sector público al privado, lo que produjo “a powerful boost to the reconstitution of a hegemonic propertied class linked to transnational capital and with the capacity and resources to foment a new economic model for Nicaragua” (Robinson 81).

La novela de Ramírez insiste, pues, sistemáticamente en que la situación sociopolítica y económica es más que deficiente: Nicaragua, inmersa en los procesos de globalización, se ha transformado radicalmente, favoreciendo a las élites económicas y procurando la expulsión hacia los márgenes, tanto de la ciudad como de la economía cuando no del país, de las clases trabajadoras. La desigualdad social ha aumentado a pasos agigantados con la neoliberalización iniciada por Chamorro, un proceso que continúa en el presente de la novela y que ha permitido a unos pocos enriquecerse con la banca privada y la transnacionalización del capital mientras la mayoría ve su nivel de vida disminuido y se ven obligados a sufrir explotación laboral en las maquilas o, como la Fanny, los call centers. Así, toda posibilidad de una democracia de izquierdas y la construcción de una nación más justa y más igualitaria donde primen los intereses del pueblo y se respeten los derechos de las mujeres y otros grupos marginales parece imposible.

No obstante, el autor sugiere que, pese a todo, la victoria se halla precisamente en perseverar en la resistencia y la lucha contra los sistemas de opresión del régimen orteguista sin caer en la apatía. El desarrollo del argumento, el final de la novela y todo un sistema de

referencias meta e intertextuales a *El Quijote* ponen de manifiesto esta propuesta de lo que podríamos llamar una ética quijotesca del fracaso⁸⁵.

Así, la novela entera está inundada de guiños a *El Quijote*, una de las lecturas de referencia de Ramírez y representante por excelencia en la cultura occidental de los héroes bienintencionados pero fracasados. La primera referencia cervantina es la metatextualidad de la novela, que se inicia con el texto de una página de la Wikipedia en español sobre Dolores Morales. La entrada, tras repasar las andanzas vitales del detective, menciona la novela anterior: “Todos estos hechos se encuentran debidamente relatados en *El cielo llora por mí* (Alfaguara, 2008), de Sergio Ramírez, coterráneo del inspector Dolores Morales, con quien conserva una excelente relación de amistad” (14). Varios personajes hacen referencia a la novela anterior, mencionando uno que se “[h]an escrito libros donde [Morales] sale de personaje principal” (144), mientras que otro le espeta al detective: “Sé que es usted famoso, pero de oídas, porque no leo novelas” (183). Y cuando Soto le dice a Tongolele, el jefe de Inteligencia de la Policía Nacional, que Morales es “una persona conocida” (204), este le responde: “¿Conocida por quién? [...] ¿Por los que leen libros? ¿Cuántas son las personas que leen libros?” (205). En última instancia, la novela que leemos es también entendida como una novela por sus propios personajes, conscientes de su ficcionalidad de una manera que no deja de recordar tanto a *El Quijote* como a *Niebla*⁸⁶ en momentos como cuando Lord Dixon dice sobre el amor: “Me parece que a lo largo de esta novela esa palabra desagradable ha sido mencionada ya demasiadas veces” (336).

⁸⁵ Esta ética articula toda la serie Morales. Ya desde el primer volumen de la saga el sentido de la ética va ligado a referencias intertextuales con la narrativa española del Siglo de Oro. Así, el único epígrafe con que se inicia *El cielo llora por mí* pertenece al *Guzmán de Alfarache* y reza: “¡Oh -decía-, lo que carga el peso de la honra y cómo no hay metal que se le iguale! ¡A cuánto está obligado el desventurado que della hubiere de usar! ¡Qué mirado y medido ha de andar! [...]” (9).

⁸⁶ En *Niebla* (1914), de Miguel de Unamuno, el protagonista, Augusto, confronta a su propio autor, personaje también en el texto, acerca de los problemas de su vida y ambos discuten el hecho de que Augusto sea un personaje de ficción.

Además, la construcción narrativa de la novela, cuyo argumento tiene múltiples ramificaciones que detallan la historia personal de diversos personajes secundarios, es de inspiración claramente quijotesca. Asimismo, el nombre de la hijastra de Soto es otra referencia a *El Quijote*, en que, recordemos, el personaje de la pastora Marcela es un símbolo de independencia femenina que rehúsa casarse si no lo desea y, a la vez, busca desagraviarse de un caballero que le prometió matrimonio para aprovecharse de ella y abandonarla. Entre la multitud de empresas que engloba GECO se encuentra una de energía eólica, lo cual hace comentar a doña Sofía que Soto “[t]ambién es dueño del viento” (41): Ramírez critica así el oportunismo con que la élite ha aprovechado los recursos naturales del país para el enriquecimiento propio a la vez que hace un guiño a *El Quijote* y es que, siglos más tarde, los héroes siguen luchando contra enormes gigantes, ahora propietarios de molinos de viento. Por último, el capítulo 18 se titula “Duelos y quebrantos” (321), que, como todo lector recordará, era la comida de los sábados del aspirante a caballero (Cervantes 27)⁸⁷.

La conexión con *El Quijote* no es solo formal, por supuesto, sino que también articula el fondo de la novela, en la que Ramírez hace homenaje a todos aquellos que, como el caballero de La Mancha, no cejan en sus arremetidas contra los enormes e invencibles molinos de su paisaje socioeconómico por más que se trate de una tarea imposible⁸⁸. En última instancia, las referencias a *El Quijote* conectan la novela con las aspiraciones utópicas del pasado revolucionario. En su testimonio de su participación en la guerrilla del FSNL *La*

⁸⁷ Se denomina así a un plato tradicional manchego a base de huevos, chorizo y tocino de cerdo. Su particular nombre viene del hecho de que los judíos conversos en la España de los siglos XVI y XVII se veían en la necesidad de comprar y consumir carne de cerdo para así hacer patente ante su comunidad de vecinos su adherencia al catolicismo y evitar posibles acusaciones de criptojudasismo.

⁸⁸ La novela de Ramírez no es el único neopolicial que contiene, en mayor o menor medida, referencias intertextuales a la obra cervantina con relación al tema del bien y la ética. Así, el protagonista de *Qué solos se quedan los muertos* del argentino Mempo Giardinelli declara que “los hombres andamos siempre desplegando nuestras vocaciones de Quijote, solo para comprobar lo inevitable: que en cada uno de nosotros hay un Alonso Quijano diminuto y torpe” (60), mientras que el detective y narrador de *Verano rojo* del costarricense Daniel Quirós, que analizaremos con más detalle en el segundo capítulo de esta tesis, identifica a uno de los personajes con “el don Quijote del final de la novela, el que derrotado y ardiendo en fiebre recobra su cordura y muere como lo que es, un hidalgo empobrecido” (81). Por último, no puede ser casual, por supuesto, que el bar de Culiacán que frecuenta el detective Edgar el Zurdo Mendieta en *Balas de plata* de Élmer Mendoza se llame, precisamente, El Quijote.

montaña es algo más que una inmensa estepa verde, el comandante Omar Cabezas afirma que “pensaba que si el Che no habría sido un Quijote como Tello⁸⁹, como nosotros, y el mismo Frente Sandinista era un Quijote, a lo mejor” (144). Al presentar a sus protagonistas como quijotescos también, Ramírez está sugiriendo que en ellos, y no en el autoritario régimen orteguista que ha recortado ferozmente los derechos de las mujeres y ha continuado la agenda neoliberal de sus predecesores liberales, pervive el auténtico espíritu del Sandinismo.

La idea del fracaso ligado a la Revolución (que aparece significativamente en minúsculas en el texto) impregna toda la novela, simbolizado en el cáncer de la Fanny. Ella, una mujer llena de energía vital, alegría y arrojo, parece encarnar a través de la promesa del amor la posibilidad de una Nicaragua mejor, pero sufre primero cáncer de mama y, después, una metástasis que la condena a la muerte. La Revolución, parece decir Ramírez, también está terminalmente enferma: no por ello, sin embargo, deberíamos abandonarla. Aunque ya es seguro que Fanny morirá en unos meses, Morales decide regresar clandestinamente de la frontera hondureña a Managua para acompañarla en el final de su vida, lo que reitera el mensaje ético de la novela acerca de la necesidad de seguir resistiendo pese a todo. Así, el amor, íntimamente ligado a la idea de hacer el bien o lo que es éticamente correcto, se presenta como una fuerza avasalladora que motiva las acciones del héroe. Y mientras que en las novelas de Rey Rosa el concepto del amor aparecía ligado a las ideas tradicionales sobre amor romántico y deseo sexual, aquí está ligado casi exclusivamente a una ética de los cuidados, una política que precisamente se opone a la lógica neoliberalista.

Como Fanny, el personaje de Lord Dixon también va cargado de simbolismo en esta entrega. Compañero de la Policía y gran amigo de Morales que murió tiroteado por los narcos al final de *El cielo llora por mí*, Lord Dixon reaparece aquí en su función de ayudante principal del detective, si bien se manifiesta como un fantasma que solo Morales escucha y

⁸⁹ Tello era el pseudónimo de combate de René Tejada Peralta, un legendario guerrillero que fue comandante de Cabezas cuando este inició su entrenamiento en la montaña.

ve. Su espíritu representa el fantasma de la Revolución y la Nicaragua que pudieron haber sido pero finalmente no fueron, y es que a pesar de que el gobierno de Ortega se autodenomine revolucionario y pertenezca al histórico FSLN, los ideales de la revolución han quedado atrás para servir al enriquecimiento de las élites transnacionales, tal como lo expresa Vademécum con respecto a las fuerzas policiales: “¡La Policía que creó la Revolución, al inicuo servicio de los potentados!” (118), y es que la policía trabaja para Soto como si fuesen sus empleados⁹⁰. En última instancia, el gran empresario controla todos los poderes nacionales, pues no solo trabaja la policía para servirle, sino que también es propietario o inversionista de todos los medios de comunicación del país, con lo que frena la difusión del escándalo sexual por televisión, prensa y radio tal como hizo Daniel Ortega con las denuncias de Zoilamérica Narváez, o con las protestas de abril de 2018. En este contexto, se señala que la auto revisión y la reflexión son importantes para no perder de vista los ideales de justicia y bien: cuando Morales aún trabaja para Soto, tratando de encontrar a la desaparecida Marcela, la Reverenda lo regaña haciéndole ver “su propio ejemplo, de guerrillero revolucionario a empleado de un enemigo de clase” (147), y es que Morales “sirve ahora a aquellos contra los que un día luchó” (148), lo cual lo hace finalmente posicionarse del lado de Marcela y ayudarla a huir de Soto.

La novela implica que hay dos tipos de destino para aquellos implicados en la Revolución: los que lucharon honestamente por sus ideales están condenados al fracaso material y profesional, la precariedad y la marginalidad social, mientras que los que se subieron al carro de la izquierda de forma oportunista (los llamados verdolagas) han encontrado el éxito social y profesional y se han enriquecido a costa del proyecto revolucionario. El primero es el caso no solo del propio Morales, que como ya sabemos

⁹⁰ Los problemas de ética profesional y corrupción dentro de la policía son posibles motivos de la salida de Morales de la fuerza, como él mismo explica: “Estuve de policía un tiempo, pero soy demasiado buena persona para las negruras que se ven allí” (99).

perdió parte de una pierna en combate, sino también de su ex compañero Rambo, que ahora es un adicto, vive en la calle y depende de la caridad para comer; de doña Sofía, que perdió a su hijo en el conflicto y sobrevive abandonada por el Estado, que la relega a trabajos precarios, siendo su único alivio la religión evangélica; y de la Reverenda, cuyo esposo fue asesinado y que vive tratando de alimentar y dar apoyo a la comunidad de indigentes de Managua. El segundo es el caso de Miguel Soto, que empezó a hacer su fortuna en los años 80, pero también de Tongolele, que además de ser Jefe de Inteligencia de la Policía Nacional es dueño de un gimnasio y de una finca de ganado de tres mil manzanas, además de una flota de camiones de transporte de mercancías que opera en toda Centroamérica, todo lo cual “aparecía inscrito a nombre de un cuñado ocioso” (195). La putrefacción moral de este último personaje se refleja en su apariencia física también, pues padece de un acné virulento que provoca asco en todos cuantos lo miran. También Mónica Martirano, asistente personal y ex amante de Soto, se puso del lado de los Sandinistas el mismo día de su llegada al poder; por último, Hermógenes, conocido como el Rey de los Zopilotes debido a que es el jefe de la gestión ilegal de las “cien toneladas diarias de basura que salen del [Mercado] Oriental” (177), ha sabido posicionarse favorablemente con respecto al orteguismo, lo cual le ha dado, dentro de los círculos marginales, una posición de suma autoridad: es el secretario político del partido en el Mercado Oriental y “hasta sobre la Policía impera” (177), además de que “maneja las fuerzas de choque” (178) que reprimen las protestas sociales. Está también a cargo de repartir, según su propio criterio, los fondos de caridad que el gobierno envía para los pobres: “todo lo que envían de arriba como regalo para la pobreza [...] Láminas de zinc, clavos, perlines, bloques y bolsas de cemento del Plan Techo; los paquetes solidarios de comida; las mochilas escolares cuando se abren las escuelas; los juguetes y las latas de sardinas en la Navidad” (178). A cambio, acata órdenes de las autoridades para deshacer protestas indeseables movilizándolo a su propia gente, una práctica que es común en la

Nicaragua orteguista: “Manifestación que hay, él llena la plaza, y no hay quien no acate su palabra, porque él es quien reparte” (178).

En efecto, el danielismo ha mantenido desde sus inicios medidas de represión de la disidencia político-social, de modo que las diversas manifestaciones convocadas por cualquier motivo se enfrentan, por lo general, a una contramanifestación de la Juventud Sandinista o directamente con fuerzas policiales o incluso paramilitares: “El mecanismo de respuesta gubernamental a las protestas sociales consiste en minimizarlas, ignorarlas o reprimirlas” (Osorio Mercado, Cortez y Sánchez 221) con la ayuda de los “contra manifestantes [...] movilizados por el ejecutivo central para acabar con la protesta social” (Osorio Mercado, Cortez y Sánchez 222). Dolene Miller Bacon denuncia que la “brutal represión” (298) de las protestas de abril de 2018 crearon auténticas “batallas campales” (298-299) y Abelardo Baldizon entiende que

La represión armada con la que ha respondido el actual gobierno de Nicaragua al descontento social manifestado en las protestas callejeras es producto de este esquema excluyente de ejercicio del poder político y demuestra su incapacidad de lograr la legitimidad necesaria para obtener la obediencia de quienes son reprimidos. (165)

Baldizon repasa en su trabajo varios ejemplos de protestas sociales emblemáticas de la Nicaragua reciente que fueron acalladas por el gobierno, como ocurrió con la protesta por los despidos de la Mina Limón en 2015⁹¹, que fue violentamente reprimida; o con Marvin Vargas, líder del movimiento de ex combatientes del Ejército Popular Sandinista (EPS) Los Cachorros de Sandino, que fue encarcelado a raíz de una protesta en la catedral de Managua en 2011, fecha desde la que permanece en prisión. Finalmente, este investigador se ocupa de las las protestas de junio de 2013 por parte de la Unidad Nacional del Adulto Mayor (UNAM)

⁹¹ Esta “protesta emblemática se dio en la industria minera en 2015, cuando los obreros de la Mina Limón se rebelaron ante el despido de sus líderes sindicales por parte de la empresa pública minera de origen canadiense B2Gold” (Baldizón 162). La violenta represión por parte de 400 agentes de la Policía Nacional dejó un saldo de 15 obreros y 10 agentes heridos (Baldizón 162-163).

por la reducción de las pensiones (162-163). Las masivas protestas de abril de 2018, que aún no han tenido lugar en *Ya nadie llora por mí* y son el centro de la acción en *Tongolele no sabía bailar*, fueron enfrentadas de manera similar por parte del gobierno: Aguilar Antunes critica los altos “niveles de brutalidad” (155) que se dieron, llegándose al nivel de la “quema, amputación y profanación de cadáveres” (155), acusación con la que coincide Sánchez Benites, quien afirma que las autoridades “han permitido asesinar, raptar, apresar y torturar a los opositores utilizando a la policía y a los grupos paramilitares” (136). Rueda-Estrada añade que las Juventudes Sandinistas cometieron “actos de verdadero pillaje” (105) robando en los campamentos instalados por jóvenes manifestantes y jubilados en Managua. Por su parte, Elvira Cuadra Lira ha analizado los distintos dispositivos de represión social que el danielismo lleva implementando desde su llegada al poder y afirma que el gobierno nicaragüense hace uso de varias fuerzas diferentes para deshacer las protestas, a saber: los grupos de choque, la Policía Nacional y grupos paramilitares o parapoliciales. Los primeros están formados por expandilleros que son reclutados y reciben, por participar en contramarchas o atacar a los manifestantes, almuerzo, transporte y una paga de 100 a 600 córdobas. La Policía Nacional también está conformada en cierto grado por expandilleros, que son reclutados a través de diversos mecanismos como “el programa de reinserción de jóvenes pandilleros y jóvenes en riesgo de exclusión promovido por la misma Policía Nacional” (269), y por miembros de la Juventud Sandinista (267). La institución “recurrentemente ha actuado abusando de sus funciones, al margen de la ley y haciendo uso desproporcionado de la fuerza” (267). Por último, los paramilitares son grupos armados de estructura casi militar, con armamento de guerra y entrenamiento militar formal, y están conformados por antiguos miembros del ejército sandinista o de la contra.

Así, en *Ya nadie llora por mí*, Hermógenes procede cuando es necesario a “desbaratar a cadenazo limpio las manifestaciones de opositores en la calle, y a todos esos que andan

protestando contra el Gran Canal” (178). Su personalidad, como en el caso de Tongolele, también se manifiesta a través de un rasgo físico: es bizco, y mientras un ojo mira a su interlocutor el otro apunta hacia otro lugar, disparejo. Su estrabismo refleja su modo de actuar: por un lado, parece comprometido con determinados ideales y objetivos, pero por el otro en realidad tienen la mente puesta en su interés personal.

Morales se asombra al saber que Hermógenes, que conduce un Mercedes, se ha hecho rico “en el negocio de recoger la basura” (177), y Rambo le explica que “[t]odo lo que lleve hierro, aluminio y bronce es carnita, y también valen los periódicos viejos, las cajas de cartón, los envases plásticos” (177), lo cual no es nada desdeñable teniendo en cuenta que “[s]on cien toneladas diarias de basura las que salen del Oriental” (177). En efecto, “[i]nformal waste recovery offers a relatively stable income” y la basura sólida “is a valuable resource, especially to marginalized urban dwellers without other economic opportunities” (Hartmann 146). Puesto que “Managua’s solid waste division is plagued by a lack of resources, including sanitation trucks and personnel” (Hartmann 149), hay posibilidades de trabajo para basureros informales que recogen los materiales reciclables, si bien los beneficios han disminuido a raíz de la crisis global de 2008. La prensa ha reportado, además, de la existencia de caciques que controlan a equipos de recogedores de basura informales (Medina), uno de los cuales sería el ficcional Hermógenes. En estas comunidades, hay, además, frecuentes “accusations of unequal distribution of aid” (Hartmann 156), tal como la novela también critica⁹². La novela de Ramírez emplea la imagen de la basura para construir una crítica sobre los desechos, tanto materiales como humanos, producidos por el sistema neoliberal en la línea de lo que ya han destacado pensadores como Zygmunt Bauman y Melissa Wright.

A pesar de todo, Ramírez viene a decirnos que los que mantuvieron una postura ética con respecto a los valores de la Revolución han fracasado solo en apariencia: la victoria

⁹² La novela *Única mirando al mar* del costarricense Fernando Contreras se centra en la experiencia de vida de aquellos que habitan en los vertederos y sobreviven recogiendo basura.

última, una victoria de corte moral, es suya, mientras que el triunfo de aquellos que se han dejado corromper por el poder y la acumulación de bienes es vacío. Estos últimos están moralmente podridos y han tenido la debilidad de elegir el camino fácil e incorrecto del amiguismo, el nepotismo y la adherencia a la nueva agenda neoliberal. La novela sugiere, pues, que la única postura ética posible frente a la neoliberalización de la economía nicaragüense, la pérdida de derechos por parte de las mujeres y la precarización de la vida en una Managua devorada por la desigualdad social, transformada y fortificada para los más ricos es perseverar en la lucha contra la injusticia y continuar haciéndolo pese a los fracasos que se acumulen en el camino. Ramírez ilustra esta propuesta a través de la quijotización, tanto en forma como en fondo, de su novela.

Ya nadie llora por mí se inscribe así en lo que Fabricio Tocco ha denominado una estética del fracaso, la cual es propia, según este investigador, del (neo)policial producido en las sociedades latinoamericanas postdictatoriales. Para Tocco, el neopolicial latinoamericano apunta al fracaso del individualismo mediante novelas en las que “the narrative of individualism no longer works in a genre where it once did. Whereas individualism persists elsewhere, in Latin America, by contrast, the detective, private eye or public, always fails, in one way or another, at the hands of the post-dictatorial state” (195). Este fracaso, nos previene Tocco, no debe entenderse en términos neorrománticos o como un binomio; los autores no lo celebran ni lo condenan, sino que se limitan a señalarlo y a apuntar hacia la apertura de nuevas posibilidades de acción: “this prominence of failure and its oscillation between ruins and lack of choice does not have to be read as a bleak prognosis of the future in a nihilist and unidimensional way. Beyond this ambivalent oscillation, the poetics of failure offer, instead, a more emancipatory possibility: a different understanding of community” (197). Ante el colapso del Estado latinoamericano postdictatorial y de la narrativa del individualismo, se alza pues la comunidad como promesa de una sociedad mejor: “From the ruins of a post-

dictatorial state, a potential for a new understanding of community arises. Despite the attempt to personify individualism or the state, detectives and policemen are ultimately engulfed by community” (199). Así, los autores de neopolicial latinoamericano se inclinan hacia “neither the individualism nor the state. In their stead, they announce the emergence of a radical and unprecedented community” (202). De este modo, la novela de Ramírez apunta también hacia la acción colectiva como única posibilidad de resistencia frente a la opresión del Estado y los mercados, de ahí la importancia del amplio grupo de diversos colaboradores de Morales, sin quienes el detective no sería capaz de tener éxito en sus pesquisas. Además, la novela enfatiza el papel de los activistas, los trabajadores comunitarios y la propia ciudadanía a la hora de generar disrupciones y cambios en el orden establecido. Así, Marcela recibe la ayuda de una organización de derechos humanos para denunciar su caso y exiliarse en Miami. Las activistas saben que la rueda de prensa en que Marcela expone los crímenes de Soto no recibirá cobertura por parte de los medios de comunicación tradicionales, pero usan aptamente las redes sociales, especialmente Twitter, para compartir la información y pronto muchísimos nicaragüenses están enterados de los abusos sexuales perpetrados por el empresario y comparten la información, demostrando que frente a las estructuras de comunicación oficiales la ciudadanía siempre es capaz de desarrollar alternativas eficientes.

Tocco apunta que el tema del fracaso es central en la obra, neopolicial o no, de muchos de los autores que analiza en su estudio, y es que “[t]his poetic is not individual, but collective, linked to his [de Ricardo Piglia] generation and their defeat by constituted power” (196). La centralidad del tema del fracaso en los autores iberoamericanos de cierta edad va ligada a la experiencia generacional común de haber presenciado la caída del gran proyecto socialista de la Unión Soviética y la disolución de los diferentes movimientos populares y revolucionarios en América Latina. A los autores de neopolicial, Ramírez incluido, los une la experiencia de haber creído en un cambio social que nunca llegaría a materializarse (García

Talaván 51). Esta conciencia del fracaso se evidencia en muchos de los títulos de los neopoliciales, como el *Manual de perdedores 1 y 2* (1985 y 1987), de Juan Santurain; *No habrá final feliz* (1989), de Taibo II; *Perder es cuestión de método* (1997), de Santiago Gamboa o *Ni el tiro del final* (1981), de José Pablo Feinmann⁹³. Para estos autores, en la perseverancia frente a la injusticia se halla cierta postura ética de gran altura moral; así, Taibo II decía de sus criaturas de ficción en una entrevista: “mis personajes nunca se mueren del pesimismo, sino que después de la derrota retornan. Y creo que la clave es esa. Yo escribo historias de derrotados que no se rinden” (Nichols 221). En términos similares se expresaba Roberto Bolaño acerca de la idea de la derrota:

Yo soy de los que creen que el ser humano está condenado de antemano a la derrota, a la derrota sin apelaciones, pero que hay que salir y dar la pelea y darla, además, de la mejor forma posible, de cara y limpiamente, sin pedir cuartel (porque además no te lo darán), e intentar caer como un valiente, y eso es nuestra victoria. (Herralde 101)

En este sentido, *Ya nadie llora por mí* sigue la estela del neopolicial iberoamericano que anuncia el colapso de la sociedad (post)dictatorial y sitúa el fracaso en el centro de la trama, pero sugiere que, frente a la transnacionalización y neoliberalización de las economías, la ampliación de la brecha social, la transformación de las urbes latinoamericanas para el disfrute de las élites y la precarización de la existencia de las clases trabajadoras, persistir en la lucha comunitaria por una sociedad más justa es, pese a los fracasos que vengan, una victoria en sí: no abandonar la lucha es el último triunfo de Dolores Morales y su comunidad de aliados.

3.3. Conclusiones

La política ha sido un eje central de la producción literaria de Ramírez desde los inicios de su carrera: ambas actividades no han dejado de ser para el escritor oficios compartidos. Así, *Castigo divino*, novela que inaugura no solo la producción policial del autor

⁹³ Este último título es una referencia intertextual al tango “Desencuentro”, con letra de Cátulo Castillo y melodía de Aníbal Troilo: “Por eso en tu total/ fracaso de vivir/ ni el tiro del final/ te va a salir” (Laborde 02:25-02:37).

sino también la de neopolicial en todo el Istmo, esconde tras su trama una alegoría de las luchas políticas de la Nicaragua somocista. Su narrativa policial posterior, la saga de novelas protagonizadas por el detective Morales, tiene también un carácter profundamente político. Aunque algunos críticos han observado un proceso de despolitización en la narrativa de Ramírez y un giro hacia formas populares, más accesibles y de menor complejidad formal o calibre experimental, el tono político de su trabajo ha continuado estando presente y no ha desaparecido, sino que sigue siendo la motivación principal de su escritura.

Así, la saga Morales es una trilogía dedicada a denunciar el impacto negativo de la agenda neoliberal y autoritaria de la Nicaragua del nuevo milenio y, mientras que el primer volumen de la serie se centra en la denuncia del narco, el segundo y tercero han sido diseñados para criticar el régimen de Daniel Ortega, bajo el que las clases medias y bajas se ven empobrecidas y precarizadas mientras el gobierno favorece los megaproyectos de corporaciones transnacionales que no redundan en beneficio local y que destruyen el paisaje urbano de la Managua tradicional, ahora diseñada para el disfrute de la élite económica.

En la segunda entrega de la serie, *Ya nadie llora por mí*, está construida en torno a un caso de abusos sexuales que ficcionaliza el caso real de Ortega y su hijastra Zoilamérica Narváez. Ramírez instrumentaliza en su novela la lucha feminista, mediante la trama de abuso sexual y otras subtramas en torno a violencia sexual y criminalización del aborto, para apoyar su crítica al orteguismo. Sin embargo, lo hace desde una lente esencialmente patriarcal y heteronormativa y el resultado es, por lo tanto, irregular e incoherente. La novela señala que el gobierno de Ortega está lejos del ideal Sandinista de los años 80 y supone el fracaso último de la utopía revolucionaria, si bien el autor propone una suerte de ética del fracaso quijotesco como única posición aceptable frente al avance del orteguismo neoliberal: es posible reconocer que cambiar al sistema es quizás imposible, pero no por ello hay que dejar de intentarlo. A través de la organización comunitaria, viene a decir la novela, las y los

nicaragüenses pueden resistir a los cambios estructurales que vienen sufriendo bajo el mandato de Ortega y Murillo.

4. Conclusiones

Los conflictos bélicos prolongados tuvieron un impacto inmenso sobre las sociedades guatemalteca y nicaragüense; los Acuerdos de Paz en un caso y la victoria de la presidenta Chamorro en el otro pusieron fin a contiendas que se habían cobrado muchas vidas y habían dejado una profunda huella de dolor en la ciudadanía. No obstante, la transición a la paz se vio acompañada por un proceso de neoliberalización de los mercados con el fin de atraer inversión extranjera, ahora que se podía contar con la estabilidad del mercado en una región que ya no estaba en guerra. La apertura de los mercados centroamericanos al capital global ha estado marcada por la turistificación, la proliferación de maquilas, la exportación de mano de obra barata al extranjero con la consiguiente entrada de remesas, el recorte en gasto público, los megaproyectos extractivistas en manos de corporaciones transnacionales, la precarización del empleo y la economía doméstica de las clases medias y bajas y el aumento de las desigualdades sociales, que, paradójicamente, se perpetuaron e incluso, en algunos casos, se incrementaron en tiempos de paz cuando fueron el motivo principal que en el pasado había llevado a Guatemala y Nicaragua a la guerra civil. Del mismo modo, si los nicaragüenses tuvieron que luchar para derrocar al régimen somocista y los guatemaltecos se esforzaron por terminar con regímenes militares terriblemente represivos, estas dos sociedades viven en la actualidad de nuevo bajo regímenes autoritarios y, en el caso de Nicaragua, de índole personalista y nepotista, que combinan en diferentes medidas la apertura de los mercados junto con políticas que fomentan la corrupción, el extractivismo, la invasión de los territorios indígenas, la violación de los derechos de las mujeres y la represión de las protestas sociales. Las novelas analizadas en este capítulo ponen de relieve las formas en que las violencias

sufridas por los pueblos centroamericanos durante la época de guerra se han perpetuado en el periodo de posguerra, transformándose con los tiempos en lugar de desaparecer.

En *Que me maten si...*, Rodrigo Rey Rosa denuncia la transformación de la violencia política en violencia criminal en la Guatemala de posguerra a través de la transición de la élite militar al crimen organizado. En este thriller pesimista, la promesa de una Guatemala en paz, encarnada en la posibilidad del romance entre el exmilitar Ernesto y la exguerrillera Emilia, se ve roto cuando ambos son asesinados, él a manos de otro guerrillero y ella por un militar que ya desde la época de la guerra había iniciado negocios ligados al tráfico de drogas, negocios ilícitos que continúa y expande hacia el tráfico infantil y la caridad durante el periodo de paz. En esta novela temprana, Rey Rosa sugiere que la violencia de la guerra va a perpetuarse a través de nuevas vías en la Guatemala en paz.

En *El país de Toó*, publicada dos décadas más tarde, Rey Rosa confirma que, en efecto, Guatemala sigue estando dominada por la violencia y que las élites económicas transnacionales controlan el país, donde impera la desigualdad social y las estructuras de poder colonial y racista oprimen a la población maya. Sin embargo, las clases medias y trabajadoras tejen también redes transnacionales de resistencia y el autor implica que es posible repensar una Guatemala más justa a través de la organización comunitaria liderada por los legítimos soberanos del territorio ancestral de Guatemala: los mayas. *El país de Toó* presenta, pues, un paisaje descarnado pero acompañado de la posibilidad de establecer resistencias efectivas al imperio neoliberal a través de la organización transnacional y la decolonización.

Por último, en *Ya nadie llora por mí*, la segunda entrega de la saga del detective Morales de Sergio Ramírez, el autor denuncia las transformaciones que ha sufrido la Nicaragua del nuevo milenio bajo el opresivo mandato de Daniel Ortega. Las idas y venidas del detective en su investigación nos muestran una Managua empobrecida, desigual, diseñada

para los ricos y en la que la disidencia política se castiga duramente y los derechos de las mujeres están bajo continuo ataque. La novela moviliza temas relacionados con la violencia de género e instrumentaliza la lucha feminista para construir su crítica al gobierno de Ortega, aunque el resultado sea incoherente debido a la cantidad de tópicos heteropatriarcales que inundan la trama. En cualquier caso, el autor sugiere que los nicaragüenses se enfrentan a un nuevo tirano similar a Somoza y expresa el desencanto de haber visto rota la promesa utópica del Sandinismo con la derrota de 1990 mediante la construcción de una suerte de ética quijotesca del fracaso. Por otro lado, Ramírez insiste también en la necesidad de continuar luchando, emulando los ideales revolucionarios de solidaridad y resistencia, pues esta es la única postura ética aceptable en última instancia. Para reactivar la resistencia a los regímenes neoliberales de la posguerra, tanto Ramírez como Rey Rosa sugieren un desplazamiento hacia la organización comunitaria y hacia la creación de alianzas transnacionales entre diferentes grupos sociales oprimidos.

III

Interrogatorio al pasado: la memoria de los conflictos armados

“OMAR CABEZAS: Y te lo digo a vos también, no, mi amor, no te vas a curar [ininteligible], vas a ver que ¡van a seguir los fantasmas! Te van a perseguir toda la vida” (Torbiörnsson 01:21:15-01:21:25)

1. Introducción

Un paseo por las grandes capitales centroamericanas en la segunda década del siglo XXI es sumamente revelador para comprender los procesos de memoria en el Istmo. Si uno camina por el centro de San José en Costa Rica, no observará absolutamente ninguna señal de que el país haya estado involucrado en dinámicas de violencia dentro del contexto de la Guerra Fría y las guerras civiles centroamericanas. Algunos edificios históricos se alzan entre otras construcciones más o menos afortunadas desde el punto de vista arquitectónico, abundan los comercios de tecnología y moda y a todas horas puede observarse a una muchedumbre en movimiento: oficinistas de bajo rango y obreros de la construcción se apresuran a una soda de confianza para comer un almuerzo económico, algún turista desorientado busca el Teatro Nacional, y gentes de provincias que acaban de llegar en autobús se dirigen a distintas oficinas para tramitar procesos burocráticos. Algún predicador trata de convencer a los transeúntes de que Jesús los ama, y quizás un sin techo vende dulces mientras relata su historia de superación de las drogas. Si el visitante se anima, no es difícil entablar conversación con algún tico o tica local, que le cantará las virtudes de un país que no tiene ejército, muy seguro para los turistas, donde todos los niños van a la escuela y todos los enfermos pueden tratarse gratis en el hospital. Se identifican con orgullo como ciudadanos de la Suiza centroamericana para pronto preguntar a qué parques naturales va a ir uno. A simple vista, este es un país libre de conflictos, libre de plagas de violencia o pandillas, libre de recuerdos dolorosos, libre de muertos que buscar y masacres que reclamar.

Esta impresión cambia si uno pasea por el centro histórico de San Salvador. Por un lado, nos enfrentamos al mismo tipo de paisaje local cargado de peatones y pequeños comercios de todo tipo. Si la apariencia física y la ropa hacen que uno se vea como “gringo”, los comerciantes tratarán de conducirlo hasta su puesto de zapatillas Nike o pantalones Levi’s de dudosa procedencia arrastrándolo a uno del brazo mientras se entabla conversación. A diferencia de Ciudad de Guatemala o San José, no hay a la vista ningún varón moreno y tatuado que, simplemente, pasa el tiempo fumando, solo o en compañía de otros. Los salvadoreños le explican al visitante rápidamente que el presidente Nayib Bukele, quien goza de tremenda popularidad pese a sus medidas de corte autoritario, mantiene el país en estado de excepción desde marzo de 2022 y que “la cosa está hasta demasiado tranquila”. Animan al visitante a pasear tranquilamente sin miedo, que la leyenda de El Salvador como meca de la violencia marera ha terminado, y ha empezado una nueva etapa en la que El Pulgarcito de las Américas será conocido por el surf y el Bitcoin. En efecto, un visitante atento se fijará entonces en marquesinas de publicidad en que el gobierno pide a la población que llame a un número específico dedicado únicamente a denuncias y delaciones sobre miembros de pandillas, a los que el anuncio se refiere como “terroristas”. En otra marquesina, la fotografía de un policía fuertemente armado y con el rostro cubierto anuncia: “No nos vamos a detener hasta erradicar a las pandillas”. En la Catedral Metropolitana de San Salvador se encuentra una plétora de recuerdos de San Romero, cuya tumba en la cripta siempre tiene visitantes. En el Museo de la Palabra y la Imagen, que hace un recorrido por historias de violencia y crisis en El Salvador culminando con la pandemia de covid-19, las visitas escolares son frecuentes y uno observa la exposición en compañía de decenas de niños y adolescentes que rellenan hojas de tarea sobre el Museo. Otros centros y monumentos dedicados a la memoria histórica, como el Monumento a la Memoria y la Verdad del recientemente renovado Parque Cuscatlán, el Centro Monseñor Romero de la Universidad Centroamericana, el Monumento a la

Reconciliación y el Hospital de la Divina Providencia reciben visitantes de forma mucho más ocasional.

En la zona 1 o el centro histórico de la Ciudad de Guatemala, la Casa de la Memoria hace un recorrido a través de la historia de violencia del país, empezando con una sala dedicada a la colonización y concluyendo con un cuarto dedicado a las infancias desaparecidas donde está recreado el dormitorio del tristemente célebre Marco Antonio Molina Theissen, quien fue raptado en su propia casa por el ejército en represalia por la huida de su hermana guerrillera de una prisión militar. Marco Antonio, que tenía entonces catorce años y estaba alistándose para ir a la escuela, nunca más apareció. Los visitantes que recibe la Casa de la Memoria son, al igual que los de la Casa Museo Monseñor Gerardi, situada a pocos minutos a pie, estudiosos de Guatemala y Centroamérica, tanto nacionales como extranjeros. Pregunto en ambos centros si hay planes para recibir visitas escolares, y se afirma que desde luego, pero que no parece que vaya a suceder pronto. Gerardi, igual que Romero, está enterrado en la catedral, pero, al contrario que en San Salvador, aquí no hay souvenirs ni recuerdos del mártir, nadie visita su tumba, y el monumento situado en el Parque San Sebastián se encuentra en un contexto que resulta poco amistoso para el visitante extranjero. Las columnas de la catedral llevan grabados los nombres de las miles de víctimas del conflicto armado, pero más llamativos resultan los centenares de carteles pegados por los muros del centro que reclaman al Estado guatemalteco la desaparición forzada de 45.000 personas, incluyendo 5.000 niños, durante la guerra. Bajo la pregunta “¿DÓNDE ESTÁN?” vienen las fotos de algunos de ellos. Las pintadas callejeras y grafitis relativos a la violencia no son infrecuentes tampoco: en el gran muro que circunda la Embajada de Estados Unidos alguien ha escrito con spray en grandes letras negras “Genocidas”. Asimismo, en marquesinas de publicidad repartidas por toda la ciudad, la Fundación de Antropología Forense de Guatemala (FAFG) invita a la ciudadanía a iniciar los trámites para encontrar a familiares

desaparecidos por violencia política: se puede hacer una cita por el sistema de mensajería de WhatsApp en la que es necesario dar información del desaparecido y una muestra de ADN que la FAFG coteja con una enorme base de datos que se va ampliando continuamente según se recuperan más restos humanos de fosas comunes por todo el país.

Los paisajes de la memoria que observamos a través de este rápido recorrido por las grandes urbes del Istmo deja patente que cada país se relaciona de forma distinta y no carente de complicaciones con la memoria de su pasado. En Costa Rica, diríase que, sencillamente, no hay nada que recordar, más allá de una sólida democracia basada en el pacifismo. En El Salvador, por su parte, el culto y la devoción a San Romero mantiene vivo el recuerdo de la violencia, mientras la población mantiene una relación problemática a su vez con las dinámicas actuales de violencia entre pandillas, Estado y población civil. Los escolares visitan el Museo de la Palabra y la Imagen, de modo que el currículum invita, hasta cierto punto, a la reflexión sobre el pasado. Por el contrario, en Guatemala solo profesionales especializados visitan estos centros, por lo demás desiertos, pero la lucha por la memoria y la justicia invade las calles e impide al transeúnte ignorar que miles de familias guatemaltecas lidian aún con la injusta pérdida de alguno(s) de sus miembros.

Como puede verse, los diferentes conflictos armados que concluyen en los años noventa dejaron pendientes muchas cuentas con la justicia y muchas heridas abiertas. Los llamados movimientos de derechos humanos han llevado a cabo una importante labor en el campo de la memoria histórica y la justicia transicional mediante la elaboración de informes de la verdad y la organización de causas judiciales contra perpetradores de crímenes de lesa humanidad y genocidio. Este trabajo de memoria se ha llevado a cabo de forma paralela al afianzamiento de las políticas de corte neoliberal que gobiernan el Istmo.

Y, no obstante las abundantes similitudes —y también diferencias— que existen en los procesos relacionados con la memoria y la justicia en los tres países mencionados, por el

momento escasean los estudios de índole comparativa que aborden las dinámicas sociales, políticas y culturales de la memoria en el istmo centroamericano. Así, Rachel Hatcher ha publicado el hasta ahora único estudio comparativo entre los procesos de memoria en Guatemala y El Salvador. Su análisis destaca las diferencias en los modos en que la memoria de la guerra civil ha sido abordada en cada uno de estos países por parte de dos grandes grupos de actores sociales, a los que denomina la comunidad de derechos humanos y los conservadores. En Guatemala, mientras la comunidad de derechos humanos insiste en la necesidad de recordar el pasado para evitar la repetición bajo el lema “nunca más”, que da título al monumental informe de la verdad realizado por la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (ODHAG), los conservadores aducen que lo más positivo para el futuro nacional es un proceso basado en la amnistía y el perdón que conduzca finalmente al olvido para que las y los guatemaltecos puedan iniciar una nueva etapa desligada de la polarización ideológica de los conflictos y alejada de resentimientos. Por su parte, en El Salvador, más que una tensión entre memoria y olvido hay una serie de verdades diferentes en competencia entre sí. Los conservadores salvadoreños, de acuerdo a Hatcher, han construido una versión de la historia reciente en que ambos bandos del conflicto son culpables de masacres y crímenes de lesa humanidad, y acusan a los activistas de derechos humanos de poner sobre la mesa únicamente los crímenes del ejército. Celebran los beneficios del perdón, la reconciliación y también la no-repetición. La comunidad salvadoreña de derechos humanos, en cambio, considera que el perdón equivale a un injusto olvido de los crímenes cometidos, las vidas perdidas y el dolor de los supervivientes, e insiste en la necesidad de revisar la verdad.

De modo similar a Hatcher, en este capítulo propongo un acercamiento comparativo a los procesos de memoria en Guatemala, El Salvador y Costa Rica a través del análisis en profundidad de tres novelas policíacas que se enfocan en esta cuestión. Y es que la narrativa

centroamericana ha explorado de forma extensa la memoria histórica en las últimas décadas: quizá se trate, junto con la violencia, del gran tema de la narrativa centroamericana de posguerra. Casi toda la novelística de Horacio Castellanos Moya está articulada en torno a la memoria de El Salvador, e incluso tiene una saga dedicada a la historia nacional desde principios del siglo XX hasta inicios del XXI en torno a la familia Aragón (analizaré una novela de esta saga en este capítulo y otra en el siguiente). Otros autores salvadoreños también han ahondado en la representación de la memoria histórica: la trilogía de la memoria de Miguel Huevo Mixco, compuesta por las novelas *Camino de hormigas* (2014), *La casa de Moravia* (2017) y *Días del Olimpo* (2019), es probablemente el ejemplo más notable, aunque vale la pena mencionar también el relato “La noche de los escritores asesinos”, incluido en la colección de narrativa breve *Cuentos sucios* (1997) de Jacinta Escudos o la novela *Roza, tumba, quema* (2017) de Claudia Hernández, *Noviembre* (2015) de Jorge Galán y *La isla de los monos* (2016) de Róger Lindo. En Guatemala, Rodrigo Rey Rosa ha abordado también el tema en algunas de sus obras. Aquí analizo *El material humano* (2009), pero su novela breve *El cojo bueno* (1996) es otro buen ejemplo. Muchos otros narradores guatemaltecos exploran en su trabajo la memoria del conflicto armado interno, como Mónica Albizúrez en su ópera prima *Ita* (2018), el joven Alejandro Córdova en su cuento “Lugares comunes” (2019), el Eduardo Halfon en sus novelas *Duelo* (2017) y *Canción* (2021) y su colección de cuentos *Mañana nunca lo hablamos* (2011); y los cineastas Jayro Bustamante y César Díaz en sus filmes de ficción *La Llorona* (2019) y *Nuestras madres* (2019), respectivamente. En el ámbito de la diáspora y la “Greater Central America”, los trabajos de ficción de Francisco Goldman, Héctor Tobar, David Unger y Cristina Henríquez también se articulan en torno a la memoria de la violencia política experimentada en los países de donde provienen sus familias.

En este capítulo analizo la representación de la memoria de los conflictos pasados en tres novelas policiales centroamericanas recientes: *Lluvia del norte* (2014) del costarricense

Daniel Quirós, *El sueño del retorno* (2013) del salvadoreño Horacio Castellanos Moya y *El material humano* (2009) del guatemalteco Rodrigo Rey Rosa. Los tres autores sugieren en sus textos que el Istmo tiene aún cuentas que saldar con el pasado mientras denuncian la dificultad de llevar a cabo estos procesos en el contexto de una Centroamérica privatizada y en la que el Estado se ha desentendido de las cuestiones relacionadas con la memoria; una Centroamérica hundida además en una plétora de problemas sociales, ineficacia gubernamental y luchas intestinas en torno a cómo y qué recordar. La memoria se alza entonces como una necesidad imposibilitada por el contexto de la Centroamérica neoliberal.

En *El material humano* el género policial se entremezcla con la autoficción para recrear un laberinto de memoria y violencia en que queda atrapado el protagonista, Rodrigo Rey Rosa. La novela presenta los problemas de representación de la tragedia y se plantea si sea acaso posible escribir sobre el horror de la historia guatemalteca. El autor establece una reflexión aguda sobre el papel de los intelectuales guatemaltecos en relación a la historia de violencia y racismo de su país, para terminar por cuestionar su propio papel como escritor y hasta qué punto puede la literatura servir como herramienta de denuncia social en una era post-testimonial y post-ideológica. La trama de misterios y enigmas que se crea en la novela es tan enrevesada que, en un final anticlimático, todos quedan sin resolución. El autor sugiere así que, pese a la necesidad imperiosa de hacer memoria en la Guatemala del siglo XXI, esta tarea resulta imposible en el clima actual de violencia organizada, racismo, corrupción política y batallas intestinas dentro de diversos grupos sociales, incluyendo la izquierda, sobre las narrativas del pasado. La única solución posible ante este panorama es narrar la memoria propia e íntima, que aspira a servir de puente entre lo individual y la experiencia colectiva.

En *El sueño del retorno*, Horacio Castellanos Moya nos presenta a un salvadoreño expatriado en México a principios de los años noventa que está planeando su regreso a San Salvador. La neurosis del protagonista lo lleva a sesiones de hipnosis con un médico que, a

medias de su tratamiento, deberá interrumpirlo, mientras el personaje principal tratará de averiguar qué secretos le haya podido revelar al doctor, y quizás así dar con la clave de su patología psíquica y sanar por fin. Estableciendo un paralelismo entre la experiencia del protagonista y la de la nación, la novela hace hincapié en la necesidad de hacer memoria y asumir los crímenes cometidos para poder hacer una transición efectiva a la paz, y denuncia que las políticas hegemónicas del país, basadas en el perdón y el olvido, solo promueven una amnesia enfermiza o la repetición patológica del trauma disfrazado de memoria.

Por último, en *Verano rojo* el detective y ex guerrillero sandinista don Chepe investiga el asesinato de su amiga Ilana, que lo llevará a una trama relacionada con el ya por todos olvidado atentado de La Penca. Daniel Quirós emplea las pesquisas de su protagonista para ir desmontando los mitos nacionales sobre los que se ha construido la identidad costarricense: el Estado pacífico y del bienestar, la neutralidad política y la igualdad. En última instancia, el autor defiende que la sociedad costarricense tiene una deuda pendiente con la revisión de su pasado reciente y su implicación en la violencia política del Istmo.

2. El fracaso del policial frente al laberinto de la representación en *El material humano* de Rodrigo Rey Rosa

“Abrázame fuerte que por dentro / me oigo muertes, viejas muertes / agrediendo lo
que amé”.

(Lavié y Ríos 01:41-01:52)

Intro y resumen novela. En 2009, Rodrigo Rey Rosa publicó *El material humano*, una novela autoficcional con elementos de thriller en que la acción se articula en torno al Archivo Histórico de la Policía Nacional (AHPN) en Ciudad de Guatemala, que se descubrió de forma completamente fortuita en 2005. La narración está estructurada en forma de diarios de una ficcionalización homónima del propio Rey Rosa. Cuando se inicia la acción de la novela, que

tendría lugar, según ha identificado Ana Rosa Domenella, entre mediados de diciembre de 2006 y junio de 2007 (261), el protagonista, Rodrigo, visita diariamente el Archivo en busca de inspiración para un nuevo proyecto literario. Aunque él aspiraba a consultar documentos sobre intelectuales y escritores que hubieran servido como informantes de la policía, le permiten acceder únicamente a los archivos del Gabinete de Identificación previos a 1970, una sección del Archivo que fue fundada en 1922 por Benedicto Tun y fue dirigida por él mismo hasta su jubilación en 1970. El protagonista de la novela llena cuadernos y hojas sueltas con anotaciones copiadas de estos documentos, repletos de enumeraciones caóticas acerca de personas detenidas. Intrigado por la figura de Tun, investiga acerca de este y conoce a su hijo, abogado criminalista con el que se entrevista en varias ocasiones. El acceso al Archivo le es negado repentinamente a mitad de la novela y, a pesar de sus esfuerzos, no consigue regresar. Entretanto, Rodrigo anota detalles de su día a día como escritor, incluyendo citas y observaciones de sus lecturas, conversaciones con otros intelectuales y detalles de sus viajes a eventos literarios, pero también agrega observaciones sobre su vida privada, familiar y afectiva, en las que destaca la figura de su hija de cinco años. Algunos motivos, como el suspenso de sus visitas al Archivo, el hilo de sus lecturas, el seguimiento de algunas noticias de la prensa, las reuniones con Tun hijo y las averiguaciones en torno al pasado secuestro de su madre dotan de coherencia y cohesión a la trama, aunque no hay, per se, un conflicto principal que empuje la acción hacia delante y, más que un crimen que se investiga, el lector se enfrenta a una compleja red de diversos misterios. Por estas razones, algunos críticos han calificado la obra como “anti-novela” (Ilian 206, Gutiérrez-Mouat 48) y la acción, como “pseudo-acción” (Ilian 206), mientras que para Nanci Buiza el texto “is more accurately described as a collection of notes for a novel than as a novel per se” (60). Nadine Haas ha interpretado sagazmente el sentido de la ausencia de acción en la novela,

vinculándola, en última instancia, a la falta de acción en cuestión de justicia y derechos humanos en la Guatemala de posguerra:

Los hechos que se repiten, la falta de sucesos y la frustración del protagonista simbolizan adecuadamente la ineffectividad e inutilidad con las que se ve confrontada toda persona que en Guatemala intenta encaminarse hacia la búsqueda de la verdad. En el nivel de la acción no pasa mucho y la novela termina en la nada –igual que la búsqueda de los culpables en Guatemala, que no ha llevado a ningún lado. (179)

Desde el descubrimiento del Archivo, se ha trabajado en clasificar, catalogar y digitalizar los más de 80 millones de folios o casi ocho mil metros de documentos que se remontan a finales del siglo XIX. La importancia del Archivo como fuente documental es máxima. Sus documentos han sido y seguirán siendo empleados en procesos judiciales: el caso más conocido hasta la fecha es el del Diario Militar, un documento que contiene un listado de casi doscientas personas, incluyendo algunos datos personales, generalmente una foto tipo carné, información relativa a sus actividades subversivas y las acciones perpetradas contra la persona en cuestión, incluyendo el secuestro, la ejecución sumaria y la desaparición forzada⁹⁴. Nueve expolicías y exmilitares enfrentan actualmente cargos judiciales por estos crímenes, pero el proceso lleva años sufriendo todo tipo de dilaciones, la estrategia principal que emplea la defensa de los acusados⁹⁵.

La Universidad de Texas en Austin ha colaborado con el AHPN creando una página web (Universidad de Texas en Austin) donde pueden consultarse más de diez millones de imágenes digitales de documentos. Los documentos del Archivo se han empleado, además de para obtener evidencia en juicios por crímenes como la ejecución extrajudicial o la

⁹⁴ Una copia del diario puede consultarse en la exposición del museo Casa de la Memoria, situado en el centro histórico de la Ciudad de Guatemala.

⁹⁵ Irma Alicia Velásquez Nimatuj ha denunciado que, mientras que en el pasado la violencia se perpetraba a través de los poderes ejecutivos del Estado como la policía y el ejército, en la actualidad es a través de la vía judicial que el Estado continúa ejerciendo violencia sobre la ciudadanía (“Indigenous Peoples”).

desaparición forzada cometidos durante el conflicto por parte de las fuerzas del Estado, para consulta por parte de familiares de desaparecidos durante la guerra civil, por parte de entidades públicas e instituciones varias. La Procuraduría de Derechos Humanos (PDH) de Guatemala estuvo a cargo del proyecto de clasificar y digitalizar documentos hasta el 2019, año en que el Archivo pasó a recaer bajo el control del Archivo General de Centroamérica, en el marco del Ministerio de Cultura y Deportes (MICUDE) del Gobierno de Guatemala tras una serie de pugnas por su control que casi acaban en el cierre del proyecto. Aunque el MICUDE nombró al Archivo como Patrimonio Cultural, es imposible encontrar referencia alguna a este en su sitio web, que, sin embargo, contiene información tan detallada acerca de la Biblioteca Nacional como la ubicación de cada una de sus salas, el horario de atención al público y los nombres de los bibliotecarios a cargo de cada una. El recinto de La Isla⁹⁶ está actualmente cerrado y no es posible acceder a él como investigador. En suma, el proyecto del AHPN parece estar paralizado y no hay previsión alguna de cuándo se retomarán las tareas de clasificación y digitalización del resto de documentos.

Desde su aparición, el Archivo ha sido motivo de gran interés para diversos estudiosos y creadores, y ha emergido una pequeña producción académica y cultural en torno a y desde este lugar. El propio Archivo publicó en 2011 una gruesa colección de informes titulada *Del Silencio a la Memoria. Revelaciones del Archivo Histórico de la Policía Nacional* (Archivo Histórico). La historiadora estadounidense Kristen Weld realizó investigación de campo en el Archivo y publicó a raíz de ello el notable volumen monográfico *Paper Cadavers. The Archives of Dictatorship in Guatemala* (2014). La novela *El material humano* se halla dentro del marco de esta producción cultural, así como la novela *300*⁹⁷ (2011) del escritor

⁹⁶ La Isla es el nombre con el que se conoce comúnmente el antiguo recinto de la Policía Nacional en Ciudad de Guatemala.

⁹⁷ Para evitar dejar evidencia material de las ejecuciones sumarias con notas explícitas en las fichas policiales de los detenidos, la policía anotaba sencillamente “300” como código para indicar que una persona había sido ejecutada.

guatemalteco Rafael Cuevas Molina, y los documentales *La Isla* (2009), del cineasta alemán Uli Stelzner⁹⁸, y *El archivo* (2018), de la directora guatemalteca Anaïs Taracena. A pesar de la notable calidad literaria de la novela de Cuevas Molina, esta ha recibido casi nula atención por parte de la crítica. Sin embargo, *El material humano* es considerada como una de las novelas centroamericanas más relevantes del nuevo siglo, si no la más relevante, junto con *Insensatez* (2005) de Horacio Castellanos Moya y existe una extensa bibliografía que aborda el texto desde múltiples perspectivas. La novela de Rey Rosa ha sido a menudo estudiada a través del prisma de las ideas sobre el archivo (Monroy Álvarez, Oña Álava “*Insensatez y El material humano*”, Quintero), a través la teoría foucaultiana (Coto-Rivel), así como desde la perspectiva de los estudios de memoria (Coto-Rivel, Martínez Rubio, Fallas Arias, Jossa “*Transparencia y opacidad*”, Monroy Álvarez), de trauma (Carini, Jastrzębska “*Territorios del trauma*”, Spiller), y también de forma comparativa con el documental de Stelzner (Carini, Spiller) o la ya mencionada novela de Castellanos Moya (Gutiérrez-Mouat, Haas, Fallas Arias, Drews, Jastrzębska “*Capacidad criminal*”, Jastrzębska “*Territorios del trauma*”, Jossa “*Transparencia y opacidad*”, La Haije “*Narration and Madness*”, Oña Álava “*Insensatez y El material humano*”, Rivera Rivera “*La representación del espacio*”, Schelonka), debido al hecho de que ambas novelas contienen elementos de thriller y autoficción, abordan el turbulento pasado de Guatemala, contribuyen a la reflexión en torno al papel de la literatura y los escritores frente a la violencia, y cuestionan las posibilidades de representación textual de dicha violencia. Algunos estudiosos han abordado el análisis de la novela desde la perspectiva del género de la autoficción (Marchio, Monterroso) y, aunque casi todos los estudiosos mencionan también los rasgos de policial o thriller de la novela, son Schelonka, Jastrzębska (“*Capacidad criminal*”) y Guerrero quienes han trabajado el texto específicamente como novela criminal.

⁹⁸ Stelzner aparece como personaje en *El material humano*. En la novela, Stelzner le habla al narrador de sus planes de rodar un documental sobre el Archivo.

El material humano no es la primera incursión en el género de la autoficción por parte del autor, que ya presenta al lector con un protagonista muy similar a sí mismo en *Caballeriza* (2006) y, posteriormente, repite esta estrategia en novelas como *Severina* (2011), *Los sordos* (2012) y *Carta de un ateo guatemalteco al Santo Padre* (2020). *El material humano* se presenta como la transcripción literal de una serie de cuadernos de notas, una suerte de diario personal del narrador organizado a través de entradas fechadas. Rey Rosa juega aquí con los conceptos y límites de ficción y realidad a través de dos paratextos que enmarcan el texto. El primero es una nota que, sin título de ningún tipo, simplemente reza “Aunque no lo parezca, aunque no quiera parecerlo, esta es una obra de ficción”. El segundo es una anotación en la última página que simplemente aclara: “Algunos personajes pidieron ser rebautizados”. El autor ha explicado en entrevistas que el texto que compone la novela proviene de sus cuadernos de anotaciones, pero que todo fue reestructurado y revisado para otorgarle sentido novelesco; en este sentido, sus diarios fueron ficcionalizados y lo que leemos no pertenece al ámbito de la realidad:

está hecho [el texto de la novela] digamos que de “hilachas de verdad”, es ficción sin duda porque hay una trama... hay una trama a partir de cierto momento en que sé que lo que estoy escribiendo no es un diario, estoy escribiendo una novela donde dejo que todas mis circunstancias coincidan con las del personaje, pero es ficción⁹⁹. (Rodríguez Freire 1081)

Ambas notas, que enmarcan el texto de la novela, se contradicen: las contradicciones aparentemente irreconciliables están presentes en el núcleo de la novela, y parte del elemento

⁹⁹ De forma similar se expresaba el autor en otra entrevista con Sebastián Oña Álava: “Yo terminé el manuscrito como está el libro, ¿verdad? El manuscrito de ficción. Yo terminé los cuadernos, luego los pasé a máquina y al leerlos me di cuenta de que ya funcionaba casi como una novela, había que cambiar el lugar de algunas cosas para que le diera más su identidad y creara más tensión. Yo tomé las notas porque no sabía qué iba a hacer, sin embargo era mi material; no sabía si iba a ser no ficción o novela, pero al leer el material, después de haberlo escrito durante meses, un día decidí bueno ya, pasarlo a máquina o a la computadora. Al leerlo, para pensar, me di cuenta de que ya como estaba había tensión ahí, había que editar para que la materia fuera más fluida, para que hubiera más tensión pero no hay casi invención en el texto mismo; hay invención en la forma que le di, pero las notas son casi literalmente copiadas de las libretas” (“A Rodrigo Rey Rosa” 4).

dramático central consiste en la tensión creada por varias de ellas. El narrador anota en su cuaderno una cita de sus lecturas de Pascal: Pascal (74) → “*Es preciso –dice Pascal– que nos expliquemos las pasmosas contradicciones que se conjugan en nosotros*” (74). Esta es una de las ideas centrales que articula el texto y que Hernández Palacios ha denominado como “técnicas de mestizaje en la novela”, mestizaje

entre ficción y no ficción, entre consciente e inconsciente – es decir, entre el mundo onírico y la realidad-, entre el autor y el narrador, la escritura propia y la ajena, el bien y el mal, la izquierda y la derecha en el ámbito político y, sobre todo, mestizaje múltiple entre los géneros literarios. (193)

La novela de Rey Rosa cuestiona la posibilidad de representar el horror de la violencia política en Guatemala, así como el papel de los intelectuales públicos guatemaltecos en relación a esta, en el contexto de la literatura centroamericana de posguerra y ya en el marco de una era posttestimonial. Varias subtramas de misterio se desarrollan a lo largo de la novela, todas las cuales acabarán sin resolver o en una resolución anticlimática que apunta a la necesidad de construir una sociedad sin revanchismos. La red de misterios a la que se enfrenta el narrador es demasiado compleja, y la novela parece sugerir que, aunque es una tarea necesaria, es imposible elaborar una memoria del horror sufrido en Guatemala en el contexto actual. En última instancia y a pesar de sus intentos, el protagonista asume que no puede narrar el Archivo: pasa, entonces, a narrarse a sí mismo, y la novela del Archivo de la policía se convierte en las confesiones interiores de un escritor que no logra escribir esa novela.

El espacio del archivo se configura metafóricamente como el de un laberinto a través de las referencias al mito de Teseo. Así, el laberinto del Archivo se encuentra en un recinto conocido como La Isla, mientras que el del mito se hallaba en la isla de Creta. Además, en su primer día en el Archivo el narrador es orientado por una empleada llamada Ariadna, y él mismo se pregunta “qué clase de Minotauro puede esconderse en un laberinto como éste. Tal

vez sea un rasgo de pensamiento hereditario creer que todo laberinto tiene su Minotauro. Si éste no lo tuviera, yo podría caer en la tentación de inventarlo” (56). El intrincado reto del laberinto del Archivo no tiene tanto que ver, pues, con la verdad histórica o la memoria nacional, sino con la posibilidad de la recreación ficcional de estas. Esto es, el narrador se siente atraído por la idea de novelar el Archivo y, con ello, la trágica memoria nacional del siglo XX: “las circunstancias y el ambiente del Archivo de La Isla habían comenzado a parecerme novelescos, y acaso novelables” (14). Del mismo modo lo ha interpretado José Martínez Rubio, para quien el Minotauro que Rodrigo busca simboliza “una historia reveladora, una figura precisa y delimitada que contenga en sí, de manera simbólica, todo el horror de un país” (586). Sin embargo, hacia el final de la novela, el mismo narrador reconoce que ha fracasado en su empeño: “Como hallazgo, como Documento o Testimonio, la importancia del Archivo es innegable (aunque increíble y desgraciadamente hay quienes quisieran quitársela) y si no he podido novelarlo, como pensé que podría, es porque me han faltado suerte y fuerzas” (169). En este sentido, el narrador se configura doblemente, dentro de la metáfora del laberinto, como Teseo, el hombre que dentro del laberinto busca enfrentarse al Minotauro, pero también como Ovidio o como el poeta, que inventa el laberinto y todo lo que contiene, incluyendo a Teseo y al Minotauro. Este desdoblamiento replica el carácter esquizofrénico (La Haije, “Narration and Madness”) del género autoficcional: Rey Rosa es a la vez el autor de la novela y su protagonista ficcional, quien a su vez es autor de la (fallida) ficcionalización del archivo y protagonista de la narración de este intento de ficcionalización. Como Ovidio, Rodrigo se enfrenta al reto de novelar el archivo y a su Minotauro. Como Teseo, en cambio, se enfrenta a un laberinto de violencia y memoria en cuyo centro acaba por dar con el Minotauro, encarnado en la figura del jefe del proyecto, Lemus, pero, en un final anticlimático propio del autor que analizaré más adelante, no se llega a producir ningún enfrentamiento.

2.1. Ovidio frente al laberinto de la representación

En las primeras libretas que conforman la estructura de la novela hay una enumeración caótica de un total de 116 fichas policiales que incluyen datos aleatorios sobre los detenidos. A modo de ejemplo, cito una ficha: “Flores R. Simón. Nace en 1952. Modisto. Fichado en 1960 por esquinero reincidente” (33). Las fichas van acompañadas de anotaciones que aspiran a recoger la suma del Archivo pero que a todas luces se quedan muy cortas, como una lista de profesiones que registran las fichas, o los porcentajes de género y franjas de edad de las personas detenidas. La novela plantea así la cuestión: ¿es posible comunicar el Archivo de forma literaria? ¿Cómo se puede contar la historia de los miles de detenidos cuyas fichas están en La Isla, cómo englobarlos a todos? ¿Cómo escribir una obra total que abarque la magnitud de la tragedia nacional? ¿Cómo incluir las muchas voces de aquellos que perdieron su vida bajo el yugo de la violencia política? *El material humano* constituye en última instancia “una indagación constante sobre la forma novelesca” (Guerrero 215).

El recurso de la transcripción de documentos de no ficción inserta a la novela en la tradición de la literatura centroamericana de posguerra que dialoga con la tradición testimonial hegemónica de los años sesenta y setenta y que cuestiona el valor del género como vehículo de conocimiento de la verdad y de protesta política¹⁰⁰. Tal como ha notado Nanci Buiza, la novela se enmarca en la tendencia de la narrativa centroamericana de posguerra de cuestionar la legitimidad “of what had once been considered to be literature’s ethical duty: to speak for and represent the subaltern other” (61-62), posicionándose de esta manera en el giro literario “from an ideological to a post-ideological conception of literature” (62). Así, el hombre letrado trata de dar voz al sujeto subalterno y silenciado por la represión estatal a través de la presentación de su ficha policial, la evidencia documental de la

¹⁰⁰ Esta amplia tendencia ha sido estudiada en profundidad por, entre otros, Misha Kokotovic (“Testimonio Once Removed”), Beatriz Cortez (*Estética del cinismo*), Werner Mackenbach (“¿Puede hablar el victimario?”) y Alejandra Ortiz Wallner (*El arte de ficcionar*).

persecución sufrida. Este recurso, sin embargo, es inefectivo: la enumeración caótica de nombres, edades y motivos de detención no logra dar cuenta cabal del “material humano” contenido en el archivo.

El investigador José Martínez Rubio ve en la transcripción y resumen de las más de cien fichas una “voluntad de poner orden en el caos” (589), pues el contenido de las mismas confirma que

el poder ha actuado contra la población en gran medida de manera arbitraria y caprichosa, siempre desde un totalitarismo factual, vista la concreción de la represión, y conceptual, vista la categorización que se establece para determinar lo que está dentro de la ley y lo que está fuera. (589)

Para este profesor español, “la represión estatal guatemalteca construye su propio lenguaje [...] para mantener el orden [...] y la realidad no se puede contener entre los límites de ese mismo lenguaje disciplinario” (589). El mero hecho de transcribir y replicar las fichas policiales se revela enseguida, pues, como una herramienta fútil a la hora de representar adecuadamente la magnitud del horror almacenado en el Archivo.

Jenny Edkins, que ha estudiado en profundidad la violencia política y el trauma, ha destacado la imposibilidad de expresar este último, que a menudo es descrito como una experiencia inimaginable o inenarrable (2), y es que

what has happened is beyond the possibility of communication. There is no language for it. Abuse by the state, the fatherland, like abuse by the father within the family, cannot be spoken in language, since language comes from and belongs to the family and the community. Survivors of political abuse in the contemporary west have something compelling to say, but it is something that is unsayable in the vocabulary of the powerful. (7)

Es por esta misma razón que, como ha notado Martínez Rubio, Rey Rosa fracasa al tratar de crear un lenguaje con el que transmitir la violencia brutal y arbitraria del Estado en su listado de fichas policiales:

Del mismo modo que la represión estatal guatemalteca construye su propio lenguaje (y por tanto, sus propias leyes) para mantener el orden (un “orden” como se ve fuertemente autoritario) y la realidad no se puede contener entre los límites de ese mismo lenguaje disciplinario (y por eso, proliferan las categorías delictivas, los registros y las descripciones), tampoco la escritura del narrador, con su propio lenguaje, podrá contener el horror de las páginas que revisa en los archivos. Dicho de otro modo: si el Estado creará un lenguaje notarial para certificar la realidad, el narrador creará un lenguaje anclado en la no ficción para evidenciar esa misma realidad; el resultado en ambos casos será el mismo: la manifestación incontenible del caos, la imposibilidad de representación de la violencia y la batalla de significados a través del lenguaje que nunca alcanzan a reflejar lo real. (589)

El fracaso último del escritor en ser capaz de ficcionalizar, representar o comunicar la memoria de la violencia almacenada en el Archivo denota un cuestionamiento acerca no solo de la posibilidad de llevar a cabo esta tarea, sino que también problematiza esta representación, especialmente cuando es efectuada desde determinada posición. Rodrigo se cuestiona las implicaciones éticas de llevar a cabo este proyecto, y su derecho a contar estas historias:

Me pregunto si en realidad he jugado con fuego al querer escribir acerca del Archivo. Mejor estaría que un excombatiente, o un grupo de excombatientes, y no un mero diletante (y desde una perspectiva muy marginal), fuera quien antes saque a la luz y siga oculto en ese magnífico laberinto de papeles. (169)

En una línea similar, Primo Levi ofrecía la paradoja del testimonio del Lager: el testimonio realmente valioso, el que nos dejaría ver el auténtico horror de Auschwitz en todas sus dimensiones no es el de Levi, sino el de aquellos que no salieron vivos:

we, the survivors, are not the true witnesses. [...] We survivors are not only an exiguous but also an anomalous minority: we are those who by their prevarications or abilities or good luck did not touch bottom. Those who did so, those who saw the Gorgon, have not returned to tell about it or have returned mute, but they are the “Muslims”, the submerged, the complete witnesses, the ones whose depositions would have made a general significance¹⁰¹. (83-84)

Esta paradoja crea un problema irresoluble: si el superviviente o testigo decide relatar las experiencias del horror fracasará inevitablemente, pero, si no lo hace, contribuirá al olvido de ese horror y la impunidad. Cualquier opción conlleva al fracaso y, de este modo, la novela se articula en realidad no como una novela sobre la violencia en Guatemala y el Archivo de la Policía Nacional, sino como el fallido intento de escribir tal novela.

Rodrigo ha llegado al Archivo buscando en qué entretenerse después de haber publicado un libro: está con las manos simbólicamente vacías y esperando alguna idea para su siguiente proyecto literario. Por lo tanto, su aproximación inicial al archivo es meramente instrumental: le interesa en tanto que fuente de inspiración estética y como forma de pasar el tiempo, como “una especie de entretenimiento” (14). Tal como ha notado Nanci Buiza,

¹⁰¹ En su volumen sobre Ciudad Juárez, *Murder City*, Charles Bowden parece compartir con Levi la misma idea de que solo aquellos que perdieron la vida o el juicio en la brutalidad del Lager o, en su caso, del México contemporáneo son los depositarios del único testimonio definitivo y auténtico. Así, Bowden repite una y otra vez a lo largo de su volumen “[j]ust ask Miss Sinaloa”: Miss Sinaloa es una joven anónima a quien Bowden no llega a conocer pero cuya historia le es referida por una trabajadora de un hospicio para enfermos mentales. La chica había emigrado a Ciudad Juárez desde su Sinaloa natal para trabajar, y fue secuestrada y retenida en una habitación de hotel por unos policías que se dedicaron a violarla durante días. Al cabo de esos días, la dejaron junto al hospicio, adonde sus familiares acudieron finalmente a recogerla al saber de la noticia. En última instancia, Miss Sinaloa se configura en la obra de Bowden como la representación definitiva de la víctima de Ciudad Juárez: una mujer joven, migrante, que es torturada por pura diversión hasta que pierde la cordura. Bowden viene a decirnos que, a pesar de su investigación y sus pesquisas, hay un terreno de la violencia juarense que ni él, ni los lectores extranjeros, ni aquellos que no han sido tocados por la ferocidad del Juárez más bestial podemos comprender, que nos es inaccesible: de esa parte solo los que han perdido la cabeza o la vida podrían declarar con pleno derecho, pues solo ellos conocen la verdad en toda su plenitud.

“Rodrigo’s blithe approach to the archive suggests a kind of cold, anesthetized outlook that turns stories of suffering into something remote and abstract” (67). En una línea similar, Gutiérrez-Mouat ha destacado también que “[l]a investigación del Archivo prometía material literario para un thriller, como se afirma en el texto mismo, pero [...] tal proyecto se podría interpretar como la explotación con fines de lucro de una tragedia humana” (57). Por su parte, Arturo Monterroso (con)funde las figuras del autor y el protagonista y critica la novela como un ejercicio narcisista y egocéntrico que desplaza la atención de las víctimas hacia la vida privada del protagonista/autor.

El narrador considera las implicaciones éticas de aspirar a narrar el horror de la historia reciente de Guatemala desde su propia posición de privilegio, ya que es un hombre heterosexual ladino de clase acomodada que no participó en el conflicto y que, salvo por el secuestro de su madre, que quedó sana y salva después del encierro, no ha sido personalmente impactado por la violencia. Esta reflexión viene indicada por una cita de Voltaire que aparece de forma descontextualizada en uno de los cuadernos: “*Había abandonado mis Memorias, pero muchas cosas que me parecieron novedosas o divertidas me hicieron volver al ridículo de hablar de mí mismo conmigo mismo [...] Casi me avergüenzo de ser feliz viendo las tormentas desde el puerto*” (148, énfasis en el original). La novela cuestiona así si Rodrigo, quien después de todo contempla “las tormentas desde el puerto”, se encuentra en una posición desde la que poder hablar de estas mismas “tormentas”.

El tema de la posibilidad de una representación ética reaparece unas páginas más adelante, cuando conversa con su padre acerca de la película *Capote*. El padre le espeta a Rodrigo: “A ver si no te pasa a vos lo mismo que a Capote, y por estar investigando criminales no volvés a terminar un libro” (169). El padre parece preocupado por la posibilidad de que la obsesión de Rodrigo le impida concluir su obra, como le sucedió a Truman Capote con *In Cold Blood*, hasta que termine el caso en la vida real: si Rodrigo espera a que el ciclo

de violencia en Guatemala se cierre, parece insinuar su padre, no terminará nunca su nuevo libro. Bajo esta insinuación se halla otra, ligada al juicio anterior de su padre de que Capote era un “verdadero hijo de puta interesado”: el personaje sugiere que quizás también Rodrigo, si decide emplear el Archivo de forma instrumental para lograr sus propios fines estéticos, literarios y profesionales de forma similar a la instrumentalización que Truman Capote hizo de su relación con el asesino Perry Edward Smith sea, al fin y al cabo un “hijo de puta”.

El propio Rodrigo asume que su papel de intelectual público y escritor internacionalmente conocido quizás no le da derecho a acceder a ciertas historias y apropiarse de ellas con intereses meramente estéticos. El personaje lleva a cabo una serie de consideraciones sobre la relación de diversos intelectuales guatemaltecos a lo largo de la historia con la llamada cuestión indígena criticando el racismo dominante entre la intelligentsia nacional y cuestionando cómo puede posicionarse un intelectual del momento de forma ética con respecto a la marginalización y discriminación sistemática de más de la mitad de la población. Rey Rosa se centra en la élite intelectual de la generación de 1920, incluyendo al mayor escritor del canon guatemalteco, Miguel Ángel Asturias, quien vio en el mestizaje eugenésico y el exterminio de la población maya la solución a la cuestión racial en Guatemala, tal como ilustran algunas citas del Premio Nobel anotadas en el manuscrito: “*En rigor de verdad, el indio psíquicamente reúne signos indudables de degeneración; es fanático, toxicómano y cruel. (...) Hágase con el indio lo que con otras especies animales, como el ganado vacuno, cuando presentan síntomas de degeneración*” (114, énfasis en el original). A este ejemplo se suman otras citas de coetáneos de Asturias, como el siguiente fragmento de 1924 de un intelectual poco conocido, Roger de Lyss, que Rodrigo copia en su libreta: “*El indio no puede ser ciudadano. Mientras el indio sea ciudadano, los guatemaltecos no seremos libres. Ellos, los infelices, han nacido esclavos, lo traen en la sangre*” (72, énfasis en el original). Sin que haya ninguna forma de transición, la siguiente anotación en el diario

reza: “Benedicto Tun, que era hijo de padre y madre indígena, creó el Gabinete de Identificación en 1922” (72). Ambas anotaciones se yuxtaponen para que el lector reflexione no solo sobre el racismo presente en el centro mismo de la cultura letrada nacional, sino sobre las formas en que los indígenas han contribuido a la formación del Estado guatemalteco de formas notables, como en el caso de Tun, y la invisibilización a que han sido sometidas sus aportaciones. El legado de Tun, que transformó radicalmente y modernizó de acuerdo a sus tiempos la institución policial, después de todo, no deja de ser monumental. La novela destaca de esta manera que la historia intelectual del país ha estado marcada por el racismo y el proyecto eugenésico y de erradicación de los pueblos indígenas. Al yuxtaponer estas reflexiones con sus esfuerzos fallidos por novelar el Archivo, “el narrador cuestiona al mismo tiempo el papel del intelectual, del escritor, en denunciar dichos crímenes, o sea, pone en tela de juicio la idea misma de la literatura comprometida” (Jastrzębska, “Capacidad criminal” 28), algo que también ha señalado Ilinca Ilian: “Rey Rosa manifiesta una loable circunspección con respecto a la capacidad revelatoria de la literatura y, por ende de los poderes de los escritores en opinar acerca de la culpabilidad y la justicia” (206).

En el momento en el que se desarrolla la novela, la situación ha cambiado radicalmente y, en contra de las aspiraciones de “Miguel Ángel & Co.” (114), los mayas y sus descendientes conforman la mayor parte de la población de Guatemala y han llegado incluso a las esferas políticas del poder, tal como nota Rodrigo al caminar cerca del Congreso de la nación, por donde “van y vienen diputados con el aspecto físico de campesinos guatemaltecos, pero vestidos con trajes formales de tres piezas, anteojos de sol de marca, y acompañados de hombres parecidos a ellos, guardaespaldas” (66). La élite intelectual que aparece en la novela parece estar dividida con respecto a la cuestión racial. Si bien hay pensadores como Marta Elena Casaús, que ha publicado profusamente analizando y denunciando el racismo en Guatemala, y cuya obra Rodrigo Rey Rosa lee, también hay otros

como el investigador ficcional doctor Gustavo Novales, quien imparte un cursillo sobre “Violencia, Poder y Política” para los empleados del Archivo al que Rodrigo también acude (43). En una de las sesiones, el doctor Novales discute el cambio de estrategia de las guerrillas a finales de los años 60, cuando se traslada el grueso de la lucha armada al ámbito rural. Durante el turno de preguntas, Rodrigo inquiere sobre si, teniendo en cuenta que el cambio de estrategia iba a llevar consigo operaciones de contrainsurgencia que afectarían a los habitantes de las áreas rurales, es decir, a los indígenas, se debatió en la guerrilla la posibilidad de que la nueva localización de la lucha conllevara el exterminio de estas comunidades (46). El profesor recibe con “disgusto” la pregunta y contesta someramente que esta cuestión no fue objeto de debate, a lo que otro cursillista agrega que la “pregunta le parecía paternalista, que él había conocido a algunos indígenas que sí quisieron pelear” (47). Lo interesante aquí quizás sea notar cómo el autor critica la forma en que el racismo nacional ha evolucionado adaptándose convenientemente a los tiempos que corren. Si bien en la actualidad aseveraciones en torno a la eugenesia y la discriminación están socialmente prohibidas especialmente en los entornos letrados y de corte progresista, no obstante –en la novela–, las intervenciones del doctor Novales y el cursillista ponen en evidencia que dinámicas racistas propias del ámbito de la izquierda revolucionaria siguen perpetuándose entre los progresistas del siglo XXI. Cuando estas lógicas son cuestionadas, se acusa al otro de racismo, en una dinámica habitual en confrontaciones acerca de comportamientos discriminatorios según la cual el agresor revierte la situación.

En última instancia, la única perspectiva ética y posible para Rodrigo como narrador del Archivo es la de renunciar a la aspiración de contar la historia de miles de guatemaltecos torturados y asesinados por la policía y relatar su propia vida interior en contacto con estas historias. Es decir, hay un desplazamiento de la aspiración tradicional del intelectual comprometido de “dar voz a quienes no tienen voz”, a aceptar una posición desde la que la

mirada es parcial, subjetiva y muy limitada. Puesto que Rodrigo no puede narrar la historia de las víctimas de la represión, pasará a, en su lugar, contar su propia historia personal como sujeto en una Guatemala convulsa, violenta e inmersa en inacabables batallas ideológicas sobre el control de las narrativas históricas. La memoria personal se convierte en la única posibilidad de Rodrigo para abordar esta historia y en el puente último para conectar lo individual con lo colectivo.

2.2. Teseo en el laberinto de la violencia

Frente a las complicaciones a las que se enfrenta para llevar a cabo la novelación del Archivo y asumiendo la incapacidad propia para dar voz a las víctimas así como la ineffectividad del uso del lenguaje empleado por las instituciones dedicadas a controlar y reprimir a la población, el autor va a recurrir a la ficcionalización de este mismo lenguaje: el género policial o criminal. En última instancia, este intento de narrar el Archivo en clave policial va a fracasar también y, al final de la lectura, nos encontramos con un texto autoficcional que, debido a la imposibilidad de dar sentido al caos de la violencia que impera en Guatemala, ha renunciado a la narración de la memoria colectiva: “la novela misma se configura entonces como ilustración del fracaso de un novelista enfrentado con zonas oscuras del pasado reciente guatemalteco” (Jastrzębska “Capacidad criminal” 28). En respuesta a su propio fracaso, Rodrigo se ha refugiado en la memoria personal e íntima. No nos encontramos ante una novela sobre el Archivo, sino, en realidad, ante una novela sobre el proceso fracasado de tratar de novelarlo, como ya han señalado otros estudiosos: “La novela es una tentativa: es la narración de un trabajo de recuperación de la memoria destinado al fracaso” (Jossa, “Adentro y afuera” par. 31); es pues una novela sobre “el fracaso de un escritor para narrar el trauma” (Jastrzębska, “Territorios del trauma” 26).

El narrador se encuentra perdido como escritor frente al laberinto de la representación, desorientado por la problemática ética y las diferentes posibilidades y formas de ficcionalizar

los kilómetros y kilómetros de papel y documentos sin clasificar que componen el Archivo, pero también está perdido como protagonista de la propia ficción que está escribiendo, buscando al Minotauro del laberinto y desorientado en el centro de una compleja red de tramas de misterio que dotan a la novela de su carácter policial o detectivesco y que llevan al narrador/detective a indagar en torno a la historia y la moral de Benedicto Tun, la identidad de los secuestradores de su madre, la causa de la suspensión de sus visitas al Archivo, las llamadas anónimas que recibe el narrador, el asesinato de unos diputados salvadoreños, la violencia actual en Guatemala y, por supuesto, el “crimen de crímenes” que fue el genocidio maya.

El primer misterio se articula en torno a la elusiva figura de Benedicto Tun, que, tal como han notado Nanci Buiza y Misha Kokotovic, funciona simbólicamente en la novela como el hilo otorgado por Ariadna que guía a Teseo a través del laberinto (Buiza 71; Kokotovic, “Trapped in the Labyrinth” 85): la archivista le introduce al personaje y sugiere que quizás le sirva como “hilo conductor para tu... *investigación*?” (Rey Rosa 13-14, énfasis en el original). A medida que Rodrigo lee los documentos producidos por Tun, se siente más y más intrigado por esta figura: ¿quién fue en realidad este hombre de humildes orígenes indígenas que modernizó la policía guatemalteca, convirtiéndose en el primer criminólogo de la historia nacional? Este misterio conduce a reflexiones en torno al rol del mismo Tun en la violencia política del organismo para el que operaba eficientemente, su implicación y responsabilidad en la violencia y, en última instancia, se cuestiona la posibilidad de unas fuerzas del orden éticas y el papel individual que los diferentes miembros de una institución pueden desempeñar dentro de esta.

Tal como Rodrigo averigua en su investigación, Tun fue un bachiller de origen maya que fundó el Gabinete de Identificación en 1922 y lo dirigió hasta que tuvo que retirarse por motivos de salud en 1977. El narrador es capaz de aproximarse más a esta misteriosa figura

gracias al contacto con el primogénito de Tun, que lleva el nombre de su padre, y con el que se entrevista en varias ocasiones a lo largo de la novela. Tun hijo es descrito en clave de parodia del género negro como un “Humphrey Bogart guatemalteco un poco pasado de peso” (106) y siente admiración por la labor fundamental que su padre desempeñó en el desarrollo de una fuerza policial moderna en el país (69). Tun padre fue el responsable de poner en marcha sistemas de detección basados en la evidencia científica, pero su figura, dadas las particularidades de la historia nacional, se aleja de los glorificados detectives del mundo anglosajón. Tun estuvo a cargo del Gabinete de Identificación durante más de la mitad del siglo XX, incluyendo toda la dictadura del general Jorge Ubico (1931-1944), el periodo democrático de la Primavera Guatemalteca de los presidentes Juan José Arévalo (1944-1951) y Jacobo Árbenz (1951-1954), así como la serie de regímenes militares que siguieron a este y diecisiete de los treinta y seis años que duró el conflicto armado interno. La novela plantea la cuestión de si es posible operar de forma ética en tales contextos: ¿deja espacio el aparato represor del Estado para la actuación ética de algunos de los miembros de sus fuerzas? Si Tun como policía facilitó, entre otras cosas, la identificación de personas, la recogida de datos de los detenidos y la organización de estos datos para un Estado represor profundamente racista y clasista y cuyo repertorio de control social incluía de forma habitual prácticas ilegales como la tortura, la ejecución sumaria y la desaparición, incluyendo a menores de edad, ¿fue Tun necesariamente un hombre malo, o existe la posibilidad de lo contrario? Así se lo plantea el narrador: “me pregunto: ¿pudo ser éste un hombre ‘decente’ –en el sentido orwelliano al menos?” (101). Hay varias instancias que parecen indicar que, en efecto, quizás el policía de origen maya fuera un hombre “decente”. La primera de ellas es que Tun fue el encargado de analizar la escena de la muerte del candidato presidencial Mario Méndez Montenegro en 1965. Pese a recibir fuertes presiones para dictaminar que la muerte del político había sido un asesinato, Tun insistió firmemente en mantener su ética profesional y en que toda la evidencia

apuntaba al suicidio. Esta postura casi le costó la cárcel (108), después de lo cual presentó su renuncia, pero esta fue rechazada y continuó trabajando en el Gabinete hasta que problemas de salud le obligan a retirarse en 1977. El segundo indicio de la decencia moral de Tun es un recuerdo doméstico de su hijo unido a una especulación: “Imagínese las cosas que habrá visto en su trabajo y que tendría que callar –sigue diciendo–. A veces, en casa, ya anciano, lloraba en silencio” (157). Para Nanci Buiza,

the stories of Tun’s humanity and professional integrity free Rodrigo from the mental captivity of moral abstractions and easy simplifications. These stories shake up Rodrigo’s moralistic platitudes and leftist villainology, and reveal that in a labyrinth of mediation and contradictions, where one’s certitudes always involve contradictory and bitter implications, the only possible means of escape is through liberation from the illusion that one’s scheme of values is righteous and blameless. (71)

El mismo Rodrigo se reconcilia con la ambigüedad y la imposibilidad de delimitar de forma exacta a los “buenos” y los “malos”, empezando por sí mismo: “pienso en mis debilidades. Un remordimiento ligero, y como resultado, la reflexión de que tal vez hay que ser un poco inmoral para ser una persona moral al menos en ciertos aspectos, para comprender ‘el mecanismo’ de la moral” (176). Misha Kokotovic (“Trapped in the Labyrinth”) ha señalado la manera en que la novela escapa a binarismos ideológicos y cuestiona de forma profunda la responsabilidad en el conflicto por parte de diferentes actores sociales. La novela pone énfasis en los peligros de simplificar la historia guatemalteca en una lucha entre “buenos” y “malos” al señalar el lado más siniestro de los movimientos guerrilleros, como las ejecuciones sumarias entre sus filas, a menudo injustificadas. Así, Javier Mejía, un conocido, le comenta a Rodrigo acerca de Roberto Lemus, exguerrillero y jefe del Proyecto, que cometió crímenes de guerra en el pasado, que “a ver cuántas muertes feas debe” (159). Más adelante Rodrigo confronta a Lemus sobre este asunto y el exguerrillero reconoce estas acusaciones y agrega

que “no es ningún secreto” (171) y que declaró ante la CEH (171). Lemus se sincera y reconoce que esas ejecuciones fueron un error (171-173):

Al hablar, todo parece un poco ligero, pero esto es algo muy serio. Es tal vez lo que más me preocupa a estas alturas de la vida. Algo que, no en un sentido figurado sino literal, es un asunto de vida o muerte para mí, que libraba entonces una lucha a muerte. Creo que soy el único pendejo que piensa todavía en todo esto. (172)

Repensar la guerra es también repensar y cuestionar el papel de las guerrillas en la violencia y señalar sus crímenes y errores. Esta es, tal como reconoce Rodrigo, una tarea ingrata para aquellos que han simpatizado con los movimientos guerrilleros, como él mismo, a quien

la posibilidad de que los secuestradores de mi madre fueran guerrilleros y no policías no dejó de desagradarme, pues, aunque nunca tuve vínculos directos con ninguna de las organizaciones revolucionarias, mis simpatías estaban con ellas y no con el Gobierno, y este hecho hacía inevitable reconocer que, ideología aparte, entre las filas insurgentes teníamos ‘enemigos naturales’. (91-92)

Con esta confesión Rodrigo retrata un escenario bélico e ideológico mucho más complejo del que generalmente se representa, reducido a guerrillas contra militares, sino que señala a las complejas relaciones de alianza, simpatía, resentimiento y hostilidades que tuvieron lugar, configuradas de formas diferentes. Así, aunque Rodrigo simpatizara ideológicamente con la guerrilla, también pertenece a la alta burguesía guatemalteca, que, por un lado, generalmente solía apoyar al ejército y tendía a ignorar las tareas de contrainsurgencia, mientras que por el otro constituían frecuentemente, debido a su posición económica, las víctimas de los secuestros con que la guerrilla se financiaba parcialmente: eran enemigos naturales, por más que le pese a Rodrigo. El autor sugiere aquí que muchos guatemaltecos quizás necesitan hacer una reconsideración de este tipo y desmitificar sus afectos bélicos.

Bajo el control de exguerrilleros, el Archivo se convierte en un espacio altamente cargado en términos ideológicos. Rey Rosa problematiza los procesos de memoria histórica y memoria colectiva, destacando que no hay agentes neutros o desinteresados en el campo de las batallas de la memoria, y que distintos agentes sociales pugnan por el control de las narrativas oficiales sobre el pasado: “nadie está ahí (salvo tal vez la gente de la limpieza y los contadores) de modo completamente desinteresado o inocente. Todos, en cierta manera, archivan y registran documentos *por o contra* su interés. Con anticipación, y quizás a veces con temor también. Nadie sabe, como dicen, para quién trabaja —ni menos aún para quién trabajó” (86, énfasis en el original). En el Archivo, los exguerrilleros “assume the dictatorial stance by supressing inconvenient truths so that they may construct historical memory to suit their interests” (Buiza 64). Para ellos, igual que para el doctor Novales, “any critique of the archive project becomes an affront to moral and political righteousness” (Buiza 64). Tal como dice Mónica Albizúrez, la novela pone de manifiesto que “ningún archivo es neutro [...] el archivo es la intersección conflictiva de múltiples intereses” (22). En última instancia, “el interés en silenciar ciertos aspectos del pasado también emparenta a los archivistas con las fuerzas que se declaran abiertamente a favor del ocultamiento” (Guerrero 214). En este panorama, el autor viene a sugerir que es difícil confiar plenamente en ninguna de las versiones de la historia que se nos presentan y, en última instancia, quizás la única memoria completamente fiable es nuestra propia memoria privada e individual. En una Guatemala de individualismo creciente donde la tendencia general es a privatizar los bienes y servicios públicos, la memoria también debe ser privatizada: cada cual debe lidiar con la suya, pues no es una tarea de la que pueda encargarse el Estado de manera cabal.

Tun fue policía, pero es solo uno más de los muchos detectives que pueblan esta novela: además del detective Tun está la Policía Nacional guatemalteca, que estuvo a cargo de las tareas de contrainsurgencia de la guerra civil y fue responsable de numerosos crímenes de

lesa humanidad como detención ilegal, secuestro, tortura y ejecución extrajudicial. La Policía Nacional como personaje colectivo es el autor del laberinto documental que atrapa al protagonista, a Rodrigo: el Archivo, el gran legado histórico de la policía guatemalteca. Los resultados de la vigilancia y el control social de la policía sobre la población civil se materializan en el Archivo, a través del cual los archivistas, la mayoría de ellos pertenecientes a la izquierda ladina guatemalteca y vinculados con las antiguas guerrillas, vigilan a su vez a la policía. Sin embargo, ¿quién vigila a los que vigilan a la policía? Javier Mejía, el conocido de Rodrigo, afirma que “Es muy irónico [...] que sea él [Lemus] quien está husmeando en los Archivos de sus enemigos, ¿no? Es también un asesino” (159). Rey Rosa plantea que quizás sea esta la tarea del intelectual como figura pública, pues es un “diletante” que opera desde una posición “marginal” (169). El protagonista mantiene un revelador diálogo con su hija de cinco años sobre su trabajo en el Archivo. La niña le pregunta si trabaja en La Isla, a lo que él contesta que “a veces” (117), de modo que ella le pregunta si es policía: “-No./ -¿Y entonces?/ -Los investigo a ellos [...] Quiero estar seguro de que se están portando bien” (117). A la luz de las reflexiones paralelas que la novela desarrolla sobre el papel de los intelectuales guatemaltecos en la historia de opresión racial en el país y que ya hemos revisado, el autor parece sugerir aquí que el rol de los intelectuales ladinos en la Guatemala de posguerra pasa necesariamente por adoptar una postura crítica con respecto a las prácticas de exclusión social y señalarlas: como escritor de prestigio internacional, Rodrigo no va a colaborar con el Estado y el aparato de represión, sino que va a contribuir a vigilarlo.

El segundo misterio de la trama recae en la identidad de los secuestradores de la madre del narrador. La mujer fue secuestrada en junio de 1981, durante un verano en que el conflicto bélico alcanzó altísimas cotas de violencia no solo en el altiplano sino también en la capital, y permaneció privada de libertad hasta diciembre de ese mismo año, cuando su familia pagó el rescate. El narrador y su familia nunca averiguaron quiénes fueron los autores del secuestro y

“nadie de la familia quiso llevar a cabo ningún tipo de investigación” (90), decisión que es comprensible en el contexto del conflicto armado y teniendo en cuenta la frecuencia de los secuestros entre personas de clase acomodada, la impunidad reinante y la posibilidad de que, en última instancia, los perpetradores fueran miembros de las fuerzas de seguridad del Estado. La madre, unos días después de ser liberada, “mandó decir una misa de acción de gracias, durante la cual hizo público el deseo de que sus captores fueran perdonados por los poderes de este mundo ‘y los del otro’, y en el círculo familiar el aspecto criminal del caso se dio por olvidado” (91). Para Nanci Buiza, esta instancia “suggests that mercy can indeed be a viable path toward healing, even when it is shown to one’s victimizers” (66). En última instancia, según esta investigadora, la novela sostiene que “it is through the experience of empathy, however inchoate it may be, that Rodrigo’s penchant for facile abstractions opens up to a more humble conception of justice that is sensitive to the complexity of human experience” (75).

Años más tarde, sin embargo, Rodrigo se entera de que quizás los secuestradores pertenecieran a alguna célula de la guerrilla urbana, y una de las empleadas de La Isla le revela que corre “el rumor, entre algunos archivistas, de que yo estaba allí en busca de la identidad de los secuestradores de mi madre, que podían estar empleados en el Proyecto de Recuperación del Archivo” (92). Rodrigo empieza a sospechar que Lemus fuera uno de los secuestradores, de modo que le pide a Tun hijo que haga un análisis de voz comparando una grabación actual de la voz de Lemus con la de una cinta casete que contiene la grabación de una conversación telefónica entre la familia y uno de los secuestradores (170). El análisis de Tun es contundente: se trata de la misma voz, y el margen de error es mínimo (177). Rodrigo reflexiona sobre el descubrimiento: “Pienso en Lemus: patético, sombrío. Este era entonces el Minotauro que me esperaba en el fondo del laberinto del Archivo. De tal laberinto, tal Minotauro. Probablemente me tiene tanto miedo como yo a él” (177). Buiza ha identificado

certeramente a este Minotauro, “pitiful and pathetic” (74), con el minotauro borgeano de “La casa de Asterión” (74-75), aquel que, tal como Teseo le cuenta a Ariadna al final del cuento, sorprendido, “apenas se defendió” (81)¹⁰².

El tercer misterio de la trama es la verdadera razón de la suspensión al narrador del permiso para visitar el Archivo. Poco tiempo después de convertirse en un asiduo visitante, el jefe le deja saber que debe interrumpir temporalmente las visitas, pero que pronto podrá regresar sin problemas (61). A lo largo del resto de la novela, el narrador trata infructuosamente de recuperar el permiso. El jefe tiende a hacer citas con él y cancelarlas a última hora o no presentarse, y cuando por fin consigue contactarlo le dice que le devolverá la llamada pronto, y procede a no hacerlo, o solo aduce vagamente que dentro de poco tiempo se resolverá el asunto. La dilación por parte de Lemus de una explicación satisfactoria, el deseo de Rodrigo de recuperar el ansiado permiso y las constantes elusivas a que Lemus somete al narrador (71, 76, 103-104, 113) es otro de los leitmotifs que aportan cohesión a la inconexa trama. El narrador elucubra acerca de dos posibles razones para su suspensión, ambas plausibles: puede ser que otras personas se hayan quejado de que Rodrigo haya recibido este privilegio que se le niega a todo el mundo, lo cual es injusto y fuente de conflictos. Corren también rumores, como ya hemos visto, de que Rodrigo se ha introducido en el microcosmos del Archivo con el secreto objetivo de dar finalmente con los secuestradores de su madre y la preocupación por parte del o los perpetradores ha provocado su suspensión para evitar consecuencias legales (92, 123). La suspensión de sus visitas devuelve al narrador el interés en torno a la posibilidad de novelar el Archivo: “mi interés en el Archivo como objeto novelable, que comenzaba a declinar, despertó nuevamente” (61). Para cuando termina la novela Rodrigo no solo no ha sido capaz de regresar al Archivo, sino que tampoco sabemos la

¹⁰² José Carlos Guerrero también lee la novela de Rey Rosa en relación a “La casa de Asterión” (215-218), aunque identifica la figura del Minotauro no en Lemus, sino en Tun (215).

razón por la que ha sido expulsado de este, ni si sus puertas volverán a abrirse. Esta intriga se suma a la red de misterios que la trama va tejiendo.

El cuarto misterio que se construye en la trama tiene que ver con las llamadas anónimas que empieza a recibir Rodrigo poco después de comenzar a trabajar en el Archivo. La paranoia inunda el texto y se hace imposible para el lector discernir si el clima de amenaza que siente Rodrigo es real o una construcción neurótica. El protagonista empieza a sospechar que sus llamadas estén pinchadas: “Después de unos meses de trabajar en el Archivo, cada vez que hablo por teléfono (sobre todo por celular) pienso que puedo ser escuchado” (68). Recibe varias llamadas anónimas y silenciosas que le infunden miedo a estar siendo amenazado (73, 177). Otro día, escucha en su contestador el mensaje de una empresa funeraria ofreciendo sus servicios (135) y, cuando devuelve la llamada, no recibe respuesta. Luego, sin embargo, lo llaman de un número no identificado y solo escucha una risa “maligna” (137). La impresión es tal que se enferma y pasa un día con fiebre y vómitos (137). Una noche después de haber fumado un cigarro de marihuana recibe una llamada anónima. Al otro lado de la línea alguien le advierte: “No vayás a alborotar el hormiguero’, dice alguien. Luego el *click*, la línea muerta” (148, énfasis en el original). Es imposible discriminar completamente si estas acciones constituyen amenazas reales o no. Los códigos del policial se presentan de forma paródica en alguna ocasión, como cuando recibe una llamada anónima silenciosa la noche del cumpleaños de su hija, que está con él. Aterrorizado frente a la perspectiva de que pudieran no hacerle algo a él, sino a su hija, decide prepararse para un eventual ataque en su casa, y va a una ferretería a comprar cuerda y arneses para escapar, si fuera necesario, por la ventana con la niña. Sin embargo, “Al final la idea me pareció ridícula y en lugar de eso compré cables y terminales para grabar conversaciones telefónicas” (163). El padre de Rodrigo asume que su trabajo en el Archivo puede acarrear consecuencias peligrosas, y le advierte: “Estás tocando pólvora” (112).

Rodrigo, sin embargo, no es el único personaje que tiene miedo y se siente en peligro. La maestra de su hijita le cuenta un día que sospecha que está siendo vigilada (135-136). Finalmente, resulta que vigilaban a otra persona, que es asesinada delante de la maestra (165). Su amigo y también escritor Homero Jaramillo, se ve obligado a solicitar asilo en Canadá debido a las amenazas de muerte recibidas a raíz del contenido de su último libro (74-75)¹⁰³. Por último, su amigo JL no quiere comentar ciertos temas de historia política por teléfono por miedo a estar siendo escuchados (111). La paranoia y el miedo, finalmente, invaden el día a día de forma omnipresente. Un día Rodrigo sale del despacho de Tun hijo y encuentra una furgoneta de la policía en la calle, y enseguida siente que tiene algo que ver con él, aunque finalmente no es así: “Tengo un mal presentimiento al ver a dos agentes bajar del pick-up. Me miran fijamente cuando se me acerca, pero no me detienen” (110). Mediante todas estas instancias la novela apunta a las formas en que las dinámicas de vigilancia habituales durante la guerra se perpetúan y han terminado por crear un asfixiante ambiente en el que todo el mundo teme ser vigilado o ser el objetivo de algún acto de violencia, política o criminal. El terror marca la experiencia del día en una Guatemala que se transforma en el inequívoco escenario de un thriller en que todos son sospechosos y todos sospechan.

Además de las dinámicas de vigilancia, la novela señala, como es habitual en la narrativa del autor, que la violencia en Guatemala no concluyó con el fin de la guerra, sino que continúa teniendo lugar a través de canales no ya ideológicos o políticos sino estrictamente criminales. Rodrigo apunta en sus cuadernos de forma periódica notas sobre actos de violencia acontecidos en el presente de la novela en Guatemala. El alto nivel de violencia hace que esta se integre de forma natural en la vida cotidiana de las personas. Así, Rodrigo anota como un evento más de su día a día que su empleada doméstica no puede ir a limpiar el apartamento en cierta ocasión: “Lunes. / Clara no pudo venir a limpiar el

¹⁰³ Este personaje es a todas luces una ficcionalización de Horacio Castellanos Moya, quien tuvo que abandonar El Salvador después de las amenazas que recibió a raíz de su novela paródica *El asco* (1997).

apartamento. Me llamó por teléfono para explicar que ayer mataron a otro chófer de la línea de autobuses Boca del Monte, donde ella vive, y hoy los colegas conductores están en huelga” (170). El uso del adjetivo *otro* indica la regularidad con que esto ocurre: lo inusual en realidad no es que hayan asesinado a un conductor de autobús en un barrio de clase trabajadora, sino la movilización de los compañeros y su protesta, que paraliza al personal doméstico y de servicios que cada día debe hacer el largo trayecto desde las zonas marginales de Ciudad de Guatemala a las áreas más acomodadas. La cita revela, entonces, no solo lo integrada que está la violencia en el día a día guatemalteco, sino también cómo esta violencia está últimamente marcada por un sesgo de clase, y afecta más a los menos privilegiados. La nota funciona además como uno de los muchos señalamientos en el texto acerca de la posicionalidad de Rodrigo con respecto a la violencia, tanto pasada como presente, y que él ha experimentado y experimenta de forma tangencial e indirecta. La novela señala que la clase pudiente guatemalteca no es inmune a la violencia endémica que asola al país, pero tiene más medios para protegerse y vivir esa violencia como un fenómeno ajeno: una vez más, Rodrigo contempla las tormentas desde el puerto. Así, cuando recoge a su hija de su sesión de catequesis nota que “[e]n el estacionamiento hay una docena de guardaespaldas, que acompañan a cuatro o cinco ‘madres angustiadas’” (96). Pese al clima de amenaza que lo rodea constantemente, los actos de violencia en el presente de la novela siempre les suceden a otras personas y llegan a él a través de terceros, como la maestra o su empleada doméstica. Estos señalamientos refuerzan el cuestionamiento que la novela hace sobre el papel del escritor frente a la historia de violencia de Guatemala y las posibilidades de representación de la misma.

La violencia criminal del presente sirve también, como otros temas recurrentes en la novela, para dar cohesión a la trama mediante las anotaciones referentes a un caso de asesinatos que Rodrigo sigue con interés en la prensa nacional. Una banda criminal de

policías asesina a varios diputados salvadoreños que visitaban el país por trabajo (70-71)¹⁰⁴. Algunos de los responsables son aprehendidos y ejecutados sumariamente de forma misteriosa estando en prisión, mientras que un alto jefe de la policía sale del país con su familia eludiendo la justicia (77). Otro agente es ejecutado extraoficialmente más adelante (98) y Rodrigo va anotando referencias al caso en su cuaderno periódicamente (101, 103, 111), así como de otros casos de la nota roja que llaman su atención, como una masacre a modo de limpieza social en el lago Atitlán (93), o una estadística ofrecida por un artículo de *elPeriódico* que “indica que en el año 2006 se registraron cinco mil quinientas muertes violentas en territorio guatemalteco, de las cuales sólo un cinco por ciento aproximadamente fueron investigadas por las autoridades” (103). En el marco de un texto sobre el AHNP, la cita apunta claramente a la perpetuación no ya de la violencia de la posguerra sino a las políticas que continúan permitiendo la impunidad. La novela critica los paralelismos entre la Guatemala en guerra y la Guatemala en tiempos de paz: en ambas instancias el país está asolado por la violencia y esta no acarrea consecuencias legales casi en ningún caso. Lo único que parece haber cambiado son los canales de esta violencia, que ya no está motivada por divisiones ideológicas.

El último caso policial o de misterio de la trama es el más evidente y el detonante mismo de la acción: los tantos crímenes de lesa humanidad contenidos en el Archivo y de los que, como las muertes violentas del año anterior a la acción de la novela, solo un porcentaje mínimo es debidamente investigado, mientras que los responsables de la mayor parte quedan impunes. Narrar las historias de estos crímenes queda, como ya hemos visto, finalmente fuera

¹⁰⁴ Se trata de una ficcionalización del llamado Caso PARLACEN: en 2007, durante el gobierno del presidente guatemalteco Óscar Berger, tres diputados del partido salvadoreño de derechas ARENA y su chofer fueron asesinados en Guatemala durante una visita por trabajo. Los principales sospechosos fueron cuatro policías que fueron a su vez asesinados estando en prisión probablemente, como se ha especulado, para evitar que su testimonio inculpara a muchos más implicados, incluyendo altos cargos del gobierno. La investigación posterior descubrió una compleja trama de crimen organizado y tráfico de drogas que ocasionó toda una purga en diversas oficinas del gobierno del momento. El embajador de Estados Unidos en Guatemala en el momento, James M. Derham, envió un informe a Washington en el que destacaba el poco progreso y la falta de profesionalidad de la investigación del gobierno (*La Prensa Gráfica*).

del alcance de Rodrigo, que fracasa en su intento de novelar el Archivo. En lugar, pues, de una novela sobre el Archivo y los crímenes que contiene, nos encontramos una novela sobre la imposibilidad última de narrar el Archivo y sobre la abrumadora y confusa nube de crímenes y violencia en que el país está actualmente inmerso, lo cual impide llevar a cabo un ejercicio cabal y sanador de memoria que permita al país salir adelante y dejar atrás la guerra porque, precisamente, la guerra sigue teniendo lugar cada día en Guatemala. Puesto en palabras de Giorgio Agamben, “[n]o se puede querer que Auschwitz retorne eternamente porque, en verdad, nunca ha dejado de suceder, se está repitiendo siempre” (105). ¿Cómo hacer memoria de la violencia, si la violencia está presente y lo continúa invadiendo todo?

La cuestión de la memoria lleva décadas enfrentando a diferentes grupos sociales. La arena pública de la memoria en Guatemala se encuentra a grandes rasgos dividida entre dos visiones diametralmente opuestas, cada una representada por un grupo de agentes sociales a los que Rachel Hatcher ha denominado conservadores y comunidad de derechos humanos. Los primeros insisten en la necesidad de la reconciliación, el perdón (materializado a través de la impunidad jurídica) y, en última instancia, el olvido de los crímenes pasados como único modo de construir una paz sólida y duradera, mientras que la comunidad de derechos humanos insiste en la rememoración del pasado como herramienta indispensable para evitar la repetición de este (Hatcher), una posición que ilustra muy bien el título del informe de la verdad elaborado por la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, *Guatemala nunca más*¹⁰⁵.

La novela contrapone diversos modos de comprender la memoria de la violencia pasada según la entienden diferentes actores y grupos sociales. Así, en una cena con su hermana y amigos de esta, un empresario se pregunta: “¿pero para qué escarbar en el pasado? Es mejor dejar que los muertos descansen, ¿no?” (83). El personaje encarna la visión

¹⁰⁵ El título del informe se hace eco del universalmente célebre lema de la memoria del Holocausto, *never again*, y constituye así un ejemplo de lo que Michael Rothberg ha denominado “memoria multidireccional”.

conservadora de que la mejor manera de actuar con respecto a la memoria es precisamente no actuar de manera alguna. En este caso, tal como Hatcher ha señalado, la batalla de la memoria no enfrenta versiones opuestas del pasado, sino más bien memoria frente a un silencio activo (100).

Cuando la prensa publica la noticia de que el gobierno destinará una importante cantidad de fondos para el trabajo del Archivo, hay posiciones encontradas:

M. de Klein, integrante de la organización Madres Angustiadas, consideró que la inversión que ha de hacerse para catalogar los aproximadamente ochenta millones de folios que contiene debería hacerse en educación y salud, ‘porque el presente es más importante que seguir arando sobre el pasado’. Por otra parte, la señora Verónica Godoy, integrante de la Instancia de Apoyo a la Seguridad Pública, dice que es ‘vital recobrar la memoria’. (97)

La novela pone así de manifiesto cómo diferentes actores contienden por imponer una narrativa única y hegemónica del pasado en las batallas de la memoria. El Archivo es, una vez más, territorio de disputa ideológica.

Priscilla Hayner afirma que a menudo la función de las comisiones de la verdad no es tanto sacar a la luz una verdad oculta sino legitimar y respaldar una verdad que ya es por todos conocida pero negada por ciertos actores sociales (25). Una función similar puede aplicarse al Archivo: no es necesario para muchos guatemaltecos ahondar en las toneladas de documentación que contiene, porque, incluso sin esa evidencia, ellos ya saben qué pasó. Así lo expresa el mismo Rodrigo: “creo que ahí no hay nada que no sepamos ya. Un montón de detalles, nada más” (167). La evidencia que aporta el Archivo a la historiografía guatemalteca es una capa textual más que se superpone a otras muchas de memoria colectiva, historias orales y testimonios. Así lo entiende Rodrigo cuando reflexiona sobre el tema, relacionándolo con ideas borgianas: “En cierta manera, repasar la historia es ocuparse de los // muertos. La

historia no la leemos, la releemos siempre –como a los clásicos según Borges: antes de leerla, tenemos una idea general de lo que va a decirnos” (83-84).

Ninguno de los misterios de la trama es resuelto de forma satisfactoria en términos de género narrativo, un recurso a través del cual la novela “brings our comfortable conceptions of truth and justice into the fray of human experience and leaves them in a state of unresolved tension” (Buiza 76). El misterio del secuestro de la madre parece resolverse, en principio: el lector sabe por fin quién es el culpable. Lo que sigue, según las normas del género, incluyendo el neopolicial más canónico al estilo de Padura, Taibo II, Díaz Eterovic y, en el caso de Centroamérica, Quirós, es el enjuiciamiento del criminal por vías legales institucionales (así sucede en la Tetralogía de las Estaciones de Padura) o, si esto, debido a las circunstancias sociopolíticas, no fuera posible, a la aplicación del castigo por parte del detective (como hace don Chepe en la saga de Guanacaste de Daniel Quirós, por ejemplo). En *El material humano*, sin embargo, nada de esto sucede. La contradicción acerca de Tun, quien, por un lado, contribuyó notablemente al desarrollo y modernización del país y mantuvo según las averiguaciones de Rodrigo una ética profesional intachable, y por otro fue el principal diseñador de la maquinaria que emplearía el Estado en la lucha contrainsurgente que se cobró miles de vidas civiles, nunca se resuelve y el lector debe rendirse a la incomodidad dialéctica de que quizás los dos aspectos de Tun sean igualmente auténticos, de modo que el personaje “remains a morally ambiguous figure” (Kokotovic, “Trapped in the Labyrinth” 91). La novela invita al lector de esta forma a rechazar lecturas fáciles o simplistas de la violencia pasada y a asumir que la historia nacional es mucho más ambigua y contiene más claroscuros de los que los discursos oficiales y partidarios admiten. La ambigüedad que defiende la novela también la sitúa en contraposición a la narrativa testimonial del pasado en que los conflictos ideológicos eran representados de forma maniquea y binaria, como ha señalado Misha Kokotovic (“Trapped in the Labyrinth” 82).

Del mismo modo que el enigma sobre Tun nunca es resuelto satisfactoriamente, la resolución de la trama del secuestro queda truncada con la decisión final de la familia de no tomar acción alguna al respecto: “Les pregunto qué piensan que deberíamos hacer ahora si nos enteráramos de quiénes secuestraron a mi madre. Mi padre dice que haría lo mismo que hemos hecho hasta ahora: nada” (161). Rodrigo insiste: “Usted sabe –le digo–, el secuestro es un crimen imprescriptible, no importa que hayan pasado ya más de veinte años, todavía podría haber castigo. / No cambia de opinión” (161)¹⁰⁶. La falta de acción por parte de la familia puede entenderse como una propuesta por una Guatemala futura en paz donde no siga una cultura del revanchismo. En este mismo sentido podríamos leer el motivo recurrente de los llamados bloques Barceló y la ambigua escena final de la novela. Durante un viaje a Europa, su amigo Miquel Barceló, artista plástico, le enseña a Rodrigo a hacer unos fuertes bloques en forma de ladrillo hechos a base de papel de periódico usado y cola. La idea entusiasma al escritor, que enseguida piensa en construir algo siguiendo esta técnica con su hija cuando regrese a Guatemala, quizás “un refugio-laberinto que también podría servir de alegoría” (138). Para Misha Kokotovic, estos bloques materializan cierto optimismo con respecto al futuro de Guatemala, junto con el amor y compromiso paternal del protagonista hacia su hijita (“Trapped in the Labyrinth” 93). La construcción de algo nuevo y hermoso con bloques hechos a partir de hojas de diarios repletas de noticias sobre violencia implica para Kokotovic “that it might be possible after all to create something different out of the grim

¹⁰⁶ El final anticlimático marcado por la no confrontación no es inusual en la narrativa de corte criminal de Rey Rosa. En *El cojo bueno* (1996), el protagonista y narrador es secuestrado cuando es un joven aspirante a escritor de una familia acomodada. Los secuestradores le amputan un pie para enviárselo a la familia, que paga el rescate después de esto y el joven es liberado. Muchos años más tarde, el tipo es ya un escritor de mediana edad que vive en Tánger y un día de casualidad reconoce a uno de sus secuestradores, que ahora regenta un restaurante local. La tensión aumenta en las últimas páginas dirigiendo al lector hacia un final anticlimático en el que el protagonista, como la familia de *El material humano*, decide no hacer nada al respecto, lo cual ha sido leído acertadamente por Alejandra Ortiz Wallner y Werner Mackenbach como “un mensaje reconocible que aboga por una futura reconciliación en una Guatemala donde apenas se dan los pasos hacia la firma de los Acuerdos de Paz” (89), una lectura que comparte también Uriel Quesada (176). Acerca de este final, el propio autor ha afirmado que “la no-venganza era el único acto de libertad que podía tener este personaje [...] el personaje logra liberarse de toda esta espiral de violencia y no se arruina la vida matando a otro tipo” (Rodríguez Freire 1080-1081).

reality of the present, to find a way out of Guatemala's postwar predicament, with the help of imagination (the idea of the blocks comes from an artist) and the younger generation" ("Trapped in the Labyrinth" 94).

En la última escena de la novela, Rodrigo trabaja en su casa de la costa en las notas de su texto mientras su hija juega cerca de él. Ella le pregunta que qué hace y él le contesta "que estaba tratando de armar un cuento" (179). Ella entonces le pregunta que si sabe cómo va a terminar la historia. Él niega, y ella replica: "Conmigo llorando porque no encuentro a mi papá" (179). La novela se cierra con una frase final en que el mismo protagonista es incapaz de interpretar la afirmación de la niña, reforzando de este modo la ambigüedad que articula todo el texto: "¿De dónde sacó eso?, me pregunto. Me quedo un rato escuchando el retumbar interminable de las grandes olas del mar" (179). Teresa Fallas Arias ha visto un paralelismo entre la dificultad de Rodrigo para dar con un final para su historia con la dificultad de "desenmarañar la trama siniestra" que rodea a la sociedad guatemalteca del siglo XXI (77), y Nanci Buiza ha interpretado que "Rodrigo is lost. He becomes captive in the labyrinth he has been chronicling" (70). Sin embargo, otros investigadores han visto un atisbo de optimismo y esperanza con respecto al posible futuro de Guatemala en este final. Para Misha Kokotovic, la escena puede ser leída de forma ambivalente, lo cual sigue la lógica de toda la novela, caracterizada por esta ambivalencia. Este investigador afirma que, por un lado, el final puede entenderse "as a daughter's reminder to her dad that there are more important things than his writing, that she misses his attention and may cry because he has become so absorbed in it" ("Trapped in the Labyrinth" 94). Sin embargo, la alusión de la niña a su papá desaparecido también podría estar aludiendo "to the danger of writing about human rights in Guatemala, of making public institutional and individual responsibility for the abuses committed in the past as well as continuing violence and corruption in the present" (Kokotovic, "Trapped in the Labyrinth" 94). En última instancia,

the narrator is confronted with a choice between the future -his daughter- and a necessary reckoning with the past through his writing. It is an impossible choice for without such a reckoning, there is no possibility of a future, at least not a more just future than Guatemala's past and present. (Kokotovic, "Trapped in the Labyrinth" 94)

En *El material humano*, Rodrigo se enfrenta como hemos visto en estas páginas a una complicada red de misterios que son finalmente imposibles de resolver: la hipotética "decencia" profesional y personal de Benedicto Tun, la identidad de los secuestradores de su madre, la razón de la suspensión de sus visitas al Archivo, las llamadas anónimas, el caso de los diputados salvadoreños asesinados y, por supuesto, los crímenes mismos contenidos en el propio Archivo. Cada una de estas tramas se despliega en subtramas, episodios y detalles que apuntan a una abrumadora infinitud de intrigas que ni el más perspicaz de los detectives sería capaz de resolver, y es que "se vuelve imposible desenmarañar la trama siniestra" de "las tragedias padecidas por la sociedad guatemalteca durante el siglo XX" (Fallas Arias 77).

Adriana Sara Jastrzębska ha relacionado el laberinto de violencia de la novela con otro cuento de Borges: "La estructuración de los enigmas hace pensar en el jardín borgeano de los senderos que se bifurcan" ("Capacidad criminal, capacidad ficcional" 27). Por su parte, Jorge Carlos Guerrero ha notado que "el laberinto del Archivo contiene infinitas galerías, cada una con su crimen correspondiente, y sería imposible recorrerlas todas" (218) y que, en última instancia, "[n]o se puede eliminar al Minotauro porque es, en todo caso, una figura de múltiples rostros" (216). Esto es, el laberinto de la violencia guatemalteca es uno que no tiene salida y "Rey Rosa muestra no tan sólo la impotencia de un escritor ante la materia, sino también la imposibilidad total de aclarar enigmas del pasado, resolver conflictos antiguos, restablecer un orden y abrir una nueva etapa en la historia de Guatemala" (Jastrzębska, "Capacidad criminal, capacidad ficcional" 28). El contexto de amenaza y terror constantes, la experiencia del crimen como un fenómeno social indeseable pero cotidiano, la impunidad

rampante y las batallas ideológicas por el control de las narrativas sobre el pasado impiden la construcción de una historia común. La única memoria que uno puede aspirar a construir en la Guatemala del siglo XXI es, parece sugerir la novela, la memoria propia, una memoria individual e íntima. En una Centroamérica en que los servicios públicos se han venido privatizando crecientemente en las últimas décadas, es coherente que la memoria histórica sea sustituida por la memoria privada que nos presenta Rodrigo en su diario. El protagonista trata de escribir una novela policial para narrar la historia guatemalteca reciente, pero los estilemas del género van a fracasar frente a la tarea de representar este laberinto desentrañable, de modo que “desiste poco a poco de escribir una verdadera novela, al comprobar la imposibilidad de dar coherencia y articular en una trama tal abundancia de datos heterogéneos” (Ilian 208). De ahí que el texto vire finalmente del código policial al de la autoficción, tal como ha señalado Guerrero (209). También Hernández Palacios ha notado que la novela “inicia como proyecto social y termina como proyecto individual” (191).

2.3. Conclusiones

El material humano es una novela a caballo entre la autoficción y el policial en la que el protagonista, Rodrigo, se adentra en el laberinto simbólico de la memoria y la violencia guatemaltecas a través del Archivo Histórico de la Policía Nacional. En este laberinto, Rodrigo ocupa, como escritor en busca de una historia, el papel del poeta/Ovidio y, como protagonista de la trama de misterios, el de Teseo en busca del Minotauro.

Al principio de la novela, Rodrigo se plantea el reto de novelar el Archivo, pero choca con una serie de dificultades de todo tipo que terminarán por impedirselo. La novela cuestiona las posibilidades éticas de narrar el horror de forma literaria y se contrapone a la tradición testimonial centroamericana del pasado en que el intelectual letrado tomaba la palabra para hablar en nombre del sujeto subalterno a la vez que se expresaba una agenda política claramente definida en términos ideológicos. En una tradición literaria que ha sido fundada

sobre el racismo y la eugenesia, ¿es lícito para un escritor ladino de clase privilegiada contar las historias de la guerra civil y el genocidio maya?

La trama nos presenta una compleja red de misterios que se entrecruzan y multiplican, sugiriendo que la violencia en Guatemala es, en última instancia, omnipresente y no es algo relegado al pasado, sino que sigue jugando un papel fundamental en las vidas diarias de las y los guatemaltecos. Así, Rodrigo se enfrenta a la misteriosa figura de Benedicto Tun, hilo conductor de su estancia en el laberinto. A través de esta figura, el autor sugiere que una visión del pasado nacional debe huir de comprensiones binarias y restringidas de este, dando espacio a contradicciones y ambigüedades que pueblan la novela: es posible ser una persona “decente” y, sin embargo, contribuir a la represión. En la misma línea, la novela destaca otras ambigüedades que complican el entendimiento del conflicto armado interno en términos simplistas, como los crímenes de la guerrilla. Por su parte, el misterio acerca del secuestro de la madre lleva a Rodrigo a una resolución anticlimática basada en la inacción, que apunta a la necesidad de buscar resoluciones a las heridas del pasado por medio de la empatía y el perdón sin por ello abogar necesariamente por políticas de olvido, una idea que viene sugerida también por los planes de Rodrigo con los bloques Barceló y la escena que cierra la novela. El caso de las llamadas anónimas, así como el de los diputados salvadoreños asesinados, critican los niveles de violencia con que la ciudadanía convive a diario en Guatemala.

La novela señala que no hay agentes de memoria desinteresados ni neutrales, y que las batallas de la memoria en el terreno guatemalteco están complicadas por el contexto presente de violencia, por lo que resulta imposible, tal como indica la resolución fallida de todos los misterios de la trama, tratar de desenredar los nudos de la memoria colectiva guatemalteca. Rodrigo fracasa, finalmente, en su empeño de novelar el Archivo y, habida cuenta de que es incapaz de narrar la experiencia de esa memoria colectiva, termina por relatar su propia

experiencia, personal e íntima. Quizás, sugiere el autor, esta sea la única forma ética de aproximarse a la violencia y la memoria de su país a través de la ficción.

3. El misterio de la memoria exiliada en *El sueño del retorno* de Horacio Castellanos

Moya

“La memoria juega con nosotros. Nos martiriza” (Huezo Mixco, *La casa de Moravia* 58).

El sueño del retorno (2013) es la undécima novela de Horacio Castellanos Moya, quien la publicó siendo ya un autor renombrado en el mundo literario hispanohablante, y forma parte de su serie de novelas conocida como “la saga de los Aragón”, compuesta por un total de siete obras que narran la historia de una familia salvadoreña a lo largo del siglo XX¹⁰⁷. La acción transcurre en unas pocas semanas del año 1991 en la Ciudad de México, donde el protagonista, el salvadoreño Erasmo Aragón¹⁰⁸, vive desde hace años exiliado a causa de la guerra civil de su país y trabaja como periodista. Erasmo convive con su compañera Eva, con la que tiene una hija, Evita. La novela está narrada en primera persona por Aragón, quien comparte diversos acontecimientos de su vida en las semanas previas a su regreso a San Salvador, ya que las negociaciones de paz avanzan favorablemente, para involucrarse en el proyecto de una nueva revista. Por problemas estomacales y después de que su antiguo facultativo, el doctor y homeópata Pico Molins, haya regresado a su Cataluña natal, empieza a visitar a un médico salvadoreño ya retirado, don Chente Alvarado, quien le practica homeopatía, acupuntura e hipnosis y trata sus trastornos gastrointestinales como síntomas de la ansiedad a que Erasmo vive sometido. El tratamiento se ve interrumpido por la

¹⁰⁷ Estas son *Donde no estén ustedes* (2003), *Desmoronamiento* (2006), *Tirana memoria* (2008), *La sirvienta y el luchador* (2011), *El sueño del retorno* (2013), *Moronga* (2018) y *El hombre amansado* (2022).

¹⁰⁸ Erasmo Aragón es a todas luces un álter ego de Castellanos Moya, que, como su personaje, también se exilió en 1981 para escapar de la violencia en El Salvador y pasó años trabajando en Ciudad de México como periodista hasta que regresó tras la firma de los Acuerdos de Paz para trabajar en una nueva revista política (Castellanos Moya, “La guerra”). Si Aragón es un tipo paranoico, Castellanos Moya también se ha autodefinido empleando el mismo término (Castellanos Moya, “La guerra”), y también ha acabado trabajando como profesor universitario en el Medio Oeste americano, igual que hace Aragón en la siguiente novela de la saga, *Moronga*, analizada en el siguiente apartado.

abrupta salida del país de don Chente, el cual, debido a la muerte de su madre doña Rosita, regresa temporalmente a El Salvador, y Erasmo se queda sin saber qué le ha revelado en sus sesiones de hipnosis, cuestión que comienza a obsesionarle. Así, pasan varias semanas en que Aragón finaliza su relación con Eva, sigue a un examante que esta ha tenido, entra en fuertes discusiones sobre política salvadoreña en una tertulia con varios paisanos y resuelve diversos pendientes antes de abordar el avión de regreso a San Salvador. Mientras tanto, revisa insistentemente su pasado, obcecado con la idea de averiguar qué hechos de su vida, desconocidos quizá hasta para sí mismo, le ha revelado a su médico.

En la novela, el misterio se configura como una suerte de enigma interior; y Aragón se convierte en una especie de detective de sí mismo que trata de descubrir qué detalle crucial de su pasado ha enterrado en su subconsciente, pues comienza a sospechar que ha cometido algún crimen terrible que no es capaz de recordar. En este contexto, el rescate de la memoria traumática reprimida se transforma en el método de detección más importante, pues es indagando en su propia historia personal que espera dar con la solución, que implicaría su sanación también, mientras que las pistas para el ejercicio de detección las conforman las distintas formas en que esta memoria traumática se manifiesta en el presente de forma patológica. En sus pesquisas, Aragón revisa numerosos recuerdos personales ligados a la violencia política que ha sufrido su país, evidenciando que el pasado traumático nos persigue y condiciona nuestras vidas incluso en la diáspora. En un momento dado, Aragón recuerda ciertos eventos de su pasado en San Salvador a principios de la década de los 80 y parece estar a punto de comprender cuál es ese crimen terrible que presiente haber cometido, pero el momento de epifanía reveladora es interrumpido y la memoria nunca llega a restaurarse, pues Aragón decide abandonar el trabajo de recordar y practicar el olvido evasivo (Ricoeur). Con su novela, Castellanos Moya está enfatizando la importancia que un proceso de memoria exhaustivo tiene para la transición exitosa a la paz. Sin embargo, el final de la novela sugiere

que, del mismo modo en que Aragón no llega a conocer su pasado ni su crimen, la sociedad salvadoreña tampoco lleva a cabo este necesario proceso de memoria y deja de tener un conocimiento cabal de todos los crímenes cometidos durante la guerra civil, de modo que en última instancia la paz, igual que los planes de futuro de Aragón en su retorno, no se realizará de manera completa.

3.1. La fantasía del retorno y la ilusión de un país en paz

Aragón guarda muchas esperanzas con respecto a su retorno del exilio. Una vez de vuelta en El Salvador, está decidido a abandonar sus malos hábitos y esforzarse por llevar una vida mejor. Así, se dedica con frecuencia

a fantasear con lo que haría al regresar a San Salvador, con la disciplina gimnástica a la que me sometería para reconstituir mi cuerpo tan maltrecho, con la posibilidad de dejar la bebida por un tiempo y dedicar todas mis energías al lanzamiento de esa nueva revista gracias a la cual no sería remoto que encontrara a la chica siempre deseada. (30)

Abundan las instancias en el texto en las que Erasmo afirma estar decidido a usar su regreso como algunas personas usan el inicio de un nuevo año: como la oportunidad de comenzar “una nueva vida” (126). El periodista sinceramente “esperaba darle una vuelta de tuerca a mi vida, enderezarla” (96) y tiene, en definitiva, la fantasía nada realista de que su retorno le permitirá convertirse, esencialmente, en otro hombre: uno profundamente dedicado a su carrera profesional, sobrio, deportista y preparado para una relación de pareja, cualidades todas en fuerte disonancia con su yo actual. La marcada ironía de estos fragmentos, así como del resto de la novela, en la que el personaje da notables muestras de carecer de autoconocimiento o autoconciencia¹⁰⁹, deja claro al lector que, igual que las personas que se prometen que este año sí irán al gimnasio y para marzo ya han abandonado sus propósitos de

¹⁰⁹ Por ejemplo, en cierto momento declara que es ansioso “aunque no se me note” (18), cuando la verdad es que el carácter sumamente nervioso del personaje resulta más que evidente desde las primeras páginas.

fitness, tampoco Aragón se transformará en su yo de fantasía¹¹⁰. La disonancia entre el ego y el superego del personaje es enorme: Erasmo desea ser cierta persona, pero no está dispuesto a poner en marcha el trabajo necesario para llevar a cabo su transformación y vive dominado por el constante impulso de su ello de seguir la pulsión del Eros. Así, Erasmo pospone continuamente su fantaseado cambio y, en su lugar, recae continuamente en sus malos hábitos. La novela de esta forma apunta, más que a la imposibilidad estructural de llevar a cabo determinados cambios sociales, a un superego colectivo fallido. El autor, como es habitual en su obra, se limita a señalar problemas sociales sin apuntar a una solución y sugiriendo que, quizás, no hay solución posible para los males que aquejan al país. Después de una revolución fallida ha seguido una fallida transición a la paz: quizás El Salvador sea sencillamente una nación fallida, parece sugerir Castellanos Moya. Y si no hay nada que hacer para mejorar el estado de las cosas, quizás podemos entregarnos simplemente a la contemplación cínica y sarcástica del colapso social.

El retorno de Aragón está motivado por el hecho de que las negociaciones de paz parecen avanzar indudablemente hacia la firma de unos acuerdos, de modo que la fantasía de su vida en el retorno está conectada directamente con la fantasía de un El Salvador en paz. Sin embargo, la paz en el Pulgarcito de América ha resultado ser, para muchos, precisamente como los vacíos propósitos de Año Nuevo: vagas promesas que se hacen pero que jamás se cumplirán. Así, El Salvador goza lamentablemente de altísimas tasas de crímenes violentos, homicidio y violencia de género y una gran parte de la población sigue viviendo de forma precaria o en la pobreza debido a las enormes desigualdades sociales que los Acuerdos de Paz no atajaron sino que empeoraron con la implementación de políticas neoliberales. Esto es, las causas que llevaron un día al estallido de la guerra no han sido solucionadas y, en algunos

¹¹⁰ Esta intuición se confirmará en la siguiente novela de la saga, *Moronga* (2018), en que Erasmo Aragón reaparece veinte años más tarde, en 2010, y sigue sin practicar deportes, gozando de pésima salud mental, soltero y bebiendo demasiado.

casos, han empeorado. Para buena parte de la población salvadoreña, la migración es la única posibilidad, de forma que alrededor de un tercio de la población vive hoy en Estados Unidos (Census Bureau). De este modo, la novela critica de manera irónica que los Acuerdos de Chapultepec prometieron democracia, seguridad y progreso económico a la sociedad salvadoreña y los resultados distan mucho de esa promesa inicial.

3.2. “Ya bastaba de recuerdos”: las batallas de la memoria y el triunfo del olvido en El Salvador

El título de la novela remite no solo a la fantasía o la aspiración de Erasmo por regresar a su país natal, sino que también alude, en un sentido literal de la palabra *sueño*, a las visiones oníricas que se tienen mientras se duerme. Los sueños, llave de acceso al inconsciente y lo reprimido según la teoría psicoanalítica, van a ser elementos relevantes en la trama y van a constituir en buena parte las pistas que Erasmo sigue en su investigación. Es precisamente en los sueños que se generan en sus estados de hipnosis que se halla la clave para averiguar la verdad sobre su pasado, pasado al que apunta, asimismo, la palabra retorno, pues el regreso de Aragón no es solo un viaje espacial, sino también temporal (La Haije, “Volver se vuelve vertiginoso” 9; Dove 191-192): va a regresar a San Salvador, sí, pero también va a volver a visitar su pasado y al núcleo traumático de su memoria con la intención de sanar en el presente.

Erasmo acude al doctor don Chente por un acuciante dolor que padece en el vientre y el homeópata rápidamente le explica que la causa de su dolor es el estrés y le asegura que para prevenir el dolor en el futuro y solucionar de raíz el problema deberá someterse a varias sesiones de acupuntura e hipnosis con él, a lo que Aragón accede. El protagonista se siente, después de cada sesión, sumamente intrigado por aquello que habrá contado y, cuando su tratamiento se interrumpe porque don Chente regresa a San Salvador debido a la muerte de su madre, la cuestión de qué secretos de sí que él mismo desconoce le habrá revelado obsiona

a Erasmo, que incluso trata infructuosamente de engañar a la sirvienta de don Chente para hacerse con el cuaderno de notas del doctor. Erasmo está realmente ansioso por averiguar qué ha contado en las sesiones de hipnosis: “de eso se trataba, de alumbrar el lado oscuro” (171).

A través de su obsesiva revisión de su pasado personal, Erasmo deja claro al lector hasta qué punto está ligada la historia de la violencia política salvadoreña a la historia de su familia y que “los traumas de las sociedades que vivieron guerras civiles, como El Salvador, son heridas latentes dentro de la memoria de los ciudadanos” (Toro 265). Así, “El Salvador es el sitio hacia donde se dirigen los pasos del narrador pero también es un intento de recuperar una inocencia perdida a causa de la violencia, enraizada en la vida del personaje desde muy temprano” (Soto van der Plas 301). Su tío paterno, Alberto, apodado el Muñecón¹¹¹, tuvo que salir exiliado del país unas semanas después de que Clemente, el padre de Erasmo, fuera asesinado por haber participado en el golpe de Estado fallido de 1972 (99). Clemente, por su parte, había sido “detestado” (101) por los comunistas, que

lo habían considerado un confidente del régimen militar, tal como había leído yo en un libro de historia en el que acusaban a mi progenitor de haber delatado una radio clandestina propiedad del partido allá por 1960, un libro ni más ni menos escrito que por el agudo Roque Dalton. (101)

Y Albertico, hijo del Muñecón, fue secuestrado, torturado y desaparecido junto con su esposa danesa en 1980 tras regresar al país del exilio para continuar su trabajo clandestino (104-105)¹¹². Tras su desaparición, su padre, el Muñecón, se dedica a buscar a su hijo con ahínco, usando para ello el coche de la madre de Erasmo, lo que provoca que la casa de esta empiece a ser vigilada por la policía política y, finalmente, que Erasmo se decida a exiliarse (130). Incluso el médico homeópata de Erasmo, don Chente, había estado implicado en la política nacional, colaborando con el Partido Comunista en su juventud hasta que se casó con una

¹¹¹ Protagonista de *Donde no estén ustedes* (2003).

¹¹² Esta historia se narra de forma más detallada en *La sirvienta y el luchador* (2011).

oligarca y decidió dejar la política (108-109), aunque durante la guerra atendió a un guerrillero herido y esto hizo que él también tuviera que exiliarse a Ciudad de México. La profusión de subtramas y personajes secundarios con un pasado ligado a la violencia política de El Salvador enfatiza hasta qué punto esta violencia ha marcado a la sociedad salvadoreña y está enraizada en la memoria colectiva de las y los salvadoreños.

La obsesión con encontrar la clave de su neurosis lleva a Erasmo a repasar obstinadamente su pasado, intentando dar con el recuerdo exacto que se convierta en la clave de su curación. Revisa mentalmente, entre otros, su complicada relación con su abuela materna, el suicidio de su abuelo y el asesinato de su primo Albertico por parte del Estado durante la guerra. También examina memorias de su primera infancia, intentando determinar cuál es su primer recuerdo de vida: se trata de

el bombazo que destruyó el frontispicio de la casa de mis abuelos maternos en la primera avenida de Comayagüela, un bombazo de advertencia detonado en la madrugada por los coroneles que apoyaban al gobierno liberal contra el que conspiraban mi abuelo y sus correligionarios nacionalistas¹¹³. (69)

Sin embargo, al ahondar más en este recuerdo Aragón nota que lo rememora desde el exterior, viéndose a sí mismo como un niño pequeño en brazos de su abuela, una perspectiva imposible si, en efecto, estaba en brazos de ella. Esto lo hace dudar acerca de la veracidad de este recuerdo (70): ¿quizás ha sido implantado en su memoria a raíz de haber escuchado una historia, contada multitud de veces en su familia? No hay manera, naturalmente, de tener certeza acerca de esto. Castellanos Moya sugiere con este pasaje que, igual que la memoria personal es fruto de un complejo proceso que incluye recuerdos falsos que hemos incorporado

¹¹³ Nótese que este es también el primer recuerdo de la vida del autor, según él mismo ha declarado (Castellanos Moya, "Apuntes sobre lo político" 9). El abuelo materno del autor, Horacio Moya Posas (1895-1982), fue un destacado anti-comunista y nacionalista que conspiró contra el gobierno del liberal democráticamente electo Ramón Villeda Morales (1957-1963); participó en el golpe de Estado de 1963 que puso fin a su presidencia e instauró el régimen autoritario del nacionalista Oswaldo López Arellano (1963-1975).

a través de insistentes narrativas, también la memoria y la historia oficial nacionales han sido construidas mediante la repetición de una serie determinada de narrativas que favorecen ciertas perspectivas y hechos, mientras que oscurecen otros.

La historia oficial de El Salvador es fuertemente contestada, como suele suceder en las naciones que han pasado por una guerra civil, y, aunque se disputan diferentes versiones del pasado (Hatcher 163, Ching), el discurso dominante es el de que “amnesty, perdón, and olvido, and not truth, will lead to reconciliation” (Hatcher 134). Así, tras la firma de los Acuerdos de Chapultepec en 1992, la comunidad de derechos humanos y los actores conservadores acordaron que era necesario conocer la verdad sobre la guerra y se creó la Comisión de la Verdad¹¹⁴, pero en torno a marzo de 1993 empezaba a ser muy evidente para los conservadores que las revelaciones de la Comisión “would not match” su versión acerca de la guerra, pues estos “wanted the truth—indeed, the regime of truth—that emerged from the Truth Commission’s report to be their own. They did not want the Commission to only investigate the military’s violence” (Hatcher 127). Los conservadores¹¹⁵, por lo tanto, cambiaron su estrategia y pasaron de reclamar verdad a abogar por la amnistía y el olvido como las mejores opciones para asegurar una paz duradera y sólida (Hatcher 121-122):

When it became clear that the truth would neither be delayed nor incomplete in the way Cristiani wished, the discourse shifted, from undermining the work of the Truth Commission while declaring that some kind of truth was necessary, to undermining

¹¹⁴ Gestionada por las Naciones Unidas y constituida por personal exclusivamente extranjero, la Comisión de la Verdad de El Salvador contó con ocho meses para llevar a cabo el trabajo de investigación, durante los que recogió testimonios de alrededor de 2000 supervivientes y testigos de violencia. El informe, de unas 200 páginas y titulado *De la locura a la esperanza: la guerra de 12 años en El Salvador*, vio la luz en 1993 revelando cifras estremecedoras: alrededor de 75.000 personas, o el 1.4% de la población, había perdido la vida en el conflicto y el 95% de los abusos habían sido cometidos por el ejército (Hayner 49-51).

¹¹⁵ Hatcher denomina así a un grupo amplio de voces relacionadas ideológicamente con la derecha en El Salvador y representado en gran medida por el partido ARENA (Alianza Republicana Nacionalista), fundado en 1981 por Roberto d’Aubuisson, quien fue señalado por el informe de la verdad de las Naciones Unidas como el autor intelectual del asesinato de monseñor Romero.

the work of truth itself by declaring that what El Salvador really needed was amnesty, and forgetting. (Hatcher 129)

Así, cuando el reporte de la Comisión se publicó, los conservadores sostuvieron que “not only were amnesty and forgetting a better way to achieve reconciliation, but, in any case, the truth described in *De la Locura a la Esperanza* was not really true” (Hatcher 131). La Ley de Amnistía de 1993¹¹⁶, además, impidió que todos aquellos que hubieran cometido crímenes de lesa humanidad en el contexto de la guerra fueran procesados, promoviendo la impunidad y el olvido de tales crímenes¹¹⁷. Mediante las reflexiones de Aragón acerca de la veracidad y exactitud de sus recuerdos, la novela pone de relieve que la memoria histórica es el resultado de un complejo proceso social y que la Historia oficial de El Salvador ha sido maleada por actores movidos por intereses como el borrado los crímenes de lesa humanidad para evitar consecuencias legales.

El segundo recuerdo de la infancia de Erasmo es haber golpeado brutalmente a un niño que le estaba quitando los cubos de madera con que él jugaba en el kínder. Erasmo empieza a dudar entonces de si habrá matado a su compañerito y no es consciente de ello. La paranoia de si quizás es, sin saberlo, culpable por la muerte de alguien se incrementa con un sueño que tiene del que solo

recordaba el final de la pesadilla, en el que yo había matado a alguien pero no

recordaba a quién había matado ni las circunstancias del crimen, la sensación de haber

¹¹⁶ Aprobada por unanimidad el 23 de enero de 1993, esto es, solo cinco días después de la publicación del informe de la Comisión de la Verdad, la Ley de Reconciliación Nacional, más conocida como la Ley de Amnistía, otorgaba amnistía absoluta a los delitos de índole política y común cometidos durante la guerra. Hubo esfuerzos constantes por declararla inconstitucional, hasta que estos esfuerzos tuvieron éxito en 2016 y se sustituyó por una nueva Ley de Reconciliación Nacional.

¹¹⁷ En 2016, tres años después de la publicación de *El sueño del retorno*, la Ley de Amnistía fue declarada inconstitucional, lo que abrió la puerta a iniciar procesos judiciales por crímenes cometidos en el contexto de la guerra. El proceso más relevante es el de la masacre de El Mozote, cuando en diciembre de 1981 miembros del batallón Atlacatl masacraron por orden de altos cargos del ejército a toda la población civil en la aldea que recibe este nombre, asesinando a un total de 978 personas, más de la mitad de las cuales eran niños y niñas. El proceso se abrió apenas dos meses y medio después de que se declarara inconstitucional la Ley de Amnistía y, aunque ha habido ya audiencias, actualmente el caso está paralizado gracias a las tácticas de dilación que emplea la defensa.

matado a alguien pero carecer de memoria de ello, la angustia producida por la culpa y el miedo de haber matado a alguien sin recordar el hecho ni a la víctima... (77)

Tras despertar tiene una intuición acerca de esta pesadilla: “algo dentro de mí me decía que ese sueño no era un sueño, sino un mensaje del inconsciente” (77). Encuentra, pues, en su psique pistas que apuntan a la solución de su misterio si continúa su trabajo de memoria y, en efecto, más adelante recuerda a un compañero de la universidad, apodado el Gordo Porky, quien fue asesinado por los escuadrones de la muerte días después de que Erasmo revelara información delicada acerca de él a dos profesores que le hicieron preguntas indiscretas y que, tal como se supo más tarde, resultaron ser informantes del ejército (146-147). Erasmo comprende entonces, una década después de los hechos, que muy probablemente su indiscreción le costó la vida a su compañero. El asesinato del Gordo Porky, perpetrado gracias a la información que él descuidadamente proporcionó es, finalmente, el centro de su misterio interior. Varios pasajes en el texto aluden a este caso del Gordo Porky: por ejemplo, tras una noche de tremenda borrachera de la que no recuerda nada, Erasmo se topa con una nota de reproche de Eva y, cuando la lee, se siente “sin ánimo para hundirme en una culpa de la que no tenía memoria” (123), una emoción que refleja la que siente con respecto a su responsabilidad pasada. Del mismo modo, en otra ocasión un policía lo detiene por la calle y Erasmo lo describe como un “gordo de nariz porquina” (160), lo cual apunta a la posibilidad de que el recuerdo del Gordo Porky esté anidado en su mente. Este recuerdo trascendental golpea a Erasmo “en contra de mi voluntad, goteando como ácido sulfúrico sobre mi conciencia” (147) mientras está bebiendo a solas en un bar:

sentía como si estuviese a punto de recibir una revelación desde lo profundo de mí mismo, como si algo muy oculto viniera abriéndose paso hacia mi conciencia. Y entonces lo percibí, por un instante, con extrema claridad, conmocionado, pero enseguida sacudí mi cabeza, que yo no quería que ese recuerdo estuviera ahí sino que

volviera de inmediato a la oscura profundidad de donde no debió haber salido [...] un recuerdo que por nada del mundo quería recordar, y que a nadie jamás había contado en mi vida... (145-146)

La novela está recorrida por una tremenda tensión entre contar y no contar, la palabra y el silencio, que apunta de nuevo a los procesos de construcción de la memoria en El Salvador, un proceso marcado por las luchas en torno a narrar, rememorar el pasado, y el silencio, dejar el pasado en el olvido. Aragón revela que, por distintos motivos, le oculta cosas a su doctor: por ejemplo, “[t]ampoco le contaría a don Chente” (41) sobre el aborto de su compañera Eva. A menudo sus omisiones tienen la intención de dar una imagen positiva de sí mismo ante el médico, como en el caso del aborto o cuando decide pasar por alto una fortísima discusión con Eva: “Nada de lo anterior, claro está, le revelé a don Chente Alvarado” (27). En estos ejemplos, el personaje quiere ocultar hechos que muestran una cara poco amable de su personalidad, mientras que en otras ocasiones lo hace para evitar recuerdos dolorosos: “Lo que no le dije al viejito, y quizá debí habérselo dicho es que el recuerdo más intenso que tengo de mi padre nada tiene que ver con su vida sino con su muerte” (45). Clemente fue asesinado al salir de una reunión de Alcohólicos Anónimos y el pequeño Erasmo recibió la noticia en el colegio junto con las instrucciones de mantener la compostura frente a su hermano menor, que aún no sabía nada: “yo ya era un hombrecito, a mis once años podría contenerme, sin hacer comentarios ni llorar” (47). Erasmo debió hacer tal esfuerzo para reprimir sus emociones que solo fue capaz de llorar a solas mientras el ataúd de su padre descendía a la tumba (47-48). El narrador explica que “no le conté nada de esto a don Chente porque cada vez que había querido hablar de ello a lo largo de mi vida se me cerraba de nuevo el nudo en la garganta” (48): en este caso, pues, la omisión de Erasmo tiene que ver con eludir sentimientos dolorosos y procesar emociones que ha reprimido durante años.

Este mecanismo de elusión reaparece a lo largo de la novela en otras instancias. Así, quienes frecuentan la tertulia política en casa del Muñecón temen cualquier alusión a la muerte de Albertico, porque cuando el hombre recuerda la trágica desaparición de su hijo se pone a contar la historia de la misma con todo detalle durante al menos una hora hasta acabar llorando desconsolado. El Muñecón no practica el olvido como los demás personajes de la novela, pero vive atrapado en la repetición traumática de la pérdida de su hijo y su nuera sin llegar jamás a procesar realmente el duelo para superarlo, ya que la compulsión de repetición en realidad solo “obstaculiza el recuerdo” (Ricoeur 57) y se incurre en la paradoja de la memoria:

la actuación del trauma, que casi siempre implica repeticiones de síntomas, retornos de lo reprimido o reiteraciones ritualizadas, sirve a menudo como anclaje de la identidad. Se genera entonces una fijación en ese pasado y en esa identidad, que incluye un temor a la elaboración y al cambio, ya que esto significaría una especie de traición a la memoria de lo ocurrido y lo pasado. Elaborar lo traumático (*working through*) implica poner una distancia entre el pasado y el presente, de modo que se pueda recordar que algo ocurrió, pero al mismo tiempo reconocer la vida presente y los proyectos futuros. En la memoria, a diferencia de la repetición traumática, el pasado no invade el presente sino que lo informa. (Jelin 99-100)

Debido a sus crisis emocionales, los amigos del Muñecón desean entonces evitar a toda costa el tema de la desaparición forzada de su hijo y su nuera (104-105), prefiriendo no tratar con el trauma y evitar el trabajo emocional de procesar el doloroso duelo de Alberto. Otro amigo de Erasmo, El Negro Félix, en cambio, tiende a contar una y otra vez la misma historia, sin recordar que ya la ha contado muchas veces a las mismas personas (152). Los personajes de la novela se inclinan, pues, por vivir en una suerte de desmemoria amnésica que, por un lado, les ahorra el sufrimiento de enfrentar recuerdos dolorosos y emociones complicadas, pero, por el

otro, les impide sanar, de modo que quedan atrapados en dinámicas de repetición cíclica: el Negro Félix continuará contando la misma historia a todo el mundo y Alberto continuará llorando por su hijo asesinado ante sus amigos, que tratan de evitar esta reacción a toda costa. Los personajes de la novela viven atrapados entonces en la tormentosa rueda cíclica de la repetición compulsiva del trauma o en el olvido evasivo de este.

La epifanía de Erasmo sobre el Gordo Porky es interrumpida por la llegada de un amigo al bar y nunca recupera esa memoria, dejando escapar así el centro último del misterio de su subconsciente. De hecho, decide que, cuando regrese a San Salvador, va a “dejar de una vez por todas de hurgar en mis primeros recuerdos, pues ahora me quedaba claro que eso de escribir la propia vida era un mal negocio, aunque don Chente me lo hubiera recomendado, que la memoria es cosa poco fiable y puede ponerlo a uno en aprietos” (80). Esto es, Erasmo como muchos actores sociales salvadoreños, aboga definitivamente por una política basada en el olvido y la tabula rasa, pues el ejercicio de la memoria puede traer consigo “aprietos” incómodos como el descubrir crímenes que han quedado borrados, y es que “ya bastaba de recuerdos, que lo conveniente era olvidar” (140). Erasmo opta así por practicar lo que Paul Ricoeur denomina como olvido evasivo, “una estrategia de evitación motivada por la oscura voluntad de no informarse, de no investigar el mal cometido en el entorno del ciudadano, en resumen, por una voluntad de no saber” (58). Incapaz de hacer frente a las consecuencias psicológicas de enfrentar su propio pasado, Erasmo cede una vez más ante el principio del placer y evita el doloroso e incómodo trabajo de memoria que acarrearía consigo sin duda la necesidad de elaborar la culpa, considerar formas de reparación y de (auto)perdón. Si Aragón deja de recordar tanto, no podrá llegar al núcleo de su memoria y al error que cometió y que le costó la vida a una persona, del mismo modo que si la sociedad salvadoreña decide no investigar su pasado reciente no se arrojará luz sobre las múltiples violaciones de derechos humanos cometidos durante el conflicto. El borrado de estos crímenes es conveniente para

una buena parte de la población a quien estos ejercicios de memoria incomodan cuando menos y, cuando más, preocupan por las posibles consecuencias legales. Esta resolución insatisfactoria implica, además, que el lector nunca llega a saber con certeza si efectivamente Erasmo es responsable por la muerte de su compañero. La interrupción de su trabajo le deja sin respuestas definitivas y el enigma queda, en última instancia, sin resolverse nunca.

3.3. Conclusiones

En *El sueño del retorno*, Castellanos Moya pone de relieve lo integrada que está la violencia política en la sociedad salvadoreña y hasta qué punto está enraizada en la vida de las y los salvadoreños. El autor critica las políticas de memoria que han tenido lugar y que han abogado por la amnistía, el olvido y el perdón como claves para la construcción de la paz, así como la historia oficial del pasado violento del país, que ha sido contestada y maleada por diferentes actores sociales, como deja en evidencia las dudas que Aragón tiene acerca de su primer recuerdo de infancia. En la novela, la fantasía del futuro tras su exilio que tiene Aragón representa la ilusión de una transición a la paz que distó mucho de la realidad, marcada por la continuación de la violencia a través de otros canales, la corrupción política y la desigualdad social promovida por la agenda neoliberal. Castellanos Moya sugiere que el país necesita llevar a cabo una profunda labor de memoria que permita cerrar los duelos pendientes y también buscar responsabilidades por los crímenes de lesa humanidad cometidos durante el conflicto, y critica la postura hegemónica que ha beneficiado, por el contrario, el olvido y el pasar página. La novela alude a la idea de que, sin que se lleve a cabo este proceso de memoria, El Salvador no podrá disfrutar de una paz sólida y duradera.

4. Bajo el polvo de la Revolución Sandinista y el sol del olvido en la Costa Rica neoliberal de *Verano rojo* de Daniel Quirós: el mito de la Suiza centroamericana

“De eso ya pasaron tantos años que de seguro soy el único que se acuerda. Todo cambió demasiado, o pareció que cambiaba” (Menjívar Ochoa, *Los héroes tienen sueño* 87).

El costarricense Daniel Quirós, nacido en 1979, es el escritor más joven de los que analizo en esta tesis. Es autor de tres novelas, dos de las cuales, *Verano rojo* y *Lluvia del norte*, conforman la saga neopolicial del investigador don Chepe¹¹⁸. Don Chepe es un cincuentón retirado en Paraíso, un pueblito de pescadores de Guanacaste, región prominentemente rural al noroeste de Costa Rica que ha experimentado una enorme turistificación en las últimas décadas: fue incluso el destino vacacional de las Kardashians en 2017. Don Chepe participó en la Revolución Sandinista y, después, trabajó como perito de seguros para el Instituto Nacional de Seguros (INS) costarricense¹¹⁹ en San José. Tras ahorrar lo suficiente se retiró a vivir a Paraíso, donde construyó una casa en un terreno heredado y lleva una vida sencilla. Debido a su sagacidad y experiencia, así como a la ineficacia de las autoridades públicas, don Chepe es requerido a menudo por sus vecinos para resolver robos y otros casos de orden criminal, convirtiéndose así en lo que Quirós denomina un “detective informal”¹²⁰.

¹¹⁸ Su tercera y hasta la fecha última novela, *Mazunte* (2015), gira también en torno a la misteriosa desaparición de una mujer, pero difícilmente podría etiquetarse como (neo)policial. Don Chepe ha aparecido también en el cuento “Marea roja”, recogido en una antología de cuento policial latinoamericano compilada por Ramón Díaz Eterovic, *El crimen tiene quien le escriba*.

¹¹⁹ Este oficio es, tal como ha explicitado el autor en una entrevista, un guiño a la novela negra y el cine noir en los que tenía lugar una investigación de una compañía de seguros (Lee y Cuadrado 147-148). Quirós cita como ejemplo “*Double Indemnity* de James M. Cain –novela que luego fue convertida en película por Billy Wilder (con un guion escrito en conjunto con Raymond Chandler)” (Lee y Cuadrado 148) y podríamos pensar también en *The Postman Always Rings Twice*, también de James M. Cain y adaptada al cine en 1946 por Tay Garnett y en 1981 por Bob Rafelson.

¹²⁰ A este tipo de “detectives informales” que proliferan en el neopolicial del siglo XXI y trabajan en una Latinoamérica de corte marcadamente neoliberal los he denominado detectives involuntarios. En mi análisis de la segunda entrega de la saga, en el siguiente capítulo, exploro con más profundidad esta etiqueta, así como el rol de don Chepe como detective involuntario en el contexto de un Guanacaste neoliberal, privatizado y mermado de recursos públicos.

Las novelas de la serie de Guanacaste son narradas en primera persona por su protagonista, don Chepe, quien es un narrador confiable que detalla los hechos en orden cronológico con algunas analepsis ocasionales. *Verano rojo* está estructurada en torno a doce capítulos y sigue las convenciones propias del neopolicial: la investigación de un asesinato conlleva una exploración del pasado nacional reciente y sirve como excusa para establecer una crítica sobre las condiciones socioeconómicas del país. La novela tiene, sin embargo, dos diferencias importantes con respecto al neopolicial más canónico: la acción se desarrolla en un ambiente rural y no en una metrópoli iberoamericana, y no hay absolutamente ninguna subtrama romántica, afectiva, ni sexual. Don Chepe exhibe los típicos rasgos de la personalidad de macho alfa de los detectives neopoliciales como Mario Conde, Héctor Belascoarán Shayne o Heredia¹²¹: es un lobo solitario, es sumamente reservado, fuma y bebe en exceso, sabe emplear la violencia e intimidar cuando le es necesario sin llegar a abusar de la misma, es un tipo algo triste, y, aunque por lo general es callado, cuando habla replica siempre con agudeza e ingenio. Sin embargo, y al contrario que sus compañeros de profesión ficcionales, don Chepe no sexualiza a las mujeres, no describe a los personajes femeninos en base a su deseo sexual (o ausencia de este) por ellos y no tiene ninguna trágica historia de amor pasada. Al respecto de esta particularidad, el autor ha declarado que le “frustra ver la complejidad y riqueza del género constantemente reducidas al modelo heteronormativo de las relaciones humanas” (Lee y Cuadrado 150), puesto que “cierta tradición del género ha desarrollado una visión machista de la sociedad” (Lee y Cuadrado 150), mientras que él “quería explorar otras razones para la investigación, otras formas de solidaridad y relación humanas” (Lee y Cuadrado 150).

El detonante de la acción en *Verano rojo* es la aparición del cadáver de una amiga de don Chepe, Ilana Echeverri, apodada la Argentina. Aunque la policía se hace cargo en

¹²¹ Heredia es el detective protagonista de una saga del escritor chileno Ramón Díaz Eterovic. La primera entrega es *La ciudad está triste* (1987).

principio del caso, sus pesquisas no progresan y se hace evidente que carecen del personal, la formación y los recursos necesarios para resolver el asesinato, de modo que Chepe empieza a investigar. Ilana ha sido a todas luces ejecutada por un sicario profesional tal como revela la escena del crimen, y su abogado le entrega a Chepe algunas pertenencias personales que le ha heredado: se trata de pistas que Ilana le ha dejado para que llegue hasta su asesino. Estas pistas lo llevan a descubrir que Ilana estuvo también vinculada con los sandinistas y más adelante con la guerrilla urbana bonaerense. Chepe descubre también que la muerte de Ilana está de alguna manera relacionada con el atentado de 1984 contra Edén Pastora, el mítico Comandante Cero, un atentado que en la ficción tiene lugar en el norte de Costa Rica y no en Nicaragua. Chepe ve en los periódicos que uno de los supervivientes, el sueco Peter Olsson, ha testificado recientemente para que se reabra la causa ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos acusando a altos cargos sandinistas de haber ordenado el atentado. El atentado fue perpetrado por Rodrigo Víctor Gandini, un sicario argentino que se hizo pasar por fotógrafo alemán y que estuvo, como Ilana, involucrado en las luchas izquierdistas latinoamericanas hasta su muerte en la batalla de La Tablada en Buenos Aires en 1989. Chepe conversa con la fiscal a cargo del caso y con el mismo Peter y comienza a atar cabos, comprendiendo que Ilana fue compañera de Gandini en la lucha izquierdista. El detective especula que, cuando Ilana y Gandini recibieron la orden de asesinar a Pastora, emitida por el gobierno sandinista, ella, por motivos éticos, decidió desertar y acabó así en Paraíso. La fiscal le confirma a Chepe que la muerte de Gandini en 1989 fue reportada por la prensa pero jamás confirmada oficialmente, y que podría estar vivo. Entendiendo el peligro que corre el anciano Peter, Chepe se apresura para ir a advertirlo a su hotel, pero llega tarde: Gandini lo ha ajusticiado haciéndolo pasar por un suicidio ante los torpes ojos de la policía local. La última pista de Ilana dirige a Chepe hacia un poderoso narco local, el Arcángel, que tiene una gran deuda de honor con la Argentina, puesto que ella le salvó la vida a su hijo de forma

desinteresada. Este le da a Chepe las coordenadas para encontrar la casa de seguridad de Gandini donde, en el clímax de la novela, Chepe sorprende a Gandini y se desata una balacera. Herido de muerte, Gandini aprovecha que durante el tiroteo se ha derramado gasolina a su alrededor accidentalmente para prender un último cigarrillo e inmolarsse. La novela concluye con Chepe alejándose de la escena mientras va llegando la policía.

La novela rescata de la historia reciente el caso de La Penca y lo ficcionaliza para denunciar las políticas del olvido privilegiadas en la Costa Rica actual, devorada por procesos de transformación en torno al turismo y donde nadie tiene tiempo, energía o motivos para recordar la violencia acaecida en el país vecino hace tan solo unos años, ni mucho menos para buscar respuestas a los interrogantes en torno a esta violencia, o para demandar justicia por crímenes de lesa humanidad como el atentado. *Verano rojo* critica pues el modo en que las y los costarricenses han ignorado el rol de su nación en la pasada violencia política del Istmo, así como su compleja relación con la Revolución Sandinista o, para expresarlo en los acertados términos del profesor Michael Rothberg, problematiza la implicación de las y los costarricenses en esta violencia. Quirós apunta a la necesidad de revisar este pasado y sacar a la luz los posibles crímenes históricos del país, rompiendo así con el mito nacional de la Suiza centroamericana en donde reinan la democracia liberal, la defensa de los derechos humanos y la neutralidad frente a los conflictos de la región.

Quesada Soto ha identificado como una de las principales características de la narrativa costarricense de los años ochenta en adelante “la revisión crítica de los mitos y construcciones ideológicas y culturales que sirvieron de base a los estereotipos y comportamientos difundidos por el nacionalismo y la cultura oficiales a lo largo del siglo XX” (67) así como una “desilusión crítica con respecto a los grandes mitos fundadores de la nacionalidad” (73). Los autores que estudia Quesada Soto¹²² tienen en común la experiencia

¹²² Su estudio es amplio e incluye los trabajos de Linda Berrón, Ana Cristina Rossi, Hugo Rivas, Rodolfo Arias, José Ricardo Chaves, Dorelia Barahona, Carlos Cortés, Rodrigo Soto, Fernando Contreras, Daniel Gallegos,

generacional de haber vivido “[l]a crisis de 1980 y, más adelante, los movimientos revolucionarios y las estrategias contrarrevolucionarias en Centroamérica” (67), hechos que “hicieron oscilar el país –en medio de una histeria profascista– entre la paz y la guerra; entre la ‘neutralidad’ y la soberanía, y entre la intervención económica y política y la ocupación militar solapada” (67); como consecuencia, estos autores “han quebrado irreversiblemente la imagen que los costarricenses se habían forjado de su relación, como sujetos o ciudadanos, con su país o de su país con el mundo” (67). Del mismo modo, la escritora y estudiosa Magda Zavala destaca la emergencia en los años noventa de lo que denomina la “novela de la nación en crisis” (49)¹²³, una producción narrativa caracterizada por la crítica a los mitos fundacionales y a los que sostienen actualmente la identidad deseada por los discursos oficiales” (50). Estas novelas, según Zavala, “transportan una denuncia explícita e implícita de los mitos nacionales” (50). La novela de Quirós viene sin duda a integrarse dentro de esta producción cultural costarricense actual marcada por el revisionismo de los mitos fundacionales de la nación y la denuncia de la necesidad de desmontar estos mitos.

4.1. El atentado de La Penca: el mito de la Historia

El argumento de la novela gira en torno a la ficcionalización del atentado de La Penca de 1984, cuando el guerrillero argentino Roberto Vital Gaguine, que se había unido a un grupo de periodistas internacionales en Costa Rica haciéndose pasar por el fotógrafo danés de nombre Per Anker Hansen, hizo explotar una bomba durante una conferencia de prensa que daba el mítico excomandante sandinista Edén Pastora. Aunque Pastora salvó la vida sin

Tatiana Lobo, Alicia Miranda, Rosibel Morera, Adriano Corrales, Magda Zavala y Uriel Quesada, entre otros más.

¹²³ Las obras en que se centra su estudio son *El emperador Tertuliano y la Legión de los Superlimpios* (1991) de Rodolfo Arias, *Única mirando al mar* (1993) de Fernando Contreras, *Mundicia, una farsa épica* (1992) de Rodrigo Soto, *Cruz de Olvido* (1999) de Carlos Cortés y *Desconciertos en un jardín tropical* (1999) de la misma Zavala.

mayores consecuencias, el ataque, que ha sido catalogado como crimen de lesa humanidad, acabó con la vida de siete personas, incluyendo tres periodistas, e hirió a una veintena más. Gaguine escapó hábilmente de la justicia y se confirmó, años más tarde, su muerte en la batalla de La Tablada en 1989 en Buenos Aires.

Edén Pastora, el objetivo del atentado, fue un héroe de guerra durante la Revolución Sandinista. Conocido como el Comandante Cero¹²⁴, lideró la Operación Chanchera¹²⁵ el 22 de agosto de 1978, durante la que tomó el Palacio Nacional de Managua junto a otros líderes sandinistas icónicos como Dora María Téllez y Hugo Torres¹²⁶. En julio de 1981, sin embargo, solo dos años después de la toma definitiva de Managua y la instauración de un gobierno revolucionario, rompió relaciones con Daniel Ortega “por lo que consideraba el abandono de los principios originales de la organización revolucionaria, que la alejaba de indígenas y campesinos y la acercaba a Cuba y la Unión Soviética” (Forero Quintero 168). Tras una temporada de exilio primero en Panamá y después en Costa Rica, se unió activamente al grupo antisandinista Alianza Revolucionaria Democrática (ARDE) y fundó el Frente Revolucionario Sandino (FRS). Operó durante unos años con la Contra bajo el apoyo de la CIA en el Frente Sur de Nicaragua, y fue víctima del atentado de La Penca en 1984. Dos años más tarde abandonó la lucha contrarrevolucionaria y en las elecciones de 1990 apoyó al Partido Social Cristiano (PSC) en la campaña de las elecciones de 1990 que ganaría la liberal Violeta Chamorro. En 2006 se presentó como candidato a la presidencia por Alternativa por el Cambio (AC), pero obtuvo menos del 2% de los votos (Forero Quintero 169). Es Daniel

¹²⁴ En el FSLN, el líder de cada célula recibía siempre el número cero para hacer énfasis en que la figura del jefe carecía de importancia: lo realmente importante era el trabajo colaborativo del grupo en conjunto, sin el que el líder era menos que nada, o sea, cero.

¹²⁵ La operación recibió este nombre porque entre los sandinistas era común referirse a los diputados, senadores y demás políticos del régimen somocista como chanchos o cerdos, de modo que el Palacio Nacional era, naturalmente, una chanchera.

¹²⁶ Dora María Téllez fue encarcelada en 2021 por su oposición política al régimen de Ortega y ha sido liberada muy recientemente, a inicios de 2023, junto con otros cerca de 200 presos políticos, quienes fueron privados de su nacionalidad nicaragüense y expulsados de Nicaragua en un avión con destino a los Estados Unidos. Por su parte, Hugo Torres fue encarcelado también pero murió en prisión a principios de 2022.

Ortega quien consiguió la victoria entonces y Pastora reinició el contacto con su antiguo camarada de armas hasta que ambos se reconciliaron, de modo que Ortega nombró en 2008 a Pastora como delegado de Desarrollo de la Cuenca del río San Juan. Durante un dragado del río en 2013 se provocaron daños ambientales en una zona que es territorio en disputa entre ambos países, por lo que la fiscalía de Costa Rica presentó cargos contra Pastora pero, puesto que Nicaragua no realiza extradiciones, el antiguo comandante tuvo a su nombre una orden de captura de la Interpol que fue finalmente retirada al año siguiente. Pastora murió a los 83 años de edad en el Hospital Militar de Managua en verano de 2020. Forero Quintero explica la volatilidad ideológica y el aparente oportunismo del exguerrillero en relación a los cambios económicos que se experimentaron en la región:

del proyecto revolucionario de los años ochenta del siglo XX Pastora llega a uno donde la iniciativa individual y el beneficio comercial determinan la vida. La dinámica económica propia de la globalización o el neoliberalismo acaban por presentarse como una fatalidad histórica. (169-170)

El periodista sueco Peter Torbiörnsson, que pasó años reportando para su país sobre los sucesos políticos de América Latina y apoyaba explícitamente la causa sandinista, es uno de los supervivientes del atentado, que lo ha atormentado durante toda de su vida. Torbiörnsson es el autor del documental *Last Chapter, Goodbye Nicaragua* (2010)¹²⁷, que precisamente indaga en las responsabilidades del crimen. En el filme, el cineasta acusa al alto mando sandinista de haber ordenado el atentado. Por su parte, Pastora culpa a Torbiörnsson de ser un doble agente para los sandinistas y la contra (Torbiörnsson 01:04:40-01:04:50), mientras que Tomás Borge responsabiliza a la CIA (Torbiörnsson 01:29:00-01:29:59).

¹²⁷ La producción recibió el premio Giraldillo de Oro a la mejor película documental europea del Festival de Cine Europeo de Sevilla de 2010.

A pesar de las acusaciones cruzadas, hasta la fecha ha sido imposible determinar con exactitud sobre quién o quiénes recaería la responsabilidad del atentado y no hay evidencias definitivas en ningún sentido. En 1994 se formó una Comisión Especial de la Asamblea Legislativa para investigar el caso, que estuvo abierto durante tres décadas sin ningún resultado. Jorge Chavarría, fiscal general de Costa Rica en el momento, cerró la causa en 2013 debido a la confirmación de la muerte de Gaguine y a la falta de pistas; a pesar de esto, dado que el crimen ha sido considerado como de lesa humanidad, no prescribe y podría reabrirse si en el futuro aparecieran nuevas pistas. El Colegio de Periodistas de Costa Rica, por su parte, presentó una denuncia en 2005 ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos contra el Estado costarricense, pero, de nuevo, esta causa no prosperó (Forero Quintero 177). Torbiörnsson prestó declaración en 2010 tanto en Costa Rica como en Nicaragua, sin consecuencia alguna. Con respecto al futuro del caso, Forero Quintero explica que “En general, en los últimos años no parece haber voluntad alguna para investigar los hechos y la incertidumbre continúa” (177).

En la ficcionalización del atentado, este tiene lugar en La Cruz, al norte de Costa Rica, y no en Nicaragua, para así llamar la atención sobre la implicación del país en la violencia del país vecino (Forero Quintero 156). Mientras que Peter Olsson es el alter ego de Torbiörnsson, Gaguine es encarnado en la ficción por el personaje de Roberto Víctor Gandini, cuya muerte en La Tablada nunca se confirmó oficialmente, lo cual permite su ficcional reaparición en la Costa Rica del siglo XXI. Chepe trata de cazar a Gandini por todo Guanacaste hasta que finalmente lo localiza en una casa de seguridad. La novela alcanza entonces su clímax en una escena final de fuerte inspiración cinematográfica y llena de acción. Durante la balacera entre don Chepe y Gandini, los barriles de gasolina que el argentino almacenaba reciben varios disparos y el líquido inflamable se extiende por el suelo de la casa. Por fin, Chepe consigue herirlo gravemente con un tiro en el estómago, pero Gandini prefiere morir a ser entregado a

las autoridades, las cuales sabe que ya están en camino, de modo que enciende un último cigarrillo y, tras darle una calada, lo lanza al suelo encharcado de gasolina, provocando así su inmolación¹²⁸ mientras don Chepe se aleja dejando atrás la casa en llamas y siente en el aire la humedad de una lluvia cercana. El narrador del neopolicial *El cadáver imposible* de Pablo Feinmann asegura que “ninguna escena es realmente grande y desquiciadora si no contiene un incendio” (18) y tal es el efecto, de grandiosidad cinematográfica y desquiciamiento, del fuego con que cierra la novela, que deja abiertas toda una serie de interrogantes que el suicidio de Gandini¹²⁹ imposibilita resolver jamás. Cuando ya está herido pero aún no ha alcanzado el encendedor, Chepe se plantea la posibilidad de interrogarlo, pero decide no hacerlo:

Por un instante pensé en preguntarle por la Argentina, por Olsson, por el atentado en La Cruz años atrás, tal vez podría averiguar quién lo había enviado o por qué había vuelto. Pensé que quizás había una razón detrás de tanta muerte, una explicación que iba a atar todos los cabos sueltos. Pero en esos ojos no había respuestas. Si alguna vez las hubo, habían desaparecido, como el polvo sobre el viento de los caminos. (154)

La novela problematiza así las complejas tensiones entre la necesidad de hacer memoria y también la de dar paso al olvido. En última instancia, Chepe decide no inquirir acerca de los detalles del atentado, y cierta ambigüedad en su postura no deja saber a ciencia cierta si se debe a que el mismo Chepe prefiere no saber o a que está seguro de que no va a conseguir sacar información alguna a Gandini. En todo caso, el lector no puede saber si los autores intelectuales fueron, tal como aseguraba Olsson, los altos cargos del gobierno sandinista, o,

¹²⁸ Esta inmolación ha sido presagiada hábilmente en el texto desde el principio: así, cuando Chepe interroga con violencia a Zaguete y Pinueve, dos drogadictos del pueblo que dieron seguimiento a la Argentina a cambio de dinero, amenaza con quemarlos vivos y hasta vuelca gasolina sobre uno de ellos para intimidarlo (49). Las referencias al tabaco, la marca de cigarrillos extranjera y por tanto distintiva que usa Gandini, y las menciones de personajes fumando son recurrentes también. Asimismo, la imagen del cigarrillo, el encendedor, la cala y el humo remiten claramente al cine noir.

¹²⁹ Rojas Arce (201-202, 223) considera la muerte de Gandini como un asesinato por parte de Chepe, que le dispara en primer lugar y, a continuación, le alcanza el mechero que usa para inmolarse. Aunque es definitivamente una cuestión ambigua, a mi entender se trata de un suicidio.

tal como aseguraban los sandinistas, la CIA. Sin embargo, aunque el caso del atentado no se ha resuelto completamente, su responsable material ha recibido el castigo que Raymond Chandler consideraba obligatorio para el criminal en la novela negra¹³⁰. Gandini, culpable del atentado contra Pastora que mató a varios periodistas y de los asesinatos de la Argentina y Olsson, ha terminado su vida y, así se cierra al menos un capítulo de la historia reciente centroamericana, tal como indica la referencia a la desaparición del polvo en la cita previa.

La articulación de la novela en torno a la ficcionalización del caso de La Penca llama la atención sobre el olvido al que la historia ha condenado este reciente crimen de lesa humanidad y sobre la amnesia generalizada que ha favorecido la transición neoliberal en el Istmo. Tal como expresa Margarita Rojas, la novela “recoge e interroga las noticias pretéritas que algunos no quisieron cerrar y otros no tuvieron la voluntad de resolver después de 25 años”. El primer atentado contra un grupo de periodistas de la historia moderna no solo sigue sin haber sido resuelto, sino que está completamente archivado. El final que le da Quirós al caso pone de manifiesto los huecos de la Historia oficial centroamericana y la forma en que se ha modelado para dejar puntos ciegos. La historia de Costa Rica como un remanso de paz, justicia, derechos humanos y servicios públicos se presenta, pues, como un mito que es imperativo escudriñar y desintegrar para dar paso, en última instancia, a la verdad y hacer frente a las implicaciones del país en la historia de violencia del Istmo.

4.2. Guanacaste neoliberal: el mito del progreso y el Estado de bienestar

Como en la secuela de la novela, que analizo en el siguiente capítulo, las idas y venidas de Chepe por Guanacaste durante su investigación sirven como excusa narrativa para exponer los cambios que la región ha experimentado en los últimos años debido a la implementación de políticas de corte neoliberal. La novela destaca particularmente el impacto que la fuerte turistificación ha tenido sobre los habitantes de la zona. La brecha social que el

¹³⁰ Según las célebres “Casual Notes on the Mystery Novel”, “[t]he mystery novel must punish the criminal in one way or another, not necessarily by operation of the law courts” (Chandler 66).

autor señala viene a poner en entredicho el mito fundacional costarricense de una nación basada en el progreso económico, la igualdad, la ausencia de una oligarquía explotadora, el fortalecimiento de una clase media amplia, y la presencia de un Estado del bienestar propio del capitalismo keynesiano posterior a la Segunda Guerra Mundial que garantiza a toda la ciudadanía derechos humanos y acceso a una vivienda, a una educación universal y a un sistema de salud gratuito.

La Costa Rica rural que Chepe habita queda, sin embargo, muy lejos de este mito, y está marcada más bien por la falta de recursos en los servicios e instituciones públicas, la precariedad laboral y económica, una brecha social que no deja de crecer, y un sistema que privilegia a la élite económica y condena a la supervivencia a la mayor parte de la población. Tal como el autor ha explicado en una entrevista: “Paraíso de Guanacaste funciona como un espacio periférico al imaginario de la Suiza Centromericana tan asociado con Costa Rica. Desde una zona marginal, rural, esta idea del país de la democracia, estabilidad económica y paz, se ve muy diferente” (Lee y Cuadrado 150). Así, Quesada Soto sostiene que existen actualmente en el país

dos mundos superpuestos, coexistentes pero radicalmente distintos. Un espacio ‘privado’ –el que privilegia la imagen oficial de la Nación– que ofrece bienes y servicios de calidad a un alto precio, solo accesible a la elite, la clase media alta y el turismo extranjero; contrasta con un amplio espacio –semioculto en el discurso oficial– donde los salarios insuficientes, las condiciones de trabajo insatisfactorias, el deterioro o la eliminación de las instituciones y servicios públicos, un sistema impositivo que grava salarios y pensiones pero no grava las ganancias y fomenta la evasión y la corrupción, van delineando un mundo de excluidos o segregados, que ven decrecer su poder adquisitivo, sus esperanzas de mejoramiento y hasta sus

posibilidades de sobrevivencia, mientras contemplan con estupor, con desesperación o con asco, la prosperidad, la corrupción y la impunidad de la élite. (68)

Así, las descripciones de Chepe destacan el contraste paradójico de infraestructuras y servicios públicos precarios, anticuados e insuficientes con grandes cadenas transnacionales de supermercados, gasolineras y comida rápida, así como de la cohabitación de campesinos, pescadores y trabajadores humildes con los turistas extranjeros y acomodados económicamente. Al final, no queda claro que el pueblo de Paraíso sea tal: Paraíso y Guanacaste, como la promesa del Sandinismo, no son más que la sombra de lo que una vez fueron, arruinada para siempre por la llegada de la economía transnacional. Por ejemplo, manejando cerca de Liberia, capital de Guanacaste, Chepe nota que “[h]acía unos veinte años, en la intersección había un par de bombas, un hotel y unas sodas. Ahora había un Burger King, un Pizza Hut, una estación Shell, una Texaco, y tantos restaurantes y hoteles que era difícil de contar” (66-67). Del mismo modo, en el aeropuerto internacional de Liberia, “[h]acía unos quince años tal vez se podría encontrar un avión y un par de avionetas sobre la pista, ahora más de veinte aerolíneas hacían escala en el lugar” (66). La narración de don Chepe hace hincapié en los aspectos negativos del impacto de la neoliberalización de Costa Rica y Guanacaste, que ha resultado en un modelo de desarrollo en el que la brecha social se ha agudizado y la élite económica disfruta de todo tipo de privilegios. La zona de la costa, por ejemplo, está llena de “casas de lujo que sus dueños visitaban no más de dos veces por año” (68). Además, el neoliberalismo y el turismo no solo han cambiado el paisaje tradicional del área, sino que también han provocado un aumento en la criminalidad. Chepe cuenta cómo “al pasar los años, Tamarindo empezó a crecer” (15) y con este crecimiento llegaron también “la prostitución de menores, los piedreros que asaltaban por la noche, el tráfico de drogas, el montón de gente, la necesidad de los turistas” (15). La Costa Rica habitada por Chepe, que

enfrenta graves problemas de desigualdad social y seguridad, queda muy lejos del mito de la nación segura e igualitaria que los liberales construyeron a lo largo del siglo XX.

Del mismo modo, la Costa Rica en la que vive Chepe es un país mermado de recursos sociales en el que los servicios de salud no ofrecen a las y los ciudadanos una calidad necesaria. Después de haber recibido una paliza, Chepe es atendido en el hospital local, donde “estaba en un cuarto con otros tres pacientes” (63). Allí recibe las recomendaciones del doctor: “Sería bueno hacerle un escaneo del área afectada de la cabeza, pero para eso necesitaría ir a la capital. El escaneo sería completamente cubierto por el Seguro Social, aunque tendría que esperar seis meses para obtener una cita” (62). La cita critica veladamente uno de los pilares de la democracia liberal costarricense: un sistema de salud público gratuito y universal que, sin embargo, acaba por revelarse como insuficiente y lleno de carencias para servir adecuadamente a la ciudadanía.

Igualmente, el sistema público de justicia de la novela es también a todas luces inadecuado y no cuenta con los recursos necesarios para operar de forma efectiva. Las mismas instalaciones son precarias: el Gato, un amigo de Chepe que trabaja como policía, duerme en la comisaría “sobre un colchón en el piso de cemento” (18). Asimismo, el Organismo de Investigación Judicial (OIJ) no cuenta con los recursos humanos y materiales necesarios para cubrir por completo las necesidades del país, por lo que muchos casos son archivados rápidamente, lo cual permite un alto grado de impunidad en crímenes violentos. El Gato le explica a Chepe que “[l]os del OIJ dijeron que iban a volver, pero usted sabe cómo es eso, dijeron que no tienen gente y que hay que esperar a que venga alguien de la capital, seguramente entre mañana y pasado” (20). En efecto, el caso es archivado muy pronto: “Oficialmente, dijeron que dejarían el expediente del caso abierto, que estarían en contacto, pero ambos sabíamos que eso significaba que almacenarían los particulares en algún rincón a que acumularan telarañas” (42). Los otros crímenes cometidos en la novela (una brutal paliza

que recibe don Chepe y el asesinato de Olsson) tampoco retienen la atención de las autoridades durante mucho tiempo. Sobre Zaguete y Pinueve, los drogadictos que atacan brutalmente a Chepe, se aclara que “[n]o sería nada difícil encontrarlos en la base de datos del OIJ, donde con certeza tendrían un récord. Claro, todo eso si a la policía le importara lo que había pasado, lo cual no era el caso. Ni siquiera habían sido alertados” (64). Con respecto a la muerte de Olsson, que Gandini hace pasar por un suicidio, el narrador asegura que “[l]a policía ni siquiera pensaría en investigar el caso” (112). Quirós critica así la inoperatividad de los sistemas públicos en el contexto de la creciente neoliberalización y privatización de las tareas tradicionalmente asociadas al Estado, y sugiere que en este contexto la justicia va a recaer en aquellos individuos que sientan como su deber ético cumplir con estas funciones.

Don Chepe se corresponde con lo que he llamado la figura del “detective involuntario”, un personaje recurrente en el neopolicial latinoamericano y fruto de la privatización de la justicia social. Se trata de personaje que lleva a cabo una investigación criminal a pesar de no ser un profesional y que lo hace generalmente presionado por motivos de índole ética (González Calderón “The Irrelevant Mystery” 135). Encontramos detectives involuntarios con frecuencia en el policial centroamericano, incluyendo algunos de los trabajos que aquí analizo, como el anónimo periodista y narrador en primera persona de *De vez en cuando la muerte* del salvadoreño Rafael Menjívar Ochoa, la

young activist Emilia in *Que me maten si...* by Guatemalan Rodrigo Rey Rosa; anthropologist Yolanda in *El corazón del silencio* by the Chilean and Costa Rican Tatiana Lobo; journalist Rita Mena in *Baile con serpientes* by Salvadoran Horacio Castellanos Moya; or the journalist Pepe Pindonga in *Donde no estén ustedes*, also by Castellanos Moya. (González Calderón, “The Irrelevant Mystery” 136)

Esta figura del detective involuntario está íntimamente ligada al contexto de derechos en el marco de la economía neoliberal y la progresiva privatización de lo que un día fuera la esfera

pública de los Estados centroamericanos. Martí i Puig y Sánchez-Ancochea ya han señalado el aumento del proceso de concentración del sector privado en Centroamérica (160) y notan que los estados de la región han reducido considerablemente su participación directa en la economía nacional (161). Así, el gasto social privado en el Istmo es ahora más alto que el público (162) y, en cualquier caso, el gasto en justicia y otros asuntos sociales es insuficiente (165). Frente a la incompetencia estatal en cuestiones de seguridad, un gran número de habitantes de las metrópolis latinoamericanas como San Salvador, “redefined by fear of crime” (Ungar “The Privatization” 26), prefieren confiar en la seguridad privada, que “fills the vacuum of state control”, para proteger a sus familias y sus propiedades (Ungar “The Privatization” 24).

En este sentido, el autor llama la atención sobre la importancia y la necesidad de la acción del pueblo en el marco de sistemas de poder que promueven la impunidad de los criminales. En la Centroamérica globalizada y neoliberal de principios del siglo XXI, esta necesidad se hace eco de la acción y la organización populares que vencieron al somocismo en la Centroamérica regida por el autoritarismo militar de la segunda mitad del pasado siglo. Así, unos pocos personajes en la novela mantienen altos estándares éticos que los empujan a hacer lo correcto. Aun dentro de la vorágine de abulia, oportunismo e interés personal que reina de fondo en la novela, simbolizados mediante el calor abrumador del estío costarricense como veremos en las siguientes páginas, algunos personajes se niegan a resignarse a vivir en un sistema regido por la impunidad y la falta de justicia, y deciden actuar ellos mismos. Este tipo de iniciativas ciudadanas es una respuesta al contexto neoliberal al que se enfrentan los personajes, y con ella el autor viene a reclamar la necesidad de construir alianzas de solidaridad entre diversos grupos sociales para paliar las faltas del sistema y, hasta cierta medida, resistirse a sus lógicas. Este el caso de Peter Olsson, del narco local apodado el Ángel, del Gato, de la Argentina y, por supuesto, del mismo Chepe. Así responde Olsson, por

ejemplo, cuando Chepe le pregunta si cree que su testimonio hará “algo de diferencia” (93): “No sé... la verdad no estoy seguro si me importa. Yo vine a testificar porque es algo que tenía que hacer” (93). También Ilana Echeverri, la Argentina, actúa movida por un profundo sentido de la ética, que la llevó a desertar de la guerrilla cuando le ordenaron ejecutar junto con Gandini el atentado de La Penca. La mujer comprendió entonces que la lucha izquierdista se separaba de los ideales en los que ella había puesto su confianza, y decidió empezar una vida nueva en Guanacaste. También allí continúa actuando según sus principios y, cuando tiene la oportunidad, le salva la vida al hijo del Ángel: “lo hizo porque había que hacerlo” (141). El narco queda en deuda con ella por esta razón y esto lo empuja a ayudar a Chepe a dar con Gandini: “Era justo que yo la ayudara a ella, como es justo que lo ayude a usted ahora que viene en nombre de ella” (141). El Ángel insiste en su profundo sentido de la ética: “necesito que usted sepa que si decido darle la información que usted vino a buscar, será porque soy un hombre justo, porque soy alguien que cree en la justicia” (142). Esta justicia es, sin embargo, independiente de la administrada por el Estado; se trata de una justicia alternativa y quizás más fuerte y más efectiva¹³¹: “Soy un hombre que cree en la justicia, don Chepe... Esa justicia no es la misma que se inventan las cortes de nuestros países, tan pequeños, tan insignificantes, después de todo... La justicia de la que yo le hablo es una justicia mayor, más pura” (140). Por último, Chepe investiga el caso motivado por el simple hecho de que es lo justo. Cuando el Gato le informa de que la policía va a abandonar el caso, Chepe le contesta que “[h]abría que hacer algo entonces, Gato” (43), a lo que su amigo replica que, en efecto, “[h]abría que hacer algo, don Chepe” (43). La iniciativa personal de todos estos personajes, cuya motivación va más allá de intereses monetarios o beneficio propio, apunta a

¹³¹ El neopolicial *Balas de plata* del mexicano Élmer Mendoza también llama la atención sobre el hecho de que, en el marco del Estado mexicano neoliberal, es la institución del narco la que viene a suplir los servicios que antes ofrecían los poderes públicos: construye escuelas, repara sistemas de alumbrado... y también imparte justicia.

la importancia de la organización social y la acción popular como formas de resistencia contra un Estado neoliberal que ya no provee de los servicios necesarios a la ciudadanía¹³².

El clima está cargado de significado en la saga de Guanacaste de Quirós, quien ha admitido se inspiró en la Tetralogía de las Cuatro Estaciones de Leonardo Padura para hacer del tiempo meteorológico el elemento que articularía y otorgaría cohesión a las distintas entregas de la serie (Lee y Cuadrado 149)¹³³. La novela transcurre durante el final del verano costarricense, probablemente en febrero, cuando no hay precipitaciones y las temperaturas son más elevadas. Tanto el narrador en sus descripciones como los distintos personajes en los diálogos hacen referencias continuas a las altas temperaturas del verano y a la incómoda sudoración que estas provocan. Don Chepe destaca una y otra vez que “[e]l calor era insoportable, era como estar en una sauna” (45). He aquí algunos ejemplos de los muchos más que ofrece el texto: “La camisa [del abogado de la Argentina] estaba completamente manchada de sudor” (24); “me limpié el sudor del cuello con el pañuelo” (27); “[u]nos pocos turistas y locales, completamente cubiertos por el sudor, bailaban” (45); “[a]l moverme sentía el sudor descender por el rostro y el pecho” (150). El calor sofocante parece ir ligado de forma simbólica a la abulia de los habitantes de Guanacaste, y de los costarricenses en general, con respecto no ya al asesinato de la Argentina, sino también de la justicia y la memoria histórica de su país, una abulia promovida en el contexto de la cultural neoliberal que privilegia el individualismo, la apoliticidad y las conciencias apáticas: “El calor hacía que

¹³² Laura Rojas Arce, por su parte, ha leído la iniciativa ciudadana de la novela, más que una forma de resistencia, como una consecuencia lamentable de un contexto en que no hay suficientes servicios públicos, la población desconfía de las autoridades y hay una enorme cultura de individualismo, conformismo y de indiferencia hacia los demás (189, 191, 197).

¹³³ Temáticamente, la serie de Quirós está articulada por la memoria de la Revolución Sandinista, la consideración crítica de los cambios experimentados en la región debido a la economía neoliberal y, especialmente, a la turistificación del área de Guanacaste, y el cuestionamiento de los mitos nacionales costarricenses. La saga de Quirós es articulada por las imágenes del tiempo meteorológico. En *Verano rojo*, se trata del calor y el polvo asfixiante, que hace referencia al paso del tiempo y a la “Historia enterrada, tanto personal y colectiva, ligada con Costa Rica y las guerras centroamericanas” (Lee y Cuadrado 149), mientras que en *Lluvia del norte* la imagen de la lluvia constituye “una inversión conceptual del discurso xenofóbico vinculado a los inmigrantes indocumentados nicaragüenses” (Lee y Cuadrado 149). La novela presenta, en lugar de la inundación de inmigrantes criticada por los actores conservadores, la inundación de un “‘Norte’ simbólico que impone las condiciones socio-económicas para este movimiento” (Lee y Cuadrado 149).

las personas se quedaran en casa. Nadie quería salir, nadie se quería mover” (61). Así, en una hipérbole don Chepe asegura que el calor provoca desidia al mismo paso del tiempo, un tema clave en la novela: “Aún no salía el sol, pero ya el día se veía cansado, como si él mismo no pudiera soportar el calor” (94). Y el peso del calor afecta a don Chepe de manera simbólica cuando asegura que “[e]l sol pesaba como un homicidio” (96). Chepe también sufre este calor y siente la dificultad de actuar bajo semejante clima: “hacía demasiado calor. El simple acto de moverse se convertía en un suplicio, no se podía pensar bien, cada idea parecía pesar una tonelada” (54). Sin embargo, frente a un clima, en el sentido más amplio de la palabra, de apatía generalizada, Chepe simplemente no puede quedarse de brazos cruzados: “El calor era insoportable, y al limpiarme el sudor del rostro por enésima vez, me volví a dirigir al Gato, quien no parecía sentir el calor de la misma manera” (20). La cita sugiere que este clima de inacción proviene de la esfera institucional, encarnada por el policía, ineficaz como ya hemos visto a la hora de resolver crímenes o impartir justicia, pero que Chepe se siente demasiado afectado por estas condiciones como para no hacer nada, tal como el personaje reitera unas páginas más adelante:

Tanta corredera y aún estaba sólo a la entrada de un laberinto sin nombre, al que me sentía arrastrado irremediabilmente, como un ingenuo. Sobre mis pasos flotaba el recuerdo de una amiga muerta, una sombra de la que no me podía librar, que me impelía a tratar de entender, que me lo exigía, a toda costa, pasara lo que pasara. (41)

Chepe se ve, pues, “arrastrado” (41) hacia el misterio, y Quirós emplea la trama de investigación para criticar con ahínco la forma en que las necesidades económicas siguen rigiendo los destinos de la gente en Guanacaste, para bien y para mal según dónde caiga cada uno en la escala social. Dos ejemplos ilustran bien esta posición de la novela. El primero es una breve subtrama en torno a Enrique Zuker, un joven que una noche al salir de fiesta con sus amigos en la capital es atacado por cuatro hombres conocidos en la ciudad por llevar a

cabo acciones de este tipo disfrutando de completa impunidad gracias a que trabajan para el poderoso dueño de una empresa de seguridad privada. Sin embargo, el padre de Zuker es aún más poderoso que este y consigue que los criminales vayan a los tribunales por la paliza que casi mata a su hijo (119-122). Mientras que muchos antes que él encontraron la imposibilidad de obtener justicia, el dinero de Zuker se la ha facilitado: la justicia se convierte así en un privilegio reservado para la élite más que en un derecho humano universal. En el segundo ejemplo, Chepe descubre en un interrogatorio que Pinueve y Zaguete, los dos drogadictos que Gandini había contratado para darle seguimiento a la Argentina, ganaron doscientos dólares por transmitirle su ubicación y facilitar así su asesinato: tal es el irrisorio precio de una vida humana en la Costa Rica neoliberal de la posguerra.

La novela de Quirós revisa con ironía el mito fundacional de la Costa Rica del progreso y el bienestar, contrastando este mito con un paisaje social radicalmente transformado por el turismo y el capital extranjero, en el que las instituciones públicas carecen de los recursos necesarios para ofrecer sus servicios de forma adecuada, y en el que solo la élite tiene acceso a la justicia, que se ha convertido en un privilegio para la mayoría de la población, a quien solo le queda luchar contra la impunidad a través de iniciativas individuales.

4.3. Bajo el polvo de la Revolución y la violencia política: el mito de la neutralidad

El verano de Guanacaste no solo implica temperaturas abrasadoras, sino también una insostenible cantidad de polvo que carga la atmósfera seca, impide respirar y obliga a limpiar continuamente, porque a los pocos minutos vuelve a depositarse sobre la piel, la ropa y los muebles:

se sentía el aire espeso, sofocante, como si en vez de oxígeno se aspirara el polvo que flotaba entre los caminos [...] ese mínimo viento, untado de tierra y sal, no aliviaba el calor opresivo, ni la incomodidad de todo un día de sudor sobre la piel. Las partículas

de polvo se acumulaban, se filtraban en todo, cubrían el cuerpo como uñas invisibles, que lentamente rasgaban la piel, ya a esa hora áspera y reducida a escamas. (43)

Quirós emplea imágenes recurrentes de polvo para simbolizar el paso del tiempo en Costa Rica, y cómo se ha empleado para cubrir cuestiones problemáticas relativas al rol de la nación en la violencia política del Istmo que nunca se han revisado, o, en palabras del autor, la “Historia enterrada, tanto personal y colectiva, ligada con Costa Rica y las guerras centroamericanas” (Lee y Cuadrado 149). El polvo pasa entonces, como en una casa vieja y descuidada, a cubrirlo todo, tal como expresa el epígrafe de James Joyce que abre la novela: “She looked round the room, reviewing all its familiar objects which she had dusted once a week for so many years, wondering where on earth all the dust came from”¹³⁴. Además del paso del tiempo, el polvo remite, igual que el calor asfixiante que analizaré más adelante, a un ambiente de constricción y opresión que se relaciona con la falta de justicia. Así, no es hasta la resolución del crimen y la muerte del asesino de la Argentina que Chepe siente los primeros aires de la estación de lluvias y algo de alivio frente al calor y el polvo, apuntando a la necesidad de investigar a fondo la historia de la nación para así poder limpiar el “polvo” de la pasada violencia. Tras alejarse de la casa en llamas, don Chepe la observa: “después de un tiempo, el fuego empezó a disminuir, como un odio que se olvida con el tiempo [...] Volví los ojos cansados hacia el horizonte. Era sábado y un viento fresco empezó a recorrer los potreros, anunciando la proximidad de la época de lluvias” (155). La cita sugiere que las heridas abiertas por los pasados conflictos no podrán cerrarse adecuadamente hasta que sean consideradas y debidamente sanadas. Las y los costarricenses, viene a sugerir Quirós, necesitan revisar la memoria histórica y su propia implicación en la violencia política del Istmo.

¹³⁴ Aunque no se indica la procedencia de la cita más allá de la autoría de James Joyce, pertenece a su cuento “Eveline” (1904), recogido en la colección *Dubliners* de 1914.

El investigador Michael Rothberg ha acuñado recientemente el término de “sujeto implicado” para hacer referencia a todos aquellos individuos que escapan a las categorías de lo que él denomina el imaginario dual de la víctima y el perpetrador. Sin ser directamente responsables de casos de injusticia y violencia política, los sujetos implicados tampoco carecen completamente de responsabilidad. Los sujetos implicados se mueven entonces en la zona gris descrita por Primo Levi en su célebre ensayo y tienen cierta relación con los demonios mediocres de los que habla Simona Forti, e incluso con los malvados banales de Hannah Arendt. Estos

occupy positions aligned with power and privilege without being themselves direct agents of harm; they contribute to, inhabit, inherit, or benefit from regimes of domination but do not originate or control such regimes. An implicated subject is neither a victim nor a perpetrator, but rather a participant in histories and social formations that generate the positions of victim and perpetrator, and yet in which most people do not occupy such clear-cut roles. (Rothberg 1)

Una lectura de la novela bajo la luz de las ideas de Rothberg revela que Quirós hace hincapié en varias instancias en las que se revela la implicación de Costa Rica en la pasada violencia política de Nicaragua para, finalmente, cuestionar el mito de la neutralidad de la Suiza centroamericana y sugerir una revisión histórica de la responsabilidad de su país para con su vecino. Varios pasajes en la novela apuntan claramente al tema de la implicación y la responsabilidad. Así, con estas palabras reacciona Chepe cuando se entera de que Pinueve y Zaguato cobraron tan solo doscientos dólares por vigilar a la Argentina y facilitar su ubicación a Gandini para que este pudiera asesinarla:

Doscientos dólares que habían costado una vida. Doscientos dólares a un pobre diablo, un ratero mediocre que no sabía en lo que se había metido. En eso se había convertido

el mundo, en una cadena de pobres diablos que nunca saben nada, todos se lavan las manos, todos son inocentes. (50)

La cita critica la cultura neoliberal individualista y su relación con la implicación: Pinueve y Zaguete, los criminales de bajo perfil que vigilaron a la Argentina para Gandini, pueden eludir fácilmente su responsabilidad en el crimen. Después de todo, no fueron los autores intelectuales del crimen y tampoco los materiales, no sabían siquiera que la vigilancia a la mujer fuera a concluir en su ajusticiamiento y, a fin de cuentas, se dedican a ganar dinero de cualquier manera sin muchos miramientos para poder financiar su adicción a las drogas. Y, sin embargo, cumplieron una función esencial en permitir que el asesinato tuviera lugar, tasando la vida de una persona en apenas doscientos dólares. Son parcialmente responsables de la muerte de la Argentina del mismo modo que, tal como la novela da a entender la sociedad costarricense que optó por ignorar la violencia del país vecino y las formas en que su propio gobierno propiciaba esta violencia¹³⁵. Igualmente, el comentario de Chepe deja entrever una crítica a los modos en que la cultura neoliberal crea cadenas de implicación en que los sujetos se permiten obviar su responsabilidad en determinados problemas aunque se beneficien de ellos, porque, después de todo, solo están al final de una larga cadena de responsabilidades, del mismo modo que, por ejemplo, los consumidores de moda rápida tendrían una responsabilidad solamente parcial en la explotación laboral que se da en las maquilas textiles.

¹³⁵ Se especula que la contra, financiada por la CIA y otros gobiernos extranjeros, contaba con bases de operaciones no solo en Honduras, como es ampliamente sabido, sino también en el norte de Costa Rica, cerca de la frontera. Así, lo afirma, por ejemplo, Sergio Ramírez en sus memorias políticas. Las operaciones de la contra implicaban no solo actividad militar, sino también tráfico de armas y de drogas, según Ramírez (*Adiós muchachos* 154). La periodista de investigación Martha Honey ha narrado la intervención estadounidense en Costa Rica en la década de los ochenta y la formación de bases de la contra en el norte del país en su volumen *Hostile Acts: U.S. Policy in Costa Rica in the 1980s*. También dos artículos periodísticos de 1986 dan cuenta de campamentos de la contra cerca de la frontera norte gracias al apoyo de la CIA y la administración Reagan y pese a los planes del presidente Óscar Arias de mantener la neutralidad y promover la paz en el área (Kinzer, Omang).

Verano rojo reabre el largamente olvidado caso del atentado de La Penca para criticar el olvido al que la sociedad costarricense ha condenado no solo su propio involucramiento en la violencia política de la región, sino también la forma en que ha sido un silencioso y permisivo testigo de la violencia implementada por los Estados Unidos en la Nicaragua sandinista. Quirós denuncia que la pretendida neutralidad tica nunca fue tal, como declara un lugareño que conversa con Chepe en un bar al referirse a Guanacaste y la zona fronteriza entre Costa Rica y Nicaragua durante las décadas de los setenta y los ochenta:

Esto estaba lleno de gringos, de nicas, de gente de todo lado... como ahí nomás está la frontera. Los policías se hacían los locos, se les aflojaban unos billetes y si te veo no te conozco, usted sabe cómo es. ¿Qué iban a hacer? En todos los periódicos de la capital salía que el país no estaba involucrado en nada de eso... ¿cómo era que decían?... neutral... sí, neutral, todo muy neutral... Años después hasta le dieron ese tal premio Nobel al presidente Arias. Pero ya ve, si uno vivía por aquí, veía el otro lado de la moneda, los camiones que pasaban de noche, que levantaban ahí más al norte puentes pequeños que todavía dicen cortesía de US ARMY... Así estaba la cosa por estos lados... (75-76)

En otro momento, don Chepe se refiere al Proceso de Reorganización Nacional de la Argentina en estos términos: “desapariciones, torturas, cárceles clandestinas: todo aquello que aquí en el limbo escuchamos como si fuera la trama de alguna mala película extranjera” (37). En español coloquial el limbo se usa a menudo para referirse a alguien que es despistado, que no se entera: “Ese está en el limbo”, solemos decir. Este uso de la voz apunta a la forma en que las y los costarricenses se han desentendido históricamente de saber, comprender y, en última instancia, comprometerse éticamente, con la violencia que tenía lugar fuera de sus fronteras y con los modos en que sus propios gobiernos han participado de forma indirecta en esta violencia. Además, la identificación de Costa Rica con el limbo, ese espacio reservado

para los que no han pecado tanto como para ir al Infierno ni han sido tan virtuosos como para subir a los cielos, remite una vez más a la postura de la implicación, ya que “[a]n implicated subject is neither a victim nor a perpetrator” (Rothberg 1). La cita sugiere entonces que, si bien quizás Costa Rica no cometió los pecados de violencia política de otros países, tampoco tuvo la virtud de defender la justicia y a los perseguidos por la violencia: la neutralidad frente a la opresión, viene a decir Quirós aquí, no carece de responsabilidad. Según Chepe, la violencia política para los ticos es algo propio de una “mala película extranjera” (37): algo ficticio, poco verosímil y que, en todo caso, tiene lugar lejos. Chepe critica así sarcásticamente el modo en que los ticos consideran la violencia política como un fenómeno ajeno. Si, tal como señala Rothberg, “[t]he innocent, uninvolved bystander is, in most cases, an idealized myth” (202), la novela viene a señalar precisamente que la pretendida neutralidad costarricense no es sino otro de los mitos que componen la identidad nacional.

La figura de Peter Olsson en la novela viene a encarnar simbólicamente la posición de implicación de Costa Rica con respecto a la violencia política. Olsson declara que se siente culpable por no haber identificado adecuadamente a Gandini como terrorista, evitando así el atentado que acabó con la vida de varios de sus compañeros¹³⁶. Le explica a Chepe que, tras el atentado, inmediatamente sospechó de los sandinistas pues Gandini le había sido presentado a través de ellos como un fotógrafo europeo que necesitaba ayuda y orientación. El periodista agrega que, años más tarde, un alto funcionario sandinista confirmó que habían sido ellos los autores intelectuales del crimen. A pesar de esto, Olsson tardó casi tres décadas en hablar y hacer las acusaciones pertinentes, que llegan demasiado tarde. Olsson, que se revela como sujeto implicado, se arrepiente de su largo silencio y no se justifica: “En parte fue miedo... también egoísmo. No quería que me pasara nada. [...] Nada estaba claro y yo no quería levantar mucho polvo” (84): el polvo viene, una vez más, a interferir simbólicamente entre el

¹³⁶ También Peter Torbiörnsson declara sentirse culpable por el atentado en su documental (00:17:56-00:18:08).

sujeto y la verdad histórica. La sociedad costarricense ha dejado que el polvo del tiempo cubriera el atentado tal como lo hizo el mismo Olsson. Sin embargo, el autor emplea la actitud final de este personaje y su decisión de actuar en consecuencia a la verdad y la justicia para sugerir que también Costa Rica está a tiempo de desempolvar su historia y revisarla. Es tarea pendiente para la sociedad costarricense entonces hacer el pertinente trabajo de memoria para revisar críticamente su implicación en la violencia de Nicaragua, pues “in this struggle against the conditions that produce implication, memory can serve as a resource” (Rothberg 11).

Verano rojo viene, en última instancia, a desmontar el mito de la neutralidad tica y a reformular esta neutralidad más bien como co-responsabilidad acompañada de falta de solidaridad. El autor sugiere en los pasajes que he presentado en esta sección que es imperativo que la sociedad costarricense haga un fuerte trabajo de autocrítica como vía de resistencia a los modelos de pensamiento impuestos por la agenda neoliberal que privilegia el olvido y el hiperindividualismo.

4.4. Desengaño político y anhelo de olvido: el mito del Sandinismo

En sus idas y venidas por Guanacaste Chepe evidencia de forma crítica que la población de Costa Rica ha relegado el atentado contra Pastora al olvido más absoluto. Cuando Chepe descubre que Peter Olsson, tras llegar a Guanacaste para prestar su declaración, fue entrevistado en el periódico nacional de gran tirada *La Nación*, al respecto del atentado, declara “que yo y el resto del país habíamos pasado completamente por alto” (72) dicha entrevista, incluyéndose de este modo a sí mismo en su crítica sobre la desmemoria generalizada. Ya pendiente de la declaración de Olsson y la reapertura del caso del atentado contra Pastora, Chepe revisa los periódicos de los dos días posteriores a la declaración, sin encontrar una sola nota sobre el tema: “No había nada sobre Olsson ni sobre el atentado en La Cruz. La amnesia del país nunca dejaba de impresionarme” (77). En efecto, al día siguiente compra varios periódicos y, de nuevo, no aparece nada (95). Chepe, por su parte, lleva mucho

tiempo procurando evitar los recuerdos de su pasado sandinista, tal como admite cuando dice que se retiró en Paraíso para “construir una casa decente donde podía dedicarme a fomentar el olvido” (14). Parte de la motivación de Chepe para resolver el caso tiene que ver, precisamente, con la forma en que el asesinato de la Argentina y la aparición de Olsson y Gandini han venido a perturbar ese olvido que tantos años llevaba fomentando. Si quiere recuperar la paz de su hogar en Paraíso y regresar al olvido, tendrá que acabar con Gandini de una vez por todas, para enterrarlo definitivamente de su memoria y la memoria del país:

a mí el caso me importaba muy poco. Eso era para las cortes. Yo había vivido demasiados años para creer en ellas. Lo que yo quería era volver a Paraíso, a las noches de silencio y las mañanas en el bar de doña Eulalia, donde podía entregarme de nuevo al olvido que había construido a mi alrededor. Estaba harto de no poder dormir, de tener que andar bajo el calor detrás de un pasado lleno de sombras. Se me había empujado al borde del descontrol y eso no me gustaba nada. Aún seguían apareciendo cadáveres, eso tampoco me gustaba. Solo había una manera de acabar con todo eso. Tenía cuentas que arreglar con un fantasma [...] Si quedaba algo de él después de que lo encontrara, tal vez las cortes tendrían su día. Por ahora, yo iba a hacer lo posible por tener el mío. (112-113)

Los esfuerzos de Chepe por dar la espalda a los recuerdos de la Revolución no tienen tanto que ver con su desapego con respecto a esta sino más bien con las complicadas emociones de nostalgia y desencanto que le produce y que prefiere evitar. Así, una de las pistas que le deja la Argentina es una foto de los años setenta en la que aparecen varios guerrilleros argentinos. La foto le “hizo pensar en aquella época, que yo también había vivido, que nunca volvería a acontecer” (40). La relación de Chepe con el Sandinismo es, pues, compleja y su postura es cercana a una de desilusión con el movimiento y de nostalgia de todo aquello que soñó que la Revolución podía haber sido y nunca fue, por diversos motivos. Chepe encarna la postura de

toda una generación que se entregó con energía y ardor a la causa sandinista para acabar contemplando su fracaso y más adelante su corrupción y su transformación en un régimen autoritario de corte neoliberal pragmático (De Gori, “Uma crisis insospechada”)¹³⁷. Ya Gustavo Forero Quintero ha notado que la novela es una “aguda reflexión sobre el destino de la Revolución sandinista” (153) y que

constituye una muestra del desengaño de algunos escritores del subcontinente centroamericano con respecto del destino de la revolución socialista y, en particular, de la política contemporánea de los gobiernos de inspiración marxista de la región por su relación ambigua con la lógica del capital. (153)

Antes de la toma de Managua Chepe se desilusionó con la evolución del Sandinismo y abandonó una lucha por la que muchos jóvenes arriesgaron e incluso sacrificaron sus vidas, un sacrificio que al paso de los años le es imposible entender como nada más que fútil: “se apostaba la vida a cada hora, después sin saber en verdad por qué” (87). Sin embargo, es evidente también que los años pasados en Nicaragua fueron trascendentales para él y, aunque asegura, como ya hemos visto, que se ha dedicado a cultivar el olvido durante su retiro en Paraíso, todavía guarda algunos recuerdos materiales de su época revolucionaria: “una Makarov 9 mm, una antigüedad en verdad, que había guardado de los tiempos de la Revolución, tal vez por sentimentalismo” (46) y “un cuchillo de caza que guardaba desde los tiempos de la Revolución” (148). La novela retrata la experiencia de la Revolución para aquellos que la vivieron en primera persona como algo transformativo, y cuyo fracaso y progreso hacia el modelo neoliberal ha llevado ineludiblemente al desencanto. La novela

¹³⁷ Varias de las personas que ofrecen su testimonio en el documental *Last Chapter, Good Bye Nicaragua* de Peter Torbiörnsson expresan este tipo de sentimientos. Una mujer explica: “yo soy sandinista pero con los ideales de Sandino [...], pero que en la actualidad se han olvidado” (00:39:00-00:40:30). También un taxista le espeta al cineasta, refiriéndose al enriquecimiento ilícito de la élite sandinista desde los años ochenta: “el sacrificio de nosotros, ¿en qué se queda? En los bolsillos de ellos” (00:38:50-00:38:55). Otro personaje critica que el régimen de Ortega “is a caricature of what the Revolution used to be” (01:03:00-01:03:05).

denuncia pues que “la revolución sandinista terminó por ceder ante el capitalismo” (Forero Quintero 177), tras lo que solo quedan “el desengaño, la confusión y, en últimas, la sospecha respecto de la legitimidad de un sistema que no garantiza ni orden ni justicia a sus ciudadanos, solo el olvido” (Forero Quintero 177).

Este es el caso no solo de Chepe, sino también de la Argentina y de Olsson; este último pasa horas hablando con Chepe sobre el pasado, “tal vez [...] los únicos años que le habían valido la pena vivir” (87). Las palabras de Olsson evidencian esa nostalgia por las promesas rotas de la izquierda centroamericana:

Ahora estoy muy viejo y lo único que me quedan son las memorias de esos días que ya no vendrán más. Este mundo a mi alrededor ya no es el mío, ya no participo en él, todo me huele a herrumbre y a podrido. He vivido lo suficiente para ver los sueños que tuve, que tuvimos muchos, caerse a pedazos de la mano de los que habían prometido defenderlos. (83)

Al hablar con Olsson, Chepe y él hablan de sí mismos como de fantasmas del pasado. Cuando Chepe comprende que Gandini anda por la zona, probablemente con el objetivo de eliminar al sueco, decide alertarlo y “pasar a ver a Olsson, quería asegurarme de que sabía que yo no era el único fantasma que caminaba por la provincia” (107). En el contexto de la Costa Rica del siglo XXI, la figura del revolucionario es cercana a la del espíritu de alguien que ha muerto pero retorna del más allá: algo no solo que pertenece al pasado, sino que la mayoría no ve y que, en última instancia, da miedo.

Chepe también se reúne con la fiscal que va a llevar el caso, Patricia, que viene a representar a ciertos sectores de las jóvenes generaciones de la sociedad costarricense. Patricia se preocupa por el mundo en el que vive:

Había decidido no tomar un trabajo en uno de los más importantes bufetes privados del país, el cual había mostrado interés en ella. En vez, se había venido a una ciudad

que en la capital aún se consideraba “las provincias”, a trabajar para el Estado y recibir un sueldo mediocre. (99)

Desde el prisma bañado de ironía de Chepe, que ya ha experimentado la desilusión de luchar por un mundo mejor, la actitud de Patricia no puede sino resultar algo ingenua: “Usó frases como ‘hay que tratar de cambiar las cosas’, que intercalaba a cada momento con reflexiones sobre la ‘responsabilidad cívica’” (99). Sin embargo, Patricia, que ha crecido en una Centroamérica neoliberal ya pacificada, no tiene del todo claro que reabrir el caso del atentado sea productivo y le dice a Chepe que

[a]l final hay que preguntarse si vale la pena, la verdad. Hasta el mismo Pastora dijo, en esta entrevista de la que te hablaba, que las cicatrices están ya empezando a sanar, que no hay razón para hacerlas sangrar de nuevo. Aquí en el país, existen varias personas que piensan lo mismo, que dicen que se debería ya cerrar el caso, que veinticinco años es demasiado. (104)

Sin embargo, frente a la Costa Rica más joven para quien reabrir las heridas del pasado no tiene sentido, aquellos que estuvieron directamente implicados en ese pasado y que viven aún hoy bajo el peso de esas heridas tienen una perspectiva completamente diferente, tal como le cuenta Olsson a Chepe:

Al principio, la fiscal encargada del caso no me prestó mucha atención, creo que pensaba que estaba loco. Me dijo sin andar con rodeos, como dicen ustedes por aquí, que le parecía raro que hubiera decidido acusar, después de tanto tiempo, a Borge y al actual presidente de Nicaragua, de un crimen que ya casi todo el mundo había olvidado. Pues, yo no lo he olvidado, fue lo que le contesté. (92)

Las dos generaciones demuestran posturas de memoria completamente opuestas con respecto a la Revolución y la pasada violencia política, dos posturas antagónicas que es preciso negociar.

Y la generación que vivió la guerra también la recuerda de formas diferentes. Es interesante notar que son precisamente los personajes que no ceden al clima de apatía generalizada y actúan de acuerdo a una serie de sólidos valores éticos los que militaron en el Sandinismo pero renunciaron a él más tarde o más temprano: es el caso de Ilana, que deserta para no tener que asesinar a periodistas inocentes en el atentado contra Pastora; de Olsson; y del mismo Chepe. La novela sugiere que, habida cuenta de la evolución del movimiento sandinista, la única postura coherente era salirse del movimiento. La falta de alternativas con que resistir a la alienación neoliberal sume a los personajes, sin embargo, en una nube de polvo, abulia y olvido. Aquellos que, como Gandini, siguieron ciega y obtusamente los mandatos de una Revolución que negaba los derechos humanos mientras cedía a la agenda del capital transnacional, son los que carecen de compasión, empatía y, en última instancia, humanidad.

Gandini es, entonces, retratado en numerosas ocasiones como un psicópata: un asesino frío, calculador y muy profesional, carente de emociones y empatía. Olsson, por ejemplo, destaca cómo fue capaz de asesinar y mutilar gravemente a aquellos periodistas con los que había compartido durante días estancias en hoteles, mesa y charlas. Unos sanitarios que atienden a Gandini después de un accidente de tráfico reportan más adelante al Gato que mostró una extremada frialdad, una insensibilidad total al dolor pese a sus heridas y unos nervios de acero impropios de alguien que acaba de estar en una colisión (122). Del mismo modo, en la balacera final don Chepe observa la “calma metódica” (153) con que opera el argentino, que no se inmuta al recibir un tiro en el estómago (153). Cuando por fin se ven a los ojos, Gandini devuelve una mirada vacía que denota su falta de humanidad: “En toda mi vida nunca había visto una mirada así. Era como encontrarse de frente con un hoyo negro” (153).

La novela de Quirós viene de esta manera a desenmascarar no solo el mito de la Suiza centroamericana, sino también el de la Revolución Sandinista. El Sandinismo se revela finalmente como un mito más que han construido los discursos de los años setenta y ochenta y la producción cultural canónica como el testimonio *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* de Omar Cabezas o la novela *La mujer habitada* de Gioconda Belli. Quizás el autor sugiere que no es hasta que ambos mitos hayan sido desmontados que podrán los pueblos centroamericanos empezar a construir proyectos políticos y socioeconómicos que, en un mundo irremediamente globalizado, escapen a las lógicas de la antigua izquierda marxista autoritaria y a las del mandado de la élite neoliberal.

4.5. Conclusiones

Daniel Quirós ha admitido que el género negro siempre le ha interesado “como un medio –estético e ideológico– para explorar diferentes aspectos de la realidad de mi país” (Lee y Cuadrado 146). Para él, la popularidad del género permite a los autores usarlo como una suerte de “Caballo de Troya” de la concienciación política¹³⁸ (Lee y Cuadrado 146). Su novela *Verano rojo* ficcionaliza el atentado de La Penca para llevar a cabo una serie de consideraciones críticas sobre la evolución del Sandinismo y la identidad nacional costarricense. El texto cuestiona y desmonta los mitos fundacionales de la supuesta Suiza centroamericana, que en realidad está lejos de ser la nación igualitaria, regida por los derechos humanos, la justicia, la seguridad y el acceso universal a los servicios públicos que pretende ser. Por el contrario, Quirós deja al desnudo el mito de la historia costarricense como la de una nación que ha sido ajena a la violencia y se ha mantenido neutral, y sugiere que la sociedad costarricense tiene pendiente una revisión crítica de su pasado, incluyendo su implicación en las guerras del Istmo. La Costa Rica del siglo XXI es un país que ha sido radicalmente transformado por el neoliberalismo, en el que hay una gran brecha social que

¹³⁸ Quirós recoge esta idea que asocia los productos culturales al caballo de Troya del director de cine Steven Soderbergh (Lee y Cuadrado 146).

privilegia solamente a unos pocos. En el marco de la apatía y la abulia alimentadas por la cultural neoliberal, y de la inoperatividad de los servicios públicos y de la justicia, queda en manos de la ciudadanía establecer iniciativas alternativas con las que luchar en contra de la impunidad y resistir el modelo socioeconómico impuesto. Los exsandinistas de la novela viven alienados en un mundo en el que ya no encajan ni su visión ni sus ideales, y tratan de olvidar la ilusión transformadora con que vivieron la Revolución ahora que el Sandinismo se ha corrompido en un régimen autoritario similar al de la dictadura somocista que derrocó. La novela se inserta así no solo en la amplia producción centroamericana contemporánea que expresa un profundo malestar tanto con el devenir de los proyectos revolucionarios izquierdistas del pasado siglo como con el actual sistema neoliberal, sino también en una creciente producción costarricense articulada en torno al cuestionamiento y desmontaje de los mitos identitarios de Costa Rica como una nación blanca, democrática, igualitaria y neutral.

5. Conclusiones

Las novelas analizadas en este capítulo ofrecen miradas diferentes acerca de qué se recuerda y cómo se recuerda la violencia política en Centroamérica. La investigación de los detectives más o menos al uso que encontramos en estas tres obras sirven como excusa para ahondar en el pasado, que se representa como un misterio que desentrañar. La revisión realizada deja patente que los tres autores critican las políticas hegemónicas de olvido imperantes en el Istmo y que defienden la necesidad de llevar a cabo una indagación social profunda en el pasado colectivo como única manera de cerrar las cuentas pendientes que siguen siendo fuente de dolor para algunos en el presente. Solo una Centroamérica que haya revisitado su pasado y se enfrente a los complicados y dolorosos procesos de elaboración del trauma y el duelo podrá construirse en el futuro como una sociedad realmente en paz. Los tres autores señalan, además, que el contexto de la posguerra, marcado por la perpetuación de la

violencia por otras vías y de la desigualdad social a través de las políticas neoliberales, impiden la correcta realización de este trabajo de memoria. El recorrido por las tres novelas nos invita, además, a considerar diferentes formas políticas de comprender la memoria. Los tres trabajos defienden la necesidad de hacer memoria, pero ofrecen respuestas diferentes a esta necesidad. Así, *El material humano* señala que es imposible, o acaso poco ético, narrar la historia colectiva de las víctimas de la violencia en Guatemala; en su lugar, podemos optar únicamente por la memoria íntima y privada. *El sueño del retorno* también señala la imposibilidad de llevar a cabo un muy necesario trabajo de memoria para sanar colectivamente y sugiere que los salvadoreños han quedado atrapados en un ciclo de repetición traumática del que no parece que vayan a salir. Por último, *Verano rojo* no se limita a criticar las políticas de olvido en la Costa Rica neoliberal, sino que, además de señalar la necesidad de hacer memoria y deconstruir los mitos fundacionales del país, apunta a la organización social colectiva como vía para establecer instancias de resistencia al modelo neoliberal y explorar la memoria de la nación. Si en *El material humano* nos encontramos con un individuo incapaz de encontrar la salida del laberinto de la violencia y que se limita a recuperar la memoria de su propia intimidad, en *El sueño del retorno* nos topamos ya con una colectividad, aunque herida y carente de las herramientas necesarias para elaborar su memoria.

Las diferentes estrategias de confrontación del olvido imperante que estos autores proponen están relacionadas, en parte, con la edad de los escritores: Quirós nació en 1979, mientras que Rey Rosa y Castellanos Moya nacieron en 1958 y 1957, respectivamente, de modo que los separa casi una generación. Es precisamente el autor más joven de los tres estudiados el que apunta a la colaboración entre diversos grupos sociales como la única forma viable de encaminar los países centroamericanos hacia unas políticas de memoria que puedan contribuir con procesos colectivos de sanación. El costarricense participa con sus colegas del

cuestionamiento crítico de los movimientos sociales de izquierda del pasado siglo, pero parece sugerir que el fracaso de estos no impone necesariamente la resignación, o el abandono de las luchas por el cambio social, pero sí propone que este cambio debería realizarse por canales diferentes a los del pasado, ya que el mundo que habitamos hoy también es diferente. Las tres novelas hacen pues un comentario político relevante sobre las formas en que las sociedades centroamericanas rememoran (o silencian y olvidan) la violencia de las décadas previas y no dejan de insistir en la necesidad de saldar las cuentas con el pasado.

IV

Sujetos en tránsito: la experiencia diaspórica

1. Introducción

Numerosos académicos han señalado la paradoja de la economía neoliberal en torno a la movilidad, y es que se favorece la libre circulación de bienes y capital mientras se criminaliza y restringe fuertemente la circulación de personas. En Centroamérica, “se estima que entre un 10 y un 12 por ciento de la población de la región ha abandonado sus países de nacimiento, en su mayoría como parte de migraciones intra o extrarregionales” (Sandoval García XVI). Sonja Wolf afirma que para muchos salvadoreños “seeking asylum abroad is often the only way to escape gang-related persecution” (3). En el podcast *Voces migrantes*¹³⁹ varios centroamericanos y centroamericanas con estatus de refugiado en México relatan su viaje como migrantes indocumentados y las causas que los llevaron a tomar la decisión de emigrar. Prácticamente todos ellos señalan la violencia pandillera como el factor determinante. Este no es, por supuesto, el único factor: también influyen la pobreza, la marginalidad social, el cambio climático, la falta de oportunidades y la violencia de grandes proyectos extractivistas que obligan a la gente a abandonar sus comunidades.

Sandoval García ha analizado el fenómeno de las migraciones de centroamericanos relacionándolo directamente con el del neoliberalismo:

en Centroamérica se desencadenan, especialmente como consecuencia de políticas neoliberales, procesos de emigración forzada y, simultáneamente, el incremento de controles migratorios, entre los cuales se pueden citar la externalización de fronteras, el cumplimiento de la ley (Law enforcement), entre otros, hacen que la posibilidad de inmigrar se vuelva más difícil. (XXII)

¹³⁹ El podcast es parte de una iniciativa coordinada por Sonja Wolf, Forced Migration from Central America Project (FMCAP) del Programa de Política de Drogas del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), en colaboración con ACNUR, las Casas del Migrante de Tijuana, Saltillo, Guadalajara y Aguascalientes, el Proyecto Habesha y el Programa Casa Refugiados.

Esta dinámica genera, naturalmente, una fuerte contradicción o paradoja, pues “las políticas económicas neoliberales expulsan a estas personas y las políticas securitarias las contienen” (Sandoval García XXV).

En la economía neoliberal de la exportación de mano de obra barata, las remesas llegan a alcanzar “un porcentaje considerable del valor de las exportaciones y del Producto Interior Bruto” (Sandoval García 14). En 2013, estas alcanzaron un 10% del PIB en Guatemala (Sandoval García 14), mientras que en El Salvador en 2016 “about a quarter of the native-born population resides outside the country and remittances exceed \$3.5 billion annually, equivalent to about 16 percent of GDP” (Binford 266). En la era del mercado global, Centroamérica ha transnacionalizado su activo de mayor valor: la mano de obra de bajo coste (Robinson 203, Sandoval García 15)¹⁴⁰. Las remesas ya se han convertido en una parte vital de la economía nacional y son indispensables para la supervivencia de muchas familias de clase trabajadora, así como para muchas micro-empresas y para el sector informal (Robinson 207). La migración de trabajadores es, como señala Robinson, un rasgo estructural de la nueva economía global (270), aunque como ya he mencionado este modelo descansa sobre una contradicción: mientras que el flujo de bienes es libre, el de personas no lo es, ya que su movimiento se controla jurídicamente (274) y se criminaliza. El trabajo inmigrante viene a reemplazar en la nueva era económica las anteriores prácticas coloniales de control sobre el trabajo (274).

En cualquier caso, las comunidades diaspóricas centroamericanas no son un fenómeno reciente, sino que se remontan a los procesos de neoimperialismo y violencia política, en los que los Estados Unidos ha tenido un rol fundamental desde finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX (Alvarado, Estrada y Hernández). Tras la firma de los distintos acuerdos de

¹⁴⁰ De acuerdo con Robinson, los migrantes centroamericanos en Estados Unidos “have largely moved into the lowest rungs in the service sector, often in the informal sector, including child care, domestic service, hotel and restaurant employment, food processing, cleaning, hairdressing and so on” (276).

paz, sin embargo, muchos centroamericanos siguen desplazándose hacia otros países del Istmo (Costa Rica principalmente), México y Estados Unidos. Una compleja red de violencias sigue forzando a cientos de miles de centroamericanas y centroamericanos a aventurarse en un peligroso viaje como indocumentados más allá de sus fronteras nacionales. Entre los motivos para migrar, se encuentran la pobreza, la falta de oportunidades laborales, la inseguridad ciudadana y la violencia del crimen organizado, de las pandillas y del Estado, la violencia de género, la homofobia y la transfobia, y los proyectos extractivistas que acaban con los medios de vida de las comunidades en las áreas rurales del Istmo.

Las experiencias de la diáspora centroamericana han sido, naturalmente, un motivo literario importante para los autores del Istmo y la misma diáspora. Entre otros muchos textos, estas experiencias constituyen el tema central de la colección de cuentos *Olvida uno* (2005) de Claudia Hernández, la colección de crónicas periodísticas *Los migrantes que no importan* (2010) de Óscar Martínez y el poemario *El libro centroamericano de los muertos* de Balam Rodrigo¹⁴¹. La migración es uno de los ejes temáticos en torno a los que giran, además de la novela *Lluvia del norte* de Daniel Quirós, las novelas *Morongá* y *El sueño del retorno* de Horacio Castellanos Moya, cuya primera novela se titula precisamente *La diáspora* (1989). Los autores de la segunda generación o generación 1.5 de la diáspora también han escrito sobre el complejo tema de la migración y la identidad transnacional, como podemos observar en *The Long Night of White Chickens* del estadounidense de ascendencia guatemalteca Francisco Goldman, *The Tattooed Soldier* del estadounidense de ascendencia también

¹⁴¹ Aunque Balam Rodrigo es de nacionalidad mexicana, él mismo se identifica, dada su procedencia chiapaneca, como centroamericano. De todas formas, numerosos autores mexicanos han tratado también el tema de la migración centroamericana. Algunas de las obras más relevantes son las novelas *La mara* (2004) de Rafael Ramírez Heredia, *La fila india* (2013) de Antonio Ortuño, *Las tierras arrasadas* (2015) de Emiliano Monge, *Amarás a Dios por sobre todas las cosas* (2013) de Alejandro Hernández, *Señales que precederán al fin del mundo* (2009) de Yuri Herrera, además de la colección de cuentos de no ficción *Yo tuve un sueño: el viaje de los niños centroamericanos a Estados Unidos* (2018) de Juan Pablo Villalobos y las obras publicadas en inglés por la mexicano-estadounidense Valeria Luiselli, como la novela *Lost Children Archive* (2019) o el ensayo personal *Tell Me How It Ends. An Essay in Forty Questions* (2017). Tanto el cine de ficción como el documental se han ocupado también extensamente de representar las experiencias de la migración y la diáspora centroamericanas.

guatemalteca Héctor Tobar, o en *The World in Half* de la estadounidense de ascendencia panameña Cristina Henríquez.

Tal como ha señalado acertadamente Ana Patricia Rodríguez, es imposible comprender las culturas centroamericanas si se excluyen las narrativas del exterior del Istmo, por lo que los estudios comprensivos de literatura centroamericana deberían incluir la producción cultural de la diáspora:

Central American narratives transect and transcend national political boundaries and traverse the entire region, destabilizing not only insular and isolationist notions of national literatures but also integrative and holistic readings of the Central American region and its cultures and peoples. (*Dividing the Isthmus* 3)

La producción cultural centroamericana de la diáspora en Estados Unidos, tanto en español como en inglés, es rica y amplia. En poesía, destaca la producción de Quique Avilés, Yesika Salgado, Maya Chinchilla, Janel Pineda, Martivón Galindo, Karina Alma, Leticia Hernández-Linares, Christopher Soto, Alexandra Lytton Regalado, Raquel Gutiérrez y Cynthia Guardado, entre otros autores, mientras que entre los narradores de ficción podemos mencionar, sin ánimo de ser exhaustiva, a Mario Bencastro, Arturo Arias, Daniel Joya, David Unger, Héctor Tobar, Roberto Quesada, Ruben Reyes Jr., Francisco Goldman y Alejandro Varela¹⁴². En narración de no ficción contamos con trabajos excelentes de Francisco Goldman, así como con las memorias de Roberto Lovato y Javier Zamora, y los textos híbridos de Claudia D. Hernández. Entre otras publicaciones colectivas e iniciativas culturales se encuentran las antologías *The Wandering Song* (2017), editada por Héctor Tobar, Juan José

¹⁴² Me he limitado aquí a mencionar a escritores, pero, por supuesto, también hay una amplia producción cultural en otros ámbitos como la música, el cine, las artes plásticas, la performance y la actuación. El capítulo 6 de *Dividing the Isthmus* de Ana Patricia Rodríguez ofrece una visión panorámica de la producción cultural centroamericana de la diáspora en Estados Unidos. Para profundizar en el tema, también es recomendable la lectura del capítulo 10 de *Taking Their Word* de Arturo Arias, así como el más reciente y actualizado volumen colectivo de 2017 *U.S. Central Americans: Reconstructing Memories, Struggles and Communities of Resistance*, editado por Karina Alvarado (actualmente Alma), Alicia Ivonne Estrada y Ester E. Hernández.

Dalton, Leticia Hernández Linares y Rubén Martínez, que es la primera colección de textos literarios de la diáspora centroamericana en Estados Unidos, e *Izote Vos* (2000) publicada en Los Ángeles y editada por Kim Cowy, que recoge poesía, fotografía y no ficción salví¹⁴³; la plataforma para poetas indocumentados Undocupoets, creada por Javier Zamora y Christopher Soto; el Tierra Narrative Collective y la revista literaria *La Piscucha Magazine*.

Arturo Arias ha criticado la invisibilidad de la comunidad centroamericana en la cultura estadounidense (*Taking Their Word* 185)¹⁴⁴, así como su invisibilidad, remesas aparte, como entidad cultural en sus países de origen, donde, según Arias,

there is very little consciousness of their existence in their countries of origin, where, culturally oblivious to globalization tendencies, the leaders are still attempting to form an elitist nationalist consciousness that, for the most part, excludes this population that flows invisibly across the border, in and out. (*Taking Their Word* 192)

Esta invisibilidad parece ir, sin embargo, en retroceso. Así, el escritor salvadoreño Miguel Huezo Mixco incluyó a varios poetas salvís en su respuesta a ser preguntado por recomendaciones literarias salvadoreñas actuales en un episodio de podcast (*Desesperaciones Aparentes*).

¹⁴³ Los estadounidenses de ascendencia salvadoreña se autoidentifican desde hace ya algunos años como *salvis*. El término es ampliamente empleado entre los milénials y las generaciones más jóvenes en ciudades con una gran población salvadoreña, como Los Ángeles o Washington D.C.

¹⁴⁴ También ha destacado la invisibilidad y marginalización sistemáticas a las que se han visto sometidos los estudios culturales centroamericanos en el ámbito de la academia estadounidense: “Being a ‘Central Americanist’ is synonymous with being a nonentity in traditional departments, indeed in most departments, despite a growing number of Central American students eager to learn about the literary history of their native cultures” (*Taking Their Word* 186), y agrega que “the exclusion of Central America is not just a problem in ‘mainstream’ or canonical studies of Latin American literatures; it is even the norm in studies of ‘marginal’ literatures” (*Taking Their Word* 187). No hay que perder de vista, sin embargo, que estas aseveraciones tienen ya más de quince años, y no es imprudente decir, en mi opinión, que el panorama ha cambiado enormemente y que, aunque los estudios centroamericanos no reciben aún el lugar que merecen habida cuenta de la enorme presencia de la comunidad en el país, hay un creciente y palpable interés por la región. Este interés puede estar motivado en buena medida por el hecho de que muchos centroamericanos de segunda generación o generación 1.5 están llegando a las universidades, y, como es lógico, son atraídos por los cursos que tratan su cultura familiar y comunitaria. Todo apunta a que en los próximos años seguiremos presenciando un aumento del interés en el estudiantado universitario por estas clases y, como consecuencia, un interés creciente también en los departamentos de humanidades y ciencias sociales por incluir a profesorado centroamericano y/o centroamericanista. Una prueba de la creciente notoriedad de esta comunidad y su producción cultural es el reciente artículo en el *Los Angeles Times* dedicado a la literatura de la diáspora salvadoreña (Soto).

En este capítulo analizo la representación de la experiencia diaspórica en las novelas *The Long Night of White Chickens* de Francisco Goldman, *Moronga* de Horacio Castellanos Moya y *Lluvia del norte* de Daniel Quirós. El estudio de estas novelas deja de manifiesto que los autores consideran que la transformación neoliberal del Istmo es el origen de las actuales comunidades diaspóricas centroamericanas, y que esta transformación se remonta a la época de los conflictos armados en la región, cuando se produjeron ya grandes desplazamientos forzados. De este modo, las novelas analizadas proponen que el núcleo de la experiencia diaspórica se encuentran entrelazado con la agenda neoliberal y la violencia política. Las tres novelas señalan asimismo los modos en que la transnacionalización del capital y la actividad económica han conllevado también la transnacionalización del crimen organizado. Cada uno de los autores nos presenta una postura distinta sobre los centroamericanos allende Centroamérica en relación a los cambios económicos experimentados en la región. Tanto Goldman como Quirós apuntan a la necesidad imperiosa de establecer lazos de solidaridad y colaboración transnacionales mediante los que construir redes organizativas de resistencia y acción. Por su parte, Castellanos Moya presenta una imagen más pesimista de las posibilidades de resistencia política de la diáspora y sugiere que solo aquellos que continúen perpetuando dinámicas de violencia, ahora mediante el crimen organizado, y fomenten las políticas de olvido van a sobrevivir en las peligrosas aguas de la vida en el extranjero, mientras que aquellos que actúen de forma pacífica y deseen llevar a cabo trabajos de memoria se verán atrapados en calidad de víctimas en un sistema perverso en el que el crimen, como todas las demás áreas de la economía, también se ha globalizado. El capítulo establece un recorrido sincrónico que empieza con *The Long Night of White Chickens*, un texto publicado a principios de los años noventa y que da cuenta de la emergencia de las comunidades diaspóricas durante la guerra, para pasar a continuación a *Moronga*, que se centra en la vida de esos sujetos diaspóricos que dejaron el Istmo durante las guerras, pero

explorando la experiencia de estos individuos décadas después de que abandonaran el Istmo, ya en el siglo XXI. Por último, la novela de Quirós se centra en una diáspora más reciente: la originada por la falta de oportunidades y pobreza que desplaza a miles de migrantes entre Nicaragua y Costa Rica. La novela señala al fracaso de la Revolución Sandinista y, con ella, de un proyecto sociopolítico basado en la justicia económica y la igualdad social, como el motivo principal que planea sobre el desplazamiento masivo de los nicaragüenses en la actualidad.

2. Niños en venta y el misterio de la identidad diaspórica: *The Long Night of White Chickens* de Francisco Goldman

Francisco Goldman nació en Boston en 1954 hijo de padre judío estadounidense y madre guatemalteca y católica. Ha publicado narrativa, ensayo y periodismo y su última novela, *Monkey Boy* (2021), fue finalista del premio Pulitzer. Goldman forma parte de un nutrido grupo de narradores estadounidense-centroamericanos de segunda generación nacidos antes de la década de los ochenta, en el que podríamos incluir también a David Unger (nacido en Guatemala y el único escritor en lengua inglesa en recibir el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias), Héctor Tobar (nacido en 1963 en Los Ángeles) y Marcos McPeck Villatoro, quien es autor de una saga policial protagonizada por la detective salvi Romilia Chacón¹⁴⁵. La obra de Goldman ha explorado consistentemente temas ligados a Centroamérica y sus diásporas¹⁴⁶. Su monumental crónica *The Art of Political Murder: Who Killed the Bishop?* (2007), que expande el artículo “Who Killed the Bishop?” publicado

¹⁴⁵ La saga está compuesta, hasta la fecha, por las novelas *Home Killings* (2001), *Minos* (2005), *A Venom Beneath the Skin* (2005) y *Blood Daughters* (2011). El autor ha publicado también obra poética, novela no policial y memorias.

¹⁴⁶ Con la excepción de su novela autobiográfica *Say Her Name* (2011), tributo a su esposa, la escritora Aura Estrada, trágicamente fallecida en un accidente de surf, todas las demás novelas de Goldman abordan el Istmo de forma central: además de la que aquí nos ocupa, son *The Ordinary Seaman* (1997), *The Divine Husband* (2004) y *Monkey Boy* (2021).

originalmente en el *New Yorker* (Bach), es una minuciosa investigación en torno al asesinato de monseñor Gerardi en 1998 y ha sido recientemente adaptada por HBO como documental homónimo. A pesar de su temática, la obra narrativa de Goldman se inserta claramente en la tradición literaria judía estadounidense en la línea de Philip Roth. Así, Marc Zimmerman considera que *The Long Night of White Chickens* es una “variante fascinante de la novela judeo-americana” (664)¹⁴⁷. Por ello, es considerado a menudo, en palabras del escritor salvadoreño Miguel Huezo Mixco, “un escritor más americano que guatemalteco” (conversación). La novela que aquí nos ocupa fue ganadora del Sue Kaufman Prize para primeras obras de ficción, otorgado por la Academia Americana de las Artes y las Letras, así como finalista del Premio PEN/Faulkner (Bach).

Arturo Arias ha acuñado la etiqueta de “Central American-American” (“Central American-Americans”) para referirse a los centroamericanos estadounidenses, un término que Cynthia Martínez considera “awkward” (152), mientras que Alvarado, Estrada y Hernández proponen el uso de “U.S. Central Americans”. En el caso de Goldman, mientras que Ana Patricia Rodríguez lo incluye en el “US-based Latino literary sub-canon” (“Literatures of Central Americans” 446), Arias propone que se trata, en realidad, de un escritor binacional (Central American-Americans 169). Arias también sostiene que *The Tattooed Soldier*, publicada en 1998 por el autor Héctor Tobar, hijo de inmigrantes guatemaltecos, es la primera novela escrita en inglés por un autor guatemalteco-estadounidense (“Central American-Americans”), un honor que le corresponde, en realidad, a *The Long Night of White Chickens*, publicada seis años antes¹⁴⁸.

¹⁴⁷ Los grandes exponentes de esta narrativa serían Gertrude Stein, Saul Bellow, Philip Roth, y, más recientemente, Jonathan Safran Foer, Nicole Kraus y Jonathan Lethem. Un rasgo habitual de esta literatura es la expresión de una angustia existencial relacionada con el genocidio nazi, la problematización de la fe y la identidad judías en el contexto de Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial. También hay una serie de temas que son recurrentes en la narrativa judeo-estadounidense, como la inmigración, la asimilación, la alienación cultural y la (post)memoria de la comunidad judía en Estados Unidos. Para profundizar en este tema, se puede consultar el volumen *The Jewish American Novel* (2007) de Philippe Codde.

¹⁴⁸ Por mi parte, entiendo que la “centroamericanidad” de los autores no debe medirse según porcentajes de sangre tal como pretende Arias, y que la filiación de Goldman como guatemalteco de segunda generación es

Publicada antes del final de la guerra civil guatemalteca, *The Long Night of White Chickens* (1992) es una ambiciosa novela de más de 500 páginas centrada en torno a las averiguaciones que el joven Roger Graetz hace en Guatemala en torno al asesinato de su cuidadora de la infancia, Flor de Mayo Puac. La novela está dividida en tres partes y casi todos los capítulos son narrados en primera persona por el mismo Roger, aunque hay excepciones: algunos capítulos intercalan segmentos en primera y en tercera persona, otros van completamente en la tercera persona y algunos en la segunda, siendo Flor de Mayo el sujeto del “tú” narrativo. Roger es un álgter ego del autor: también es hijo de una madre guatemalteca católica, Mirabel, y un padre judío estadounidense, Ira, y se cría en los suburbios de Boston. Al igual que Roger, Goldman también acompañó a su madre en numerosas ocasiones en visitas a Guatemala y sufrió de tuberculosis a una edad temprana; de este modo, la novela es “[l]argely autobiographical” (Bach). En la novela, la abuela materna de Roger, que pertenece a la clase alta chapina y no ve con buenos ojos que su hija tenga que dedicarse, además de a su trabajo remunerado, a las tareas del hogar, adopta en un orfanato de la Ciudad de Guatemala a una adolescente, Flor de Mayo Puac, para enviársela a su hija y que trabaje como su “sirvienta” en los Estados Unidos. Incómodo con este arreglo de dudoso carácter ético, el padre de Roger acoge a Flor casi como a una hija y, aunque ella lleva a cabo todo el trabajo doméstico de la casa y cuida de Roger a cambio de una asignación, la matricula en la escuela. Flor progresa lentamente a través de la primaria y la secundaria estadounidenses y, finalmente, cursa su carrera en la prestigiosa universidad de Wellesley. Después de graduarse, trabaja un tiempo en Nueva York, pero en 1979 abandona sus planes de estudiar Derecho y se traslada a Ciudad de Guatemala para dirigir un orfanato llamado Los Quetzalitos. En 1982 visita Nueva York y Boston por última vez y, cinco meses después de esta visita, el 17 de febrero de 1983, aparece asesinada en su dormitorio/oficina del orfanato.

indisputable. Marta Caminero-Santangelo es de la misma opinión y critica los parámetros de quién es considerado centroamericano y quién no que tratan de cuantificar y medir la identidad individual.

Tras su asesinato, abundan los rumores de que estaba implicada en un caso relacionado con el tráfico de niños. Roger, que, al contrario que Flor, ha sido académica y profesionalmente mediocre, trabaja como camarero en Nueva York y un día se reencuentra con Moya, su amigo de la infancia durante sus veranos en Guatemala y, en el presente de la novela, un brillante periodista de orígenes humildes que ha completado estudios en Harvard¹⁴⁹. Juntos deciden investigar el asesinato de Flor y, para ello, Roger se traslada a Ciudad de Guatemala. El presente de la acción tiene lugar entonces durante esta investigación, y las analepsis para detallar circunstancias del pasado familiar de Roger o de su infancia son constantes, creando una historia densa y compleja.

Al centrar la cuestión de las adopciones ilícitas y el tráfico infantil, la novela sugiere que el beneficio económico de las élites militares fue una cuestión nuclear en la guerra civil guatemalteca. Del mismo modo, a través de la ubicación de Roger como un personaje alienado en el contexto de Ciudad de Guatemala y mediante la resolución insatisfactoria del misterio, el autor apunta a las dificultades que la comunidad diaspórica ha enfrentado para comprender de forma completa las circunstancias de la violencia y la guerra en Guatemala, que se presentan como inaccesibles para aquellos que son, al menos en parte, foráneos.

2.1. Niños en venta: transformación neoliberal, violencia política y la cuestión de las adopciones internacionales

La mayor parte de la acción de la novela se desarrolla en el contexto de una Guatemala sumida en brutales procesos de violencia política. En última instancia, es solo natural que finalmente el asesinato de Flor quede sin resolver, del mismo modo que miles de asesinatos quedarán también irresueltos e impunes para siempre. La posibilidad de convertirse en el objetivo de un escuadrón de la muerte y el terror y la paranoia que esto conlleva

¹⁴⁹ Marc Zimmerman ha identificado como la inspiración del personaje de Moya a Julio Godoy, “periodista clave del diario radical, *La Época*” (654, énfasis en el original), que acabó por exiliarse en Estados Unidos después de que dicho periódico cerrara.

permean la vida diaria. Así, Roger está un día en una cafetería y Moya, que también está allí con unos amigos por pura casualidad, lo ve y lo llama por su nombre:

That they knew my name utterly panicked me, blinded me from any possibility of recognition. It's supernatural, almost, the way Guatemala infests you. I don't think I'd ever given it deep thought, exactly, but now I suddenly knew that the worst nightmares the country has to offer could begin just like this... (28)

En la novela, la violencia política es inescapable incluso para aquellos protegidos por el privilegio de un pasaporte extranjero: una diplomática escandinava colaboraba con guerrilleros hasta que un día un escuadrón de la muerte entró en su casa burlando las modernas alarmas de seguridad y la sometió a tortura (410-411). Las instancias que señalan que Guatemala está inmersa en una sangrienta campaña de contrainsurgencia reaparecen frecuentemente en la novela. En una carta a Roger, Flor le cuenta sus planes para pasar una noche tranquila: "I'll walk home, sit out on my balcón tonight, and listen for far off gunshots and squealing death-squad tires. Lovely" (208). Cuando Roger y su padre van al depósito de cadáveres a realizar el reconocimiento del cuerpo de Flor, este se halla entre los de dos hombres que han sido torturados y ejecutados por el Estado (48-49).

La novela da cuenta de que la transformación neoliberal de Guatemala se inició ya durante estos procesos de violencia, como ha notado William I. Robinson (99, 102-103). En una carta a Roger, Flor le describe los cambios que ha experimentado la desértica y marginal región de Chiquimula donde ella nació:

Things have changed out there, Roger. People mainly grow tobacco for the foreign companies now, who teach them how and have brought in irrigation of a sort from the Río Motagua, which often doesn't have much water anyway. You see this little sprinkler systems, dancing weeds of water in the dust. So a lot has stayed the same

too. The people out there must be even poorer than the Indians in the highlands
because the land is so dry... (198)

En el centro de esta transformación económica en Guatemala que se inicia durante la guerra está el negocio de las adopciones internacionales. Así, Flor asegura que trabaja “running an orphanage in the middle of an all-out orphan generating war” (94): en la lógica neoliberal imperante, ante el panorama de lidiar con el “excedente” de niños, la solución es dar salida al producto-niño mediante la exportación. La novela señala las formas en que estos fenómenos, guerra, transformación neoliberal y adopciones, están íntimamente relacionados. En una ocasión, por ejemplo, Flor lleva a sus huérfanos de excursión y su vehículo es detenido en un retén militar para una inspección rutinaria habitual en tiempos de guerra. Muchos de los niños sufren una grave crisis de pánico y piden a gritos que por favor no los maten (109), señalando de este modo que son supervivientes de las masacres que el ejército está cometiendo en el altiplano.

Rachel Nolan explica que una legislación excesivamente laxa permitió que, entre 1996 y 2008, Guatemala se convirtiera en uno de los principales países donde los estadounidenses llevaban a cabo adopciones internacionales. En la transformación neoliberal del Istmo, una de las nuevas formas de acumulación de capital ha sido la exportación, y Guatemala se especializó en la exportación de bebés. Este boom fue propiciado por una ley aprobada en 1977 para “dar salida” al “excedente” de huérfanos consecuencia de la guerra. Esta ley permitía que las adopciones fueran tramitadas por despachos privados de abogados sin la supervisión del Estado, siendo Guatemala el único país en el mundo en facilitar de tal modo las adopciones internacionales rápidas: el proceso podía completarse en apenas seis meses. Se ha demostrado que con mucha frecuencia la documentación de los bebés era falsa y que quienes constan como sus padres biológicos no lo son. Testimonios de militares han confirmado que era relativamente común salvar la vida de algunos niños durante las masacres

en el altiplano para que estos fueran dados en adopción, lo cual constituye en sí un acto de genocidio tal como lo describe la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio de las Naciones Unidas de 1948¹⁵⁰. Los documentos de muchos niños adoptados durante la guerra, especialmente aquellos que fueron entregados por las fuerzas del ejército o la policía, a menudo están falsificados; también se han encontrado abundantes pruebas de que se rechazó reunificar a los niños con los parientes que fueron en su búsqueda si estos no eran capaces de proveer un certificado de nacimiento o evidencia de parentesco, documentos de los que carece la mayoría de personas de bajos recursos en el país. A menudo los menores eran secuestrados en aldeas indígenas que habían sido atacadas por el ejército, mientras que otros eran robados en los propios hospitales por enfermeras que luego decían a las madres que el infante había fallecido en el parto o había nacido muerto¹⁵¹. Era común asimismo que los abogados guatemaltecos que tramitaban las adopciones pagaran a mujeres, llamadas jaladoras, para que ejercieran coerción sobre embarazadas o madres de muy bajos recursos para que entregaran a sus bebés a cambio de una compensación económica. En otras ocasiones, las jaladoras convencían a las madres analfabetas de firmar documentos aceptando una supuesta beca de estudios, cuando en realidad se trataba de la cesión del menor: la frecuencia de esta estrategia fue tal, que en algunas comunidades durante años nadie aceptó becas reales para sus hijos por temor a que se los llevaran (Nolan, “Destined for Export”).

Tras años de escándalo, la adopción internacional fue prohibida en Guatemala en 2008, y aún hoy cientos de adultos regresan al país en busca de la verdad acerca de sus orígenes. La Liga Guatemalteca de Higiene Mental es una organización sin ánimo de lucro que, entre otros proyectos, trabaja en la reunificación de infancias desaparecidas durante la

¹⁵⁰ Me refiero, específicamente, al “[t]raslado por fuerza de niños del grupo a otro grupo”, llevado a cabo “con la intención de destruir, total o parcialmente a un grupo nacional, étnico o religioso” (Oficina del Alto Comisionado).

¹⁵¹ Un caso similar es el centro del argumento de la película de ficción *Ixcánul* (2015) del cineasta guatemalteco Jayro Bustamante.

guerra con sus parientes biológicos (Nolan, “Destined for Export”). La organización Next Generation Guatemala también trabaja conectando a personas adoptadas con su familia biológica y proveyendo servicios y asistencia para la búsqueda. Poco después de la prohibición definitiva de las adopciones en 2008, la periodista Marielos Monzón publicó una columna de opinión en *Prensa Libre* en que calificaba la situación pasada de “mercado donde los seres humanos —niños y niñas guatemaltecos— se compraban y se vendían con absoluta facilidad, como si se tratara de un vehículo o una casa”.

La producción cultural centroamericana contemporánea ha abordado el tema de las adopciones internacionales desde distintos ángulos. Además de aparecer solapadamente en la ya analizada *Que me maten si...* de Rodrigo Rey Rosa, las adopciones ilícitas son el tema central de la más reciente *La noche viene sin ti* (2022) del escritor guatemalteco Julio Prado, quien trabajó durante años como fiscal en este tipo de causas. También son el núcleo del filme de ficción *Ixcanul* (2015) del cineasta guatemalteco Jayro Bustamante, así como de la crónica de periodismo investigativo *Finding Fernanda: Two Mothers, One Child, and a Cross-Border Search for Truth* (2012) de Erin Siegal. Una subtrama de la novela *Moronga* de Horacio Castellanos Moya, que analizo a continuación, gira también en torno a este tema.

En *The Long Night of White Chickens*, la población local está preocupada por el robo de niños. Una mujer en la novela recibe una paliza casi mortal estando con su propia hija cuando habitantes del lugar asumen erróneamente que estaba raptando a una niña para su posterior venta y adopción (154). Y una estadounidense le cuenta a Roger que cuando se acerca en su bici a aldeas remotas la reciben a pedradas, debido a los rumores en los pueblos sobre los extranjeros que roban bebés (464).

La novela es sin embargo completamente ambigua en torno a si Flor está o no implicada en negocios ilícitos y tráfico de menores. Por un lado, corrían rumores en Ciudad de Guatemala de que Flor tramitaba las adopciones operando de forma ilegal. Estos rumores

los confirman tanto el cónsul de Estados Unidos (75) como el propio Moya. Sin embargo, el cónsul advierte que, en realidad, nunca ha recibido ninguna evidencia sólida que confirme tales rumores (75) y que tanto él como su esposa conocían personalmente a Flor y no los creían (76), del mismo modo, Moya los atribuía al “extravagant cynicism, envy, hypocrisy, and paranoia that pervaded and poisoned nearly every aspect of Guatemala City life” (182). Sin embargo, aparece también la posibilidad de que Flor cometiera actividades ilegales con “buenas” intenciones: el cónsul insinúa que es posible que Flor tramitase las cosas en el límite de lo legal, pero únicamente para acelerar las adopciones y dar comienzo lo antes posible a la nueva vida de los huérfanos, es decir, por el beneficio de los niños y no con el objetivo de lucrarse (76-77). La misma idea sostienen tres monjas que colaboraban con Flor (127). Por ejemplo, una niña de Los Quetzalitos es huérfana de guerra, pero carece de la documentación que verifique la muerte de sus padres, lo cual paraliza su posible adopción. Flor se ofrece a ir a su pueblo natal a hacer averiguaciones y obtener los documentos, pero el texto imprime una sombra de sospecha sobre la afirmación e insinúa que Flor quizás se dirija al pueblo con intención de sobornar a las autoridades locales para que emitan documentación falsa (100-101). Del mismo modo, Moya como periodista recibe ocasionalmente información secreta de la G-2, y un día le hacen llegar un memorándum sobre orfanatos que llevan a cabo actividades ilegales (381): Flor de Mayo aparece mencionada en esa lista.

Conforme avanza la novela resulta cada vez más y más claro que las actividades de Flor, incluso si no caen en el ámbito de lo ilegal, son de dudoso carácter moral, tal como revela el caso de la niña indígena María de la Luz Caycam Quix, que es llevada al orfanato junto con su hermano Lucas por la monja sor Clarita después de que sus padres murieran huyendo de una masacre. María de la Luz, que tiene tres años, es pronto dada en adopción a un matrimonio francés, pero no queda registro alguno de la existencia o el paradero de su hermano de trece años, más allá del testimonio de la religiosa. Puesto que es mucho más

difícil dar en adopción a una niña pequeña junto con un adolescente, pero la ley impide separar a los hermanos en las adopciones, el texto especula con la posibilidad de que el asunto fuera “arreglado” de alguna forma para que la pequeña fuera entregada sola a los franceses, mientras que Lucas se ve presumiblemente abocado a una vida como niño de la calle (466-472). Esta idea se ve reforzada en la novela por el significativo apellido de los padres adoptivos, De Prey, el cual apunta a las dinámicas depredadoras de los adoptantes que, una vez más, ponen de manifiesto las asimetrías existentes en estos procesos afectivos y transaccionales de carácter transnacional. En un dramático giro del argumento, los padres de María de la Luz y Lucas aparecen vivos y con intenciones, naturalmente, de reunirse con sus hijos. Sor Clarita funge como mediadora y los De Prey, a quienes califica de “good people” (536), se limitan a decir que no saben nada de Lucas y reaccionan de forma escéptica con respecto a la veracidad de la historia de los progenitores de María de la Luz, dudando que sean sus auténticos padres biológicos. Se niegan, sin embargo, a visitarlos en Guatemala temerosos de que las autoridades retengan a María de la Luz y se limitan a enviarles dinero: este gesto sella finalmente la adopción como una transacción comercial en la que el bienestar y el interés de la niña poco importan en realidad ante los deseos de consumo de los clientes De Prey.

La novela, así, mantiene una fuerte ambigüedad en torno a la figura de Flor y la legitimidad de sus actividades profesionales: resulta imposible saber si en efecto tramitaba adopciones ilícitas o no, si falsificaba documentación y si entregaba en adopción a niños que aún tenían parientes vivos. Es asimismo imposible saber si, en el caso de que incurriera en alguna de estas prácticas, lo hacía para lucrarse o pensando en el bienestar de los menores a su cargo. A través de estas tramas, Goldman problematiza la cuestión de las adopciones ilegales y las vincula a la violencia política de la guerra, la cual creó un contexto idóneo para el tráfico

de menores, que pasan a ser tratados como bienes de consumo para el mercado extranjero bajo la nueva lógica neoliberal.

2.2. “Born into a kind of labyrinth”: la subjetividad diaspórica y el enigma de la identidad propia

A través de las experiencias de los personajes, la novela explora las dinámicas de la subjetividad diaspórica y sus complicados afectos. Como centroamericano de la diáspora, Roger tiene una compleja relación con Guatemala, con la violencia política del país y con los guatemaltecos del Istmo como su amigo Moya. La subjetividad de Roger se construye a caballo entre dos mundos de forma precaria e incompleta, sin llegar a cumplir nunca enteramente las expectativas en torno a ser estadounidense o ser guatemalteco. Su identidad híbrida le abre espacios en ambos mundos, pero también restringe estos espacios y dicta los modos en que puede actuar dentro de ellos, así como las maneras en las que es percibido. En palabras del propio Roger, “origins such as mine –Catholic, Jewish, Guatemala, USA– can’t always exist comfortably inside just one person [...] you’ve been born into a kind of labyrinth” (234). En el ámbito norteamericano, Roger es identificado a menudo como el otro, extranjero, latino, y que no pertenece del todo o que incluso distorsiona de algún modo el espacio en el que habita. El protagonista de la novela se cría en Namoret, un suburbio ficcional de Boston, donde su madre decora la casa siguiendo el colorido y alegre estilo típico de las amas de casa latinas de la época. En consecuencia y para bochorno del pequeño Roger, los vecinos llaman a su vivienda “Copacabana” (66). Una vez durante su investigación, Roger entra en un bar estadounidense de Ciudad de Guatemala, el Lord Byron’s, y, debido a su aspecto de mestizo, la camarera se dirige a él en un torpe español. Roger la sorprende contestando con un marcado acento de Boston que refuerza para afianzar su reconocimiento como estadounidense y no como guatemalteco (132-133). Pero si los estadounidenses tienden a identificarlo como latino o como extranjero, sus amigos chapines harán lo propio: para

Moya, “Rogerio was [...] *yanqui* as apple pie (an apple pie with a Maya nose)” (308, énfasis en el original). Roger, entonces, experimenta una identidad a caballo entre dos naciones y dos culturas y tiende a ser percibido, tanto en el ámbito norteamericano como en el guatemalteco, como un elemento extraño.

Los personajes de identidad híbrida negocian hábilmente su pertenencia en estos espacios. En una ocasión, por ejemplo, Flor le dice a Moya que Roger podría ser reportero en Guatemala, ya que es medio guatemalteco, y Moya responde “whatever that means” (306). Flor le replica: “It can mean nothing or it can mean whatever he decides to make of it, this is the nature of the bicultural opportunity” (306), tras lo cual reflexiona en torno a la identidad nacional y (multi)étnica en Guatemala: ¿cómo de indígena puede llegar a sentirse un mestizo con rasgos fenotípicos mayas pero que conoce el altiplano peor que cualquier turista? (306-307). El lenguaje en una comunicación bilingüe ejemplifica también los retos de navegar dos ámbitos culturales con soltura: “‘*Fijese*’, said Moya... But how exactly to translate *fijese*?” (356, énfasis en el original).

La propia Flor encuentra dificultades cuando transita espacios guatemaltecos como una persona de origen indígena, huérfana y con un pasado como empleada doméstica, que ha podido escalar socialmente y ahora tiene ciudadanía estadounidense, un título universitario de una institución prestigiosa y un buen trabajo. Cuando visita Guatemala bajo la tutela de Mirabel, Flor se niega a asumir su rol social como “sirvienta”, mientras que la abuela de Roger y sus empleadas esperan que así lo haga. Estas le dicen que tiene que dormir con el servicio porque el único cuarto disponible no tiene cama y Flor, negándose a (re)entrar en el espacio del servicio doméstico y reclamando a través de la ocupación del dormitorio en la planta alta su rol social como miembro de la familia y estadounidense de visita, compra una cama para instalarse en ese cuarto. Después de tal desplante, pasa el resto del verano siendo evitada tanto por la familia como por las criadas y hablando únicamente con Roger. Cuando,

ya siendo la directora del orfanato, vive en Ciudad de Guatemala, los rumores locales la demonizan, castigándola por su éxito: un periodista le cuenta a Moya que se dice de ella que se crio en Estados Unidos en el seno de una familia de judíos ricos que le permitieron una educación porque ella mantenía relaciones sexuales con el padre, que vende bebés, que prostituye a las niñas de su orfanato y que ella misma se acuesta con militares de alto rango para poder hacer todo esto impunemente (389). En este sentido, la novela problematiza no solo la desubicación social de los sujetos de la diáspora y con identidades híbridas, sino también la fricción que se produce en los constantes desencuentros entre los guatemaltecos de la diáspora y los del Istmo a causa del racismo y clasismo fuertemente enraizados en la alta sociedad chapina.

La identidad diaspórica también atraviesa afectivamente a los personajes de la novela, que retrata a Roger como un otro alienado y alienante en el marco de su vida romántica en Guatemala. Durante su estancia en el país centroamericano mantiene una relación con Zamara, una bailarina erótica, trabajadora sexual y madre soltera a la que conoce en un burdel de escasa categoría. Roger actúa como la pareja formal de Zamara, pero le aclara que no se casará con ella ni la llevará con él a Estados Unidos, tal como ella desea. Moya comprende las dinámicas coloniales y extractivistas de la relación y le espeta a su amigo: “You have no right to do this, *vos,*’ said Moya. ‘It is like colonizing a heart, making it your own banana *finca*” (530, énfasis en el original). Así, tal como Moya pone de manifiesto, Roger está reproduciendo dinámicas de poder desiguales que perpetúan procesos coloniales, de apropiación y extractivismo en el terreno de los afectos.

Moya sabe bien de lo que habla, pues está habituado a mantener relaciones románticas casuales con mujeres del Norte Global que replican la misma dinámica extractivista y colonial que la de Roger con Zamara. Así, Moya tiene aventuras intrascendentes de forma habitual con periodistas, profesoras de universidad y cooperantes con quienes la relación adquiere un

carácter transaccional (374). En efecto, las relaciones románticas de Moya con estas extranjeras interesadas en Guatemala caen, como la relación de Roger con Zamara, bajo la lógica de dinámicas neoimperialistas y coloniales. Estas mujeres del Norte Global, más que relacionarse con Moya, lo consumen como un objeto del que obtienen una deseada validación: para ellas, que no son guatemaltecas, mantener una relación con Moya es una forma de afianzar su lazo afectivo y profesional con el país con el que se han comprometido, pues un amante que es uno de los mejores periodistas del momento es una excelente adición al capital social de una centroamericanista europea o estadounidense. Moya aprovecha su “alto valor” en determinado “mercado” afectivo y obtiene también favores de estas mujeres, como que lleven cintas grabadas con testimonios de supervivientes a Estados Unidos (375) o, incluso, que Sylvia McCourt, profesora universitaria en Harvard, le consiga una beca de estudios para salir del país cuando la vida de Moya está en peligro. Roger detecta esta dinámica en seguida: “almost everyone [...] he comes across, myself included, we’re all supposed to be his ‘newspaper’ too. He *works* on us, uses us. So Moya’s a bit like Dracula” (351, énfasis en el original).

Por su parte, Flor, según Roger, “had an exaggerated hunger for male attention anyway, which I trace to her childhood and youth” (177). La chica desafía con frecuencia los prejuicios raciales y clasistas de los estadounidenses blancos cuando, en su juventud, pretende ligar con alguno de ellos en los bares de Boston. Ante estos “Sullys”¹⁵², Flor dice que se llama Purísima y es de Guatemala, pero no cuenta que estudia en una universidad de élite. Los muchachos reaccionan dejando claro su provincialismo: “Wow, that’s wicked far. All the way from down there, gee...” (166). Roger, que a menudo acompaña a Flor en estas salidas y observa la misma escena en diferentes bares repetida decenas de veces, identifica a estos jóvenes como racistas que sacan a relucir su cara más amable cuando creen que “[they] might

¹⁵² El narrador denomina “Sullys” al estereotipo de joven varón, blanco, heterosexual de Boston que es racista, sexista e inculto.

be on to an exotic lay” (166). Estos, pronunciando su falso nombre como “*Pooreesahma*” (166, énfasis en el original), interrogan a Flor sobre su vida en Guatemala, inquirendo si el país es “poor, right?” (167) y acerca de su experiencia migratoria: “What’s it like? What was the first thing that really blew you away, made you go, you know, Wow, the USA!” (168). Flor poco a poco va abandonando su actitud de bobalicona que se deja seducir por su auténtica personalidad, inteligente, orgullosa y desafiante, desconcertando a sus pretendientes y finalmente llenándolos de odio y resentimiento cuando la jovencita inmigrante de piel oscura no resulta ser la conquista exótica, dócil, ignorante y sumisa que esperaban: “who does this squeaky beaner think she is [...]? *Foreigners*, shit, like she’s Laotian or something” (168, énfasis en el original). Al final, Flor se despide del chico de turno yéndose del bar y sin dar su número del teléfono (177). Roger es testigo de estas interacciones en numerosas ocasiones y explica que para Flor era sencillamente “play” (177). Del mismo modo que Moya negocia las relaciones románticas en que es objeto de consumo para lograr también él algo que desea, en una dinámica que por un lado parece resistir dinámicas neoimperialistas y por otro seguir la lógica mercantil de la cultural neoliberal, Flor utiliza a sus paternalistas pretendientes para darles una suerte de lección y demostrar que queda fuera de sus estrechas concepciones sobre los roles de género, clase y raza, reafirmando su propio poder y su posición social, tal como lo hace cuando compra la cama en casa de la abuela Arrau en Ciudad de Guatemala.

Mediante las subtramas que se ocupan de las vidas sexoafectivas de Roger, Moya y Flor, Goldman enfatiza los modos en que las complejidades de la experiencia transnacional y diaspórica atraviesan las relaciones interpersonales, en las que se reproducen dinámicas coloniales y de extractivismo por parte de los sujetos del Norte global, pero en las que los sujetos del sur global maniobran para no ser reducidos a meras víctimas, sino que extraen a su vez aquello que desean, como Moya, o frustran la conquista como Flor.

Flor, que ha sido cuidadora cuasi maternal de Roger y amante de Moya, se construye simbólicamente como la madre patria o Guatemala. Ambos personajes están o han estado enamorados de Flor y su relación con ella simboliza su propia relación compleja con Guatemala. Así, Moya, que ha vivido toda su vida en el país, tiene con Flor una relación sexoafectiva relativamente tradicional, mientras que la relación entre Roger y Flor es, como la relación del sujeto de segunda generación, más complicada. Cuando es niño, Roger vive atormentado por la debilidad física después de haber padecido una larga tuberculosis, por ser diferente en el contexto de su barrio de clase media blanca, y por criarse con unos padres que no se aman: Mirabel, la madre de Roger, pasa los domingos llorando en la cama, desesperada al verse atrapada en un matrimonio sin amor (284), y en una de sus estancias de verano en Guatemala tiene una relación extramatrimonial con un finquero llamado Pepe. En este contexto de inestabilidad e inseguridad emocionales, Flor, joven, bella, de piel oscura como él y amorosa, se convierte en el objeto de sus afectos y en la depositaria de su complejo de Edipo y su curiosidad sexual temprana. Así, cuando Flor regresa de la escuela, el pequeño Roger la observa cambiarse de ropa y se fija en su “smooth, cinnamon brown skin, black hair tumbling down around gracefully bladed shoulders, the slender arch of her long back and sapling waist, her high, rounded rear in girl’s underpants” (217). Además, los dos llevan a cabo juegos eróticos infantiles en que ella permite que él toque y bese sus pezones (450). Ya en la veintena, Roger continúa sintiendo deseo por Flor. Le dice: “when I really fall in love it’ll be with someone like you” (119). A pesar de la edad de ambos y de que no los unen lazos de sangre ni estrictamente familiares, puesto que Flor ha sido en realidad su cuidadora y empleada doméstica y no su hermana adoptiva, Roger identifica este deseo como incestuoso y prohibido y nunca se atreve a actuar sobre él. Así, cree que una vez Flor lo invitó ambiguamente a acostarse con ella, pero fue incapaz de proceder al respecto (453). Además, la última vez que se ven Roger le confiesa que a veces tiene sueños eróticos con ella (117), y

se despiden con un beso en los labios (116). Por lo tanto, la relación de Roger con Flor, marcada por la curiosidad, el deseo mezclado con la vergüenza y la frustración, simboliza también los afectos del joven por Guatemala.

Por su parte, Moya ha sido capaz de tener una relación sexoafectiva de carácter tradicional con ella, del mismo modo que ha tenido una relación tradicional para con su patria. Moya y Flor se conocen en un restaurante chino con motivo de una entrevista que Moya quiere hacerle a ella. En cierto momento de esa noche, durante la que conversan por horas y horas (180, 231-232, 370-401) y que “led him [Moya] back to love” (370), el restaurante recibe un cargamento de pollos blancos (398-401): de ahí el título de la novela, que hace referencia a la noche en que ambos se conocen y surge el amor entre ellos. Esa misma noche Moya se enamora de Flor, que acaba de romper con su amante Celso Batres, un hombre casado que casualmente es también el jefe de Moya; lo que sigue es un tira y afloja de dos meses que culmina en una aventura amorosa que dura cinco semanas. Flor concluye súbitamente la breve relación sin un motivo claro: quizás ha vuelto a verse con Batres. Una semana después de su ruptura, Moya alardea de su relación con Flor mientras conversa con Batres y, tres semanas después de eso, Flor es asesinada, solo unas horas después de haberle confesado a Moya por teléfono que ella también lo ama (181). La pasión de Moya por Flor se corresponde, igual que en el caso de Roger, con el amor que siente por Guatemala, pues Moya es

the sort of person who, say, when confronted with any fat non-Spanish dictionary will automatically begin leafing through to see how many Guatemalan cities and towns and so on the compilers saw fit to include in the verifiable lexicon of that language; who, picking up a world history will flip into the index to see if Guatemala has its own listing; who passed up the chance of an Ivy League and cosmopolitan career as a professional political exile and expert on the murderous and stultifying little country

that chased him out because he preferred to return and resume his oblique but heroic life as newspaperman for a newspaper that hardly anyone reads... (270)

Flor es pues depositaria simbólica de los afectos de Roger y Moya por Guatemala y, por lo tanto, resolver el misterio de su asesinato, supone resolver también su complicada relación con el país que tanto aman. Al igual que *En el material humano*, el misterio se configura como un laberinto (302) en cuyo centro ha de darse con el Minotauro: “‘We might be in separate labyrinths, Rogerio,’ said Moya, another time. ‘But we are hunting the same minotaur, vos’” (148, énfasis en el original). Los enigmáticos laberintos que recorren ambos amigos son de carácter esencialmente distinto: el de Moya es el laberinto político de la violencia, la guerra y la desigualdad en Guatemala, mientras que el de Roger es el laberinto personal de la identidad personal y la historia familiar: ya en una cita anterior hemos visto que las considera “a kind of labyrinth” (234).

Para Roger, entonces, el asesinato de Flor le abre la puerta a un misterio aún mayor: el de Guatemala. Desentrañar el enigma de la muerte de esta una supondría para él comprender finalmente su lugar de origen: “Guatemala City [...] seemed to me and seems even more so now the biggest and most unknowable city on earth, one as particular in its inscrutable ways and strong flavors as any other” (157). Del mismo modo, en diversas ocasiones Roger enfatiza el enigma que suponen para él los guatemaltecos: “Guatemalans! This Guat irony on top of irony, whole indecipherable jungles of it hiding their raw, disturbed hearts” (209). Dar con la clave del enigma del asesinato significa, por tanto, dar con la clave de su propia identidad guatemalteca. Al mismo tiempo, la investigación en torno al asesinato de Flor se configura como un laberinto que es replicado por la estructura formal de la novela, la cual, con sus saltos temporales, digresiones y subtramas refleja “this disorder of echoes inside me [Roger]” (437). La complejidad verbal y argumental de la novela viene a replicar también “el complejo laberíntico y peligroso que es su país” (Zimmerman 653), esto es, Guatemala.

Cornelia Gräbner considera que la novela es “digressive and labyrinthine” (56), mientras que Marc Zimmerman ha descrito su estructura empleando términos muy similares: “es doble, laberíntica, asimétrica, de pesadilla pero también indeterminada” (655). Por su parte, Linda Craft la ha identificado como una novela post-modernista (“La adopción internacional” 680) debido a su estructura fragmentaria, a su labor de “‘deconstrucción’ de una visión totalitaria de la realidad” (“La adopción internacional” 680) y al planteamiento que genera el texto sobre “la posibilidad de arribar a una explicación, un significado o una verdad” (“La adopción internacional” 674). Craft también relaciona la estructura de la novela con el fenómeno de las adopciones, ligando así su fondo y su forma en torno a un mismo motivo: “*The Long Night* se ha vuelto su propia casa de engorde de varios discursos. Pollos y niños, palabras y memorias, todos van al matadero a ser procesados para el consumo” (“La adopción internacional” 680).

La experiencia diaspórica no solo determina de forma fundamental la relación del sujeto con el país, sino que marca también las relaciones entre los guatemaltecos del Istmo como Moya y los de la diáspora como Roger. Roger, a veces de forma algo ingenua, aspira a conocer en profundidad todo de Guatemala, colecciona artesanías y libros especializados en su apartamento de Nueva York, se interesa por todo lo guatemalteco. Moya, que ha vivido en Guatemala toda la vida, no puede permitirse el privilegio de interesarse de forma superficial por su propio país. Su vida está evidentemente enraizada en Guatemala y en su relación con este país le va, literalmente, la vida. Una escena de su infancia profetiza este aspecto de la relación entre ambos. Con catorce años, Moya y Roger van caminando por la calle y ven un perro agresivo en el patio de una casa. En un típico reto adolescente, pactan saltar a la vez la verja del patio para sellar su amistad para siempre. Sin embargo, Roger se acobarda en el último momento y solo Moya salta. Consigue esquivar al perro y volver a salir del patio, aunque pierde un zapato en la aventura; enfadado con su amigo, lo insulta llamándolo “*gringo de mierda*” y se marcha dejándolo solo (42-45, énfasis en el original). Esta escena llama la

atención sobre los modos en que el privilegio de su vida en Estados Unidos o el ser un “*gringo de mierda*” (45, énfasis en el original), le ha permitido a Roger evitar la cotidiana violencia social, económica y política en la Guatemala de los años setenta, una violencia que Moya tiene que enfrentar continuamente. El insulto con el que se cierra la escena destaca el resentimiento que crea esta desigualdad, y critica el desamparo en que no solo la diáspora guatemalteca (que, después de todo, tenía sus propios perros que enfrentar en otros patios), sino los Estados Unidos, ha dejado al pueblo de Guatemala durante largos años de guerra, hambre, masacres y desplazamientos.

Los afectos complicados no van dirigidos únicamente de los centroamericanos del Istmo a los diaspóricos, sino que también tiene lugar a la inversa. Roger afirma que “[o]ur investigation isn’t meant to go anywhere. Like this is Moya’s design, his original *intent*. Come and investigate a murder in Guatemala. It won’t go anywhere! See? See what’s it like here, America?” (351, énfasis en el original). La brecha que separa al sujeto diaspórico del guatemalteco oriundo del Istmo lleva a malentendidos y desacuerdos con respecto a la investigación detectivesca: Moya es consciente de que las fuerzas del orden público no son confiables ni efectivas, mientras que Roger insiste en debatir si deberían llevar el caso a alguna entidad guatemalteca digna de confianza:

I’ve been here nearly five months now, and so far we haven’t uncovered a single concrete fact [...]. I’ve felt ready for months to take some kind of stand—some kind of not too suicidal stand—but against whom? And how? Voice our dissatisfactions with the Guatemalan legal and media establishments in the free *fafero*¹⁵³ press? Go to the security forces? Moya insists that any such phrase as *rule of law* is just not in play here and debate over whether or not that is ‘really as true as it seems’ is off the table. ‘Such is life in the tropics’, he likes to say... (352, énfasis en el original)

¹⁵³ En Guatemala y otros países latinoamericanos, el adjetivo *fafero/a* se usa para designar a los periodistas que aceptan sobornos.

Así, la novela moviliza el complejo tejido de afectos generados entre la comunidad diaspórica y la de los guatemaltecos en Guatemala, que se nutre de una complicada red de resentimientos, privilegios, sentimientos de culpa, envidias, solidaridad y desconocimiento hacia el otro.

Durante los años en que Flor regresa a Guatemala a dirigir Los Quetzalitos, Roger se dedica a coleccionar libros, artesanías y recuerdos del país. Este pasatiempo le hace sentirse cercano a Flor/Guatemala: “I also told myself that by doing that I’d at least be living along an outer surface of her inner world” (234). Roger el narrador repasa entonces su colección de libros mientras resume algunos puntos interesantes de la historia del país y reconoce que no ha leído muchos de los libros que atesora (235). En una ocasión, Moya revisa sus libros y comenta que “*Dracula* was the best book on Guatemala ever written” (236, énfasis en el original): es interesante notar que Roger necesita recurrir a objetos relacionados con Guatemala para encontrarse con el país, mientras que a todo tipo de objetos y experiencias lo llevan de forma arbitraria siempre hacia Guatemala. Lo que Roger busca a través de su biblioteca es algo más trascendente que sencillamente conocer la historia de Guatemala; lo que quiere es hallar “a new way through my personal labyrinth, or a new kind of gravity, one that went through me like a secret dye, deepening the hues of my already in place heritage” (236). Estos libros y recuerdos funcionan pues como una suerte de objetos de transición que reafirman su conexión con la madre patria Guatemala:

I had a URNG guerrilla poster that I’d pick up at a solidarity fair on my wall too [...]. Looking at it, I’d sometimes attempt the feasible act of feeling moved by the notion that that was ancestral ground too and that ancient relations of mine really had lived among such pyramids as royalty, priests, warriors, slaves—their hearts ripped out by jade blades on the sacrifice stone [...]. I have a minority share in that *raza*. (239-240, énfasis en el original)

Sin embargo, los objetos como este póster no pasan de ofrecerle esta fantasía ingenua acerca de un glorioso pasado indígena mítico con el que Roger, a decir verdad, no siente ninguna conexión real por frustrante que esto le resulte. Como él mismo reconoce: “you might as well have told me I had ancestors on Mars” (240).

La violencia política de Guatemala, encarnada en el asesinato de Flor, modifica por completo la relación de los sujetos diaspóricos de la novela con el país. Tal como Marjorie Agosin ha señalado, “Flor’s death becomes a metaphor for the senseless political violence and corruption that wracks Guatemala” y, en consecuencia, afecta la relación de Roger y Mirabel con el país. Así, la muerte de Flor acaba con el pasatiempo de Roger, que pasa a considerar sus libros y recuerdos como “hateful junk” (237) y procede a guardarlos en lugares donde no destaquen (237). También la relación de Mirabel, la madre de Roger, con Guatemala se ve afectada tras el asesinato. Ella siempre se había sentido orgullosamente guatemalteca: una vez le explica a un policía de su ciudad que Guatemala es “a very beautiful country, with a modern capital and sophisticated, educated, very well-off people living there, and not just the Land that Bananas Come From” (176). Sin embargo, una vez que la prensa y los medios estadounidenses empiezan a hacerse eco de masacres y violaciones de los derechos humanos, ese lazo afectivo con su propia identidad nacional se daña de forma irreparable. El detonante de este cambio fue, como para Roger, el asesinato de Flor:

For so many years my mother considered it one of the great offenses of life in the United States that even the plumber might assume she was Puerto Rican or, even more grating to my mother, Cuban, and so think that he could treat her as a social equal or even inferior. But now she often acts as if she prefers even that to being identified as a Guatemalan by even the most perfunctory of newspaper readers, who usually associate her country’s name now only with such things as death squads, torture, disappearances, the most horrific and widespread massacres [...] I know that Flor

came first, that the hurt Flor caused us has opened her mind, her emotions, to what has seemed like a fuller acknowledgement of these crimes. (14)

Mirabel llega a cancelar actividades culturales en las que solía participar y hasta a plantearse el renunciar a su pasaporte guatemalteco:

Now she was occasionally heard to say that she was so ashamed of her native's country notoriety she was even thinking of renouncing her citizenship. As vice president of the Latin American Society of Boston, it was my mother who moved to cancel the annual Guatemala party in protest of the human rights violations there... (287)

Con Flor, pues, muere para Roger y Mirabel la Guatemala amada de sus recuerdos y sus construcciones afectivas, y tiene lugar el doloroso duelo por ese país mientras experimentan un fuerte rechazo por la realidad del mismo. La novela señala de esta manera las formas en que la violencia política ha hecho fluctuar y ha complicado la relación de los sujetos diaspóricos con su tierra de origen. Por último, vale la pena notar que la situación sociopolítica termina también por empujar a Moya al exilio para proteger su vida: el guatemalteco del Istmo pasa a ser, finalmente, sujeto diaspórico también.

Moya es periodista en una publicación progresista, dentro de los límites que impone el control gubernamental sobre los medios, y sumamente crítico con la situación del país, de modo que Roger considera la posibilidad de que su amigo esté “organizado”, esto es, que forme parte de una célula guerrillera y opere clandestinamente con un pseudónimo. Se lo pregunta un día de forma abrupta, impulsiva y descontextualizada en medio de una conversación sobre otro tema. Moya no contesta, solo lo observa en silencio, y Roger se apresura a justificarse:

‘I just thought I'd ask. It doesn't make any difference to me, believe me. I just think I should know.’ / ‘*Bueno*. No, Rogerio. I am not.’/Roger's face suddenly reddened. /

‘Rogerio,’ said Moya. ‘One thing you must be very clear about. When you are in Guatemala, you can never, ever ask anybody questions like that. No one would ever tell you anyway. And you can only get yourself in trouble by asking.’ / ‘Oh sure, I know that,’ said Roger. ‘But we’re not in Guatemala now, are we?’ (346, énfasis en el original)

Roger no es consciente de que en el contexto en el que están viviendo esa es una pregunta inapropiada, que no debe hacerse, pero sus sospechas se ven confirmadas, sin embargo, el día en que acompaña a Moya, amenazado de muerte, para que salga del país y se exilie definitivamente en Estados Unidos: dos guerrilleros escoltan a Moya hasta el aeropuerto de La Aurora. Roger reflexiona sobre el secretismo con el que Moya ha tratado su colaboración con la guerrilla. Lo que para el guatemalteco ha sido el resultado de seguir órdenes de una organización de corte militar en que se debe obediencia al superior y en la que la convención de operar clandestinamente es la mejor forma de asegurar la vida propia y la supervivencia de los compañeros y de la misma organización, para Roger, sujeto diaspórico, es un secreto que su amigo le ha ocultado: “So Moya kept that one secret, the secret that justified all secretiveness, the one he must have always told himself it was the most important to keep” (533). Estas interacciones ponen de manifiesto los desencuentros entre centroamericanos del Istmo y centroamericanos de la diáspora y cómo las brechas entre ambas comunidades crean también brechas de comunicación entre ambos personajes. Roger es incapaz de comprender la necesidad de mantener discreción absoluta acerca de la participación en la guerrilla, mientras que Moya no comprende los deseos de su amigo de saber lo que no debe. En última instancia, la novela recalca que la experiencia de la diáspora en el contexto del conflicto armado durante las décadas de los setenta y los ochenta dificulta e incluso impide a veces tener una idea clara de la situación en Guatemala y la profundidad del alcance de la violencia política que experimenta el país.

Al desentrañar el enigma del asesinato los protagonistas podrían saber finalmente si Flor incurrió o no en actividades inmorales, tal como Moya le dice a Roger: “In this labyrinth of obscenities, it is possible to believe in her innocence again, though perhaps this is just a fragile intuition to follow. Maybe we would not feel this if we did not love her” (302). La aseveración acerca de su fe en la inocencia de Flor puede llevarnos a pensar en la necesidad de mantener cierto optimismo político: el amor por Guatemala, encarnado en el que ambos sienten por Flor, empuja a los guatemaltecos, tanto del Istmo como de la diáspora, a perseverar en mantener la esperanza en la posibilidad de un cambio sociopolítico en el país. A esto, Roger contesta que qué pasaría si descubren que se equivocan, y Moya afirma que “This is a risk, no? With the other hand I would say that, no matter what, we must never lose this again” (302). El deíctico *this* señala al gesto que a continuación hace Moya, que pasa el brazo por los hombros de Roger “the way Latin American students who are good friends do” (302): la novela apunta así a la necesidad perentoria de establecer fuertes lazos de solidaridad, colaboración y, por supuesto, afecto entre las comunidades centroamericanas del Istmo y de la diáspora que encarnan ambos personajes.

El enigma no se construye meramente en torno a quién mató a Flor y por qué, sino que, al averiguar esto, los protagonistas aspiran a descubrir también algo fundamental sobre ella, tal como, de nuevo, le expresa Moya a Roger: “the true question, Rogerio, is the same as always. Who was Flor? Truly, who was she?” (454). En última instancia, el misterio se configura como una cuestión ético-política: “The true mystery of the life and death of Flor de Mayo Puac – Why she came? Why she stayed?” (305), y ¿por qué renunció a una vida de seguridad, comodidades y éxito profesional en Nueva York? Roger afirma que

Moya, in his bitterest moods, used to say that one thing that went wrong with you [Flor] was that you came back here, period. He thought that at Harvard he'd seen firsthand the life you gave up. Why fly away from the 'American Dream'

opportunities handed to you to go flitting around the dark side? What sense was there in that? (473)

Sin embargo, Roger comprende que en el fondo del retorno de Flor a Guatemala hay una cuestión de urgencia ética que es irrenunciable:

But I'd *always* know why you did [...]. I knew why again as soon as I walked into Los Quetzalitos for the first time and encountered your clamoring horde of *peep*-reeking orphans and I knew it even before that when I went to Nebaj from Chichicastenango..." (473, énfasis en el original)

En suma, Roger comprende el apremio de Flor por tratar, si no de cambiar la situación sociopolítica de Guatemala, al menos de aliviar sus males, y lo entiende porque ha conocido, de la mano de diversos agentes como los huérfanos o las monjas que hacen trabajo social, los estragos y horrores de la violencia política. Está claro, pues, para Roger por qué Flor regresó a Guatemala impelida por el deseo imperioso de ayudar a aquellos que más lo necesitan, y la urgencia ética de actuar de Flor se corresponde con la de Moya, quien, como vimos en una cita anterior, también ha renunciado a una vida más cómoda de exiliado político y periodista en Estados Unidos por regresar a Guatemala (270). El enigma, pues, no es tanto por qué Flor decidió trasladarse a Guatemala, sino "what went wrong" (476, 477), aunque Roger sospecha que se trató de "the simple despair, hopelessness, and tedium, the germy dog bite of defeat" (477). Así, Roger termina por concluir que tras la decisión de Flor de regresar a Guatemala había motivos de índole ética y sociopolítica y que lo que cabe preguntarse no es por qué regresó, algo que ve claro, sino qué falló en su regreso, y apunta a la desmotivación política de continuar el trabajo social en un contexto abrumadoramente violento, desigual y opresor. En este sentido, la novela parece relacionar la muerte de Flor con la muerte de su motivación política, e inscribe esta como una suerte de fracaso literalmente vital.

Como en otras novelas ya analizadas en esta tesis, los protagonistas se ven forzados a asumir el rol de detectives involuntarios (González Calderón, “The Irrelevant Mystery”): si Roger y Moya no investigan el asesinato de Flor, nadie lo hará. La absoluta falta de profesionalidad con que el caso es llevado por la policía hasta ser rápidamente archivado apunta de manera crítica a la impunidad reinante en Guatemala durante la tumultuosa década de los años ochenta. La policía no solo no lleva a cabo ningún tipo de investigación formal, sino que destroza la escena del crimen y cualquier evidencia que allí pudiera encontrarse, pues los agentes roban las pertenencias de Flor (124-125). En todo caso, la investigación del misterio lleva a Roger a un sinfín de posibilidades que nunca confirman nada de forma certera y el protagonista queda sumido en la incertidumbre sobre la verdad acerca del asesinato de Flor. Roger lleva a cabo una investigación caótica y desesperada que depende de un golpe de suerte que, finalmente, nunca llega: él mismo dice que “[I] was playing detective” (420). Se dedica, por ejemplo, a visitar todos los burdeles baratos de la ciudad con ánimo de conseguir información sobre el tráfico de bebés y sobre Flor (353), pero son tantos estos establecimientos que la tarea es imposible (355). Perdido en una investigación llena de cabos sueltos que no llevan a ninguna parte, sospecha de todo y de todos. Por ejemplo, sospecha que quizás fuera una organización guerrillera la que matara a Flor y que Moya lo sepa pero no se lo diga porque esté organizado también, o que incluso el mismo Moya la matara (362-363).

Una posibilidad es que Lucas, el hermano perdido de María de la Luz, haya asesinado a Flor en venganza por dar en adopción a su hermanita. Otra hipótesis la presenta una voluntaria europea del orfanato, quien asegura que el coronel Malespín exigió a Flor una mordida y que esta, negándose a tal trato, había tenido que esconderse unos días (128-129), lo cual apunta a que quizás su asesinato hubiera sido ordenado por el militar en represalia por no ceder a su extorsión. Moya elabora su propia teoría, según la cual el asesinato de Flor habría sido ordenado por otro poderoso militar, el coronel López Nub, que en la novela funge como

ministro de Defensa ficcional del general Mejía Víctores. López Nub ha participado en crímenes de guerra y posee una casa de engorde¹⁵⁴ que es descubierta por la prensa, pero Flor aparece asesinada oportunamente al día siguiente, de modo que ella carga con las acusaciones de la casa de engordes y López Nub logra esquivar el escándalo (291-295).

Por último, la novela presenta también la posibilidad de que Celso Batres, el amante de Flor y propietario del periódico para el que trabaja Moya, la haya asesinado. En Guatemala, Flor mantiene una relación romántica con un hombre casado del que está enamorada (118-119, 135, 183), pero la identidad de este es un misterio durante la mayor parte de la novela. Hacia el final, la sucesora de Flor al frente del orfanato, Rosana Letones, le dice a Roger que sabe de primera mano que Batres era el misterioso amante, que se veían a menudo por las tardes siempre en la misma suite de un hotel que Batres mantenía permanentemente rentada, y que muchas personas en Ciudad de Guatemala estaban al tanto de la relación (512). La revelación de la identidad del amante de Flor resignifica una interacción anterior entre Moya y su jefe: Moya fanfarronea en cierta ocasión ante Batres acerca de su propia aventura con Flor (500-501), de modo que se abre la puerta a la posibilidad de un asesinato por celos o un feminicidio. Roger finalmente encara a Batres en su oficina espetando que sabe que tuvo una relación con Flor. Batres no solo niega cualquier tipo de conexión pasada con Flor (551), sino que además amenaza veladamente a Roger, lo cual no hace sino reforzar la posibilidad de esta hipótesis sin llegar a confirmarla completamente: “I have a family to protect. I don’t have to tell you that in this country, when people spend their time plotting ways to harm people, they often end up getting hurt themselves” (552-553). En última instancia, es completamente imposible saber la verdad en torno al asesinato de Flor, algo de lo que Roger ha sido consciente todo el tiempo:

¹⁵⁴ Las casas de engorde son residencias habitualmente clandestinas donde se cría a cierto número de niños, generalmente de corta edad o bebés, que serán más adelante adoptados internacionalmente o vendidos al tráfico de personas para su explotación o la de sus órganos. Puede consultarse el estudio de José Manuel Martín Medem Niños de repuesto sobre el fenómeno del tráfico de menores en Latinoamérica.

Later, after I found out about you [Flor] and Celso Batres from Rosana Letones, Moya's boast, its possible and imaginable repercussions, became one more phantom key to your fate, which I pursued in much the same way I found myself simultaneously pursuing Lucas Caycam Quix, down an invisible trail made of my own speculations and 'divinations', certain that in both cases I would never really know.

(502)

Moya comparte esta impresión también: "he had always known that it might not go anywhere, and that this alone would not mean it was not worth chronicling" (364). Es decir, la creación de una narración sobre la pesquisa es de por sí valiosa incluso si no arroja resultados incuestionables. En este sentido, para Marc Zimmerman, la novela sugiere que "es sólo a través de la memoria y la representación artística que ese mundo puede ser despertado de su pesadilla" (663).

Roger llega a obsesionarse con la línea de investigación que apunta a Lucas como culpable (539) e investiga entre los niños de la calle hasta que una de sus informantes, Mariel, afirma haber dado con él (540, 559). Esta le presenta a dos niños que aseguran pertenecer a la misma mara que Lucas y repiten la historia con toda coherencia incluyendo detalles correctos acerca de la ropa de Flor. Los chicos aseguran que Lucas quería vengarse de Flor por haber vendido a María de la Luz para que le sacaran los órganos, que fueron comprados por gente rica (560-561)¹⁵⁵. Los muchachos citan a Roger en un puente para que les entregue quinientos dólares a cambio de darle acceso a Lucas. El puente en que Roger aguarda a los mareros no deja de señalar que toda su vida ha tenido lugar en el puente entre dos culturas; esta tensión vendría, en apariencia, a resolverse finalmente con la resolución del misterio y la confesión y potencial aprehensión de Lucas. Sin embargo, mientras Roger espera se da cuenta de lo

¹⁵⁵ Rachel Nolan reporta los rumores, generalizados ya a principios de los años noventa en Guatemala aunque nunca confirmados, de que algunos niños dados en adopción habían sido asesinados por sus órganos. El pánico alcanzó su clímax cuando el periódico de amplia tirada *La Prensa Gráfica* publicó un artículo en 1994 que incluía una tabla de precios de órganos, a pesar de que no reportaba ninguna fuente ("Destined for Export").

absurdo de sus pretensiones: ¿qué va a hacer si el muchacho, en efecto, confiesa?, “shake his hand?” (562). Además, sospecha que se trata solo de una trampa por parte de mareros y policías corruptos para obtener los quinientos dólares de la recompensa (562-564). Sumido en pensamientos en torno a Flor, el engaño del que probablemente está siendo víctima y su amante Zamara, Roger sencillamente echa a andar, alejándose del puente para atravesar el centro histórico de Guatemala y, finalmente, internarse en el barrio familiar.

Al renunciar al último cabo de evidencia que le queda y a la última posibilidad, por pequeña que fuera, de saber la verdad sobre el asesinato de Flor, Roger eventualmente se reconcilia con la difícil idea de que nunca llegará a conocer esta verdad. Con este final la novela critica no solo los consabidos crímenes de la violencia política de los años ochenta, sino también el hecho de que, en el laberinto de esta violencia, estos crímenes han quedado impunes e irresueltos. Además, el autor señala la imposibilidad de conocer a fondo la trágica verdad de la realidad sociopolítica guatemalteca por parte de la comunidad diaspórica, no por falta de afán o interés, sino porque una serie de dificultades estructurales y circunstanciales lo evitan. La compleja identidad híbrida de Roger, el laberinto personal cuyo centro aspiraba a encontrar resolviendo el misterio del asesinato de Flor, queda también en el aire, pero Roger no parece frustrado por esto. Después de meses recorriendo este laberinto, el protagonista parece por fin preparado para asumir y abrazar las contradicciones y complejidades de su identidad guatemalteca y estadounidense.

2.3. Conclusiones

La novela no solo critica la violencia política de los gobiernos autoritarios de los años setenta y ochenta en Guatemala, sino que llama la atención sobre la conexión entre esta violencia política y la transformación neoliberal del país, una de cuyas manifestaciones más aberrantes fue el auge de las adopciones internacionales de niños, que con tanta frecuencia fueron realizadas bajo circunstancias dudosamente éticas. La novela apunta a la

mercantilización de los cuerpos de niños y niñas, primordialmente indígenas, como un fenómeno propio de la nueva economía istmeña, en que las personas se ven reducidas a consumidores y objetos de consumo, como revelan también las relaciones románticas que mantienen Roger y Moya en la novela, que perpetúan dinámicas extractivistas y transaccionales en paralelo a las asimetrías que atraviesan las relaciones entre el norte y el sur globales. *The Long Night of White Chickens* es la primera instancia de producción cultural centroamericana que ilumina el fenómeno de las adopciones internacionales, un problema que continúa dando frutos literarios y cinematográficos hasta hoy.

Además, *The Long Night of White Chickens* es también la primera novela escrita en inglés por un guatemalteco estadounidense de segunda generación, por lo que inaugura otra línea de producción cultural centroamericana: la de la diáspora guatemalteca en los Estados Unidos. En este sentido, Goldman contrapone las experiencias de un guatemalteco del Istmo, Moya, y uno de la diáspora, Roger, para poner de manifiesto las formas en que la experiencia diaspórica complica la relación con el país de origen y complejiza los vínculos entre guatemaltecos de un lado y del otro. Así, aunque Roger es consciente y conocedor de la situación en Guatemala, parece que no llega a comprender por completo el profundo alcance de la violencia política en el país, una violencia que impacta directamente en la vida de Moya y de muchos otros. Flor se configura en la novela como la encarnación de Guatemala: mientras que Moya tiene una relación afectivo-sexual de carácter tradicional con Flor, la relación de Roger con ella está marcada por un deseo irresuelto que se percibe como inapropiado y frustrado, que funciona en paralelo a la complicada relación de Roger con su madre patria. La violencia política de Guatemala transforma la relación de los sujetos diaspóricos con el país: el asesinato de Flor simboliza, mediante la desilusión de Roger y Mirabel con respecto a Guatemala, la muerte de la versión idealizada y amada del país; así,

estos personajes se ven abocados al duelo por la pérdida de una patria añorada que, en realidad, es terreno de masacres y violaciones de derechos humanos.

El misterio del asesinato de Flor tiene implicaciones ético-políticas que lleva a los protagonistas a cuestionarse los motivos del regreso de la joven adoptada y la realidad de su vida en Guatemala. La novela viene a sugerir a este respecto la importancia de la acción ético-política de la comunidad diaspórica, los riesgos de caer en la apatía política y la necesidad imperiosa de, en cualquier caso, establecer lazos de solidaridad, colaboración y afecto entre las comunidades de guatemaltecos del interior y el exterior del país.

Debido a la relación diferente que Roger y Moya mantienen con Flor/Guatemala, la investigación de su asesinato significa algo distinto para cada uno: Moya espera encontrar una clave que le ayude a comprender el laberinto de la violencia política, mientras que Roger busca resolver los conflictos de su propia identidad. Finalmente, el desenlace insatisfactorio de la investigación apunta a la imposibilidad última de la comunidad en la diáspora de llegar a conocer con detalle la envergadura de la crisis sociopolítica y humanitaria que Guatemala estaba sufriendo en las décadas de los ochenta y principios de los noventa. En el puente entre dos culturas en que Roger espera la resolución de su propia identidad, el personaje abandona la escena y, con ello, sus aspiraciones de encontrar la verdad, asumiendo que quizás esta sea inalcanzable, así como abrazando y aceptando por fin la incomodidad de una identidad híbrida.

3. El peso del pasado: trauma, violencia heteropatriarcal y diáspora en *Morong* de Horacio Castellanos Moya

“Y aunque pasan los años y pasan los meses, de mi pasado no me desentiendo, de esta nueva vida no me hago a la idea” (Santaolalla 98).

Morong (2018) es la penúltima de Horacio Castellanos Moya y la primera de toda su obra narrativa cuya acción transcurre en los Estados Unidos. La novela tiene tres partes: las dos primeras son extensas y están narradas en primera persona, cada una por un salvadoreño expatriado en torno a los cincuenta años. Ambos, José Zeledón y Erasmo Aragón¹⁵⁶, viven en una pequeña y ficticia ciudad universitaria del Medio Oeste llamada Merlow City. La acción de la primera parte, narrada por Zeledón, tiene lugar a lo largo del año académico de 2009-2010 y la de la segunda, narrada por Aragón, ocupa tan solo cinco días de junio de 2010. La novela cierra con una tercera parte, mucho más breve, que es un informe policial traducido del inglés y que se centra en aclarar una balacera que tiene lugar en Chicago a mediados de junio de 2010 en la que coliden finalmente los destinos de ambos.

Zeledón y Aragón llevan vidas muy diferentes: el primero sobrevive de forma precaria gracias a una serie de trabajos a tiempo parcial que van y vienen, como vigilante de seguridad, conductor de autobús escolar, taxista y hasta profesor privado de español, mientras que Aragón disfruta de una posición más privilegiada como profesor visitante de español en la universidad local, Merlow College. Ambos, además, tienen en común un pasado marcado por la violencia de la guerra y el trauma que esta ha dejado en sus vidas. Zeledón fue guerrillero

¹⁵⁶ Los lectores familiarizados con la obra de Castellanos Moya reconocerán a los protagonistas, así como a varios personajes secundarios de otras de sus novelas. José Zeledón es Joselito en *La sirvienta y el luchador*, y, tal como él mismo detalla en *Morong*, fue compañero de Robocop durante parte de la acción de *El arma en el hombre*. El mismo Robocop hace una aparición rapidísima en *Morong*, y el personaje del Ingeniero de *El arma en el hombre* es ahora el Viejo o Urrutia. Por su parte, Aragón es el protagonista de *El sueño del retorno*, cuya acción transcurre veinte años antes que la de *Morong*, en torno a 1990, en Ciudad de México. Además, sabemos, gracias a la saga de novelas de la familia Aragón, que Zeledón y Aragón están emparentados, pues la abuela de Zeledón era sirvienta para la familia de los Aragón y tuvo una hija con Clemente, uno de los hijos de la señora. Esta hija, Belka, es la madre de Zeledón, de modo que Aragón es el tío de Zeledón (Bezhanova, “Horacio Castellanos” 215).

en la clandestinidad y Aragón tuvo que exiliarse en 1980 cuando aumentó la violencia de forma exponencial en San Salvador. Zeledón sigue en contacto con algunos compañeros de la guerrilla, algunos de los cuales han transicionado a la vida civil y tienen empleos comunes y familia, pero otros, como el Viejo (también llamado el Ingeniero), se dedican al crimen organizado. Zeledón intercambia mensajes regularmente con este, para el que finalmente decide que hará un pequeño trabajo de seguridad en primavera, cubriéndolo mientras el otro negocia una venta de armas en Chicago con un mafioso centroamericano de segunda fila. Aragón, por su parte, se dedica a la docencia universitaria y a la investigación en torno a la figura de Roque Dalton¹⁵⁷ y, aunque está desligado de cualquier red de crimen organizado, termina siendo la víctima de una de estas al final de la novela.

Si bien cada uno de los protagonistas tiene un pasado traumático relacionado con la guerra civil salvadoreña que lo ha acompañado allende las décadas y las fronteras, estos tienen personalidades opuestas y actitudes muy diferentes frente a la memoria, la violencia y las relaciones sexoafectivas. Por un lado, Zeledón se empeña en la tarea imposible de olvidar, es socialmente frío y un hombre callado, se rige por un severo régimen de autocontrol y disciplina marciales y encarna el estereotipo de macho sexualmente potente pero emocionalmente distante. Por el contrario, Aragón rememora continuamente el pasado, es sumamente ansioso y padece de verborrea, es incapaz de controlar sus impulsos y neurosis y es retratado como un amante ridículo, grotesco y emasculado. Mientras que Zeledón está involucrado en redes transnacionales de crimen organizado, Aragón es un ciudadano que respeta escrupulosamente la ley. La novela pone de manifiesto así que, en la era de la

¹⁵⁷ Roque Dalton, reconocido como el mayor poeta de la historia de El Salvador, fue también un izquierdista implicado en la lucha subversiva y fue asesinado en 1973 por sus propios camaradas de armas, bajo la excusa de que actuaba como agente doble de la CIA. En 2012 la CIA desclasificó cables de 1964 que prueban que Dalton se reunió con un agente estadounidense y se negó a convertirse en informante para Washington. El mismo Castellanos Moya ha estudiado en profundidad la figura de Dalton y las circunstancias de su muerte, y ha publicado un volumen monográfico sobre el poeta, *Roque Dalton: correspondencia clandestina y otros ensayos* (2021). El asesinato de Dalton es un motivo de fondo a lo largo de toda la novela. Para Jeffrey Browitt, viene a simbolizar en la trama una suerte de pecado original de la violencia salvadoreña (*Cicatrices* 96).

economía neoliberal a la que dio paso la paz, también el crimen organizado se rige por las dinámicas de la globalización y se ha transnacionalizado. Mi lectura de la obra sostiene que el final revela que, en última instancia, en la diáspora salvadoreña de posguerra solo aquellos que se mantengan aferrados a la violencia heteropatriarcal sin mirar al pasado van a salir adelante, mientras que aquellos que tratan de hacer un trabajo pacífico de memoria no van a encontrar su sitio y acabarán siendo víctimas de las renovadas formas de violencia institucional y criminal.

3.1. Trauma diaspórico: la globalización de la herida del pasado

Los dos personajes arrastran heridas del pasado que los atormentan y determinan su vida presente. Así, viven en un estado de alerta permanente que les impide relajarse o establecer vínculos afectivos profundos, y mantienen oculta su pasada relación con la guerra. En el caso de Zeledón, cuando alguien inquiriere acerca de su vida anterior, relata una “vieja mentira” (26), y cuando alguien quiere saber por qué abandonó su país se escuda en las maras, la corrupción política y la falta de oportunidades para eludir la verdad. Sin embargo, a casi treinta años del final del conflicto, su vida está marcada por “[t]aras de la guerra” (107): va a todas partes con una pistola en el tobillo, chequea las cámaras de seguridad allá donde va, sigue usando reloj de pulsera, toma precauciones para no ser seguido, contesta con mentiras cuando su amante y vecina Nikki le pregunta por el origen de una cicatriz de guerra, usa una técnica de interrogatorio exhaustivo para sus clases de conversación en español con su vecina Stacey, finge no haber usado nunca un arma de fuego cuando va a practicar a un campo de tiro con ella, no abre mensajes encriptados cuando está en casa de uno de sus compañeros de apartamento que es informático, cambia a menudo las contraseñas de sus cuentas personales online y procura no frecuentar con demasiada asiduidad a las mismas personas y los mismos lugares. No solo su nombre es falso (toda su célula del FMLN, al desmovilizarse, adoptó nuevas identidades usando nombres de guerrilleros caídos), sino que nunca llegamos a

conocer el nombre real, que es, después de todo, el de otro hombre, tal como él mismo admite: “[n]i él [otro exguerrillero] ni yo recuperaríamos jamás nuestros nombres originales. Nada tenían que ver ya con nosotros” (15).

Zeledón vive acosado por el temor a ser perseguido, vigilado, desenmascarado y atacado, pero el lector nunca llega a saber del todo quién teme que lo vigile, pues no parece tener cuentas pendientes con ex camaradas de la guerrilla ni del narcotráfico. Permanece encasillado en los comportamientos de seguridad y compartimentación del tipo “a los compañeros, lo necesario; a los demás, nada”¹⁵⁸ que años atrás garantizaron su supervivencia. Ahora estas rutinas no solo no son necesarias sino que le impiden llevar una vida normal, pero parece incapaz de romper con ese patrón de comportamiento. El miedo y la alerta son, sencillamente, un hábito profundamente arraigado en su vida. En consecuencia, Zeledón es frío, distante y controlado, como lo son sus palabras. Se expresa de forma concisa, usa frases breves y en general es un narrador externo y objetivo que se centra en acciones y hechos factuales y no en emociones y pensamientos: viene a establecer sobre su narración el mismo disciplinado control que sobre el resto de sus actividades.

Por más que Zeledón se haya distanciado, tanto espacial como temporalmente, de la guerra, esta parece perseguirlo incansablemente. Así, la novela inicia in media res en una escena en la que Zeledón, a punto de trasladarse de Texas a Illinois, cree reconocer a alguien del conflicto, sin lograr ubicarlo. Más tarde lo consigue: “era un campesino de La Laguna a quien incorporamos como enfermero al campamento, un rostro sin nombre” (14). Y cuando se encuentra en Chicago preparándose para hacer un trabajo de seguridad para el Viejo, un exguerrillero que es ahora una figura de segunda fila en la escena del crimen organizado, cree distinguir a Robocop, un militar desmovilizado con quien trabajó en la inmediata posguerra

¹⁵⁸ Este era, de acuerdo a la novela *La casa de Moravia* (2017) del salvadoreño Miguel Huevo Mixco, un lema comúnmente repetido entre los miembros de los grupos guerrilleros que consigna la compartimentalización necesaria para preservar la vida y a la organización misma, que a los compañeros de lucha se les da únicamente la información imprescindible acerca de uno mismo. A los demás, no se les procura ninguna información.

protegiendo un campo de amapolas, tal como se detalla en la novela *El arma en el hombre* (2001)¹⁵⁹.

Zeledón no puede evitar ser perseguido por los dolorosos recuerdos de la guerra, que lo asaltan cuando menos se lo espera, si bien él trata de llevar una vida disciplinada, con orden de carácter castrense, y ocupar su mente con el trabajo, las series de televisión a las que es aficionado y las búsquedas en Internet. Tal como expresa Freud, los supervivientes de trauma no suelen estar ocupados en la rememoración de la experiencia traumática (2511). Así, Zeledón y Rudy, un antiguo camarada de guerra que le ha conseguido trabajo en Merlow City, tras reencontrarse permanecen “un rato en silencio, sin ganas de hablar de la otra vida que habíamos compartido” (16). Freud no cree que los supervivientes de trauma “se ocupen mucho en su vida despierta del accidente sufrido”, sino que “más bien se esfuerzan en no pensar en él” (2511), como es el caso de Zeledón, quien, sin embargo, a veces entra en una suerte de trance que lo desconecta de la realidad:

No recuerdo con precisión cuándo comenzó a sucederme. Cerraba la laptop y me tiraba en la cama, exhausto, embotado, como si hubiese consumido todas mis energías. Perdía el sentido del tiempo. Yacía hecho un guiñapo, sin saber si tendría fuerzas para volver a ponerme de pie y seguir adelante, hasta que por fin volvía en mí. (26)

Escenas como esta se repiten con frecuencia, dejando claro al lector que Zeledón está aquejado de algún mal psicológico o físico, como en este pasaje: “cuando iba a ponerme de pie, el cuerpo no me respondió; estaba sin energía. Permanecí tirado de espalda en la cama, inerte, como si un bicho estuviese succionando mi espina dorsal, alimentándose con mis

¹⁵⁹ Este avistamiento trae consigo una comprensible confusión, pues él creía que Robocop había muerto en el tiroteo del campo de amapolas que cierra *El arma en el hombre*. *Moronga* sugiere veladamente la posibilidad de que la imaginación le esté simplemente jugando una mala pasada, especialmente cuando el propio personaje admite que “(n)o era la primera vez que había visto a personas semejantes, como dobles, de un conocido o amigo muerto” (116). Sin embargo, la escena empuja al lector hacia la incertidumbre y la paranoia.

fluidos” (38)¹⁶⁰. En otra ocasión, tiene planeado salir con sus nuevos amigos de Merlow City, pero finalmente lo vence el “malestar: estuve tendido en cama, sin energía, a ratos dormitando” (53). Más tarde se prepara un sándwich, aunque se “sentía sin ganas de hacer nada, lejos de todo” (54). Zeledón parece estar sufriendo episodios de disociación, uno de los síntomas más comunes entre las personas que han sobrevivido repetidamente experiencias muy traumáticas. Cuando el evento traumático tiene lugar, el cerebro emplea la disociación como forma de supervivencia, alejando la psique de lo que está ocurriendo: de este modo, el sujeto percibe los hechos como si los estuviera viendo desde fuera, y no los estuviera experimentando en primera persona. Cuando las situaciones traumáticas se repiten, los supervivientes comienzan a usar la disociación de forma maladaptativa como mecanismo de defensa. Así, Zeledón reporta en varias ocasiones sentirse fuera de lo que está sucediendo: “Me sentía extraño: como si una película transparente me separara de lo que sucedía a mi alrededor” (73). O: “Me sentí raro, como si no fuese yo el que andaba en ese ajetreo o como si estuviese viendo el capítulo de una serie” (118). Además, “a veces sentía como si mi cuerpo no fuese mi cuerpo, no lo reconocía” (76).

Como muchos otros pacientes del Trastorno de Estrés Postraumático, Zeledón también padece pesadillas en que lo asaltan sus peores miedos. En una ocasión despierta “asustado, sudando, con palpitaciones” tras soñar con su abuela y el Vikingo¹⁶¹. En el sueño, la mirada de su abuela, silenciosa, que sostiene al Vikingo agonizante entre sus brazos le “daba a entender que ella sabía que era yo quien le había disparado al tipo [...] Y yo volví a sentir la emoción que había sentido en aquel momento” (75-76). A veces los recuerdos lo asaltan también en estado de vigilia y queda absorto, atrapado por momentos en ellos hasta el punto de que olvida dónde está y qué hace, como cuando va conduciendo y rememora la terrible

¹⁶⁰ El uso de la figura del “bicho” pudiera ser una alusión intertextual al clásico de Horacio Quiroga “El almohadón de plumas”.

¹⁶¹ La historia de su abuela, María Elena, y el exboxeador y policía político apodado el Vikingo se detalla en *La sirvienta y el luchador* (2011).

muerte de su novia Catarina, que pisó una mina antipersona, dejando tras de sí “nada que llevarse a enterrar, sólo pedazos de carne dispersos, chamuscados, irreconocibles” (97). De súbito, Zeledón sale de su ensoñación y regresa al coche: “Casi me ensarto en el carro que iba delante” (97). En otra ocasión, está calentando la cena cuando recuerda el tiroteo en el que él mismo mató, sin saberlo, a su madre: “El recuerdo del Land Rover que pasaba espantado mientras yo le disparaba se repetía como disco rayado cuando la sopa comenzó a hervir. Me espabilé” (94). Mediante la común comparación con el disco rayado, el personaje subraya la insistencia con que el recuerdo pasaba una y otra vez por su mente. Es precisamente el acto de repetición lo que caracteriza al trauma, esa experiencia cercana a la muerte no debidamente procesada que, por lo tanto, va a convertirse en un tormento recurrente:

Unlike the symptoms of a normal neurosis, whose painful manifestations can be understood ultimately in terms of the attempted avoidance of unpleasant conflict, the painful repetition of the flashback can only be understood as the absolute inability of the mind to avoid an unpleasurable event that has not been given psychic meaning in any way. In trauma, that is, the outside has gone inside without any mediation. (Caruth 59)

También Aragón parece sufrir problemas de salud mental. Padece una fuerte ansiedad y presenta una sintomatología física acorde como sudoración excesiva, insomnio y diarreas. Como su compatriota, Aragón memoriza en Google las rutas en torno a un lugar nuevo antes de ir. Del mismo modo, muchísimas tareas intrascendentes del día a día de cualquier persona le provocan ansiedad, como imaginar, al cruzar un torniquete con una maleta, que va a quedar atrapado y se van a reír de él (139), beber agua embotellada en plástico (147) o ver vídeos de pornografía por temor de que cause pérdida de facultades cognitivas.

En la segunda parte de la novela, el profesor salvadoreño narra una estancia de investigación de cinco días en Washington D.C., donde visita los archivos de la CIA para

estudiar los cables relacionados con el caso Dalton. Continuamente siente que está siendo seguido, controlado y espiado, y la sensación de estar atrapado en alguna suerte de conspiración en su contra, debido a sus relaciones con la diáspora izquierdista durante la guerra, lo llevan al límite de la salud mental en varias ocasiones. Permanece en un estado continuo de paranoia y alerta que alcanzan el absurdo. Así, afirma sobre Washington D.C. que “es de conocimiento público que a cada extranjero que arriba a esta metrópoli se le somete a un intenso escrutinio” (137) e insiste repetidamente en que sin duda ha de estar siendo vigilado por agentes de inteligencia en la capital estadounidense:

vaya uno a saber la de meandros y torceduras que habrá entre quienes se dedican a vigilar la capital del imperio, de seguro ya estaban enterados de la visita de Mina a mi habitación y del número telefónico de Yesenia que le había entregado, y alguien estaría esta misma mañana redactando un cable al respecto. (220)

En la línea de estas ideaciones paranoicas, en la parada del autobús coincide varias veces con un joven trigueño y asume que lo está vigilando. En otra ocasión, conoce a una joven atractiva en el metro y más tarde, cuando ella no le contesta el teléfono ni la puede encontrar haciendo una búsqueda online, concluye que se trataba de una espía. En los archivos de la CIA donde lleva a cabo su investigación sufre una “sensación de claustrofobia [...] a causa tanto de los vigilantes que se paseaban entre las mesas de trabajo como de las numerosas cámaras” (180). Se plantea entonces masturbarse en el baño para aliviar el estrés, pero teme ser grabado (180), y más tarde cuando está almorzando en la cafetería de las instalaciones no se retira de la mesa cuando le apetece porque cree que levantará sospechas (182).

Además, durante toda su estancia teme continuamente estar siendo observado en secreto por su hospedador de Airbnb, George, o por la hija de este, una niña guatemalteca adoptada. No es solo paranoico durante su estancia en Washington D.C., sin embargo, sino en su vida cotidiana también. Así, rememora que una vez, estando en su apartamento de Merlow

City, se masturba pero sufre un ataque de pánico al pensar que quizá pueda estar siendo grabado en su propia vivienda. La vigilancia que percibe lo sume a veces en estados de pánico insostenibles, de modo que en una ocasión se le “disparó la adrenalina y me sumió en una sensación de irrealidad, como si estuviese corriendo un peligro del que no había tenido conciencia hasta entonces” (210). Como Zeledón, no usa redes sociales y teme ser desenmascarado: “No sé si por proceder del país del que procedo o si es algo constitutivo de mi persona, pero a menudo padezco el miedo de sentirme como un impostor o como un infiltrado, alguien que esconde su verdadera identidad y que en cualquier momento puede ser descubierto” (179). Sin embargo, no nos queda claro qué identidad es la que teme que descubran de él, más allá de haber participado en grupos de apoyo al FMLN en la diáspora de Ciudad de México en los años ochenta.

Aragón vivió en la capital mexicana durante años tras exiliarse debido al aumento de la violencia en la capital salvadoreña, donde casi todos sus amigos de la juventud murieron asesinados. Creció en El Salvador habiendo nacido en Honduras y, aunque se crió en una familia privilegiada económicamente, sufrió la pérdida temprana de su padre, que fue asesinado cuando él era niño. Durante su adolescencia comenzó la violencia y “se nos vino la guerra encima, todos nos perdimos la pista en medio de ese merengue, nadie sabía ya quién era quién ni dónde encontrarse” (231). Nótese que el coloquial “nadie sabía ya quién era” no solo expresa la confusión y el miedo que la guerra trae consigo, sino que apunta a la desestabilización de su propia identidad, de su confianza en los demás y sus futuros problemas de paranoia y temor a ser desenmascarado, como seguramente temió desde muy joven ser seleccionado por escuadrones de la muerte. Siendo un jovencito, hace una excursión al campo con su grupo de amigos y acaban siendo asaltados por el ejército, que los toma equivocadamente por guerrilleros (234) y encañonan a uno de ellos en la boca (235). Este muchacho, Douglas, se exilia “por unos meses a Estados Unidos y a su regreso terminó

colgado de un árbol [...] nadie supo decirme si él solo se había ahorcado u otros se lo habían escabechado, era tanta la matazón” (231). En el vuelo de regreso a Merlow City recuerda el trágico destino de sus amigos de juventud: uno “ametrallado desde un helicóptero” (292), otro “asesinado por órdenes de un capitán del ejército al que le encantaba” (292) su amante, y otra “secuestrada por los escuadrones de la muerte” (292).

Cuando el lector pone en perspectiva el pasado de Aragón, parece bastante razonable que haya resultado ser un adulto extremadamente ansioso, lleno de miedo a ser “descubierto” aunque no haya nada que descubrir en él, que sigue la ley. Aragón es emocional, impulsivo, caótico y desorganizado, lo cual viene a reflejarse en su riqueza expresiva, su vulnerabilidad y honestidad y su verborrea incontrolable, caracterizada por larguísimas digresiones mediante el uso de guiones, la subordinación y la yuxtaposición de oraciones, puede ser entendida como una respuesta al trauma: es un hombre que vivió bajo el miedo de ser acusado y asesinado en el que perdura ahora la costumbre de dar explicaciones y justificaciones de más para garantizar su seguridad. Él mismo admite que “una vez que se me suelta la lengua me cuesta un mundo ponerla de nuevo en su sitio” (170) y que “una vez que la compulsión por contar hace presa de mí sólo me callo hasta quedar exhausto” (241).

Aragón es un narrador caótico, que salta de una cosa a otra y da rienda suelta a su incontinencia verbal. Él, además, refiere continuamente no solo hechos factuales, sino que examina continuamente su estado emocional y es un narrador mucho más expresivo a nivel verbal. Por ejemplo, emplea una gran riqueza léxica y expresiva con diferentes comparaciones creativas de tono cómico, como “me espabilé como perro de aeropuerto” (206). También abundan en su parte el uso de sufijos y prefijos aumentativos y diminutivos como “emocioncilla” (141), “patadón” (145) y “matazón” (231). Estos no solo añaden expresividad emocional al discurso, sino que también restan dramatismo a las escenas más duras. Los elementos cómicos que el personaje introduce continuamente en su narración no solo restan

dramatismo a las escenas narradas, sino que las tiñen de cierto patetismo grotesco del que el personaje mismo acaba estando imbuido. Es el caso de cuando, por ejemplo, califica, en una cita anterior, al caos y la violencia de la guerra como “ese merengue” (231). También cuando narra el asalto a sus amigos en el campo por parte de un grupo de militares introduce todo tipo de digresiones cómicas. Cuando un soldado exclama: “Los agarramos cagando”, Aragón, procede a detallar que

era por completo impreciso, que si en realidad me hubiesen agarrado cagando detrás de uno de los árboles no sé la reacción que yo hubiese tenido, ya de por sí cagar al aire libre en el bosque me daba miedo, a causa de esas culebras que se llaman tepalcúas y se le meten a uno en el culo al menor descuido, tal como nos amedrentaban desde que éramos chicos, y aunque yo nunca hubiese visto una de esas culebras, la tensión que me produce cagar al aire libre quizá sea el motivo por el cual carezco de cualquier espíritu de excursionista, algo que no le iba a comentar al oficial en ese momento, que no estaba yo loco... (235)

Nótese cómo la digresión parte de la interacción con el militar, se aleja de esta y finalmente regresa, de nuevo, al militar y el momento de la acción en una estructura que se repite con habilidad a lo largo de toda la novela, de forma que pasado y presente queden conectados mediante transiciones que repiten la misma palabra o idea, como sucede con la palabra violencia en el ejemplo que sigue. Más adelante en esa misma escena, el barman del café le pregunta a Aragón si se le ofrece algo más y al dirigirle la palabra e interrumpir el hilo de sus pensamientos lo trae “con violencia de regreso a la barra del bar de la librería Kramer, no con la misma violencia que sufrimos aquel horrendo día, cuando...” (235). En toda la segunda parte de la novela, Castellanos Moya diseña hábilmente las analepsis y demuestra que domina a la perfección la técnica del flujo de consciencia que ya había empleado en novelas anteriores con narradores en primera persona como *Insensatez* (2004) y *El sueño del retorno* (2013).

Como Zeledón, el comportamiento diario de Aragón está determinado por mecanismos de defensa maladaptativos que son el fruto de sus experiencias traumáticas. Y también como Zeledón, Aragón también cae en profundas ensoñaciones que lo retrotraen de su contexto presente a un intenso recuerdo pasado: en un café, el camarero le hace una pregunta que él no escucha “por lo sumido que yacía en mis recuerdos” (202) y en otra ocasión disocia mientras espera el autobús y, cuando este llega, “tuve que salir de mi ensueño, y me enteré de que había más de una docena de personas a mi alrededor también dispuestas a subir al bus” (191). Mediante el uso de las extensas digresiones, el lector es forzado a entrar con Aragón en la “burbuja” (183) de su disociación, llegando a olvidar fácilmente que la escena narrada no es lo que está ocurriendo en realidad, sino un recuerdo que pasa por su mente mientras, por ejemplo, trabaja en los archivos de la CIA o espera el autobús. Como Zeledón, Aragón retorna bruscamente al presente completando un viaje simbólico en el tiempo y el espacio: “Regresé a la mesa” (189). Como en el caso de su paisano, por más distancia que medie entre él y el conflicto armado, los recuerdos de este lo acompañan, determinando su vida.

La “extreme paranoia” (Bezhanova, “Horacio Castellanos” 215) que padecen ambos protagonistas constituye un “*leitmotiv*” (Sáenz Leandro 347) a lo largo de toda la novela. A este respecto, Magdalena Perkowska ha apuntado que “*Moronga* es una inflexión del policial latinoamericano que dramatiza y evidencia el omnipresente sistema panóptico del capitalismo tardío, con las gestiones tecnocráticas y políticas de consenso que lo caracterizan y sostienen” (16). Por su parte, Luna Sellés relaciona la novela con el concepto de ficción paranoica de Ricardo Piglia y afirma que Castellanos Moya emplea las subjetividades paranoicas de sus personajes para criticar “the logic of the panopticon, which takes the form of a State that aims to control everything” (356). En efecto, en el panóptico del Estado neoliberal todos son vigilados y todos vigilan (Luna Sellés 356): Zeledón se siente vigilado por posibles enemigos

y por los aparatos de seguridad del Estado, así como por Estela, y, a la vez, tiene un trabajo a tiempo parcial revisando emails dentro de la red de Merlow College para detectar posibles amenazas o actividades ilegales. Además, otro de sus empleos a tiempo parcial consiste en vigilar las cámaras de seguridad de una concurrida intersección de la ciudad y también es contratado de forma informal para vigilar a una mujer en un par de ocasiones. Por su parte, Aragón mediante su investigación académica está de cierta forma “vigilando” a la CIA y, al mismo tiempo, está siendo vigilado por ella.

Tanto Aragón como Zeledón viven, pues, teniendo que soportar el desgaste psíquico, moral y físico del terror continuo, la sospecha permanente de una amenaza aún no revelada y la posibilidad de ser desenmascarados y destruidos. Pese al tiempo transcurrido y los kilómetros que los separan de esa guerra, ambos personajes viven bajo el yugo insoportable del dolor de la pasada contienda, y es que para los personajes es “impossible to contain the effects of the trauma inherited from their experiences during the Civil War and to prevent this trauma from seeping into their lives as immigrants in the United States” (Bezhanova, “Horacio Castellanos” 213). Según Jeffrey Browitt, “*Moronga* highlights the psychological and emotional impact of revolutionary violence stripped of its ideological romanticism, an unflinching portrayal of the worst of unreconstructed and violent masculinity” (*Cicatrices* 83). Para este investigador, la novela trata también sobre “the relationship between victims and perpetrators, and how guilt and traumatic memories can dominate one’s life and action in the present” (*Cicatrices* 96). En particular, Zeledón vive con la culpa de haber matado accidentalmente a su madre durante una emboscada guerrillera en la que él actuaba como francotirador¹⁶², además de con el recuerdo de la pérdida de su amor de juventud, una joven guerrillera alemana que pisó una mina antipersona. Por su parte, Aragón sufre con el recuerdo de su juventud truncada con la guerra, que acabó matando a casi todos sus amigos,

¹⁶² Para Olga Bezhanova, este matricidio “simboliza las heridas severas y posiblemente fatales, que la guerra civil causa a la madre patria del pueblo salvadoreño” (“*La sirvienta*” 91).

desarraigándolo para siempre de su tierra. A pesar de que tienen personalidades opuestas y su trauma se manifiesta de formas muy diferentes, ambos son, en última instancia, “las dos caras de una misma moneda” (Sáenz Leandro 348), como ha notado también certeramente Magdalena Perkowska: “[e]l mutismo tenso y controlado de Zeledón y la paranoia lenguaraz de Aragón son, a pesar de su aparente incomensurabilidad, dos caras de la misma moneda. Ambos son, entonces, damnificados de un proceso histórico que comenzó años atrás y en otro lugar” (24). Cada uno de ellos, sin embargo, (sobre)vivió la guerra de una manera diferente, lo cual hace que se conduzcan de formas opuestas en el presente. Cada uno, por tanto, gestiona su pasado de una manera totalmente opuesta, como han señalado ya Olga Bezhanova (“Horacio Castellanos” 215) y Luna Sellés (355): Zeledón se fuerza a no recordar esos hechos y a vivir en un presente que, mal adaptado como está a la vida civil, carece para él de interés. Aragón, en cambio, recuerda activamente el pasado, de forma que la investigación que lleva a cabo en su trabajo se centra precisamente en torno al asesinato del poeta salvadoreño Roque Dalton.

3.2. Las masculinidades diaspóricas de la posguerra salvadoreña

La paranoia en la novela abarca todos los ámbitos de la vida, incluyendo el afectivo-sexual, de modo que el temor en torno a la amenaza de ser injustamente denunciado por acoso sexual planea sobre toda la trama, hasta el punto de que Olga Bezhanova ha interpretado a los personajes femeninos de la novela como una “presencia malévol y destructiva” (“*La sirvienta*” 88). Aragón, por ejemplo, lee una noticia sobre “un banquero y político francés a quien le habían montado una emboscada en un hotel de Washington D.C. a través de una empleada que lo acusó de violación” (262) y Mina lo chantajea con denunciarlo por acoso si no cede a sus demandas acerca de contactar con Yesenia (288), mientras que la hija de su anfitrión de Airbnb, una niña adoptada de Guatemala llamada Amanda, lo amenaza también con denunciarlo por violación si él le cuenta a su padre que ella se ha metido en su habitación

en mitad de la noche (255). Zeledón vive bajo la misma sombra de la posibilidad de una denuncia de acoso sexual que destruya sus planes como en efecto termina pasando con su despido debido a las quejas de Estella. En la Greater Central America de la novela, las subjetividades masculinas sienten la amenaza constante de la liberación femenina, y los protagonistas, cuya masculinidad encaja en los parámetros de lo normativo décadas atrás, sufren desencuentros incómodos con la sociedad estadounidense del #MeToo. La novela señala la fricción que sufren las masculinidades normativas que se solidificaron durante la guerra civil cuando se introducen en un ambiente en el que esas masculinidades resultan caducas y se produce alienamiento y conflicto. Tanto Zeledón como Aragón se han hecho hombres en un contexto de misoginia prevalente e, incapaces de diferenciar comportamientos sexoafectivos inapropiados y violentos de los que no lo son, la paranoia a ser denunciados es inevitable.

La cultura salvadoreña de la segunda mitad del siglo XX estaba imbuida en creencias y prácticas patriarcales que, naturalmente, permearon también el proceso revolucionario y las organizaciones guerrilleras. Así, Dinora Aguiñada Deras afirma que “[l]os programas de las organizaciones político militares no incluyeron las demandas de las mujeres y la presencia femenina en la vida política del FMLN fueron [sic] escasas” (108). Al contrario que los Sandinistas, que entre sus primeras medidas incluyeron la prohibición de la prostitución y de la cosificación de la mujer como objeto sexual en los medios de comunicación, “el FMLN no planteó abiertamente los derechos de las mujeres en sus primeros pronunciamientos y programas” (Navas 5).

En los campamentos guerrilleros, el porcentaje de mujeres rondaba el 30% (Aguiñada Deras 109, Navas 3), la mayoría de las cuales no se dedicaba al combate sino a tareas de apoyo (principalmente cocina y cuidados sanitarios) (Aguiñada Deras 109, Navas 4). Aunque es cierto que las mujeres con las dotes adecuadas llegaron a puestos de liderazgo, estos

tuvieron un alto coste físico y emocional, pues tuvieron que demostrar insistentemente que eran realmente merecedoras de ese puesto que tradicionalmente hubiera ocupado un hombre (Aguñada Deras 109, Navas 4, Luciak 12). Aunque el FMLN favorecía el uso de anticonceptivos y las prácticas sexoafectivas libres y fuera del matrimonio, los combatientes eran juzgados bajo un doble estándar (Luciak 15) y “las mujeres que tenían relaciones promiscuas fueron sancionadas” (Aguñada Deras 111), algo paradójico ya que al ser minoría en los campamentos muchas de ellas se veían presionadas de manera insistente a ceder favores sexuales a sus compañeros (Luciak 15). Aunque el acoso sexual era común, estos casos se reportaban raramente y, en caso de hacerse, eran por lo general ignorados por el liderazgo (Luciak 15). En los ambientes simpatizantes y de colaboración con el FMLN en áreas de no combate, los anticonceptivos fueron también introducidos, pero en un contexto en el que aún se pensaba el sexo como una actividad cuya función era primordialmente reproductora, de modo que muchas mujeres los usaron de forma clandestina debido al estigma asociado a estos (Aguñada Deras 114).

La maternidad fue una experiencia atravesada también por dinámicas sexistas patriarcales: suponía la expulsión del ejército y eran las mujeres las únicas responsables de prevenir los embarazos. Cuando estos tenían lugar, los bebés eran criados a menudo por mujeres fuera del campamento que actuaron como madres sustitutas. Finalizado el conflicto, la reunificación de las madres biológicas con sus hijos fue complicada por los afectos desarrollados entre estos y sus madres sustitutas, y muchas mujeres vivieron estas experiencias con enorme dolor emocional. Los hombres, por su parte, se desentendieron a menudo de cualquier responsabilidad paterna (Aguñada Deras 113, Navas 7, Luciak 12-13).

Durante las negociaciones de paz “(n)o se escuchó la voluntad de los diferentes sectores sociales y mucho menos de las mujeres, cuyas demandas fueron excluidas de dichos acuerdos” (Aguñada Deras 108), como también destaca María Candelaria Navas: “los temas

relativos a las mujeres recibieron atención nula o escasa durante las negociaciones de paz”

(8). Ilja Luciak está de acuerdo en este aspecto: “Women’s issues received scant to no attention in the peace negotiations in El Salvador” (39). “La población femenina que colaboró con el FMLN no tuvo acceso a la tierra repartida, pues incluyeron únicamente a los ‘jefes’ de familia. Las mujeres que participaron en la guerrilla urbana al no lograr desmovilizarse, no calificaron para obtener los beneficios de la desmovilización, perdiendo así la posibilidad de acceso a beneficios como becas y créditos” (Aguñada Deras 108). En la posguerra salvadoreña tuvo lugar un retroceso en derechos de las mujeres similar al que sucedió en Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial:

se aceptó y permitió que las mujeres desempeñaran un papel no tradicional, siempre que fue necesario durante el conflicto, pero una vez terminada la guerra, cuando sus nuevas identidades representaban una amenaza para las relaciones tradicionales de género, se intentó relegarla a la esfera privada y despojarla de autoridad. (Navas 9-10)

En su transición a partido político, el FMLN incluye en su programa “conseguir la igualdad de derechos para las mujeres” (Frente Farabundo 19). Es a partir de este momento en los principios de la década de los noventa que emerge el movimiento feminista salvadoreño a través de diversas organizaciones de mujeres ligadas a la izquierda (Navas 11-12). Muchas exguerrilleras han declarado que, aunque en su momento no poseían las herramientas teóricas para enmarcar esas agresiones como una cuestión de machismo, con el paso de los años han comprendido que fueron constantemente discriminadas por su condición de mujer dentro de las organizaciones (Kampwirth, *Women and Guerrilla* 77-78; Luciak 12).

Por su edad y sus experiencias vitales, las masculinidades de los dos protagonistas se solidificaron durante la guerra y, en consecuencia, estuvieron fuertemente influenciadas por este clima patriarcal en el que las mujeres eran relegadas a trabajos de apoyo y cuidados y juzgadas severamente cuando salían de estos ámbitos para ejercer roles de liderazgo, en el que

las mujeres eran a menudo víctimas de acoso sexual que no se percibía como un problema o una actividad violenta, y en el que las mujeres eran las únicas responsables de prevenir la maternidad y de hacerse cargo de los hijos en caso de embarazo. Aragón y Zeledón como hombres se encuentran alienados entonces en el contexto de una pequeña ciudad universitaria liberal de Estados Unidos a principios del siglo XXI, donde las relaciones entre géneros se han transformado radicalmente. Ellos, sin embargo, no han cambiado con los tiempos y, como consecuencia, sus masculinidades desencajan en este nuevo contexto y generan fricciones y desencuentros.

Las prosas de ambos personajes son totalmente opuestas, como también lo es su manera de relacionarse con mujeres y de performar su masculinidad. Los dos son hombres en la cincuentena con un vivo deseo sexual y son frecuentes las apreciaciones acerca del físico de las mujeres a su alrededor. Por ejemplo, Zeledón dice de la maestra que hace la ruta en el autobús escolar que él conduce que tiene un “frondoso culo mulato” (24) y más adelante afirma en términos similares que ella “(v)estía unos pantalones verdes muy tallados que ceñían su hermoso culo mulato” (48). Del mismo modo, a la mujer de su amigo Denis la describe como “rusa, rubia, despampanante, como sacada de un video porno” (26). Por su parte, Aragón conversa con una mujer en un bar, pero “en vez de seguir lo que Mina me contaba me quedé pegado en la apertura de sus piernas” (196), mientras que en otra ocasión está trabajando en el archivo “cuando llamó la atención de mis pupilas el trasero de una de las empleadas” (214), y en su vuelo de regreso a Merlow City le toca sentarse junto a una “guapa chica enfundada en unos shorts de escándalo” (291). Para Olga Bezhanova, “the machista attitudes of the former guerrilla fighters and sympathizers point to the failure of the Leftist movements to preserve the feminist gains of the war years” (“Horacio Castellanos” 221), de modo que la novela “points to the deeply flawed nature of the Central American revolutionary discourse that failed to incorporate the aspirations of women, in spite of the many ways in

which women contributed to the popular resistance movements” (“Horacio Castellanos” 221). Para Luna Sellés, “although both characters are good examples of hegemonic masculinity, the crumbling of this façade illustrates the crisis of masculinity that they are going through, which extends to the rest of society” (358). Además, la misoginia desplegada por los protagonistas puede entenderse en ocasiones como un síntoma más de alienación diaspórica: provenientes de un contexto sumamente tradicional en cuanto a roles de género y sexualidad, ambos personajes se encuentran incómodos ante las mujeres estadounidenses jóvenes y los nuevos modos de relacionarse afectivamente con que se topan. Así, por ejemplo, Zeledón es testigo de una escena de abuso en una fiesta: un conocido hondureño, Lui, insulta de forma denigrante a su esposa, una estadounidense blanca, y el salvadoreño observa con sorpresa cómo “(e)n vez de darle una trompada que le hubiera desencajado la jeta, ella empezó a lagrimear” (40). Tal como apunta acertadamente Jeffrey Browitt, podemos pensar que Moya “consciously write these as the typical thoughts of his fallen male characters” (*Cicatrices* 92), si bien el crítico encuentra imposible e inverosímil la subtrama del romance entre Zeledón y su joven vecina lesbiana, Nikki (*Cicatrices* 85), así como encuentra problemático el personaje de Amanda, por ser una niña de corta edad sumamente sexualizada (*Cicatrices* 88-89, 93-94), las cuales analizaré en las páginas que siguen.

Aunque ambos sexualicen a las mujeres de su alrededor, Zeledón imprime a su deseo sexual la misma disciplina y autocontrol que sobre su lenguaje, y es comedido, calculador y frío. Por el contrario, el mismo caos frenético e impulsivo que gobierna el estilo lingüístico de Aragón organiza también sus relaciones sexuales. A lo largo de la historia de la novela, Zeledón tiene una amante, Nikki, una joven vecina de su edificio que vive con su novia, Stacey. Su affaire con Nikki es puramente físico, sin implicación de lazos emocionales algunos, pues Zeledón o bien se niega o bien es simplemente incapaz de establecer estos. Su

primer encuentro roza el asalto, implicando que Zeledón solo sabe relacionarse a partir de la violencia y la dominación:

Me volví. Con un movimiento súbito, la tomé por la mandíbula con la mano izquierda y metí mi mano derecha entre sus piernas. Forcejeó un instante, pero luego se quedó quieta, sin quitarme la mirada desafiante de encima. Le desabotoné el short y deslicé mi cordial¹⁶³ dentro de su vulva. Comenzó a jadear. (37)

Su segundo encuentro deja clara la naturaleza física de su relación, ya que no llegan a cruzar palabra antes de pasar al sexo con penetración:

No saludó ni dijo nada: tampoco yo. Caminó a mi encuentro (...) La encaramé sobre la secadora. Tenía los huesos largos y el tatuaje de un escorpión en el pubis. Me bajé los pantalones hasta las rodillas; la fusca se mantuvo firme en mi tobillera. Su boca permaneció pegada como lapa a la mía. Fue rápido, animal, silencioso. (58)

Nótese en esta cita la identificación de la pistola, la fusca, con el pene en erección y, por extensión, la vinculación de la sexualidad con la violencia, tal como ha notado también Luna Sellés (358). Sin embargo, según continúan sus encuentros parece claro que Nikki espera establecer un vínculo emocional más estrecho con Zeledón y se queja de que él “nunca respondía a sus mensajes si no era para tener sexo” (95), a lo que él reacciona dejando de contestar sus mensajes. Finalmente, Nikki deja a Stacey y se muda a vivir a otro lugar.

Uno de los empleos de Zeledón es de conductor de un autobús escolar. La maestra de su ruta presenta quejas contra él acusándolo de acoso sexual y, finalmente, Zeledón pierde su trabajo. Jim, el supervisor de Zeledón en la compañía de autobuses escolares, lo advierte primero de que la maestra lo ha acusado de sobrepasar el límite de velocidad permitido, y más adelante vuelve a quejarse de que Zeledón conduce de forma imprudente, a lo que él protesta ante su jefe alegando que “[t]odo es inventado” (51). Jim le explica que Estella ya consiguió

¹⁶³ El *cordial* hace referencia de forma burlona al dedo corazón o medio, por ser el que se levanta para, nada cordialmente, afrentar a alguien.

que echaran a otros conductores antes que a él y que “esa puta (...) está loca” (51) y “desquiciada” (101). Más adelante Zeledón es asignado a otro maestro y, poco después, despedido por una denuncia de acoso de Estella en su contra, alegando que él se “propasaba cuando hablaba con ella” (101) y que la seguía, cuando en realidad Zeledón simplemente ha coincidido con ella en un par de ocasiones por la ciudad. Sin embargo, el lector solo tiene acceso a los hechos desde la perspectiva de él, y, habida cuenta de la fijación que el personaje tiene con el trasero de la maestra, podemos preguntarnos si Estella no ha percibido realmente una amenaza por parte de Zeledón, tal como también ha sugerido Olga Bezhanova, para quien “Zeledón’s indignation over the firing makes it clear that he has little awareness that his insistent stalking of the female colleague was, indeed, threatening to her” (“Horacio Castellanos” 220).

En última instancia, aunque Zeledón sexualiza y cosifica continuamente a las mujeres que lo rodean, ejerce al mismo tiempo un gran control sobre sus actos, no dejándose llevar en ningún momento por sus impulsos, bien de deseo bien de ira, del mismo modo que en los demás ámbitos de su vida se maneja con frialdad y es calculador. Su actitud se ilustra bien con un comentario que hace respecto a un trabajo que tuvo en el pasado también de conductor de autobús escolar, con la diferencia de que se trataba de transporte de estudiantes de secundaria y “algunas adolescentes, con las hormonas insolentes, buscaban provocarme” (24). Zeledón es representado como un amante hipermasculino y sexualmente potente aunque emocionalmente distante, para quien sexo y violencia están íntimamente relacionados: como hombre, es, en suma, el arquetipo de macho tradicional. Esta masculinidad performada en torno a su disciplina de corte militar y las dinámicas de violencia aprehendidas durante el conflicto lo relaciona con la figura del guerrero y los tópicos asociados a esta: Zeledón, que combatió en la guerra, es atrevido y valiente: es un hombre, en el sentido tradicional de la palabra. El valor combatiente está directamente ligado a la noción de hombría en la cultura

patriarcal, tal como ilustra el hecho de que en las cartillas militares españolas del siglo XX junto al apartado de “Valor” siempre se escribía de manera formulaica “se le supone”, implicando que por el mero hecho de ser hombre el individuo habría de ser también valiente y apto para el combate.

Por el contrario, Aragón es de voluntad débil y cede con facilidad a los deseos de su apetito sexual, lo cual lo conduce a situaciones problemáticas con frecuencia. Al llegar a Merlow College debe “pasar un examen sobre el llamado ‘acoso sexual’” (180) que aprueba siguiendo el consejo de un colega de contestar a todas las preguntas seleccionando la opción opuesta a lo que él haría en la realidad (180-181). Tanto el uso de las comillas como su técnica para resolver las preguntas revelan que Aragón es incapaz de discriminar entre prácticas afectivo-sexuales consensuadas y aquellas que son depredadoras y abusivas, como revela también con ironía la escena en que trata de abordar a la atractiva chica sentada junto a él en el avión de regreso a Merlow City, pero no lo consigue porque ella lleva audífonos, lo cual lo lleva a reflexionar que estos aparatos logran crear “una burbuja en la que por fortuna es muy difícil ser importunado por un vecino de asiento verborreico, pero que de igual manera me imposibilitó abordar a la guapa chica enfundada en unos shorts de escándalo” a su lado (291).

Al contrario que Zeledón, Aragón se deja conducir por sus deseos sexuales aun cuando el sentido común aconsejaría lo contrario, lo cual lo lleva a enredos cómicos a menudo. Así, en su primera noche en Washington D.C., conoce a una mujer, Mina, en plena crisis matrimonial con su esposo, que se dedica a las finanzas y vive en Frankfurt, Alemania, y con el que mantiene una relación a larga distancia. Conversando, él cuenta algunas historias acerca del tiempo en que vivió en esa misma ciudad y de una amiga suya allí, una trabajadora sexual de alto standing paraguaya llamada Yesenia que se especializaba en masajes prostáticos para altos ejecutivos. Mina decide entonces que necesita contactar con Yesenia

para averiguar si su esposo está usando los servicios de trabajadoras sexuales, lo cual redundaría en un divorcio muy beneficioso para ella en términos económicos. Frente a su insistencia y con el ánimo de acceder a sus favores sexuales si le concede su deseo, Aragón cede y le da el número de Yesenia, la cual se enfada enormemente al saber todo el asunto y rompe su amistad con Aragón.

Aficionado a la pornografía, Aragón se masturba con frecuencia y las escenas sexuales que protagoniza en la novela a menudo adquieren un carácter grotesco, repulsivo y ridículo, de forma que el personaje aparece caricaturizado como un hombre emasculado. Así, a una amante que tuvo en el pasado “no le importó que yo fuera latino, chaparro y enclenque, ni que cuando la penetrara le sobrara espacio” (175), mientras que en otra escena masturba a su amante Mina en un bar de Washington D.C. con los dedos de los pies (197), y en otra más el único momento en que su ex amante Heather calla es mientras le realiza una felación (211), para a continuación sufrir un ataque de ansiedad en pleno acto sexual (212). Aragón, además, insiste a lo largo de la novela en múltiples instancias acerca de su gusto por el sexo anal e incluso llega a despertar un día de un sueño del que solo recuerda “la imagen de mi moronga metida en un culo” (263). La ansiedad que padece el personaje le provoca en algún momento diarrea, tras lo que decide ducharse antes de volver a verse con Mina porque “mi cuerpo pegajoso de sudor y mi culo hediondo no hubiesen sido apetitosos” (242).

Es importante notar que ambas masculinidades son opuestas del mismo modo que la relación de cada sujeto con el conflicto fue diferente: mientras que Zeledón participó activamente en la guerra, Aragón se exilió en México y llevó a cabo tareas de apoyo que no implicaban el uso de la violencia. Como hombre, se ha constituido en un amante mediocre, patético y casi emasculado, lo cual parece señalar al hecho de que no combatiera. En última instancia, la novela implica que las masculinidades de la guerra, ya fueran las de los combatientes basadas en la hipermasculinidad del guerrero o las de los exiliados basadas en

una supuesta cobardía emasculadora, van a desencajar en el contexto de la diáspora del siglo XXI, si bien al hipermasculinidad violenta va a ser premiada y la masculinidad no violenta será penalizada por el sistema.

En resumen, aunque ambos experimentan un acusado deseo sexual por las mujeres a su alrededor, Zeledón se caracteriza por el auto control y la frialdad, mientras que Aragón cede con facilidad a sus impulsos, aun cuando esto le traiga consecuencias negativas en otros aspectos de su vida. Del mismo modo, el sexo parece ir inextricablemente ligado a la violencia para Zeledón, mientras que Aragón es retratado como un amante grotesco y ridículo. Esto es, el primero representa la hiper masculinidad tradicional, de carácter dominador, frío y violento asociada típicamente al guerrero, mientras que el segundo es, sexualmente, caricaturizado como sub-hombre o poco macho, con implicaciones de que el haber eludido el combate armado le ha impedido construirse como macho del modo en que lo ha hecho Zeledón.

3.3. La transnacionalización del crimen organizado en la era del capital global

El trauma de la guerra no es lo único que la diáspora salvadoreña en la era de la globalización porta consigo, sino que también las redes de crimen organizado y las nuevas lógicas de la violencia de la posguerra han viajado con ella. La violencia política de la guerra civil ha mutado con la transición a la paz a una violencia criminal, no por ello menos generalizada: El Salvador de los años noventa y principios del siglo XXI padece graves problemas de corrupción política y crimen organizado. Tal como ha notado Rónald Sáenz Leandro, la novela pone de manifiesto que, en la era de la paz, “la violencia no se destruye, solo se transforma, y ahora reaparece a través del fenómeno de las migraciones, de las pandillas, del narcotráfico, del crimen organizado y de la trata de personas” (346), algo que también ha señalado Luna Sellés (349). La transición de una forma de violencia a otra es similar a aquella que denuncia Rodrigo Rey Rosa en la ya analizada *Que me maten si...*, y el

propio Castellanos Moya también trata en su novela *El arma en el hombre*¹⁶⁴, en el que un militar del ejército salvadoreño es incapaz de reinsertarse con normalidad a la vida civil y, a través de sus contactos en el ejército, pasa al crimen organizado y trabaja en escuadrones de la muerte, atracos a mansiones y narcotráfico. En la era de la economía neoliberal, las redes del crimen, como las financieras y tantas otras, circulan libremente de forma transnacional, y las bandas de tráfico de armas, drogas, personas y otras establecen grupos de acción, actividades y relaciones en diversas localizaciones, independientemente de la nación. Los dos protagonistas entran en contacto con estas redes en Estados Unidos: Zeledón como perpetrador; y Aragón, como víctima.

Zeledón, como tantos otros desmovilizados, transicionó al crimen organizado con la firma de los Acuerdos de Chapultepec en 1992 y, tal como él mismo relata, fue a “cuidar una plantación de amapolas en el altiplano guatemalteco [...] una noche los gringos nos barrieron con fuego desde el aire y apenas sobrevivimos los tres; luego, en el descampado, cada quien se reinventó y siguió su ruta” (69-70). Aunque Zeledón no detalla qué ha sido de su vida desde ese tiroteo en el altiplano hasta su vida en Houston y Merlow City, el lector puede suponer que “su ruta” implicó la emigración a Estados Unidos y una serie de trabajos precarios a lo largo de los años gracias su estatus migratorio TPS¹⁶⁵, tal como le explica a uno de sus empleadores. Aunque Zeledón echa de menos las operaciones de tipo militar, también desprecia a los narcotraficantes, y es por ello que prefiere mantenerse al margen de actividades relacionadas con estos: “esos hijos de puta no me gustan –le dije–. Ni narcos ni maras” (70).

¹⁶⁴ En esta novela de 2001 aparece Zeledón de forma anónima como personaje secundario. En la novela, Zeledón trabaja vigilando un campo de cultivo de amapola en el altiplano guatemalteco para una red de crimen transnacional liderada por altos oficiales del ejército salvadoreño. Entre los vigilantes del campo se encuentran tanto exguerrilleros como exsoldados: en la paz han transicionado de la violencia política a la violencia del crimen organizado y la ideología deja de ser un elemento determinante para la ejecución de la violencia.

¹⁶⁵ El Temporary Protection Status (TPS) es un permiso temporal para residir y trabajar en los Estados Unidos que el gobierno ha concedido a ciudadanos de varios países, entre ellos El Salvador, y que se renueva cada cierto tiempo.

En Merlow City, vive con desinterés y cierto ánimo depresivo, especialmente durante los duros meses del invierno del Medio Oeste. La mayor de sus motivaciones es la “posibilidad de un negocio” (35) con el Viejo, que le devuelve “un entusiasmo que suponía perdido” (83). Zeledón conoció al Viejo en una estancia como preso político en la cárcel durante la guerra civil. Allí, el Viejo cumplía condena por asesinato entre los presos comunes, pero cuando los guerrilleros consiguen escapar de la cárcel Zeledón, que ha hecho buenas migas con él, lo invita a acompañarlos y unirse a la lucha, a lo que él accede. Décadas más tarde, el Viejo es una pequeña figura dentro del paisaje del crimen organizado transnacional en Estados Unidos y contacta a Zeledón para que le brinde seguridad durante unas reuniones con otro mafioso de poca monta apodado Moronga en Chicago en la primavera de 2010. Una vez en el terreno, sin embargo, Zeledón sospecha que el Viejo le oculta algo (127-128) y, en efecto, este acaba confesándole que la misión real es ejecutar a Moronga de parte de los narcos para los que trabaja el Viejo. Zeledón se molesta, puesto que ese no era el trato, y se niega a continuar con la misión (131-132). El Viejo trata de convencerlo ofreciéndole colaborar solo como seguridad, sin participar directamente en la ejecución y le espeta que se “va a pudrir en este país de mierda. Y peor en ese pueblo [Merlow City] perdido en la nada” (132), a lo que Zeledón replica: “Más podrido estaría con tus nuevos patrones. Ya sabés que no me gustan. Yo me formé para accionar sabiendo quién era el enemigo. Todo muy claro. Había un sentido, una causa” (132-133), a lo que además agrega: “No es mi rollo matar por dinero, Viejo. Menos por encargo de esa gente. No me hace clic” (133)¹⁶⁶. A continuación, se levanta para ir al baño y así concluye la primera parte de la novela, que deja al lector preguntándose qué habrá decidido Zeledón finalmente: si mantenerse fiel a sus ideales y regresar a Merlow City o si ha terminado el trabajo con el Viejo. La cuestión solo se resuelve en las últimas treinta páginas de la novela, un informe policial que reporta también qué ha

¹⁶⁶ Para Magdalena Perkowska, este es meramente un “argumento de apariencia ética” (18) que Zeledón emplea como excusa, cuando la auténtica razón para no participar en la operación serían los riesgos que esta implica.

sido de Aragón, quien, por su parte, también se las ha visto con el crimen organizado centroamericano, si bien desde una posición muy diferente.

En su primera noche en Washington D.C., Aragón cena en un restaurante con su anfitrión de Airbnb, un estadounidense blanco de nombre George ya jubilado que vive con su esposa y sus dos hijos adoptivos, George Junior, de Tanzania, y Amanda, de Guatemala. Amanda mantiene un comportamiento disruptivo y problemático: tiene fortísimos ataques de ira, emplea lenguaje sumamente grosero e inapropiado para una niña, es agresiva física y verbalmente, y acosa sexualmente a su hermano adoptivo. La relación de Amanda y sus padres adoptivos, que están considerando anular la adopción, pone de manifiesto que la niña es cosificada como un bien de consumo que se puede devolver a la tienda si no satisface los deseos del comprador en lo que Bezhanova ha denominado un “neoliberal approach to parenting” (“Horacio Castellanos” 222). Del mismo modo, la indiferencia de sus padres con respecto a su traumática historia en Guatemala “is shared by many Americans who are ignorant of the effects of the US involvement in Central American conflicts of the twentieth century and are unwilling to accept that the consequences of that involvement will have an impact on their lives” (Bezhanova, “Horacio Castellanos” 222).

El personal del orfanato le había contado a George y su esposa que Amanda era hija de una mujer indígena que había muerto de cáncer, pero esta historia es falsa, tal como revela la propia Amanda (159), que le cuenta la historia de su vida a Aragón. Según ella, vivía con su madre, una trabajadora sexual de un burdel del Puerto de San José, y su querido hermano, Calín. Un pescador de la zona, apodado Moronga, tenía predilección por los servicios de la madre de Amanda y, puesto que medró económicamente al introducirse en el negocio del narco, la retiró de la vida del burdel y le puso un salón de belleza. Sin embargo, Moronga también pretendía tener relaciones sexuales con Amanda y, para aislarla y desprotegerla, envía a Calín, de dieciocho años de edad y que pertenece a la Mara Salvatrucha, con un

coyote a Estados Unidos, de modo que Calín se queda viviendo como indocumentado en Nueva York. Un día, unos enemigos de Moronga perpetran una matanza en el salón de belleza de la madre de Amanda y solo sobrevive la niña, a la que una tía recoge, le cambia los documentos de identidad y la lleva al orfanato (265-271), teniendo ella catorce años y no siete como aseguraban sus documentos. El último día de la estancia en Washington D.C. de Aragón, Amanda desaparece: en la escuela la han visto subirse a un coche con dos latinos que son, presumiblemente, su hermano Calín y Moronga (293), quien, por supuesto, es el mismo Moronga a quien el Viejo tiene encargo de ejecutar en Chicago unos días más tarde.

La moronga es una salchicha de sangre, similar a la morcilla española, típica de Centroamérica. De forma vulgar, también sirve para denominar al pene. El personaje de Moronga, que se revela como el punto de unión entre los dos protagonistas de la novela, recibe tal apodo precisamente por ser bajito, rechoncho y moreno, como una moronga. *Moronga* es, como ya sabemos, el título de la novela, cuyo argumento se articula en torno al personaje de dicho nombre, pero también a los temas de la diáspora y las redes transnacionales del crimen organizado centroamericano que el mismo personaje encarna, así como los temas de la violencia, pues la novela no deja de estar rellena de sangre, después de todo, y de la masculinidad heteropatriarcal normativa y violenta que representa la acepción fálica de la moronga.

Un reporte policial cierra la novela y ofrece algunas respuestas a las dudas del lector. El reporte se centra en una balacera que tiene lugar el 15 de junio de 2010 en un aparcamiento de Chicago, donde colisionan finalmente los destinos de Aragón y Zeledón. Aragón, una vez de regreso en Merlow City, ha sido contactado por Calín y Amanda y chantajado: debe pagarles una desorbitada suma mensual bajo la amenaza de que, si no lo hace, lo denunciarán falsamente por haber abusado de la chica. El FBI decide usar a Aragón como cebo para rescatar a Amanda, que a fin de cuentas es una menor de edad que ha sido secuestrada en

términos legales, y para apresar a Calín y Moronga. Por otra parte, Moronga y el Viejo mantienen una reunión en un restaurante adyacente al aparcamiento. Cuando Moronga, sus guardaespaldas y el Viejo salen se inicia un confuso intercambio de fuego que se cobra un total de siete muertos: un agente del FBI, Calín, Moronga, el Viejo, un guardaespaldas de Moronga y dos mujeres que se encontraban en el lugar equivocado en el peor momento. Además, hay un total de ocho heridos, de los cuales seis son daño colateral y los otros dos son un agente del FBI y el otro guardaespaldas de Moronga. El informe repasa la identidad de cada uno de los involucrados en la balacera y describe una complejísima red de relaciones entre diversos grupos del crimen organizado, incluyendo maras salvadoreñas, cárteles mexicanos y los Zetas, mientras que entre los implicados abundan los migrantes indocumentados que son exmilitares ligados a empresas de seguridad privada con posesión ilícita de armas.

El reporte se centra en un misterio que no es capaz de resolver: la identidad de un tirador oculto que, desde una Ford SUV robada esa misma madrugada y empleando un fusil de alta precisión con mira telescópica y silenciador ha dado un tiro a Moronga y a cada uno de sus guardaespaldas. El tirador es a todas luces un profesional con experiencia, pues además se ha cuidado de que su rostro no aparezca en ninguna cámara de seguridad y no deja huellas dactilares por haber cubierto las yemas de sus dedos con celo. El reporte concluye que sus agentes “no fueron objeto directo de una emboscada en términos estrictos, sino que cayeron en la emboscada tendida a los otros” (323), esto es, la emboscada del Viejo a Moronga: no queda sino deducir que el tirador oculto es Zeledón, aunque la novela no ofrece ninguna certeza contundente al respecto y el lector se queda sin saber qué ha sido de él y dónde está, además de con la incógnita de por qué cambió de idea y decidió finalmente asistir al Viejo en la ejecución de Moronga. Lo que es claro, en todo caso, es que Zeledón consigue hábilmente escapar a la justicia.

Por su parte, Aragón, pese a la falta de evidencia en su contra, es arrestado y procesado por abusos sexuales contra Amanda. A consecuencia de ello pierde su trabajo, termina por enloquecer y es internado en una institución de salud mental hasta que tenga lugar su juicio (334). Para Perkowska, Aragón es el chivo expiatorio de un sistema judicial fallido en una certera lectura de la resolución de la novela¹⁶⁷:

faltando la información que permitiría detener y castigar al tirador oculto, el sistema panóptico fija su mirada en Erasmo Aragón, acusado de abuso sexual de una menor, a pesar de que la evidencia niega esta imputación. Si registrar todo no equivale a saber, menos todavía equivale a ejercer justicia, sobre todo si el supuesto ‘culpable’ es un inmigrante latino que fácilmente puede satisfacer el espectáculo de un poder justo y responsable. (27)

Para Perkowska, es precisamente su relación con el panóptico moderno lo que determina el éxito o fracaso de los protagonistas, pues

Zeledón lo racionaliza y vuelve inoperante cuando confronta la lógica y mecánica del panóptico con la lógica y práctica conspirativa, aprendida en la guerrilla. Aragón, en cambio, cede a la presión que el saberse observado y vigilado en cada lugar y cada instante de la vida ejerce sobre el sujeto. No sorprende entonces que el primero se le escape al sistema y el segundo, en cambio, sucumbe a sus leyes sin haber hecho nada que mereciera un castigo legal. (24)

El éxito o fracaso de cada uno está directamente relacionado, como explica Perkowska, con el éxito con que se hayan logrado adaptar al mundo hipervigilado del panóptico global. En esta adaptación juega un papel importante también la masculinidad: no es casual que triunfe el

¹⁶⁷ Por su parte, para Bezhanova, la balacera final es un “symbolic reenactment, on US soil, of the Civil War in El Salvador. Aragón represents the Salvadoran intellectual elites that welcomed US involvement in El Salvador’s politics and relied on their economic and cultural capital to evade the harshest consequences of the Civil War. [...] Zeledón and Juan Domingo Urrutia [...] represent the degraded nature of the liberation movements of the second half of the twentieth century that have abandoned their ideological commitments and embraced a life of criminality” (“Horacio Castellanos” 216).

macho exguerrillero que trabaja para el crimen organizado y que el emasculado hombre que ha seguido la ley acabe perdiendo su empleo, su cordura y su libertad. La novela sugiere, por lo tanto, que la sociedad transnacional salvadoreña de posguerra solo van a triunfar aquellos que sigan perpetuando los modos de violencia iniciados décadas atrás durante la guerra y performando una masculinidad ligada a esta violencia, mientras que las personas que sigan la ley y traten de hacer una vida nueva en la época de la paz van a verse derrotados por un sistema dominado por el crimen organizado.

3.4. Conclusiones

Moronga pone de manifiesto que, en la era de la economía global, el trauma y el crimen también son globales y que las dolorosas memorias traumáticas del conflicto salvadoreño acompañan a sus supervivientes allende las fronteras y las décadas. La novela critica también el hecho de que la transición a la paz no haya traído consigo una paz sólida y auténtica, sino que más bien ha facilitado la instauración de una economía neoliberal que ha continuado prolongando las causas mismas de la guerra en primer lugar y exacerbado las desigualdades sociales, forzando a buena parte de su población a buscar una vida mejor en el extranjero, además de permitir que la violencia política, en lugar de desaparecer, se transformara en violencia criminal. Con la instauración de extensas redes diaspóricas centroamericanas, producto directo de los conflictos armados, se han establecido también, entonces, complejas redes de crimen organizado transnacional que operan tanto en Chicago como en San Salvador.

El enorme peso del trauma con que viven a diario los protagonistas de la novela sugiere que la sociedad salvadoreña tiene pendiente hacer aún trabajo de memoria para poder sanar las heridas del conflicto bélico, pero el contexto de posguerra favorece las políticas de amnesia histórica, beneficiando a aquellos que como Zeledón se esfuerzan en olvidar mientras

perpetúan las dinámicas de violencia del pasado, y perjudicando a los que, como Aragón, están tratando de llevar a cabo ese trabajo de memoria.

La violencia es ejercida en la novela por Zeledón, que representa de forma estereotípica los rasgos de la masculinidad hegemónica tradicional: tiene un deseo sexual muy vivo pero es sumamente controlado y frío, es un amante potente y rudo que roza lo violento en sus encuentros sexuales pero que deja prendadas a sus amantes, mientras que, fuera de la cama, se muestra emocionalmente distante y frío. Zeledón performa una masculinidad heteropatriarcal normativa que culturalmente se asocia a la figura del guerrero y, aunque está involucrado en el crimen organizado, es tan eficaz en este ámbito como en el sexual, y sale indemne de sus asaltos, escapando del FBI. Por el contrario, el ansioso Aragón, aunque también tiene un deseo sexual fuerte, se deja fácilmente llevar por este y toma decisiones impulsivas que continuamente lo meten en problemas como perder su amistad con Yesenia. A pesar de su deseo sexual, su actividad erótica lo retrata como un hombre emasculado y un amante ridículo: performa una suerte de submasculinidad, ligada a su exilio durante la guerra y al hecho de que nunca haya participado activamente en la violencia, sino que, por el contrario, ha seguido siempre la ley y ha tratado de llevar a cabo el trabajo de memoria que la sociedad salvadoreña parece necesitar para sanar las heridas de la guerra. Sin embargo, esta sociedad de posguerra está gobernada por la violencia articulada desde la masculinidad heteronormativa de aquellos que lucharon, en un bando u en otro, en la guerra años atrás, y los individuos pacíficos como Aragón no podrán vencer al imperio del crimen organizado.

4. El capital humano: crimen, clase y migración en *Lluvia del norte* de Daniel Quirós

Lluvia del norte (2014) es la segunda novela de la saga de Guanacaste del costarricense Daniel Quirós, compuesta hasta la fecha por un total de dos volúmenes, el primero de los cuales, *Verano rojo* (2010), analizamos en el segundo capítulo. En *Lluvia del norte* la acción se sitúa de nuevo en Guanacaste, una región en el noroeste de Costa Rica que ha sido tradicionalmente un área rural habitada por campesinos y que en las últimas décadas ha sido fuertemente turistificada. El protagonista sigue siendo don Chepe, un hombre maduro que vive, ya retirado del mercado laboral después de haber trabajado varias décadas como funcionario en San José, una vida sencilla en el noroeste del país y que a veces es requerido por su sagacidad para investigar crímenes locales. La historia es narrada, como en *Verano rojo*, en primera persona por Chepe, un narrador confiable que va refiriendo los acontecimientos en estricto orden cronológico. En *Lluvia del norte* don Chepe relata la investigación en torno al asesinato de Antonio o Toni, un joven nicaragüense de la zona, cuya madre, María, es amiga personal de don Chepe.

Las pesquisas de don Chepe muestran al lector los rápidos cambios que Guanacaste ha experimentado en solo unas décadas como resultado de las políticas económicas neoliberales y, en particular, de la turistificación del área. El tema del sujeto migrante es clave en la novela y va ligado a estos cambios: la víctima del crimen es un joven nicaragüense de clase trabajadora, mientras que el autor intelectual del crimen resulta ser un acomodado empresario venezolano. En última instancia, Quirós propone con su novela que, en la Centroamérica del capitalismo tardío, la experiencia migratoria está definida por la relación del sujeto con el capital y la clase: por un lado, los migrantes nicaragüenses de bajos recursos son tratados en Costa Rica, como señala Robinson, como un bien de importación más y enfrentan una vida de segunda clase marcada por la discriminación laboral y social en que solo pueden aspirar a los trabajos más duros y peor pagados (Robinson 203) mientras se los asocia con el crimen

organizado, el tráfico de drogas y la delincuencia. Por el otro lado, los migrantes de la élite transnacional reciben todos los privilegios posibles y son celebrados por la comunidad por atraer capital extranjero y abrir oportunidades de trabajo, aunque estos estén ligados al crimen organizado y el capital ilícito. En el gran crimen de la economía neoliberal, viene a decir Quirós en su novela detectivesca, los primeros están condenados a ser víctimas y los segundos, criminales impunes. La novela cuestiona también la posibilidad de alternativas de resistencia a este modelo económico y apunta, desde un prisma de desencanto, a la necesidad de organización social y establecimiento de lazos de solidaridad locales y transnacionales entre la clase trabajadora mediante la resolución colectiva del caso y el final relativamente feliz de la historia.

El argumento de la trama está inspirado en un suceso real que fue reportado por el diario *La Nación* el 2 de junio de 2010 (“Policía halla cadáver”) y cuya nota aparece extensamente citada en un epígrafe: se halla el cadáver de un hombre joven que ha sido brutalmente asesinado y del que, ante la falta de documentación, se sospecha que es un nicaragüense indocumentado. El detonante de la ficción es pues explícitamente un evento real. El caso, sin embargo, no vuelve a aparecer reportado en este periódico, de lo cual parece razonable deducir que fue archivado por falta de pistas y el o los culpables quedaron impunes. Frente a la impunidad rampante de la realidad¹⁶⁸, Quirós emplea su pluma y el arma de la ficción para honrar a todos los nicaragüenses indocumentados que periódicamente son víctimas de asesinatos que quedan sin resolver. Si la justicia no se toma la molestia de llevar a cabo una investigación, el escritor llevará a cabo una investigación ficcional, en la que pondrá

¹⁶⁸ La novela hace referencia a otro suceso del pasado reciente que apareció reportado en la prensa. Don Chepe camina con los familiares de Antonio, el nicaragüense asesinado, justo después del entierro de este, cuando un vecino del pueblo le espeta al grupo: “Ojalá tuviera un rodguailer para soltarlo por aquí” (22), refiriéndose “a un incidente reciente en la capital. Un ladrón nica había intentado robar un taller de autos. Al entrar, se topó con un rottweiler que lo atacó al instante. [...] Al final terminaron todos -policías y vecinos- frente a la escena, viendo cómo el perro devoraba lentamente al hombre” (22-23). Un caso muy similar aparece reportado en *La Nación* el 10 de noviembre de 2005 (“Costa Rica lamenta”).

de relieve la vulnerabilidad de los migrantes trabajadores, los fallos del sistema policial y judicial, y la omnipresencia del crimen organizado en el paraíso turístico para extranjeros de clase media y alta en que se ha convertido Costa Rica desde los años noventa. La novela de Quirós no deja de ser una llamada de atención respecto a todos estos problemas, así como una manera de honrar las vidas de aquellos cuyas vidas no valen nada para el Estado.

Enmascarada como una ligera novela de detectives llena de escenas de acción, tiroteos, diálogos ingeniosos, giros inesperados y romances incipientes, se encuentra una reivindicación de carácter profundamente político. Junto con la reciente *Polen en el viento* (2020) del guatemalteco afincado en Costa Rica Rafael Cuevas Molina, esta es la única novela que problematiza el tema de la migración nicaragüense indocumentada en Costa Rica.

4.1. El detective: entre la memoria del Sandinismo y la esperanza de un mundo más justo

Don Chepe es uno de los muchos detectives involuntarios que pueblan la ficción detectivesca centroamericana: una persona que llega a las tareas de detective de forma accidental y no porque se trate de su profesión, sino porque un urgente sentido de la ética le empuja a investigar un crimen que, de otro modo, quedaría impune (González Calderón, “The irrelevant Mystery” 135).

En su juventud, participó en la Revolución Sandinista y más adelante trabajó como funcionario en una oficina del gobierno en San José, hasta que consiguió ahorrar lo suficiente para retirarse a Guanacaste. De vez en cuando sus vecinos le piden ayuda resolviendo algún caso que la policía no consigue resolver. La motivación de don Chepe para actuar como detective es práctica, por un lado, y moral, por el otro:

Yo a veces echaba una mano en cuestiones así, todo extraoficialmente, por supuesto. También de vez en cuando los locales me buscaban para que los ayudara con alguna cuestión: drogas, asesinatos, robos, personas desaparecidas. Ese tipo de cosas. Los

trabajos no pagaban mucho, pero aunque sea dejaban algunos colones para pagar las cuentas. También ayudaban a luchar contra el hastío. (16)

Sus trabajos de investigación le dan algo de dinero extra, pero esta actividad además parece combatir lo que él llama “el hastío”, cierta desidia. Hacer el bien y llevar a cabo acciones que son valiosas para la comunidad son, para don Chepe, modos de redención personal que salvan del hastío de una vida individualista y sin un sentido trascendente.

Como ya vimos en el análisis de *Verano rojo*, el trabajo de don Chepe es esencial en el marco de una Costa Rica con un sistema policial y judicial insuficientes, en el que la falta de recursos y de personal provoca que gran número de casos se queden sin investigar, especialmente cuando la víctima es un sujeto perteneciente a la marginalidad, tal como declara el narrador refiriéndose a la investigación del asesinato de Toni:

sabíamos que no llegaría a mucho. No había pistas claras ni razón para continuar. En un lugar con muchos crímenes y pocos fondos, un nica ilegal, además posiblemente ligado a la venta o tráfico de drogas, no era la gran prioridad. Ya habíamos visto infinidad de casos así, todos sin resolver. (19)

La política neoliberal en torno a gasto social, que insiste en recortes y privatización, tiene como consecuencia que los ciudadanos tengan que asumir estas tareas, antes tradicionalmente asociadas al Estado. Ligia, la agente de policía de Santa Cruz que colabora con don Chepe y su ayudante, el también policía Gato, afirma que: “Para todo el cantón de Santa Cruz, solo hay unos 7 agentes del OIJ; eso para más de 50 000 personas... Este tipo de broncas es casi imposible de resolver sin una confesión o un testigo directo” (38). Miguel Pérez, uno de los sospechosos, es asesinado en el curso de la investigación, y los detectives saben que será otro caso sin resolver: “La policía y el OIJ se rascarían la cabeza, llegarían a sus conclusiones. Más estadísticas de violencia, más fotografías para la página roja. Quién sabe si mucho más” (108). Ligia misma se burla de la falta de recursos de la policía: “eso de las huellas digitales y

el ADN se ve solo en los programas de televisión” (38). En el contexto neoliberal de una justicia insuficiente, la iniciativa comunitaria de don Chepe y sus colaboradores emerge como resistencia a un sistema excluyente y discriminatorio.

La historia de la novela está enmarcada dentro de otra historia: durante una noche de insomnio, don Chepe se dedica a recordar y la historia que leemos no es sino, al final, su rememoración del caso. La novela deja de manifiesto, entonces, desde su misma estructura narrativa, la centralidad del trabajo de memoria dentro del contexto del Istmo. Así, Chepe vive su presente en la Costa Rica de los años dos mil diez bajo la sombra de su pasado como sandinista en Nicaragua. Y aunque María, la madre de la víctima, y él no se conocían en los setenta, es su pasado revolucionario común lo que los une y el germen de su amistad: “Tal vez nos ayudábamos a luchar un poco contra la soledad o quizá simplemente era una manera de lidiar con la nostalgia por aquel país que alguna vez había prometido algo” (15). El presente parece estar salpicado de instancias que obligan a los personajes a volver dolorosamente la vista atrás y, en específico, a la Revolución Sandinista. Así, María, que es ahora una señora mayor, inmigrante nicaragüense en Costa Rica y trabajadora de la limpieza para un gran hotel, lleva consigo una automática en todo momento, vestigio de sus años de lucha. Según Chepe, lo único que le queda a María en Nicaragua son “memorias que era mejor ponerse a olvidar” (26-27). Cuando Toni aparece asesinado, María recurre inmediatamente a su amigo Chepe, y le pide que encuentre al culpable. Chepe acepta el caso y esa noche se queda “dormido, pensando en esas cosas de las que uno nunca se puede librar” (27). En otra ocasión, don Chepe está haciendo tiempo antes de verse con un potencial testigo y pasa varias horas en un bar. Allí, una mujer ya en la cincuentena ejerce el trabajo sexual. Toma una cerveza con un camionero y luego lo acompaña a su tráiler. Al regresar, mira inquisitivamente a Chepe, esperando que este la invite también, pero él le hace un gesto negativo con la cabeza, pues “[l]a carne siempre había sido un pobre refugio para el olvido” (64). El sujeto

postrevolucionario parece condenado, pues, a una memoria que funciona como una maldición de la que no puede escapar aunque lo desee y que condiciona su relación con el presente, llena de desencanto y amargura, puesto que la Centroamérica neoliberal que habita no es más que una sombra de la utopía revolucionaria a la que entregó su juventud.

En ese mismo bar, Chepe inspecciona los artículos personales que Antonio tenía en su cuarto de la procesadora de zumo de naranja para la que trabajaba y, entre la ropa, halla algunas fotografías de unas décadas atrás en que puede ver al propio Antonio, su hermana Rocío y su primo Beto de niños en Nicaragua, frente a su casa, una “choza de madera” (63): “Uno tenía una pistola de plástico en la mano y apuntaba hacia la cámara, el otro alzaba la mano, casi defensivo, como si de alguna manera quisiera detener todo el tiempo que había pasado ahí” (63). La posibilidad de la Revolución aparece encarnada claramente en la foto por el niño con la pistola de juguete, emulando a los sandinistas, mientras que el niño que con su mano parece detener el tiempo simboliza el anhelo, que el narrador y protagonista Chepe está proyectando sobre un gesto seguramente casual, por una Centroamérica liberada y el rechazo melancólico a un presente que no es el soñado y en el que no solo no se ha cumplido la promesa de la revolución sino en el que los hijos de los sandinistas están condenados a la precariedad, la pobreza, migración y, en algunos casos, la violencia extrema como ha sido el caso de Toni. La esperanza de la revolución que representan los niños en la foto ha sido aplastada brutalmente con el paso del tiempo:

En otra foto aparecen María y el padre de Antonio, abrazados y sonrientes, vestidos en los caquis verde olivos de la Revolución; él con un sombrero de campesino y una barba al estilo Camilo Cienfuegos; ella con un quepis sobre el cabello largo, su rifle colgado del hombro. Parecían las memorias vivas de un tiempo perdido, atrapadas en un mundo que había dejado de ser suyo. Al verlos sentí que

cargaban el olor de otra época, como en esas fotografías históricas de las que nos reímos en silencio, sin poder entender cómo todo había sido tan diferente. (63-64)

Chepe vive, pues, atormentado por los recuerdos de la revolución soñada y la melancolía por la derrota sandinista y lleno de desilusión con la realidad presente que le ha tocado experimentar, que tanto dista de la Centroamérica liberada por la que tantos jóvenes de su generación sacrificaron su juventud y hasta su vida. La novela da expresión así a través del protagonista al desencanto generacional de los sujetos que han vivido tanto los procesos revolucionarios del Istmo como la posterior transición a una débil democracia liberal y a la economía neoliberal.

El autor emplea una estrategia fundamental para aliviar la tensión dramática que se acumula en la novela y evitar convertirla en un folletín político o caer en el sentimentalismo excesivo: el uso del humor, que inunda los diálogos, llenos de réplicas ingeniosas y rápidas, y las observaciones del narrador, cuya voz está caracterizada no solo por el desencanto y la desilusión, sino también por la ironía y cierto afán cómico que no deja de reflejar una gran energía y determinación. Este es, claro, un recurso tradicional del género negro: todos los lectores de novela criminal están habituados a las salidas mordaces de sus detectives favoritos de ficción, desde Sherlock Holmes y Hercule Poirot hasta Belascoarán Shayne y Dolores Morales, pasando por tantos otros como Sam Spade y Philip Marlowe. El desencanto que sienten estos personajes con respecto a su contexto social no se expresa por lo general a través de actitudes melodramáticas, sino a través de una ironía cargada de pesimismo que sirve en el texto para rebajar tensión dramática y que contribuye a crear, en última instancia, una narración que, implicaciones sociopolíticas aparte, es entretenida y atractiva para un gran número de lectores. El humor de los diálogos de estas novelas, así como la ironía y el cinismo cómico que despliegan sus protagonistas son sin duda un factor clave en el tremendo éxito de que viene disfrutando el género desde su emergencia en el siglo XIX: los detectives son

siempre, independientemente de su contexto histórico, nacional y cultural, personajes ocurrentes e ingeniosos de réplica rápida. Así, cuando el criminal Coto ofrece a Chepe el siniestro pacto de que puede elegir entre que Coto los mate a su ayudante Beto y a él mismo, o que solo mate a Beto pero lo libere a él, Chepe pregunta con una sorna que pone de manifiesto la absurdidad de pactar con un criminal: “¿Y qué vamos a hacer: armar un contrato certificado por un notario?” (176)¹⁶⁹. Otro buen ejemplo es cuando Chepe reflexiona acerca de sus múltiples conversaciones sobre el bien y el mal: “estaba harto de tanta conversadera. ¿Quién lo iba a pensar? Una provincia llena de hijueputas filósofos” (163). También Jeffrey Browitt ha notado cómo el uso del humor es empleado con frecuencia en la ficción centroamericana como una manera de aliviar tensión dramática por parte de los autores (*Cicatrices* 112-113), y destaca el papel que juega el humor en esta novela específicamente, en la que “popular humour is used to lighten what is in essence a small tragedy and once we recognise as common throughout the Central American region” (Browitt, *Cicatrices* 105).

El uso del humor tiene además coherencia en una novela que, en última instancia, celebra la resiliencia de las clases populares centroamericanas en la era del desarrollo neoliberal y que, después de todo, acaba con una pequeña victoria: Coto y su colaboradora, una asesina a sueldo y extrabajadora sexual de la zona llamada Rosa, mueren tiroteados por Chepe. La muerte de los villanos tiene lugar a lo largo de una escena climática de clara influencia cinematográfica (Browitt, *Cicatrices* 109) en que no faltan las peleas cuerpo a cuerpo, las balaceras y las persecuciones en la oscuridad de las instalaciones de la procesadora de zumo de naranja. Cuando Coto tiene preso a Chepe y Beto les advierte: “No habrá final

¹⁶⁹ El uso del humor por parte de los detectives es una manera clara también de señalar su hiper masculinidad: en las situaciones extremas en que otros apenas sabrían reaccionar, los investigadores están tan calmados y en su elemento que son incluso capaces de hacer bromas.

feliz esta noche. Alguien tendrá que morir” (176)¹⁷⁰, y así sucede en efecto, pero con un giro: el que muere es él, Coto.

Aunque de forma ajena a la vía institucional, Chepe consigue justicia por el asesinato de Toni, matando a al autor intelectual y la autora material del crimen. La novela apunta, pues, a la necesidad de la organización, colaboración y búsqueda de justicia por vías alternativas a las tradicionales. En un nuevo contexto en que la justicia ha sido privatizada, es hora de que las clases populares se organicen para defender su patrimonio humano, material y ambiental, formando redes de colaboración transnacionales y que beben de la ideología revolucionaria, pues, como insiste Chepe a lo largo de la novela, la Revolución terminó pero no ha sido olvidada.

Es interesante notar que la resolución del crimen no se lleva a cabo de forma individualista como es propio de los detectives de la novela negra norteamericana o de otros detectives de neopolicial, sino que Chepe cuenta con un círculo de apoyo que prueba ser fundamental para la resolución satisfactoria del caso, algo que ya ha señalado Jeffrey Browitt en una acertada lectura de la obra (*Cicatrices* 110). El investigador cuenta con la colaboración no solo de su amiga María y de los agentes de policía Gato y Ligia, sino de una extensa red de contactos que incluye a diversos personajes de las clases populares del Guanacaste rural: la hermana de Toni, Rocío, y su esposo Juan Pablo; Beto, el primo de Toni; Arnoldo, el pescador; Carlos el nica que era compañero de trabajo de Toni; y las trabajadoras sexuales

¹⁷⁰ Es clara la referencia intertextual de esta cita: *No habrá final feliz* es el título de la novela que cierra la primera tetralogía del detective mexicano Belascoarán Shayne, de Taibo II. Tal como indica el título, que frustra el horizonte de expectativas del lector al revelar el final desde la cubierta misma del libro, la historia acaba trágicamente con Belascoarán siendo abatido a tiros por sus enemigos y muriendo en un charco de su propia sangre en la Ciudad de México mientras llueve sobre él (dado el éxito de su personaje, el autor decidiría revivirlo más adelante y continuar la serie con seis novelas más). También en *Lluvia del norte* cae una precipitación al final de forma simbólica, pero en un modo diferente a la novela de Taibo II. Si en la conclusión de la novela mexicana la lluvia sobre el solitario cadáver del detective cargaba la escena de pesimismo, tristeza y desesperación, en la novela costarricense la lluvia parece tener un carácter purificador, renovador y expiatorio, aunque sea parcialmente. La narración se cierra así: “vi a Ligia y al Gato. Parecían espectros bajo la luz de los reflectores. Caminé hacia ellos entre las sombras. Las gotas de sangre caían suavemente sobre el piso del galerón. Afuera el agua cayó encima de mí. Empezó a lavar mis heridas, aunque nunca llegaría a calmar el dolor” (187).

Ramona y doña Lara. La novela apunta así a la necesidad de organización colectiva y solidaridad transnacional como forma imprescindible de resistencia frente a los daños que la nueva economía provoca en las comunidades de trabajadores. La memoria del ideal revolucionario de unión y colaboración es, por lo tanto, imprescindible y valiosa en la Centroamérica postrevolucionaria. De este modo, la novela se perfila como relativamente optimista y abre una ventana a la posibilidad de un futuro más justo y más igualitario¹⁷¹.

4.2. La escena del crimen: Guanacaste neoliberal y turistificado

El desencanto del personaje se evidencia en las descripciones del entorno local, que no se centran en la exuberante naturaleza de la zona, sino en la acelerada destrucción de esta bajo el signo del capitalismo tardío y el turismo. El paisaje paradisíaco del noroeste de Costa Rica es ya, como la Revolución, algo que ha quedado atrapado en el pasado y que en el presente está en profunda crisis. De este modo, el paisaje natural del área representa el fracaso de la utopía revolucionaria y pone de manifiesto la decadencia de la Centroamérica neoliberal de posguerra.

¹⁷¹ Esta posibilidad viene, una vez más, señalada en el texto a través de dos sutiles subtramas románticas: entre Gato y Ligia, por un lado, y entre Chepe y Ramona, por otro. En los encuentros entre los dos agentes de policía Chepe va notando con su característico sentido del humor el interés que parecen sentir el uno por la otra (y viceversa). Así, Chepe se percata de que Gato se ha arreglado para ir a una reunión con ella y, en lugar del habitual uniforme, va con ropa limpia, recién duchado y perfumado. Gato se excusa afirmando que “ya estaba harto de andar el uniforme”, a lo que su amigo le contesta: “Harto de andar soltero es lo que estás [...]. A ver qué dice Ligia” (115). La intuición de Chepe se revela correcta al instante, cuando ve a su compañero sonrojarse: “El Gato no contestó. Hizo como si estuviera viendo algo por la ventana. Fue la única vez que lo vi ruborizarse” (115). Proceden a su reunión y, después de ponerse al día con los avances en el caso, Chepe decide retirarse, arguyendo que “[e]n la vida hay que saber cuando se está demás [sic] y ya llevaba tiempo estorbando entre las miraditas que se enviaban el Gato y Ligia” (122). Esta subtrama no solo funciona, como el uso del humor, para aliviar la tensión dramática de una historia con un fuerte trasfondo sociopolítico, sino que apunta también a una posición esperanzada y optimista acerca del futuro: un futuro en el que, pese a todo lo vivido, aún hay espacio para el amor, el romance y la conexión interpersonal. Del mismo modo podemos interpretar las sucintas menciones a un posible romance entre Chepe y Ramona, que rompería con el arquetipo del detective solitario. Chepe no está casado y vive solo, pero, como ya hemos visto, no es en absoluto una persona solitaria, sino que cuenta con un amplio círculo social y es un individuo valorado y apreciado en su comunidad. Después de darle información sobre el pasado la asesina Rosa, Ramona le confiesa a Chepe que tiene sentimientos por él y lo invita a salir: “digamos que le he cogido como un cierto cariño, si no es mucho atrevimiento que se lo diga. Así que si usted después quiere pagarme la ayuda invitándome a bailar a algún lado, pues esa ya sería cosa suya” (156), a lo que el detective responde: “No bailo bien –le dije– pero sé cómo tomarme mis cervezas” (156) y, a continuación e igual que Gato en la escena anterior, se ruboriza: “pude sentir el calor que se me había subido al rostro” (156).

Así, las idas y venidas en la investigación de Chepe por Guanacaste sirven como excusa para presentar al lector los rápidos cambios que la región ha sufrido en las últimas décadas debido a la implementación de políticas neoliberales. La descripción del paisaje actual viene a menudo contrastada en yuxtaposición con la de su estado anterior, ya perdido para siempre y por el que se siente nostalgia, como por la promesa utópica de la Revolución. Por ejemplo, el detective siente que

[c]ada vez que venía a Santa Cruz el lugar parecía crecer. En algún momento había sido una ciudad pequeña, perdida entre llanuras. Pero cada año había más restaurantes, más hoteles y tiendas. No entendía cómo había tanta gente para comprar tanta cosa, ni de dónde venía el dinero con el que seguían comprando. En el último año se habían abierto varios almacenes, hasta algunos supermercados gigantes con nombres que intentaban disimular el hecho de ser propiedad de Walmart. Las zapaterías y carnicerías desaparecían y, en la entrada a la ciudad, se había construido una gasolinera inmensa frente al monumento a la marimba. Más carros, más esmog. Todo el país empezaba a verse igual de feo que San José. (33)

Frente al Guanacaste recordado como idílico por Chepe, está la realidad de una región modificada para atraer capital extranjero y promover el consumo. Así, en otra ocasión, Chepe y el Gato conducen por una zona rural y ven

pasar varios todoterrenos con tablas en el techo, sus choferes con el cabello teñido rubio por el sol. Quizás por ellos habían pavimentado parte de la calle. También porque se había construido un gran desarrollo en la zona, con condominios de lujo y casas para los extranjeros jubilados. Después de pasar por la entrada al lugar, el camino volvió a ser de tierra. (88)

El turismo ha transformado también la vida laboral de los habitantes de la zona y la industria perpetúa las dinámicas de explotación laboral contra las que los centroamericanos

combatieron décadas atrás. María trabaja como limpiadora en un hotel y, cuando su sobrino Ronald es también víctima de un ataque y queda muy malherido y desfigurado en el hospital, solo puede acompañarlo por las noches “porque no ha podido sacarle días libres al hotel. Apenas le dieron el día para que fuera a enterrar a Toni. Vos sabés que los cócteles de los turistas no se dejan esperar en este país. Cosa de seguridad nacional” (78). La industria turística parece dominar la vida en Guanacaste hasta niveles que rozan el absurdo, como con Pequeña África, un parque temático que hay en la zona y que es

un tipo de safari criollo, para el cual se habían importado más de 30 especies de animales africanos, entre ellos camellos, cebras, antílopes, gacelas, y Maxi, la primera jirafa nacida en territorio centroamericano. Un carrusel de turistas básicamente, ya que las personas pagaban por montarse en una serie de jeeps que los llevaba alrededor de la propiedad, en la cual se habían invertido cerca de \$15 millones. Ya ni sabían qué inventar. (52)

En la década de los noventa, toda Centroamérica se vio envuelta en “major tourist expansion projects” (Robinson 196) que popularizaron inmensamente en el extranjero los paraísos naturales de estos países como destinos vacacionales ideales. Así, los costarricenses bromean a menudo cambiando el nombre de Tamarindo, una conocida ciudad en la costa del Pacífico, por *Tamagringo*, dada la afluencia de turistas norteamericanos que acuden a la localidad. La industria del turismo ha creado multitud de puestos de trabajo y ha sido la causa de mejoras en la infraestructura de muchas ciudades así como de un aumento en la seguridad ciudadana, puesto que los turistas solo visitan lugares con unas garantías mínimas en estos aspectos pero¹⁷², aun así, “with a few notable exceptions, local communities in Central America have

¹⁷² Robinson nota acertadamente una paradoja que rodea al turismo neoliberal, y es que, por una parte, la industria provoca el aumento de la pobreza y la desigualdad social, dos causas comunes de conflicto e inseguridad sociales, fenómenos que a su vez pueden hacer peligrar la industria si incrementan demasiado (Robinson 202-203): “tourism invites heightened social control systems that only aggravate the underlying problems” (Robinson 203). Los turistas occidentales de clase media y alta tienden a visitar emplazamientos fuertemente protegidos y disfrutan del “exotismo” de la pobreza local en dosis moderadas, mientras ignoran la

not generally benefitted from the tourist industry” (Robinson 201), sino que, por el contrario, la turistificación del Istmo ha ido de la mano del empobrecimiento de las mayorías populares de la región, beneficiando a unos pocos miembros de la élite económica y en detrimento de la mayoría (Robinson 198). La mercantilización del medioambiente humano y natural va, según Robinson, desde la comodificación de las tierras indígenas para crear parques arqueológicos o proyectos de “ecoturismo” hasta la proletarización de productores locales que pasan a ser empleados en los hoteles, restaurantes, resorts y otras empresas relacionadas con el ocio turístico (198-199). El turismo, además, fomenta la especulación inmobiliaria, lo que provoca la comodificación de las tierras de las comunidades campesinas así como la subida del precio de los terrenos. Robinson destaca la necesidad de analizar el fenómeno del turismo, sin embargo, desde una óptica supranacional: el turismo como forma de neocolonización en el nuevo milenio no tiene que ver con unas naciones dominando a otras, sino con unos determinados grupos sociales, pertenecientes a la élite económica, dominando a otros: “Global tourism reflects the domination of the rich over the poor in global society” (197), y es que en la industria del turismo no hay tan solo capital extranjero involucrado, sino que también hay una “substantial participation by local capitalist groups” (Robinson 198). La novela critica de forma dura estas transformaciones, señalando los modos en que estos cambios han impactado de forma negativa en las vidas de las comunidades locales de clase trabajadora.

4.3. La víctima: nica indocumentado de clase trabajadora

La novela construye al sujeto migratorio en torno a una dicotomía dictada por la clase, y diferenciando, por un lado, al migrante trabajador de condición humilde y, por el otro, al acaudalado. Los primeros son forzados generalmente a desplazarse como consecuencia de la

realidad social de la región, las desigualdades sociales y las violaciones a los derechos humanos. Así, Guatemala ha llegado incluso a crear un cuerpo de policía específico para los turistas. Mientras los visitantes son protegidos a toda costa, son a su vez causa del aumento de ventas de mercado negro, tráfico de drogas y de personas, y trabajo sexual (Robinson 203).

precariedad económica fruto de la agenda neoliberal o diferentes tipos de violencia, relacionadas también en última instancia con el régimen económico. Estos migrantes de clase trabajadora a menudo no tienen acceso a la documentación que garantiza una migración legal y segura y se ven obligados a vivir como indocumentados y a trabajar en los empleos más duros, precarios y peor pagados. Además, son criminalizados precisamente por su estatus indocumentado y considerados personas “ilegales”, a los que se asocia con diferentes formas de crimen y se somete a dura discriminación social. Los migrantes pertenecientes a la élite económica, sin embargo, cuentan con los privilegios legales para moverse, como su capital, libremente a través de las fronteras. Allá donde vayan son bienvenidos y sus actividades económicas son celebradas como iniciativas que (re)activan la economía local, aun cuando se trata de actividades que perjudican a las comunidades locales o están ligadas al capital ilícito, el blanqueamiento de dinero y el tráfico de drogas o influencias.

El migrante de clase trabajadora va representado en la novela por los nicas, aunque el lector puede fácilmente extrapolar la idea a otros contextos nacionales: los centroamericanos indocumentados en México y Estados Unidos, los haitianos en Chile, los marroquíes y subsaharianos en España, los turcos en Alemania, los sudasiáticos en China... Este migrante sufre exclusión social y es discriminado a menudo por los locales bajo el pretexto, reconocible también para lectores de diversos orígenes y contextos nacionales, de que pertenece a un grupo ligado al crimen organizado y que, por lo tanto, su presencia aumenta la inseguridad ciudadana. Antonio es duramente criticado por algunos vecinos, que lo acusan de estar ligado al crimen organizado, ser un causante del aumento de la inseguridad y consumir recursos públicos a pesar de no trabajar, lo cual es falso, pues Toni trabajaba a tiempo completo en una procesadora de zumo de naranja. Así lo expresa el vecino xenófobo que hace el comentario despectivo sobre la familia de Antonio y el rottweiler, que insiste y afirma:

Cuando yo era chamaco dejábamos las puertas de las casas abiertas por aquí. Ahora ni salir de noche se puede. Mejor que se vayan a matar a su país. Apuesto a que terminó en el hospital público y todo, chupándole los servicios a la Caja. Se vienen sin permiso, llenan el pueblo de drogas y de violencia, después termina uno pagándoles las cuentas... (23)

La xenofobia también suele escudarse en el argumento de que los migrantes acaparan oportunidades laborales que necesitan los habitantes locales mientras a la vez consumen recursos sociales como educación, sanidad o ayudas benéficas. En este sentido, este mismo vecino xenófobo agrega a su parlamento:

Todos acá llevamos meses sin trabajo. ¿Sabe por qué? Porque los capataces ya no le dan trabajo a los nacionales. Solo a nicas. Trabajan por menos y uno no puede vivir de lo que pagan ahí. Antes uno llegaba a Tamarindo y hasta le sobraban los trabajos. ¿Ahora qué? [...] Uno es honrado, quiere trabajar; después ve a estos llevarse todos los trabajos. Compran casa, compran ropa. Hacen su plata y después se van. ¿Al final quién es el que sufre? El pueblo tico... Y este que mataron ni siquiera trabajaba; un vago de mierda que solo sabía vender droga o robar. Solo broncas traen al país. ¡Por mí que se vayan todos! (23-24)

Estas opiniones no son solo vertidas por unos pocos, sino que parecen ser generalizadas. El asesinato de Toni cataliza una ola de xenofobia en el pueblo, para cuyos habitantes en el caso “estaba todo muy claro. Un nica menos. Al final solo drogas y crimen traían al país” (17). No todos los vecinos son abiertamente hostiles en lo referente a los migrantes nicaragüenses: algunos hacen gala de una xenofobia de menor intensidad que se caracteriza, más que por un discurso abiertamente de odio o violento, por disfrazar sus prejuicios bajo una capa de condescendencia o paternalismo y, en todo caso, casi todas las personas con que habla don

Chepe acaban por relacionar a los nicas con el crimen organizado, como el gerente de la procesadora de zumo de naranja donde trabajaba Toni, Ayala, que le explica a don Chepe:

Uno quiere confiar en ellos, pero a veces hay algunos que se aprovechan de eso. No tienen recomendaciones, no tienen papeles legales. Uno se arriesga, les da una oportunidad. Cuando las cosas salen bien, todos ganan. Yo me ahorro un dinero, puedo cubrir mis costos y mantener el negocio. Ellos ganan más de lo que ganan en su país, pueden ahorrar su platica, enviar dinero a casa. Pero también a veces existe una realidad que no se puede negar: mucha de esta gente tiene su pasado criminal. Es una realidad con la que hay que vivir. (57)

De modo similar se expresa un tipo llamado Arnoldo, que observó desde cierta distancia cómo Toni era atacado por sus asesinos sin atreverse a dar la voz de alarma o llamar a la policía y, al ser interrogado al respecto, le dice a don Chepe que

usted sabe cómo es esta gente, don... No estoy diciendo que todos sean así, pero hay mucho de eso por acá ahora. [...] Anda gente rara por acá, don... Uno no está en contra de ellos. Muchos son honrados, trabajadores. Pero no me va a negar que también vienen a hacer mucha maldad. No importa de dónde vengan: nicas, dominicanos, hasta suecos si fuera el caso. Si vienen a trabajar, pues está bien. Pero el gobierno no controla eso, entra mucho criminal aquí. ¿Quién es uno para estar separando los buenos de los malos? (46)

A este parlamento don Chepe se limita a contestar con una sencilla pregunta, obligando al hombre a reconsiderar la ética de sus decisiones: “¿Y quién sos vos para dejar morir a un hombre frente a su casa?” (46).

También el policía local, apodado el Gato por sus ojos verdes y que colabora con don Chepe en sus investigaciones, admite que “[a]quí nadie sufre mucho por los nicas muertos. Demasiados cadáveres sin nombre” (19). En efecto, un rápido vistazo a la sección de sucesos

de *La Nación* pone de manifiesto que los asesinatos de nicaragüenses, a menudo indocumentados, son frecuentes y a menudo quedan impunes. Participan también del desinterés por el crimen incluso los compañeros del trabajo Toni, de los cuales don Chepe obtiene “[s]olo silencio. Ese silencio extraño e indiferente que parece siempre rodear a los cuerpos de los nicas muertos” (52). La novela apunta de manera insistente a la indiferencia hacia los crímenes de los que estos migrantes son víctimas y a la necesidad de poner fin a la impunidad que los rodea.

Según don Chepe y El Gato avanzan en la investigación, comprenden además que Toni fue asesinado dentro de una trama de lavado de dinero ilícito en la que colaboraba. Fue elegido para estas tareas precisamente por la vulnerabilidad que le otorgaba su condición de migrante indocumentado. Ligia, la agente de policía de Santa Cruz que los asiste en el caso, lo expresa así: “Es la persona perfecta, después de todo. Un fantasma en el país, que ni siquiera aparece en el Registro. Aparecerlo y desaparecerlo sería igual de fácil” (75). Don Chepe lo entiende del mismo modo cuando declara que “[p]ensaron que Toni era otro nica que se tragaría la historia, sin dejar rastro. ¿Acaso alguien reclama los cuerpos de los nicas muertos que van a dar a las morgues de Santa Cruz o Liberia?” (97). Y cuando la figura del venezolano Felipe Coto se va delineando claramente como el autor intelectual del crimen, Ligia recomienda a don Chepe que desista de conseguir presentar cargos por el homicidio, y que mejor se centre en los crímenes de guante blanco de Coto, lo que les facilitará, según su experiencia, asegurarse de que va a juicio y a prisión. Desencantado, Chepe se queja: “Y los nicas de últimos, como siempre” (167). Como hace Rey Rosa en *El país de Toó* con respecto a Pérez Molina, Quirós critica en su novela el nulo peso de los crímenes violentos contra los sujetos marginados socialmente (los ixiles en la novela guatemalteca; los inmigrantes nicas en esta), frente al de los crímenes de guante blanco, que una vez destapados conllevan con más frecuencia consecuencias legales. La vida de los miembros más vulnerables de la sociedad

parece no valer nada y no merecer ley, mientras que los delitos financieros no pueden pasarse por alto una vez existe la evidencia. En la Centroamérica neoliberal, el capital recibe más atención y justicia que algunos grupos sociales, vienen a decir estos autores.

4.4. El asesino: las conexiones entre élites transnacionales y crimen organizado

Frente a los inmigrantes indocumentados, a los que la población local discrimina y relaciona con el crimen organizado y la inseguridad ciudadana, están los inmigrantes pertenecientes a la élite económica, que en la novela vienen representados por la figura del criminal y empresario venezolano Felipe Coto. Coto es el principal accionista de la procesadora de zumo de naranja para la que trabajaba Toni y, tal como descubre Ligia, aparece en unos récords de la DEA, la agencia de Drug Control Administration del gobierno de Estados Unidos, y tiene conexiones con varias empresas ligadas a paraísos fiscales, además de dos compañías que aparecen recurrentemente en los documentos de contabilidad fraudulenta de la procesadora (116-119). Felipe Coto está involucrado por lo tanto con toda seguridad en crímenes financieros relacionados con el tráfico de drogas y el lavado de dinero. Sus negocios legales e ilícitos se relacionan entre sí de manera compleja a través de empresas fantasma, contaduría fraudulenta, complicadas operaciones y transacciones de capital y paraísos fiscales, de forma que, tal como ha afirmado Laura Rita Segato, queda de manifiesto que en el capitalismo tardío la esfera de la economía formal está inextricablemente ligada a la de la economía informal, formando ambas una sola entidad de dos caras. Así lo explica Ligia en la novela: “Los fondos llegan a formar una parte tan integral de la economía formal, que a veces es imposible separarlos y saber cuáles son ilegales o tan siquiera cómo comprobarlo...” (117). Esta idea aparece reforzada en otras escenas en la novela. En una, por ejemplo, don Chepe observa en una intersección una gran cantidad de microbuses turísticos que hacen un descanso en la gasolinera de origen transnacional Texaco. Un costarricense ofrece a los turistas sacarse fotos con un ave exótica a cambio de una propina: “El hombre sonreía, sin

duda sacándole buen provecho al tráfico de aves. La economía informal, como dicen” (51). No hay manera, pues, de desligar la economía legal, o la primera esfera para usar los términos de Segato, de la segunda, pues no se trata de dos organismos opuestos, sino de dos componentes de una sola realidad económica.

Coto es también es inversor de un nuevo megaproyecto turístico de una empresa llamada “Infinite Dreams, así en inglés y todo, por si hubiera alguna duda de quién es el público meta. Es un desarrollo inmenso: condominios de lujo, un hotel, cancha de golf” (117). Haciéndose pasar por el representante de un poderosísimo hombre de negocios, don Chepe conversa con el comercial de Infinite Dreams, quien le asegura que el servicio del desarrollo “implica traerle al cliente un sentido de confort moderno, pero a la vez también la tranquilidad de saber que su huella ecológica y social tendrá un impacto positivo sobre el país y el mundo. Todo eso por solo \$1,5 millones en preventa” (134). Quirós emplea la ironía con agudeza para criticar el fuerte impacto ambiental que la turistificación tiene, si bien este tipo de proyectos se presentan ante el público a menudo como *eco-friendly* y conscientes con el entorno natural y humano.

El ecoturismo se originó como respuesta a crecientes presiones del movimiento ecológico global en torno a la degradación de lugares tradicionales de vacaciones y críticas desde el sur global con respecto al turismo internacional convencional (Robinson 199). Así, el Banco Mundial y otras instituciones financieras internacionales abrazaron el desarrollo sostenible en el Earth Summit de 1992 en Río de Janeiro, financiando a partir de ese momento múltiples proyectos de ecoturismo (Robinson 199). El ecoturismo, tal como aclara Robinson, es una pieza fundamental dentro de la economía neoliberal de la Centroamérica postconflictos, constituyendo

part of the larger strategy of debt repayment, market liberalization, export-led development and integration into the global economy. They [transnational state

functionaries] emphasized the central role of the private sector in developing ecotourism projects, the privatization of public tourist facilities, and policies to attract transnational investment capital into local ecotourism. (Robinson 200)

Por lo general, el ecoturismo en Centroamérica y en Costa Rica, donde se ha popularizado inmensamente, “is sold as a means to protect and preserve the environment while at the same time empowering poor communities” (Robinson 199), si bien, en el fondo, “this new form of tourism has provided a convenient «green» cover for practices that result in further degradation both of fragile ecosystems and of the conditions of poor and marginalized human communities” (Robinson 200), y es que “[m]uch «green» tourism is in reality little more than a crude marketing ploy” (Robinson 200) y una serie de “token measures” (Robinson 200). En última instancia, el ecoturismo parece solo provocar “a rise in social stratification” (Robinson 201).

Este es el caso de Infinite Dreams: don Chepe descubre que la zona donde se asienta el desarrollo no cuenta con la suficiente agua para poder completar el proyecto sin que suceda un desastre ambiental y las comunidades locales sufran la sequía. Antonio sabía esto y fue asesinado para asegurar su silencio y la continuidad del proyecto. Toni no fue asesinado, por lo tanto y pese a todo lo comentado por sus vecinos ticos, por haber estado involucrado en el crimen organizado o el menudeo de cocaína, sino por haber estado dispuesto a dar la voz de alarma con respecto al desastre ambiental que va a conllevar el desarrollo turístico en la zona. Tildado de criminal a su muerte, Toni ha dado literalmente su vida por defender los intereses de sus vecinos.

Quirós construye a Felipe Coto como modelo de migrante de la élite transnacional que, pese a tener vínculos con el crimen organizado, es para los locales un héroe, pues sus proyectos estimulan la estancada economía nacional, tal como explica Ligia hablando de los proyectos de Infinite Dreams:

¿a quién le caen los contratos de construcción y demás? Pues la mayoría va a empresas nacionales cuyos dueños tienen amigos en la Asamblea, en Zapote. Nadie para esa máquina. Para el país, este Coto es una bendición, un ciudadano ejemplar. Ya la misma provincia de Guanacaste ha otorgado el título de «hijo predilecto» a varios empresarios extranjeros con desarrollos en la zona. Dicen que por su visión, por su compromiso al desarrollo de la región y el país. Y de cierta manera tienen razón. Seguramente han traído más trabajos a la zona que el mismo Gobierno. Y entre más exclusivo el desarrollo, mejor, porque a este tipo de público no lo afecta tanto la crisis. Más bien al revés, ayudan a levantar la cosa por acá. Podría inclusive decirse que este tipo de desarrollos son una de las razones por las que no se ha caído totalmente la economía de este lado. (117-118)

En efecto, la novela no esquiva las complejidades que acarrea cualquier crítica a la economía liberal, que por un lado supone precarización, crimen organizado y destrucción del medioambiente y las comunidades locales, pero por el otro ha rescatado la economía del área, dinamizándola, atrayendo capital e inversiones y proveyendo de trabajos. Es el caso no solo de los proyectos turísticos, sino también de la exportación de cultivos no tradicionales o de manufacturación de bienes. Con respecto a la procesadora de zumo de naranja de la que Coto es el primer accionista, el lector aprende que

en todo el país había más de 25 000 hectáreas de naranjas, en manos de casi 400 productores, pero solo dos compañías compraban y distribuían la fruta en el extranjero. Estados Unidos era el comprador principal, por supuesto. Desde la firma del TLC [Tratado de Libre Comercio], los productos cítricos no pagaban impuestos al entrar a ese país y una de las productoras hasta tenía un contrato exclusivo con Coca-Cola. La cosecha era estacional -concentrándose entre noviembre y junio-, y muchos trabajadores bajaban de Nicaragua durante esa época para ayudar

con la recolecta. La exportación del jugo procesado creaba unos 18 000 trabajos, además de que traía más de \$60 millones al país. (51-52)

Tal como hacen el turismo, las maquilas y los cultivos no tradicionales, también el crimen organizado estimula la economía, crea empleos y beneficia la comunidad, quedando claro, una vez más, cómo el ámbito de las finanzas lícitas y el de las ilícitas son dos caras de la misma moneda. Así, don Chepe interroga a los hermanos Basualto, dos vecinos de la zona que poseen un taller mecánico en el que se reparan vehículos y también se hacen facturas para lavar dinero a cambio de un porcentaje. Ambos están, por lo tanto, involucrados en delitos financieros e, indirectamente, tráfico de drogas, pero se defienden así:

Aquí mi hermano y yo somos negociantes de respeto, generamos trabajos para la comunidad, participamos en las fiestas patronales, sabemos lo que es la responsabilidad cívica. ¿Quién cree que donó los nuevos marcos para la cancha de fútbol o los uniformes del equipo? Aquí creemos en el futuro de nuestro pueblo, queremos mucho a nuestros muchachos. Hasta jóvenes becados tenemos, estudiando en Liberia. (84)

4.5. La resolución del crimen: la necesidad de la resistencia comunitaria frente al neoliberalismo

A pesar del desencanto que don Chepe siente acerca de la Centroamérica en que le toca vivir, precarizada y gobernada por élites transnacionales que dominan los medios de acumulación del capital mientras destruyen el medio natural y las comunidades humanas tradicionales a través de negocios, tanto legales como ilegales, ligados al capital global y la economía neoliberal, no aboga por el conformismo, la inercia y la inacción, sino, siempre, por mantener una actitud éticamente irreprochable y por la solidaridad con las clases populares. Don Chepe no es optimista acerca del futuro de Guanacaste o el Istmo, pero para él no hacer nada no es una opción: en la defensa de la justicia social, las alianzas solidarias y el apoyo a

los menos privilegiados es donde, pese a todo, podemos encontrar dignidad y redención. El tema de la cuestión ética articula toda la novela, y es asunto de discusión entre Chepe y muchos personajes secundarios, cada uno de los cuales da su particular visión sobre el asunto, hasta el punto de que Chepe ironiza afirmando que “estaba harto de tanta conversadera. ¿Quién lo iba a pensar? Una provincia llena de hijueputas filósofos” (163).

Algunos personajes contemplan la cuestión del bien y del mal desde un punto de vista religioso, influidos por su fe católica. Así, por ejemplo, una pareja de testigos duda sobre si contarle a Chepe lo que han visto, temerosos de sufrir represalias. El esposo se queja de que se van “a meter en una bronca”, a lo que ella replica: “Peor nos va a tocar después, frente al de arriba” (43). Otros, como la regente de un servicio de trabajadores sexuales con que se entrevista Chepe, no son explícitamente religiosos, pero se sienten impelidos a tomar una actitud ética ante la vida por razones que rozan lo espiritual:

Viera que a mí me gustaría ser más dura a veces, don Chepe. Más carente de una conciencia. [...] ¿Pero qué le puedo decir? Yo siempre he tenido mis ideas bien definidas del bien y el mal. [...] ¿Qué le puedo enseñar yo a mis hijos ahora que están en la escuela?... Es difícil. Uno se burla de las convenciones sociales cuando es joven; quiere mandar todo para la mierda. [...] Pero detrás de todo eso hay que creer en algo, ¿no le parece? (160)

La mujer concluye que quizás algunos la tachan de “ingenua que ha visto demasiadas telenovelas; una cursi melodramática. Puede ser. Pero por lo menos sé que voy a dormir bien esta noche” (161). Hay algo en la actitud ética ante la vida que es, por ende, gratificante *per se*. Otros, por el contrario, se muestran cínicos y optan por dejar las cosas estar, convencidos de que nada tiene remedio. Róger Jiménez, el hermano de un activista medioambiental que también fue asesinado por ir a dar la voz de alarma con respecto a Infinite Dreams, le espeta a Chepe: “Ahí está el problema siempre, ¿no le parece? La misma historia. El bien. El mal. Lo

bueno. Lo malo. Como si existieran esas cosas, como si el mundo fuera algún tipo de novela en la que a uno solo le hace falta actuar” (148). El personaje continúa explicándose:

tampoco siento que puedo hacer algo. No creo que sea cobardía, sino más bien como un tipo de cansancio. Cansancio de las cosas como son, de las cosas como vendrán. ¿No sé si me entiende? A veces no sé si me entiendo yo solito... Pero es que yo nunca he visto el mundo de la misma manera que mi hermano. Esto de acción o inacción, bueno o malo. Para mí el mundo todo está más bien revuelto, así como se ve bajar el agua de los ríos durante estos inviernos. (149)

Chepe le contesta que “hasta el agua de los ríos fluye para algún lado” (150). El tipo replica que aun así uno “no tiene control de para qué lugar” (150) y Chepe cierra la discusión afirmando: “Por eso uno nació con brazos, Róger, porque a veces no le queda más remedio que echarse a nadar” (150). Esta es precisamente la propuesta ética de la novela de Quirós: echarse a nadar a contracorriente y no dejarse arrastrar río abajo por las aguas del neoliberalismo postconflicto. Por ello es que Chepe está decidido a encontrar al asesino de Toni, incluso si no consigue mandarlo a juicio, tal como le explica a Ligia cuando ella le dice que presentar cargos contra Coto va a ser extremadamente difícil:

a este hijueputa de Coto yo no le voy a dar ningún pase especial por haber asesinado o mandado a asesinar a Toni; por haber desfigurado a un güila nica solo por haber venido al país sin pasaporte. Vos sabés bien dónde lleva este camino. Tal vez la ley no confirme eso ahorita, pero a mí me vale verga lo que diga la ley... Lo único que yo quiero es poder decirle a María que vi al hijueputa a los ojos. El día que yo llegue a su casa a decirle que sé quién es el que mató a su hijo, pero que lo dejé ir por cuestiones de política o porque al final el mundo es una mierda; ese día solo cuando me echen tierra encima. (167-168)

En definitiva, la novela presenta la necesidad de mantener una actitud crítica acerca de los cambios estructurales producidos por la implementación del neoliberalismo. Es posible que las comunidades no puedan frenar esos cambios, pero el autor sugiere que en cierta postura ética de resistencia se encuentra ya una suerte de victoria. Dejarse llevar por la frustración de saber que el sistema al que uno se enfrenta es mucho más poderoso que uno es precisamente dejarse vencer por el mismo, pues la lógica perversa de la economía neoliberal cuenta con las actitudes individualistas y la ausencia de organización social para poder continuar su expansión.

4.6. Conclusiones

En *Lluvia del norte* Daniel Quirós nos presenta por segunda vez a don Chepe, un detective involuntario que resuelve crímenes que, en el marco de la justicia neoliberal que ha sufrido los recortes del gasto social, de otra manera serían archivados y olvidados. Don Chepe busca justicia para aquellos que, como Toni, son individuos desechables para el sistema. Mediante la resolución colectiva del crimen y la inclusión de diálogos que reflexionan en torno al tema del bien y el mal, la novela apunta a la necesidad de la organización transnacional de las clases trabajadoras como forma quizás limitada pero efectiva frente a los cambios negativos que la implementación de la agenda neoliberal ha traído al Istmo como gentrificación, turistificación, comodificación de terrenos, empobrecimiento, precarización del trabajo, aumento de la inseguridad ciudadana, del tráfico de drogas y del trabajo sexual, además de la destrucción del paisaje natural ancestral de la región.

La acción de la novela se desarrolla a la sombra de la memoria de la Revolución Sandinista. Don Chepe expresa el desencanto de habitar una Centroamérica de posguerra que queda muy lejos de la utopía de izquierdas soñada por los movimientos guerrilleros del siglo pasado. El sueño de esta utopía se contrasta fuertemente con la realidad actual, marcada, como ya hemos dicho, por una serie de cambios estructurales que han afectado a las clases

trabajadoras de forma negativa. Sin embargo, y aunque la novela esté marcada por el desencanto, el autor también sugiere que la Revolución terminó, pero sus ideales siguen vivos y son la base fundamental para una resistencia ética frente a un neoliberalismo que deteriora las vidas de aquellos que no pertenecen a la élite económica.

En la era del capital global, la clase social es una categoría esencial que define la experiencia migratoria. Los migrantes de clase trabajadora se ven forzados al desplazamiento por motivos de violencia económica y enfrentan la criminalización, la vulnerabilidad del estatus indocumentado y la exclusión social y laboral. Tienen que aceptar los trabajos más duros y peor pagados y, además, son acusados por sus vecinos de ser perezosos y no trabajar, estar involucrados en el menudeo de droga, el crimen organizado y de, en definitiva, aumentar la inseguridad ciudadana, además de aprovechar de manera supuestamente injusta beneficios sociales como la sanidad, la educación y algunas ayudas económicas. Por el contrario, aquellos migrantes que pertenecen a la élite transnacional económica se mueven sin problemas entre diferentes países, protegidos por el privilegio que les otorga su clase social exclusiva. Mueven una cantidad ingente de capital en numerosas operaciones que, en última instancia, dejan en evidencia el hecho de que el capital lícito y el ilícito son dos caras de la misma moneda y están, tal como Segato ha argumentado, inextricablemente conectados. A pesar de que estos migrantes acaudalados promueven todos los cambios estructurales negativos para las comunidades locales que ya hemos mencionado, son celebrados, bajo la lógica del *trickle down*, como reactivadores de la economía y productores de puestos de empleo y riqueza. En la era del capital transnacional, la clase social resulta determinante en la experiencia de los sujetos migrantes como Toni y como Coto.

5. Conclusiones

El neoliberalismo ha globalizado el capital y las transacciones económicas, pero también el crimen organizado, que no deja de ser una actividad económica más, y ha provocado amplios movimientos diaspóricos que tienen su origen en las guerras que arrasaron el Istmo en la segunda mitad del siglo XX y cuyas consecuencias aún se sufren. Si en el capítulo 1 vimos cómo los autores de policial centroamericano criticaban la forma en que la violencia se perpetuaba en la era de la paz, aquí hemos observado una crítica similar: la de cómo los desplazamientos forzados que se inician durante las guerras continúan produciéndose en tiempos paz, motivados ahora por otros tipos de violencias, y cómo estos desplazamientos están íntimamente vinculados a la transnacionalización de la economía y la actividad del crimen organizado.

The Long Night of White Chickens, novela que tiene el honor de inaugurar la producción cultural centroamericana en inglés, hace patentes los complicados afectos de la experiencia diaspórica, que forma sujetos de identidad híbrida que nunca son completamente de un lugar o del otro. La novela explora además las relaciones afectivas transnacionales en que los individuos del Norte Global replican sobre sus parejas y amigos del sur global dinámicas neoimperialistas de extractivismo. Goldman celebra con una buena dosis de sentido del humor la habilidad de resistencia de los guatemaltecos, que en la novela dan la vuelta a estas relaciones para alejarse del rol de víctimas y usar la relación también a su favor en una lógica que sigue los imperativos mercantiles de la nueva cultura neoliberal. La novela explora también los modos en que la violencia política modifica la relación de los sujetos diaspóricos con su tierra de origen e introduce, mediante la trama del asesinato de Flor, la denuncia del gran negocio de tráfico de menores que inaugura la guerra, durante la que el gobierno se dedica al exportar el “excedente” de menores de edad y, una vez vista la enorme demanda, a sustraer niños de formas ilícitas para su adopción internacional en un lucrativo

negocio en el que el niño no es sino un objeto de consumo para ser exportado. Por último, el texto sugiere mediante la irresolución del crimen que, en última instancia, a la diáspora guatemalteca le fue imposible conocer el verdadero horror de la realidad del país durante los años setenta y ochenta.

En *Moronga*, Horacio Castellanos Moya nos presenta la vida, ya en el siglo XXI, de dos salvadoreños en Estados Unidos que llevan décadas fuera de su país de origen. El autor señala que la transformación neoliberal del Istmo no solo acarreó la transnacionalización del capital, las comunidades centroamericanas y el crimen organizado, sino también del trauma, que acompaña a los protagonistas allende las fronteras y las décadas para señalar la aguda necesidad de hacer un trabajo de memoria que incluya a los salvadoreños del Istmo y del exterior para sanar. El autor denuncia que estos traumas de guerra continúan determinando las vidas de los salvadoreños a casi dos décadas de la firma de los Acuerdos de Chapultepec, y que en la transición a la paz los desmovilizados en el extranjero encontraron facilidades para adherirse a distintas formaciones transnacionales de crimen organizado que operan, como una corporación más, desde San Salvador hasta Chicago organizando numerosos equipos de trabajo, operaciones y movimientos de capital. Aunque los protagonistas de la novela viven en la diáspora bajo el pesado yugo emocional del trauma de la contienda, gestionan su pasado de formas opuestas que podemos ligar a la forma en que participaron en la guerra: como combatiente activo en el caso de Zeledón o como colaborador pacífico exiliado en el de Aragón. Así, Zeledón, que luchó como guerrillero y en la actualidad sigue conectado al crimen organizado, es controlado, disciplinado y emocionalmente frío, mientras que Aragón, que durante la guerra estuvo exiliado y apoyó a la izquierda sin involucrarse en la lucha armada y que en la actualidad es un ciudadano respetuoso de la ley, sufre una ansiedad neurótica incontenible por momentos y es incapaz de controlar sus impulsos aunque esto le acarree problemas. Castellanos Moya sugiere que el éxito de los individuos en las sociedades

diaspóricas de posguerra está determinado por la capacidad que han tenido de continuar perpetuando la violencia, si bien ahora transformada y realizada a través de las complejas redes del crimen organizado transnacional. Esta violencia está ligada además a una masculinidad heteronormativa, patriarcal y agresiva: Zeledón es un amante vigoroso, pero es incapaz de establecer lazos emocionales con nadie y aborda las relaciones sexuales desde la violencia, mientras que Aragón es representado como un amante ridículo, grotesco y hasta emasculado, si bien inofensivo. En última instancia, las masculinidades de posguerra son un fracaso y se encuentran en una crisis profunda.

La acción de *Lluvia del norte* se desarrolla también en el marco de una Centroamérica globalizada en que el capital y el crimen se han transnacionalizado y es la clase económica la que determina la experiencia migratoria de un sujeto. Los movimientos diaspóricos del siglo XXI no están directamente causados, señala la novela, por la violencia política, sino por motivos económicos, si bien estos, en última instancia, están íntimamente relacionados con el fracaso de los procesos revolucionarios y la instauración de la economía neoliberal, que ha provocado la perpetuación de las desigualdades sociales y la pobreza en Nicaragua, forzando a muchas personas a migrar de forma indocumentada al país vecino, Costa Rica. Antonio es un nicaragüense de clase humilde que vive como indocumentado en Costa Rica y trabaja en una procesadora de zumo de naranja y, a pesar de ser la víctima de un asesinato, es acusado, por su estatus migratorio y económico, de provocar el aumento de la inseguridad y aprovecharse injustamente de servicios públicos. El autor intelectual del crimen es Felipe Soto, un venezolano que dirige un complejo entramado de empresas ligadas a proyectos de turistificación, que van a impactar muy negativamente en el medioambiente local, y al tráfico de drogas. Soto, sin embargo y puesto que es un hombre muy acaudalado, ha recibido todos los privilegios posibles como migrante y ha podido tramitar la ciudadanía costarricense a través de un falso matrimonio arreglado con dinero. Además, es aplaudido como héroe local

por la comunidad misma que desprecia a Antonio, pese a que este murió por tratar de defender los intereses locales. La novela expresa que, en las diásporas centroamericanas del nuevo milenio, es la relación con el capital y la clase económica el factor decisivo en la experiencia migratoria.

Mientras que el detective de Quirós, don Chepe, trabaja alentado de alguna manera por el ideal perdido del Sandinismo y parece sugerir que es a través de la recuperación de estos ideales revolucionarios y de la organización comunitaria que los grupos sociales afectados por la agenda neoliberal pueden ofrecer alguna resistencia y Goldman señala de forma similar la necesidad de lazos de solidaridad transnacional entre las comunidades del Istmo y de la diáspora, la novela de Castellanos Moya, más pesimista, no presenta alternativas a la violencia del sistema neoliberal sobre los sujetos diaspóricos y viene a decir que el destino del migrante en el nuevo milenio es adaptarse e incorporarse a las filas del crimen o sucumbir ante este.

V

Conclusiones

“Cada sociedad tiene la literatura que se merece, o la que necesita. En este sentido, no pareciera sino que la novela negra está destinada a reinar en América Latina” (Ramírez, “Historia negra, novela negra”).

El género policial es uno de los más practicados entre los autores del Istmo y, tal como hemos visto a lo largo de estas páginas, es empleado de forma consistente para llamar la atención sobre el impacto negativo que los cambios estructurales propiciados por la transición al neoliberalismo han traído sobre la mayor parte de la población del área, así como sobre las diásporas centroamericanas que residen fuera de la región. La novela policial, un género narrativo de gran popularidad entre los lectores de todo el mundo, se presta como el vehículo idóneo para denunciar la perpetuación de la violencia en tiempos de paz mediante el crimen organizado, la falta de procesos de memoria adecuados para cerrar las heridas traumáticas de la guerra, la ampliación de la brecha social, la precarización del empleo, el empobrecimiento de las clases medias y trabajadoras, los desplazamientos forzados, la impunidad reinante, la ausencia de servicios públicos, la privatización de la vida diaria, la mercantilización de las personas, y la desposesión territorial de las comunidades indígenas mediante proyectos de extractivismo o turistificación. Estas novelas critican además las débiles democracias de la región, así como a los gobiernos locales, que en varios casos han dado giros hacia el autoritarismo autocrático.

El compromiso político que exhiben estas novelas es incontestable, si bien es un compromiso alejado de los maniqueísmos ideológicos de la época de la Guerra Fría. Otro rasgo importante presente en estas novelas es que los autores centroamericanos ya no señalan a ningún grupo o proyecto político concreto como solución que garantice el éxito. La desconfianza en la izquierda tradicional y la desilusión con los pasados procesos

revolucionarios que, tras la firma de los acuerdos de paz, no lograron imponer ninguna medida o política de que garantizase el bienestar o la justicia social son palpables también, así como la decepción con la deriva de los partidos políticos de izquierdas que, en el caso de El Salvador y Nicaragua, han estado involucrados en escándalos de corrupción financiera. La literatura centroamericana de posguerra continúa teniendo, como la tradición literaria anterior, una vocación profundamente política, pero este carácter político ha sido renovado de acuerdo con los tiempos. Estos autores vienen a decirnos que ningún proyecto específico, partido político o creencia particular nos salvará de las injusticias sociales y la opresión de la élite económica transnacional; no obstante, esto no significa que hayan dejado de señalar insistentemente estos fenómenos a través de su literatura. Asimismo, los autores escogidos critican con vehemencia las causas de dichos males, y este señalamiento constituye en sí mismo, sin lugar a dudas, un acto político.

Las posturas de los autores, sin embargo, varían entre ellos y aun entre sus distintas obras. Castellanos Moya, Goldman y las dos novelas más tempranas de Rey Rosa (*Que me maten si...* y *El material humano*) llevan a cabo estos señalamientos desde una posición de pesimismo que se alinea bien con lo que Beatriz Cortez ha definido como estética del cinismo. Aunque apuntan a los problemas acuciantes que enfrentan las sociedades centroamericanas desde finales del siglo pasado, no ofrecen posibles soluciones. Castellanos Moya nos invita a contemplar las tormentas tan alejados de ellas como sea posible y a reírnos cínicamente del barco que se hunde. Goldman y Rey Rosa, por su parte, expresan la desesperación de reconocer que, pese a todos los intentos, el monstruo al que uno se enfrenta supera todas nuestras fuerzas y no queda sino rendirse ante él.

Ramírez, Quirós y la novela más reciente de Rey Rosa (*El país de Toó*), en cambio, optan por un optimismo cauteloso. Quizás sus posturas estén motivadas por sus propias circunstancias vitales: en el caso de Ramírez, él es el único de los autores centroamericanos

vivos de policial que participó activamente en los procesos revolucionarios y en la política de su país; en el de Quirós, este autor pertenece a una generación más joven; y en el caso de Rey Rosa, su postura puede tener relación con el hecho de que en los últimos años se ha acercado al activismo maya. Los tres autores apuntan al establecimiento de redes transnacionales de colaboración y organización solidaria como posible herramienta de cambio social, y sugieren que si las y los centroamericanos de grupos marginales se unen podrán empezar quizás a resquebrajar los cimientos de la lógica y el sistema neoliberales. Así, los detectives de estas novelas no actúan en solitario, sino en constante colaboración con una extensa red de aliados, mientras que en las novelas de corte más pesimista los protagonistas llevan a cabo su investigación de forma individual o, a lo sumo, en pareja. La resistencia al monstruo neoliberal, según las novelas abordadas en este último capítulo, pasa pues por reconstruir y fortalecer la comunidad.

Las posturas de estos autores son reforzadas, además, por la resolución relativamente satisfactoria de los crímenes que investigan sus detectives: Morales consigue poner a salvo a la joven Marcela, don Chepe da muerte a los asesinos de Ilana y Cobra participa en la jubilosa declaración de independencia de Toó. En las novelas de corte pesimista, sin embargo, el enigma queda sin resolver o el lector llega a saber quién es el criminal pero su crimen queda impune.

Una serie de aspectos estilísticos aparecen repetidamente en muchas de estas novelas. Uno de estos es el uso del humor en distintas modalidades, un rasgo que sin duda merecería un análisis aparte. El humor es uno de los distintivos del policial desde sus inicios: hace la narración más accesible y placentera, sirve para señalar de forma inteligente problemas sociales, resta tensión dramática y evita caer en el sentimentalismo lacrimógeno, y es característico también del macho alfa que suele protagonizar este tipo de ficciones. Otro elemento común a muchas de estas novelas es la figura del detective involuntario: aquel que,

sin ser un profesional, se aventura a investigar un crimen apelado por un sentido de urgencia ética. En un contexto en que se fomenta la impunidad criminal de forma creciente, y en que los servicios públicos dedicados a hacer justicia son recortados y dejan en el desamparo a buena parte de la población, los autores centroamericanos de policial sugieren que es hora de que las y los ciudadanos se organicen para que la justicia contra el crimen o, al menos, la verdad, prevalezcan¹⁷³.

Los roles de género, el sexismo y las relaciones entre hombres y mujeres reciben tratamientos diferentes en estas novelas de autores que, en su mayoría y por su edad, han experimentado los cambios que ha traído consigo la cuarta ola feminista y cuya cosmovisión esencialmente heteropatriarcal entra a menudo en fricción con el mundo del siglo XXI. Quirós, el autor más joven del grupo, tiene una visión más actualizada en lo que respecta a la representación de los géneros: no sexualiza a los personajes femeninos y no incluye tramas relevantes centradas en relaciones sexoafectivas, en un intento consciente de huir de ciertos patrones del policial que le parecen anticuados y poco interesantes. Por su parte, Castellanos Moya ironiza sobre el rol de las masculinidades tradicionales en el contexto de esta cuarta ola feminista, así como sobre los desencuentros que se producen en este nuevo contexto; es aun así interesante notar que, en *Morongá*, el protagonista que presenta un carácter cómico no es el macho alfa, Zeledón, sino su neurótico antagonista, Erasmo Aragón. Ramírez, en cambio, hace esfuerzos visibles en su novela por incorporar las narrativas del feminismo nicaragüense, aunque más bien termina instrumentalizándolas de forma algo torpe en su crítica contra el régimen orteguista. Finalmente, me gustaría mencionar a Mónica Albizúrez, una autora guatemalteca de policial que ha iniciado recientemente su carrera con la publicación de la novela *Ita* (2018), protagonizada por una mujer. Queda pendiente para el futuro el análisis de este y otros textos de género negro escritos por mujeres.

¹⁷³ Esta tendencia es observable también en el filme policial centroamericano más reciente, como el panameño *Plaza Catedral* (Abner Benaim, 2021) y el guatemalteco *Cadejo blanco* (Justin Lerner, 2021).

Ya en la segunda década del siglo XXI, las comunidades centroamericanas se están enfrentando a nuevos retos como la crisis de la pandemia del covid-19, el régimen de excepción y los encarcelamientos masivos en El Salvador, la destrucción del sistema judicial en Guatemala o la consolidación del régimen autocrático de Daniel Ortega en Nicaragua. Es muy posible que estas y otras circunstancias se conviertan, en los próximos años, en material de trabajo para los autores de género negro en el Istmo. Queda pendiente para el futuro continuar profundizando en algunas de estas cuestiones, así como proseguir el diálogo académico en el marco de los estudios literarios centroamericanos sobre la relevancia del género negro y sobre el carácter político de la narrativa centroamericana policial contemporánea. Está por ver, asimismo, si las nuevas generaciones de escritores centroamericanos seguirán dando preferencia a este género o si la tendencia está por cambiar. De momento, queda patente que, como afirma Ramírez en la cita que abre estas conclusiones, Centroamérica tiene la literatura que necesita.

VI

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Pre-Textos, 2000.
- Agence France-Presse (AFP). “Sergio Ramírez: Ortega puede durar ‘algún tiempo, pero caerá’”. *France 24*, 14 de septiembre de 2021. <https://www.france24.com/es/minuto-a-minuto/20210914-sergio-ram%C3%ADrez-ortega-puede-durar-alg%C3%BAntiempo-pero-caer%C3%A1>.
- Aguñada Deras, Dinora. “Una mirada feminista sobre la participación de las mujeres en la guerra. El caso de El Salvador”. *Hommes armés, femmes aguerries. Rapports de genre en situations de conflit armé*, editado por Fenneke Reysoo. Graduate Institute Publications, 2001.
- Albizúrez, Mónica. *Ita*. F&G Editores, 2018.
- Alegría, Claribel y Flakoll, D. J. *No me agarran viva: la mujer salvadoreña en lucha*. Ediciones Era, 1983.
- . *Cenizas de Izalco*. Seix Barral, 1966.
- Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*, editado por José María Micó. Cátedra, 2014.
- Almeida, Paul D. *Neoliberalismo y movimientos populares en Centroamérica*. UCA Editores, 2016.
- Alvarado, Elvia. *Don't Be Afraid Gringo: A Honduran Woman Speaks from the Heart*. Harper & Row, 1989.
- Alvarenga Venutolo, Patricia. “¿Hacia dónde transita la sociedad salvadoreña contemporánea? Los imaginarios de la violencia en las textualidades sociológicas y ficcionales”. *Cuadernos Intercambio sobre Centroamérica y el Caribe*, vol. 13, núm. 1, enero-junio 2016, pp. 15-41.

- Andzel-O'Shanahan, Edyta. "Shifting Perspectives. Representations of the Maya in Modern Mexican and Guatemalan Narrative". *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, vol. 15, 2020, pp. 419-443.
- Araya, Marco Tulio; Veja Abad, Lina; Alfaro Alemán, Angélica; Hernández Sabillón, Purificación; Mira, Miguel Edgardo; y López Maldonado, Marco Vinicio. "Minería metálica en Centroamérica, impactos y resistencia". *Ecología política de la minería en América Latina: aspectos socioeconómicos, legales y ambientales de la mega minería*, editado por Gian Carlo Delgado Ramos. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 299-356.
- Archivo Histórico de la Policía Nacional (AHNP). *Del silencio a la memoria. Revelaciones del Archivo Histórico de la Policía Nacional*. Archivo Histórico de la Policía Nacional, 2011.
- Arendt, Hannah. *Eichmann in Jerusalem. A Report on the Banality of Evil*. Penguin Books, 2006.
- Argueta, Manlio. *Un día en la vida*. UCA Editores, 1980.
- . *Caperucita en la zona roja*. Casa de las Américas, 1977.
- Arias, Arturo. "Indigenous Women at War: Discourses on Revolutionary Combat". *Teorizando las literaturas indígenas contemporáneas*, editado por Emilio del Valle Escalante. University of North Carolina Press y A Contracorriente, 2015, pp. 119-148.
- . "Post-identidades post-nacionales: transformaciones en la constitución de las subjetividades globalizadas". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 69, 2009, pp. 135-152.
- . *Taking Their Word: Literature and the Signs of Central America*. University of Minnesota Press, 2007.

- . "Central American-Americans: Invisibility, Power and Representation in the US Latino World". *Latino Studies*, vol. 1, 2003, pp. 168-187.
- . (Editor). *The Rigoberta Menchú Controversy*. University of Minnesota Press, 2001.
- Arias, Rodolfo. *El emperador Tertuliano y la Legión de los Superlimpios*. Editorial Universitaria Centroamericana, 1991.
- Aveni, Anthony. *The End of Time: The Maya Mystery of 2012*. University Press of Colorado, 2009.
- Ayerdis, Miguel. "Tópicos, manipulaciones e impunidad en el discurso justificador del fallido golpe de estado del 18 de abril en Nicaragua". *Nicaragua en crisis*, editado por Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori y Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 53-71.
- Bach, Caleb. "Francisco Goldman: Writing Astride Two Worlds". Entrevista. *Americas*, vol. 57, núm. 4, 2005.
<https://go.gale.com/ps/i.do?p=LitRC&u=uclosangeles&id=GALE|H1100103029&v=2.1&it=r>.
- Baldizon, Abelardo. "La razón de la represión". *Nicaragua en crisis*, editado por Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori y Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 161-168.
- Bauman, Zygmunt. *Wasted Lives: Modernity and Its Outcasts*. Polity, 2004.
- Belli, Gioconda. *La mujer habitada*. Editorial Diana, 1988.
- Benaim, Abner, director. *Plaza Catedral*. Apertura Films, 2021.
- Berger, Susan A. *Guatemaltecas: The Women's Movement 1986-2003*. University of Texas Press, 2006.
- Beverly, John. *Testimonio: On the Politics of Truth*. University of Minnesota Press, 2004.

- . "Siete aproximaciones al 'problema indígena'". *Indigenismo y globalización. Homenaje a Antonio Cornejo Polar*, editado por Mabel Moraña. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1998, pp. 267-283.
- . "The Margin at the Center: On *Testimonio* (Testimonial Narrative)". *Modern Fiction Studies*, vol. 35, núm. 1, primavera 1989, pp. 11-28.
- Beverley, John; Aronna, Michael y Oviedo, José. *The Postmodernism Debate in Latin America*. Duke University Press, 1995.
- Bezhanova, Olga. "La sirvienta y el luchador (2011) y *Moronga* (2018) de Horacio Castellanos Moya". *Revista Ístmica*, núm. 18, julio-diciembre 2021, pp. 77-97.
- . "Horacio Castellanos Moya's *Moronga* and the Narrative Destabilization of Neoliberal Mentality". *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, vol. 45, núm. 2, 2020, pp. 212-226.
- Bianchi, Sergio, director. *Quanto Vale Ou É Por Quilo?* Agravo Produções Cinematográficas, 2005.
- Binford, Leigh. *The El Mozote Massacre: Human Rights and Global Implications*. University of Arizona Press, 2016.
- Bolaño, Roberto. *La pista de hielo*. Anagrama, 2012.
- Bowden, Charles. *Murder City. Ciudad Juárez and the Global Economy's New Killing Fields*. Nation Books, 2010.
- Browitt, Jeffrey. *Cicatrices. Central American Fiction in the 21st Century*. Sussex Academic Press, 2020.
- . *Contemporary Central American Fiction: Gender, Subjectivity, and Affect*. Sussex Academic Press, 2018.
- Bruneau, Thomas C. "'Pandillas' and Security in Central America". *Latin American Research Review*, vol. 49, núm. 2, 2014, pp. 152-172.

- Buiza, Nanci. "Rodrigo Rey Rosa's *El material humano* and the Labyrinth of Postwar Guatemala: On Ethics, Truth, and Justice". *A Contracorriente*, vol. 14, núm. 1, otoño 2016, pp. 58-79.
- Buschmann, Albrecht. "Violencia y racionalidad en la narrativa de detección: algunas preguntas teóricas al género policíaco". *Narrativas del crimen en América Latina. Transformaciones y transculturaciones del policial*, editado por Brigitte Adriansen y Valeria Grinberg Pla, LIT, 2012, pp. 77-88.
- Bustamante, Jayro, director. *La Llorona*. La Casa de Producción, Les Films du Volcan y el Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala, 2019.
- , director. *Temblores*. Arte France Cinéma, Iris Productions, La Casa de Producción y Tu Vas Voir Production, 2019.
- , director. *Ixcanul*. La Casa de Producción y Tu Vas Voir Production, 2015.
- Cabezas, Omar. *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*. Nueva Nicaragua, 1985.
- Cain, James M. *Double Indemnity*. Knopf Doubleday Publishing Group, 2011.
- . *The Postman Always Rings Twice*. Knopf Doubleday Publishing Group, 2010.
- Calderón, Raisa. *Una disculpa pública*. Editado por la autora, 2020.
- Cameron, James, director. *Avatar*. 20th Century Fox, Lightstorm Entertainment, Gian Studios Inc., 2009.
- Caminero-Santangelo, Marta. "Central Americans in the City: Goldman, Tobar, and the Question of Panethnicity". *Literature Interpretation Theory*, vol. 20, núm. 3, 2009, pp. 173-195.
- Candelario, Sheila. "Violencia, globalización y literatura: O el dilema del Eterno Retorno en El Salvador". *Istmo*, vol. 8, 2004.
- <http://istmo.denison.edu/n08/articulos/violencia.html>.

- Canefe, Nergis. “Rethinking Displacement: Transitional Justice and Forced Migration Studies”. *Mobilizing Global Knowledge: Refugee Research in an Age of Displacement*, editado por Susan McGrath y Julie E. E. Young. University of Calgary Press, 2019, pp. 45-65.
- Capote, Truman. *In Cold Blood: A True Account of a Multiple Murder and Its Consequences*. Modern Library, 1992.
- Carini, Sara. “La reelaboración del trauma a través del archivo en *El material humano* de Rodrigo Rey Rosa y *La Isla* de Uli Stelzner”. *Tonos digitales*, núm. 27, 2014.
<https://digitum.um.es/digitum/bitstream/10201/40373/1/La%20reelaboraci%c3%b3n%20del%20trauma%20a%20trav%c3%a9s%20del%20archivo.pdf>.
- Caruth, Cathy. *Trauma: Explorations in Memory*. Johns Hopkins University Press, 1995.
- Casaús Arzú, Marta Elena. *Racismo, genocidio y memoria*. F&G Editores, 2019.
- Castellanos Moya, Horacio. *El hombre amansado*. Random House, 2022.
- . *Roque Dalton: correspondencia clandestina y otros ensayos*. Random House, 2021.
- . *Moronga*. Random House, 2018.
- . *El sueño del retorno*. Tusquets, 2013.
- . “Violencia y ficción en Latinoamérica: ¿Círculo vicioso o marca de Caín?”. *Disturbios en la Tierra Sin Mal. Violencia, política y ficción en América Latina*, editado por Daniel Nemrava. Ejercitar la Memoria Editores, 2013, pp. 97-105.
- . *La sirvienta y el luchador*. Tusquets, 2011.
- . *Tirana memoria*. Tusquets, 2008.
- . “Apuntes sobre lo político en la novela latinoamericana”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 694, 2008, pp. 9-18.
- . *Desmoronamiento*. Tusquets, 2006.
- . *Insensatez*. Tusquets, 2005.

- . “La guerra: un largo paréntesis”. *Letras Libres*, núm. 36, septiembre 2004.
<https://letraslibres.com/revista-espana/la-guerra-un-largo-parentesis/>.
- . *Donde no estén ustedes*. Tusquets, 2003.
- . *El arma en el hombre*. Tusquets, 2001.
- . *La diabla en el espejo*. Tusquets, 2000.
- . *El asco. Thomas Bernhard en San Salvador*. Editorial Arcoiris, 1997.
- . *Baile con serpientes*. Dirección de Publicaciones e Impresos de El Salvador, 1996.
- . *La diáspora*. UCA Editores, 1989.
- Cayetano Carpio, Salvador. *Secuestro y capucha*. Editorial El Conejo, 1982.
- Census Bureau of the United States. “American Community Survey. B03001. Hispanic or Latino Origin by Specific Origin”.
<https://data.census.gov/table?q=B03001:+HISPANIC+OR+LATINO+ORIGIN+BY+SPECIFIC+ORIGIN&tid=ACSDT1Y2021.B03001&hidePreview=true>.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de La Mancha*. Real Academia Española, 2004.
- Chandler, Raymond. “Casual Notes on the Mystery Novel”. *Raymond Chandler Speaking*, editado por Dorothy Gardiner y Kathrine Sorley Walker. Hamilton, 1962, pp. 63-70.
- Cheng, Li, director. *José*. YQstudio LLC, 2018.
- Ching, Erik. *Stories of Civil War in El Salvador: A Battle Over Memory*. The University of North Carolina Press, 2016.
- Codde, Philippe. *The Jewish American Novel*. Purdue University Press, 2007.
- Colom, Yolanda. *Mujeres en la alborada: guerrilla y participación femenina en Guatemala (1973-1978)*. Pepitas de Calabaza, 2018.
- Contreras Castro, Fernando. *Única mirando al mar*. Farben, 1994.
- Córdova, Alejandro. *Lugares comunes*. Índole Editores, 2018.
- Cortés, Carlos. *Cruz de Olvido*. Alfaguara, 1999.

- Cortez, Beatriz. *Estética del cinismo: pasión y desencanto en la literatura centroamericana de posguerra*. F&G, 2009.
- “Costa Rica lamenta muerte de nicaragüense y realiza investigación”. *La Nación*, 11 de noviembre de 2005. <https://www.nacion.com/archivo/costa-rica-lamenta-muerte-de-nicaraguense-y-realiza-investigacion/QUKFLKFV2NA45GRJNVHCDYW7BE/story/>.
- Costner, Kevin, director. *Dances with Wolves*. Orion Pictures, Tig Productions, 1990.
- Coto-Rivel, Sergio. “Ficción de archivos: memoria y heterotopía en *El material humano* de Rodrigo Rey Rosa”. *Istmo*, núm. 31, 2015.
http://istmo.denison.edu/n31/articulos/11_coto_serpio_form.pdf.
- Cowy, Kim. *Izote Vos: A Collection of Salvadoran American Writing and Visual Art*. Pacific News Service, 2000.
- Craft, Linda. “Una conversación con Jacinta Escudos”. *Confluencia*, vol. 21, núm. 2, 2006, pp. 122-134.
- . “La adopción internacional como modelo ficticio en *The Long Night of White Chickens* de Francisco Goldman”. *Mesoamérica*, vol. 18, núm. 33, 1997, pp. 667-680.
- Cruz, José Miguel. “Criminal Violence and Democratization in Central America: The Survival of the Violent State”. *Latin American Politics and Society*, vol. 53, núm. 4, invierno 2011, pp. 1-33.
- Cuadra, Abelardo. *Hombre del Caribe: memorias*, editado por Sergio Ramírez. EDUCA, 1977.
- Cuadra Lira, Elvira. “Dispositivos del silencio: control social y represión en Nicaragua”. *Nicaragua en crisis*, editado por Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori y Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 265-277.

- Cuarón, Alfonso, director. *Children of Men*. Universal Pictures, Strike Entertainment, Hit & Run Productions, Toho-Towa, 2006.
- Cuevas Molina, Rafael. *Polen en el viento*. Uruk Editores, 2020.
- . 300. EUNA, 2011.
- Cumes Limón, Aura Estela. *La “india” como “sirvienta”: servidumbre doméstica, colonialismo y patriarcado en Guatemala*. 2014. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Tesis doctoral.
- Dalton, Roque. *Pobrecito poeta que era yo*. Editorial Universitaria Centroamericana, 1976.
- De Gori, Esteban. “Abril 18. Los meses que conmocionaron a un liderazgo”. *Nicaragua en crisis*, editado por Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori y Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 73-88.
- . “Una crisis insospechada y la convulsión de un orden. Entrevista a Salvador Martí i Puig”. *Nicaragua en crisis*, editado por Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori y Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 260-263.
- Desesperaciones aparentes*. Podcast. Spotify.
- <https://open.spotify.com/show/6vRV2FKdnNspHFxL0VVKO3?si=0161a2aa5b894064>.
- Díaz, César, director. *Nuestras madres*. Need Productions y Perspective Films, 2019.
- Díaz Eterovic, Ramón. *La ciudad está triste*. Editorial Sinfronteras, 1987.
- Díaz, Nidia. *Nunca estuve sola*. UCA Editores, 1988.
- Dirección General de Migración y Extranjería del Gobierno de Costa Rica. “Solicitudes y aprobaciones”.
- <https://www.migracion.go.cr/Paginas/Centro%20de%20Documentaci%C3%B3n/Estad%C3%ADsticas.aspx>.

---. "Informe anual 2014".

<https://www.migracion.go.cr/Paginas/Centro%20de%20Documentaci%C3%B3n/Estad%C3%ADsticas.aspx>.

Domenella, Ana Rosa. "México, Guatemala: narrativas sobre violencia contemporánea en textos de Cristina Rivera Garza y Rodrigo Rey Rosa". *Otras Modernidades. Revista de estudios literarios y culturales*, octubre 2010, pp. 254-264.

Dove, Patrick. "The Allegorical Machine: Politics, History, and Memory in Horacio Castellanos Moya's *El sueño del retorno*". *The Yearbook of Comparative Literature*, vol. 61, 2015, pp. 174-201.

Drews, Julian. "La inseguridad en el archivo: *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya y *El material humano* de Rodrigo Rey Rosa". *Istmo*, núm 21, julio-diciembre 2010.
http://istmo.denison.edu/n22/proyectos/04_drews_julian_form.pdf.

Eastwood, Clint, director. *Gran Torino*. Warner Bros., Village Roadshow, Malpaso Productions, Double Nickel Entertainment, 2008.

Edkins, Jenny. *Trauma and the Memory of Politics*. Cambridge University Press, 2003.

Epple, Juan Armando. "Leonardo Padura Fuentes". *Hispanamérica*, vol. 71, 1995, pp. 49-66.

Equipo IEPP. "La criminalización de la protesta social en el gobierno de Ortega-Murillo". *Nicaragua en crisis*, editado por Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori y Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 284-295.

Escoto, Julio. *Downtown paraíso*. Grupo Editorial S.R.L., 1993.

---. *Madrugada: rey del albor*. Grupo Editorial S.R.L., 1993.

Escudos, Jacinta. *Cuentos sucios*. Dirección de Publicaciones e Impresos de El Salvador, 1997.

- Ester, Bárbara y González, Guillermo. “Nicaragua: de la revolución al feminicidio de Estado”. *Nicaragua en crisis*, editado por Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori y Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 278-283.
- “Exclusive: Allan Nairn Exposes Role of U.S. and New Guatemalan President in Indigenous Massacres”. *Democracy Now!*, 19 de abril de 2013.
- https://www.democracynow.org/2013/4/19/exclusive_allan_nairn_exposes_role_of.
- Fallas Arias, Teresa. “La persistencia de la memoria guatemalteca en las novelas *Insensatez* y *El material humano*”. *Centroamericana*, vol. 20, 2011, pp. 69-84.
- Feinmann, José Pablo. *Ni el tiro del final*. Pomarie, 1981.
- Fernández Ampié, Guillermo. “Algunos elementos para comprender mejor lo que ocurre en Nicaragua”. *Nicaragua en crisis*, editado por Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori y Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 189-204.
- Fleer, Peter. “Guatemala, del silencio armado a la lucha de las voces”. *Iberoamericana*, vol. 12 núm. 47, septiembre de 2012, pp. 205-222.
- Foer, Jonathan Safran. *Aquí estoy*. Seix Barral, 2016.
- Forero Quintero, Gustavo. “El desengaño de la Revolución y el olvido en *Verano rojo*, de Daniel Quirós”. *La novela de crímenes en América Latina: un espacio de anomia social*, editado por Gustavo Forero Quintero. Siglo del Hombre Editores, 2017.
- Forti, Simona. *New Demons. Rethinking Power and Evil Today*. Stanford University Press, 2015.
- Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN). *Documentos políticos*. Ediciones Alternativa, 1993.
- Freud, Sigmund. “Más allá del principio del placer”. *Obras Completas. Tomo VII (1616-1924)*. Biblioteca Nueva, 1974, pp. 2507-2541.
- Galán, Jorge. *Noviembre*. Planeta, 2015.

- Galich, Franz. *Managua salsa city: ¡devórame otra vez!* Universidad Tecnológica de Panamá, 2001.
- Gamboa, Santiago. *Perder es cuestión de método*. Grupo Editorial Norma, 1997.
- García Canclini, Héctor. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo, 1989.
- García Talaván, Paula. “Transgenericidad y cultura del desencanto: el neopolicial iberoamericano”. *Revista Letral*, núm. 7, 2011, pp. 48-58.
- Garnett, Tay, director. *The Postman Always Rings Twice*. Metro-Goldwyn-Mayer, 1946.
- Giardinelli, Mempo. *Qué solos se quedan los muertos*. Plaza & Janés, 1986.
- Gibson, Mel, director. *Apocalypto*. Touchstone Pictures y Icon Productions, 2006.
- Goldman, Francisco. *Monkey Boy*. Grove Press, 2021.
- . *The Long Night of White Chickens*. Grove Press, 2013.
- . *Say Her Name*. Grove Press, 2011.
- . *The Art of Political Murder: Who Killed the Bishop?* Grove Press, 2007.
- . *The Divine Husband*. Atlantic Monthly Press, 2004.
- . *The Ordinary Seaman*. Atlantic Monthly Press, 1997.
- Gómez Menjívar, Jennifer y Chacón, Gloria Elizabeth. “Introduction. No Static: Re-Indigenizing Technology”. *Indigenous Interfaces: Spaces, Technologies, and Social Networks in Mexico and Central America*, editado por Jennifer Gómez Menjívar y Gloria Elizabeth Chacón. The University of Arizona Press, 2019, pp. 3-29.
- González Calderón, Julia. “Asesina del género: la ficción antipolicial de la salvadoreña Claudia Hernández”. *Istmo*, núm. 41, 2020, pp. 49-69.
- . “Memory for Sale: Neoliberalism and Crime in Post-Dictatorial Chile in *El corazón del silencio* by Tatiana Lobo”. *Clues*, vol. 38, núm. 1, primavera 2020, pp. 48-59.

- . "The Irrelevant Mystery, the Involuntary Detective, the Melting Clue: Notes on *La pista de hielo*, a Neopolicial by Roberto Bolaño". *Alea: Estudios Neolatinos*, vol. 20, núm. 1, enero-abril 2018, pp. 125-141.
- González Izás, Matilde. *Modernización capitalista, racismo y violencia: Guatemala (1750-1930)*. El Colegio de México, 2014.
- Guerrero, José Carlos. "Guatemala y la escena de la literatura mundial en *El material humano* de Rodrigo Rey Rosa". *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 44, núm. 1, otoño 2019, pp. 207-225.
- Gutiérrez-Mouat, Ricardo. "El lenguaje de los derechos humanos en tres obras de ficción: *La muerte y la doncella*, *Insensatez* y *El material humano*". *A Contracorriente*, vol. 11, núm. 1, otoño 2013, pp. 39-62.
- Haas, Nadine. "El papel del lenguaje y la escritura para las víctimas. El enfrentamiento con el pasado conflictivo en Guatemala". *Iberoamericana*, año 10, núm. 37, marzo 2010, pp. 176-180.
- Halfon, Eduardo. *Canción*. Libros del Asteroide, 2021.
- . *Duelo*. Libros del Asteroide, 2017.
- . *Mañana nunca lo hablamos*. Pre-Textos, 2011.
- Hancock, John Lee, director. *The Blind Side*. Warner Bros, Alcon. Entertainment, 2009.
- Hartmann, Christopher D. "Uneven Urban Spaces: Accessing Trash in Managua, Nicaragua". *Journal of Latin American Geography*, vol. 11 núm. 1, 2012, pp. 143-163.
- Harvey, David. *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford University Press, 2005.
- Hatcher, Rachel. *The Power of Memory and Violence in Central America*. Palgrave Macmillan, 2018.
- Hayner, Priscilla B. *Unspeakable Truths. Transitional Justice and the Challenge of Truth Commissions*. Routledge, 2011.

- Henríquez, Cristina. *The World In Half*. Riverhead Books, 2009.
- Hernández, Alejandro. *Amarás a Dios sobre todas las cosas*. Tusquets, 2013.
- Hernández, Claudia. *Roza, tumba, quema*. Laguna Libros, 2017.
- . *De fronteras*. Piedra Santa, 2007.
- . *Olvida uno*. Índole Editores, 2005.
- Hernández Alarcón, Rosalinda; Carrillo Samayoa, Andrea; Torrez Urizar, Jacqueline; López Molina, Ana; y Peláez Aldana, Ligia Z. *Memorias rebeldes contra el olvido: Paasantzila Txumb'al Ti' Sortzeb'al K'u'l*. Magna Terra, 2008.
- Hernández Palacios, Ester. “Rodrigo Rey Rosa (2009), *El material humano*, Barcelona: Anagrama”. *LiminaR*, año 11, vol. XI, núm. 1, enero-junio 2013, pp. 189-194.
- Herralde, Jorge. *Para Roberto Bolaño*. Villega Editores, 2007.
- Herrera, Yuri. *Señales que precederán al fin del mundo*. Periférica, 2009.
- Honey, Martha. *Hostile Acts: U.S. Policy in Costa Rica in the 1980s*. University of Florida Press, 1994.
- Huezo Mixco, Miguel. *Días del Olimpo*. Alfaguara, 2019.
- . *La casa de Moravia*. Alfaguara, 2017.
- . *Camino de hormigas*. Alfaguara, 2014.
- Hughey, Matthew. *The White Savior Film*. Temple University Press, 2014.
- Ibarra Figueroa, Carlos. *¿En el umbral del posneoliberalismo?: izquierda y gobierno en América Latina*. F&G y FLACSO, 2010.
- Ilian, Ilinca. “Ante el dolor de los demás: propuestas literarias de Rodrigo Rey Rosa”. *Acta Hispánica*, vol. 23, 2018, pp. 201-212.
- Jamail, Milton H. y Gutiérrez, Margo. *It's No Secret: Israel's Military Involvement in Central America*. Association of Arab-American University Graduates, 1986.

- Jastrzębska, Adriana Sara. "Territorios del trauma: terrorismos y narrativa hispanoamericana actual". *Studia Romanica Posnaniensia*, vol. 42, núm. 2, 2015, pp. 21-32.
- . "Capacidad criminal, capacidad ficcional: tensiones entre la historia y ficción en la novela negra centroamericana". *Mitologías Hoy*, núm. 6, invierno 2012, pp. 18-30.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Instituto de Estudios Peruanos, 2012.
- Jossa, Emanuela. "Adentro y afuera: lugares y fronteras en la obra de Rodrigo Rey Rosa". *Cahiers d'études romanes*, vol. 28, 2014, pp. 33-46.
- . "Transparencia y opacidad. Escritura y memoria en *Insensatez* de H. Castellanos Moya y *El material humano* de R. Rey Rosa". *Centroamericana*, vol. 23, núm. 2, 2013, pp. 31-58.
- Joyce, James. *James Joyce's Dubliners*, editado por Harold Bloom. Chelsea House, 1988.
- Kampwirth, Karen. "Abortion, Antifeminism, and the Return of Daniel Ortega". *Latin American Perspectives*, 163 vol. 35 núm. 6, noviembre 2008, pp. 122-136.
- . "Resisting the Feminist Threat: Antifeminist Politics in Post-Sandinista Nicaragua". *NWSA Journal*, vol. 18 núm. 2, verano 2006, pp. 73-100.
- . *Women and Guerrilla Movements*. Pennsylvania State University Press, 2002.
- Kane, Gillian. "Abortion Law Reform in Latin America: Lessons for Advocacy". *Gender and Development*, vol. 16, no. 2, *Reproductive Rights: Current Challenges*, July 2008, pp. 361- 375.
- Kinzer, Stephen. "Costa Rica Gets Tougher On Contras". *The New York Times*, 10 de septiembre de 1986. <https://www.nytimes.com/1986/09/10/world/costa-rica-gets-tougher-on-contras.html>
- Kokotovic, Misha. "Trapped in the Labyrinth: Postwar Guatemala and the Challenge of Literary Representation in Rodrigo Rey Rosa's *El material humano*" *Hispanófila*, vol. 178, diciembre 2016, pp. 81-96.

- . “Testimonio Once Removed: Castellanos Moya’s *Insensatez*”. *Revista de Estudios Hispánicos*, vol. 43, 2009, pp. 545-562.
- . “Neoliberal Noir: Contemporary Central American Crime Fiction as Social Criticism”. *Clues*, vol. 24 núm. 3, 2006, pp. 15-29.
- La Haije, Marileen. “Narration and Madness: Schizophrenia, Paranoia and Autofiction in Rodrigo Rey Rosa’s *El material humano* and Horacio Castellanos Moya’s *Insensatez*”. *Confluencia*, vol. 32, núm. 2, primavera 2017, pp. 145-155.
- . “Volver se vuelve vertiginoso. Exilio, locura y memoria en *El sueño del retorno* de Horacio Castellanos Moya”. *Istmo*, núm. 29-30, 2015. http://istmo.denison.edu/n29-30/proyectos/05_la_haije_marileen_form.pdf.
- La Piscucha Magazine*. Revista literaria de la comunidad salvadoreña.
<https://www.lapiscuchamagazine.com/>.
- La Prensa Gráfica*. “EUA dudó de la investigación en caso PARLACEN”. 17 de marzo de 2014. <https://www.laprensagrafica.com/elsalvador/EUA-dudo-de-la--investigacion-en-caso-PARLACEN-20140317-0083.html>.
- Laborde, Chino. “Desencuentro”. Letra de Cátulo Castillo y melodía de Aníbal Troili. El Tango. Brabacam, 2018. Spotify.
<https://open.spotify.com/track/7hpCXzUdgp4I1aX45W7514?si=4a04338814d24fd8>.
- Lander, Edgardo. “Mordernidad, colonialidad y postmodernidad”. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol. 3, núm. 4, octubre-diciembre 1997, pp. 11-28.
- Lavié, Raúl. “Balada para mi muerte”. Escrita por Astor Piazzolla y Horacio Ferrer. *El Negro Lavié... Tango*. Sony Music Entertainment Argentina, 1971. Spotify.
<https://open.spotify.com/track/4QQGYTxw4WFpW1b4vPLP2w?si=d3703b0fb58047c1>.

- Lee, Soyhun y Cuadrado, Agustín. “Entrevista a Daniel Quirós: La novela negra hispana en el siglo XXI o el espacio rural centroamericano frente a los retos de la globalización”. *Letras Hispanas*, 13, 2017, pp. 143-152.
- Lerner, Justin, director. *Cadejo blanco*. La Danta Films, Imperative Entertainment, 30West y Cine Caribe, 2021.
- Levi, Primo. *The Drowned and the Saved*. Vintage, 1989.
- Liano, Dante. *El hombre de Montserrat*. Roca Editorial, 2005.
- Linares, Albinson. “He was a Sandinista leader. But you can’t buy his book in Daniel Ortega’s Nicaragua”. *NBC News*, 14 de octubre de 2021.
<https://www.nbcnews.com/news/latino/was-sandinista-leader-cant-buy-book-daniel-ortegas-nicaragua-rcna2848>.
- Lindo, Róger. *La isla de los monos*. UCA Editores, 2016.
- . *El perro en la niebla*. Editorial Verbigracia, 2006.
- Lobo, Tatiana. *El corazón del silencio*. Norma, 2004.
- Lorde, Audre. *Sister Outsider: Essays and Speeches*. Crossing Press, 2007.
- Los libros del Chilam Balam de Chumayel*, editado por Coral Pérez. Fundación Editorial el perro y la rana, 2008.
- Luciak, Ilja A. *After the Revolution. Gender and Democracy in El Salvador, Nicaragua, and Guatemala*. The John Hopkins University Press, 2001.
- Lugones, María. “Colonialidad y género”. *Tejiendo de otro modo: feminismo, epistemologías y apuestas descoloniales en Abya Yala*, editado por Yuderkys Espinosa Miñoso, Diana Gómez Correal y Karina Ochoa Muñoz. Editorial Universidad del Cauca, 2014, pp. 57-73.
- . “Toward a Decolonial Feminism”. *Hypatia*, vol. 24, núm. 4, otoño 2010, pp. 742-759.
- Luiselli, Valeria. *Lost Children Archive*. Alfred A. Knopf, 2019.
- . *Tell Me How It Ends. An Essay in Forty Questions*. Harper Collins, 2017.

- Luna Sellés, Carmen. “*Morongá*, by Horacio Castellanos Moya, and the Divergence of Latin American Noir”. *Forum for Modern Language Studies*, vol. 56, núm. 3, 2020, pp. 347-363.
- Macdonald, Kevin, director. *The Last King of Scotland*. Fox Searchlight, DNA Films, Filmfour, UK Film Council, Scottish Arts Council Lottery Fund, 2006.
- Mackebach, Werner. “¿Puede hablar el victimario? Refracciones e intersticios de la memoria en Centroamérica”. *Revista de Historia*, núm. 36, enero-junio 2019, pp. 41-59.
- Mackebach, Werner y Ortiz Wallner, Alexandra. “(De)formaciones: violencia y narrativa en Centroamérica”. *Iberoamericana*, vol. 8, núm. 32, diciembre 2008, pp. 81-97.
- Macleod, Morna. *Ri Ajxokon, ri Amaq’i’ Chi Iximulew. Organizaciones revolucionarias, indianistas y pueblos indígenas en el conflicto armado: análisis y debates*. Maya Wuj’, 2017.
- . “Mayan Dress as Text: Contested Meanings”. *Development in Practice*, vol. 14 núm 5., 2004, pp. 680-689.
- Macleod, Morna y Pérez Bécama, Crisanta. *Tu’n Tklet Qnan Tx’otx’, Q’ixkojalel, b’ix Tb’anil Qanq’ib’il. En defensa de la madre tierra, sentir lo que siente el otro y el buen vivir. La lucha de Doña Crisanta contra Goldcorp*. Ce-Actl, 2013.
- Marchio, Julie. “*El material humano* o la autoficción de un escritor impertinente”. *Iowa Literaria*, 2020. <http://iowaliteraria.lib.uiowa.edu/article/el-material-humano-o-la-autoficcion-de-un-escriptor-impertinente/>.
- Martí i Puig, Salvador y Sánchez-Ancochea, Diego. “La transformación contradictoria: democracia elitista y mercado excluyente en Centroamérica”. *Latin American Perspectives*, vol. 40, núm. 5, septiembre 2013, pp. 62-77.
- Martín Medem, José Manuel. *Niños de repuesto: tráfico de menores y comercio de órganos*. Editorial Complutense, 1994.

- Martínez, Carlos. “Audios de Carlos Marroquín revelan que masacre de marzo ocurrió por ruptura entre Gobierno y MS”. *El Faro*, 17 de mayo de 2022.
https://elfaro.net/es/202205/el_salvador/26175/Audios-de-Carlos-Marroqu%C3%ADn-revelan-que-masacre-de-marzo-ocurri%C3%B3-por-ruptura-entre-Gobierno-y-MS.htm.
- Martínez, Carlos; Cáceres, Gabriela y Martínez, Óscar. “Gobierno de Bukele negoció con las tres pandillas e intentó esconder la evidencia”. *El Faro*, 23 de agosto de 2021.
https://elfaro.net/es/202108/el_salvador/25668/Gobierno-de-Bukele-negoci%C3%B3-con-las-tres-pandillas-e-intent%C3%B3-esconder-la-evidencia.htm.
- Martínez, Cynthia. *Reimagining “Other” Latinx: Technicity and Spectrality as Alternatives to Othered Latinidades*. 2019. Universidad de Indiana. Tesis doctoral.
- Martínez, Óscar. *Los migrantes que no importan*. Icaria, 2010.
- Martínez Rubio, José. “Memoria y ficción en *El material humano* de Rodrigo Rey Rosa: la representación imposible de la violencia en Guatemala”. *Rilce*, vol. 33, núm. 2, 2017, pp. 585-599.
- Medina, Martin. *The World’s Scavengers: Salvaging for Sustainable Consumption and Production*. AltaMira Press, 2007.
- Menchú, Rigoberta y Burgos, Elizabeth. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. Siglo Veintiuno, 1998.
- Méndez Limbrick, Jorge. *El laberinto del verdugo*. Editorial Costa Rica, 2010.
- . *Mariposas negras para un asesino*. EUNA, 2005.
- Mendoza, Élmer. *Balas de plata*. Tusquets, 2008.
- Menjívar Ochoa, Rafael. *Al director no le gustan los cadáveres*. Falena Editores, 2020.
- . *Cualquier forma de morir*. F&G, 2006.
- . *De vez en cuando la muerte*. Dirección de Publicaciones e Impresos de El Salvador, 2002.

---. “Entrevista. Horacio Castellanos Moya”. Vértice, 16 de junio de 2002.

<http://archivo.elsalvador.com/vertice/2002/06/16/entrevista.html>.

---. *Los héroes tienen sueño*. Dirección de Publicaciones e Impresos de El Salvador, 1998.

---. *Los años marchitos*. Editorial Universitaria Centroamericana, 1990.

Midence, Carlos. “El Sandinismo frente al fallido golpe de estado y sus correlatos”.

Nicaragua en crisis, editado por Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori y

Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 28-52.

Miller, Bennet, director. *Capote*. Sony Pictures Classics, A-Line Pictures, Cooper’s Twon Productions e Infinity Media Canada Inc., 2005.

Miller Bacon, Dolene. “Nicaragua ante un cambio social inminente. Una lectura desde la

Costa Caribe”. *Nicaragua en crisis*, editado por Aleksander Aguilar Antunes, Esteban

De Gori y Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 296-

307.

Molden, Berthold. “The reconciliation trap: disputing genocide and the land issue in postwar

Guatemala”. *Journal of Genocide Research*, vol. 18, núm. 2-3, 2016, pp. 323-342.

Monge, Emiliano. *Las tierras arrasadas*. Random House, 2015.

Monroy Álvarez, Roberto Carlos. “‘Hacer hablar a los muertos’: sobre los usos del archivo y

el trabajo arqueológico en *El material humano*”. *Revista Ístmica*, núm. 31, enero-junio

2023, pp. 11-31.

Montejo, Víctor. *Maya Intellectual Renaissance: Identity, Representation, and Leadership*.

University of Texas Press, 2005.

---. *Testimonio: muerte de una comunidad indígena en Guatemala*. Editorial Universitaria, 1993.

---. *Brevísima relación testimonial de la continua destrucción del Mayab*. Guatemala Scholars Network, 1992.

- Monterroso, Arturo. "Yo, el protagonista. La autoficción en una novela de Rodrigo Rey Rosa". *Centroamericana*, vol. 20, 2011, pp. 119-127.
- Monzón, Marielos. "No se venden". *Prensa Libre*, 28 de diciembre de 2010.
<https://www.prensalibre.com/opinion/venden-0-398360199/>.
- "Moreno Molina cae por contraband en 1996". *Prensa Libre*, 14 de septiembre de 2015.
<https://www.prensalibre.com/hemeroteca/capturan-a-capo-del-contrabando-en-1996/>.
- Mulligan, Robert, director. *To Kill a Mockinbird*. Pakula-Mulligan Production, Brentwood Production, 1962.
- Muyolema, Armando. "América Latina y los Pueblos Indígenas. Para una crítica de la razón latinoamericana". *Teorizando las literaturas indígenas contemporáneas*, editado por Emilio del Valle Escalante. University of North Carolina Press y A Contracorriente, 2015, pp. 233-274.
- Naciones Unidas. *De la locura a la esperanza: la guerra de doce años en El Salvador*. Informe de la Comisión de la Verdad. Naciones Unidas, 1993.
- Narváez, Ziolaamérica. "Testimonio de Zoilaamérica Narváez contra su padrastro Daniel Ortega". *El Nuevo Herald*, 31 de mayo de 1998.
<http://www.latinamericanstudies.org/nicaragua/zoilamerica-testimonio.htm>.
- Navas, María Candelaria. "De guerrilleras a feministas: origen de las organizaciones de mujeres post-conflicto en El Salvador: 1992-1995". Ponencia en el II Encuentro Nacional de Historia, 16-20 de julio de 2007, San Salvador.
https://cedema.org/digital_items/3773.
- Neruda, Pablo. *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Losada, 1976.
- Nichols, William J. "A quemarropa con Manuel Vázquez Montalbán y Paco Ignacio Taibo II". *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, núm. 2, pp. 197-232.

Nolan, Rachel. "Destined for Export: The Troubled Legacy of Guatemalan Adoptions".

Harper's Magazine, 2019. <https://harpers.org/archive/2019/04/destined-for-export-guatemalan-adoptions/>.

Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (ODHAG). *Guatemala nunca más. I. Impactos de la violencia*. Informe del Proyecto Diocesano de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI). ODHAG, 1998.

---. *Guatemala nunca más. II. Los mecanismos del horror*. Informe del Proyecto Diocesano de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI). ODHAG, 1998.

---. *Guatemala nunca más. III. El entorno histórico*. Informe del Proyecto Diocesano de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI). ODHAG, 1998.

---. *Guatemala nunca más. IV. Víctimas del conflicto*. Informe del Proyecto Diocesano de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI). ODHAG, 1998.

Oficina del Alto Comisionado de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. "Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio".

<https://www.ohchr.org/es/instruments-mechanisms/instruments/convention-prevention-and-punishment-crime-genocide>.

Omang, Joanne. "U.S. Support of Contras Causes Tension in Costa Rica". *The Washington Post*, 19 de julio de 1986.

<https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1986/07/19/us-support-of-contras-causes-tension-in-costa-rica/bbd4eafc-06d8-4f5f-88d0-38f2eeafe263/>.

Oña Álava, Sebastián. "Insensatez y El material humano: reescrituras del archivo". Memoria Académica del IX Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria, 3-5 de junio de 2015. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.8689/ev.8689.pdf.

---. "A Rodrigo Rey Rosa. 'Quién quiere leer pura fantasía'". *Revista Pilquen*, núm. 15, junio-diciembre 2012, pp. 1-11.

Ortiz Wallner, Alexandra. "Transiciones democráticas / transiciones literarias. Sobre la novela centroamericana de posguerra". *Istmo*, núm. 4, diciembre 2002.

<http://istmo.denison.edu/n04/articulos/transiciones.html>.

---. *El arte de ficcionar: la novela contemporánea en Centroamérica*. Iberoamericana y Vervuert, 2012.

Ortuño, Antonio. *La fila india*. Océano, 2013.

Osorio Mercado, Hloreley; Cortez, Arnin y Sánchez, Mario. "Coyuntura crítica en Nicaragua: orígenes estructurales y posibles giros de cambio". *Nicaragua en crisis*, editado por Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori y Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 211-253.

Padilla, Yajaira M. "Setting 'La diabla' Free: Women, Violence and the Struggle for Representation in in Postwar El Salvador". *Latin American Perspectives*, vol. 35, núm. 5, 2008, pp. 133-145.

Padura Fuentes, Leonardo. *Adiós, Hemingway*. Tusquets, 2006.

--- *Vientos de Cuaresma*. Tusquets, 2001.

---. *Pasado perfecto*. Tusquets, 2000.

---. *Modernidad, posmodernidad y novela policial*. Ediciones UNIÓN, 2000.

---. *Paisaje de otoño*. Tusquets, 1998.

---. *Máscaras*. Tusquets, 1997.

Payeras, Mario. *El trueno en la ciudad. Episodios de la lucha armada de 1981 en Guatemala*. Juan Pablos Editor, 1987.

Pérez, David Marcial. "Los dolores morales de Sergio Ramírez". *El País*, 26 de noviembre de 2017. https://elpais.com/cultura/2017/11/26/actualidad/1511672909_032306.html.

- Perkowska, Magdalena. “Cuando todo se sabe: sociedad de la vigilancia y desplazamientos del policial en *Moronga* de Horacio Castellanos Moya”. *Istmo*, vol. 41, 2020, pp. 13-29.
- “Policía halla cadáver con múltiples puñaladas”. *La Nación*, 2 de junio de 2010.
<https://www.nacion.com/sucesos/policia-halla-cadaver-con-multiples-punaladas/PQZMOHJYSRHANPG7B4YYC5FGUM/story/>.
- Popol Vuh*, editado por Carmelo Sáenz de Santamaría. Dastin, 2002.
- Prado, Julio. *La noche viene sin ti*. Alfagura, 2022.
- Quesada, Uriel. “De *Castigo divino* a *El cielo llora por mí*: 20 años del neopolicial centroamericano”. *Narrativas del crimen en América Latina. Transformaciones y transculturaciones del policial*, editado por Adriansen, Brigitte y Grinberg Pla, Valeria. LIT, 2012, pp. 59-74.
- Quesada Soto, Álvaro. “Historia y narrativa en Costa Rica (1965-1999)”. *Historia y ficción en la novela centroamericana contemporánea*, editado por Werner Mackenbach, Rolando Sierra Fonseca y Magdalena Perkowska. Ediciones Subirana, 2008, pp. 59-79.
- Quijano, Aníbal. *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder: antología esencial*. CLACSO, 2014.
- . “Colonialidad y Modernidad/Racionalidad”. *Perú Indígena*, vol. 13, núm. 29, 1992, pp. 11-20.
- Quintero, Julio. “Comprender y novelar el archivo: *El material humano* de Rodrigo Rey Rosa”. *Istmo*, núm. 31, 2015.
http://istmo.denison.edu/n31/articulos/10_quintero_julio_form.pdf.
- Quiroga, Horacio. “El almohadón de plumas”. *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. Brontes, 2007, pp. 74-78.

Quirós, Daniel. “Marea roja”. *El crimen tiene quien le escriba. Cuentos negros y policíacos latinoamericanos*, antología editada por Ramón Díaz Eterovic. LOM Ediciones, 2016, pp. 213-224.

---. *Mazunte*. Editorial Costa Rica, 2015.

---. *Lluvia del norte*. Editorial Costa Rica, 2014.

---. *Verano rojo*. Editorial Costa Rica, 2010.

Rafelson, Bob, director. *The Postman Always Rings Twice*. Paramount Pictures, Northstar, CIP Fikmproduktion GmbH, 1981.

Ramírez, Sergio. *Tongolele no sabía bailar*. Alfaguara, 2021.

---. *Adiós muchachos*. Alfaguara, 2015.

---. *Ya nadie llora por mí*. Alfaguara, 2017.

---. “Historia negra, novela negra”. *La Jornada*, 31 de agosto de 2017.

<https://www.jornada.com.mx/2017/08/31/opinion/019a2pol>.

---. “Ya no estás a mi lado, corazón”. *El crimen tiene quien le escriba. Cuentos negros y policíacos latinoamericanos*, antología editada por Ramón Díaz Eterovic. LOM Ediciones, 2016, pp. 225-242.

---. *El cielo llora por mí*. Alfaguara, 2008.

---. *Mil y una muertes*. Alfaguara, 2005.

---. *Sombras nada más*. Alfaguara, 2002.

---. *Margarita está linda la mar*. Santillana, 1998.

---. *Oficios compartidos*. Siglo Veintiuno, 1994.

---. *Castigo divino*. Nueva Nicaragua, 1988.

---. *¿Te dio miedo la sangre?* Casa de las Américas, 1982.

Ramírez Heredia, Rafael. *La mara*. Punto de Lectura, 2006.

- Randall, Margaret. *Sandinó's Daughters. Testimonies of Nicaraguan Women in Struggle*. Rutgers University Press, 1995.
- Rey Rosa, Rodrigo. *Carta de un ateo guatemalteco al Santo Padre*. Alfaguara, 2020.
- . *El país de Toó*. Alfaguara, 2018.
- . *Fábula asiática*. Alfaguara, 2016.
- . *Severina*. Alfaguara, 2011.
- . *Los sordos*. Alfaguara, 2012.
- . *El material humano*. Anagrama, 2009.
- . *Caballeriza*. Seix Barral, 2006.
- . *Que me maten si...* Seix Barral, 1997.
- . *El cojo bueno*. Santillana, 1996.
- Ricoeur, Paul. *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Arrecife, 1999.
- Rivera Rivera, Rónald. "La representación del espacio en las novelas *Insensatez* y *El material humano*". *Revista Pensamiento Actual*, vol. 15, núm. 24, 2015, pp. 105-116.
- . "Propuestas narrativas de la nueva literatura centroamericana: la novela policial". *Pensamiento Actual*, vol. 14, núm. 22, 2014, pp. 55-63.
- Robinson, William I. *Transnational Conflicts. Central America, Social Change, and Globalization*. Verso, 2005.
- Rodgers, Dennis. "Urban Segregation from Below: Drugs, Consumption, and Primitive Accumulation in Managua, Nicaragua". Crisis State Programme, Development Research Center, Working Paper núm. 71, octubre 2005.
- . "'Disembedding' the city: crime, insecurity and spatial organization in Managua, Nicaragua". *Environment & Urbanization*, vol. 16 núm. 2, octubre 2004, pp. 113-124.

- Rodrigo, Balam. *Libro centroamericano de los muertos*. Fondo de Cultura Económica, Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura e Instituto Cultural Aguascalientes, 2018.
- Rodríguez, Ana Patricia. *Dividing the Isthmus. Central American Transnational Histories, Literatures, and Cultures*. Universidad de Texas, 2009.
- . “La producción cultural en Centroamérica bajo la égida del neoliberalismo”. *Estudios culturales centroamericanos en el nuevo milenio*, editado por Gabriela Baeza Ventura y Marc Zimmernan. Universidad de Costa Rica, 2009, pp. 25-33.
- Rodríguez, Giovanni. *Los días y los muertos*. Editorial Universitaria, 2016.
- Rodríguez Freire, Raúl. “Escritura en movimiento: entrevista con Rodrigo Rey Rosa”. *Revista Iberoamericana*, vol. LXXVII, núm. 236-237, julio-diciembre 2011, pp. 1073-1082.
- Rojas, Margarita. “Literatura en guerra: la narrativa contemporánea en Centroamérica”. *Carátula*, 1 de octubre de 2012. <https://www.caratula.net/literatura-en-guerra-la-narrativa-contemporanea-en-centroamerica/>.
- . *La ciudad y la noche*. Ediciones Farben, 2006.
- Rojas Arce, Laura. *Espacio y violencia en la novela centroamericana del siglo XXI*. 2013. Universidad de Alabama. Tesis doctoral.
- Rosenberg, Fernando. *After Human Rights. Literature, Visual Arts, and Film in Latin America, 1990-2010*. University of Pittsburgh Press, 2016.
- Rothberg, Michael. *The Implicated Subject: Beyond Victims and Perpetrators*. Stanford University Press, 2019.
- . *Multidirectional Memory. Remembering the Holocaust in the Age of Decolonization*. Stanford University Press, 2009.
- Rueda-Estrada, Verónica. “‘Que se rinda tu madre’. Los nuevos/viejos símbolos y tácticas de la movilización social en Nicaragua”. *Nicaragua en crisis*, editado por Aleksander

- Aguilar Antunes, Esteban De Gori y Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 96-126.
- Sáenz Leandro, Ronald. “El eterno retorno a la diáspora de la memoria: *Moronga* de Horacio Castellanos Moya”. *Mitologías Hoy*, vol. 17, junio 2018, pp. 345-349.
- Said, Edward. *Orientalism*. Vintage Books, 2003.
- Salgado, Maria Mercedes. “Patria libre y vivir”. *Nicaragua en crisis*, editado por Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori y Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 127-132.
- Sánchez Benites, Darvin Antonio. “Protesta social en Nicaragua: ¿derecho o delito?”. *Nicaragua en crisis*, editado por Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori y Carmen Elena Villacorta. Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018, pp. 133-141.
- Sandoval García, Carlos. *No más muros. Exclusión y migración forzada en Centroamérica*. Editorial Universidad de Costa Rica, 2015.
- Santaolalla, Ximena. *A veces despierto temblando*. Random House, 2022.
- Santurain, Juan. *Manual de perdedores 2*. Legasa, 1987.
- . *Manual de perdedores 1*. Legasa, 1985.
- Sanz, Marta. *Un buen detective no se casa jamás*. Anagrama, 2012.
- Schelonka, Greg. “Los peligros de mirar. Detectives vigilados en *Insensatez, El material humano y Pasada de cuentas*”. *Centroamericana*, vol. 27, núm 2, 2018, pp. 45-68.
- Schirmer, Jennifer. *The Guatemalan Military Project: A Violence Called Democracy*. University of Pennsylvania Press, 1998.
- Segato, Laura Rita. “Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres”. *Revista Sociedad e Estado* vol. 20 núm. 2, mayo/agosto 2014, pp. 341-371.
- Semana Negra de Gijón. www.semananegra.com.

- Shea, Maureen. "Narradoras activistas y guerreras intrépidas de la Centroamérica revolucionaria: discursividades testimoniales de mujeres combatientes". *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas IV: literatura y compromiso político. Prácticas político-culturales y estéticas de la revolución*, editado por Héctor M. Leyva, Werner Mackenbach y Claudia Ferman. F&G, 2018, pp. 135-168.
- Siegal, Erin. *Finding Fernanda: Two Mothers, One Child, and a Cross-Border Search for Truth*. Cathexis Press, 2011.
- Silliman, Jael. "Expanding Civil Society: Shrinking Political Spaces— The Case of Women's Nongovernmental Organization". *Social Politics: International Studies in Gender, State, and Society*, vol. 6 núm. 1, primavera 1999, pp. 23-53.
- Silva Ávalos, Héctor. *Infiltrados: crónica de la corrupción en la PNC (1992-2013)*. UCA Editores, 2014.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. University of California Press, 1991.
- Soriano, Osvaldo. *Triste, solitario y final*. Corregidor, 1973.
- Soriano Hernández, Silvia. *Mujeres y guerra en Guatemala y Chiapas*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- Soto, Christopher. "How the Salvadoran diaspora became a literary juggernaut". *Los Angeles Times*, 16 de marzo de 2023. <https://www.latimes.com/entertainment-arts/books/story/2023-03-16/how-the-salvadoran-diaspora-became-a-literary-juggernaut>.
- Soto, Rodrigo. *Mundicia, una farsa épica*. Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1992.
- Soto van der Plas, Christina. "La política como efecto literario: *El sueño del retorno*". *Tiranas ficciones: política y poética de la obra de Horacio Castellanos Moya*, editado por

- Magdalena Perkowska y Oswaldo Zavala. Instituto Internacional de Literatura Latinoamericana, 2018, pp. 297-313.
- Spiller, Roland. “Espectros en el archivo, aspectos mediáticos del trauma guatemalteco en *El material humano* de Rodrigo Rey Rosa y *La Isla. Archivo de una tragedia* de Uli Stelzner”. *Iberoamericana*, año XVII, núm. 65, julio 2017, pp. 107-132.
- Stelzner, Uli, director. *La Isla. Archivos de una tragedia*. Iska Cine, 2009.
- Stolz Chinchilla, Norma. *Nuestras utopías: mujeres guatemaltecas del siglo XX*. Agrupación de Mujeres Tierra Viva, 1998.
- Sudasassi Furniss, Antonella, directora. *El despertar de las hormigas*. Betta Films, 2019.
- Taibo II, Paco Ignacio. *Todo Belascoarán. La serie completa de Héctor Belascoarán Shayne*. Planeta, 2010.
- Taracena, Anaís, directora. *El archivo*. Archivo Histórico de la Policía Nacional, 2017.
- Tobar, Héctor. *The Tattooed Soldier*. Penguin Books, 1998.
- Tobar, Héctor; Dalton, Juan José; Hernández Linares, Leticia y Martínez, Rubén (eds.). *The Wandering Song: Central American Writing in the United States*. Tía Chucha Press, 2017.
- Tobiörnsson, Peter, director. *Last Chapter: Goodbye Nicaragua*. 2010.
- Tocco, Fabricio. *Latin American Detectives Against Power: Individualism, the State and Failure in Crime Fiction*. Lexington Books, 2022.
- Toro, Tonleid. “El sueño del retorno, Horacio Castellanos Moya (2013). España: Tusquets Editores”. *Contexto*, vol. 19, núm. 21, 2015, pp. 265-267.
- Tzul Tzul, Gladys. “Sistemas de gobierno comunal indígena: la organización de la reproducción de la vida”. *Epistemologías del Sur: epistemologías do Sul*, editado por Maria Paula Meneses y Karina Bidaseca. CLACSO, 2018, pp. 385-895.
- Unamuno, Miguel de. *Niebla*. Alianza, 2018.

- Ungar, Mark. "The Armed Arena: Arms Trafficking in Central America". *Latin American Research Review*, vol. 55 núm. 3, 2020, pp. 445-460.
- . "The Privatization of Citizen Security in Latin America: From Elite Guards to Neighborhood Vigilantes". *Social Justice*, vol. 34, núm. 3/4 (109-110), 2007-2008, pp. 20-37.
- Universidad de Texas en Austin. "AHNP. Digital Archive of the Guatemalan National Police Historical Archive". ahpn.lib.utexas.edu.
- Unger, David. *The Mastermind*. Akashic Books, 2016.
- Urbina, Nicasio. "El mensaje interrumpido en la obra de Rodrigo Rey Rosa". *(Re)Imaginar Centroamérica en el siglo XXI: literatura e itinerarios culturales*, editado por Maureen E. Shea, Uriel Quesada e Ignacio Sarmiento. Uruk Editores, 2017, pp. 289-304.
- Varas, Patricia. "Belascoarán y Heredia: detectives postcoloniales". *Ciberletras*, vol. 15, 2006. <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v15/varas.html>.
- Valle Escalante, Emilio. "Teorizando las literaturas indígenas contemporáneas: introducción". *Teorizando las literaturas indígenas contemporáneas*, editado por Emilio del Valle Escalante. University of North Carolina Press y A Contracorriente, 2015, pp. 1-27.
- Vela Castañeda, Manolo E. *Los pelotones de la muerte: la construcción de los perpetradores del genocidio guatemalteco*. El Colegio de México, 2014.
- Velásquez Nimatuj, Irma Alicia. "Indigenous Peoples and the Current Governance Crisis in Guatemala". Charla en la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA), 8 de febrero de 2023.
- . "Los juicios después del infierno: el caso de Guatemala". *LASA Forum*, vol. 51, núm. 1, 2020, pp. 20-24.

- Villalobos, Juan Pablo. *Yo tuve un sueño. El viaje de los niños centroamericanos a Estados Unidos*. Anagrama, 2019.
- Villatoro, Marcos McPeck. *Blood Daughters: A Romilia Chacón Mystery*. Red Hen Press, 2011.
- . *A Venom Beneath the Skin: A Romilia Chacón Mystery*. Kate's Mystery Books y Justin, Charles & Co., 2005.
- . *Minos: A Romilia Chacón Mystery*. Bantam Dell, 2005.
- . *Home Killings: A Romilia Chacón Mystery*. Arte Público Press, 2021.
- Voces Migrantes*. Podcast. Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), ACNUR, las Casas del Migrante de Tijuana, Saltillo, Guadalajara y Aguascalientes, Proyecto Habesha y Programa Casa Refugiados. Junio 2020.
- Wachowski, Lilly y Wachowski, Lana, directoras. *The Matrix*. Warner Bros., Village Roadshow, Groucho Film Partnership, 1999.
- Wainwright, Joel. *Decolonizing Development. Colonial Power and the Maya*. Blackwell, 2008.
- Wallerstein, Immanuel. *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. Siglo XXI, 2006.
- Walsh, Rodolfo. *Operación masacre*. Ediciones de la Flor, 1973.
- Weld, Kirsten. *Paper Cadavers: The Archives of Dictatorship in Guatemala*. Duke University Press, 2014.
- Wilder, Billy, director. *Double Indemnity*. Paramount Pictures, 1944.
- Wishnant, David. *Rascally Signs in Sacred Places: The Politics of Culture in Nicaragua*. The University of North Carolina Press, 1995.
- Wright, Melissa. *Disposable Women and Other Myths of Global Capitalism*. Taylor and Francis, 2013.

- Wolf, Sonja. *Mano Dura: The Politics of Gang Control in El Salvador*. University of Texas Press, 2017.
- Yates, Pamela, directora. *500 Years*. Skylight, 2017.
- , directora. *Granito*. Skylight Pictures, 2011.
- Yates, Pamela y Siegel, Newton Thomas, directores. *When the Mountains Tremble*. Skylight Pictures, 1983.
- Zavala, Magda. “Novela de la nación en crisis”. *Historia y ficción en la novela centroamericana contemporánea*, editado por Werner Mackenbach, Rolando Sierra Fonseca y Magdalena Perkowska. Ediciones Subirana, 2008, pp. 49-57.
- . *Desconciertos en un jardín tropical*. Editorial Guayacán, 1999.
- Zamora, Javier y Soto, Christopher. Undocupoets. <https://www.undocupoets.org/>.
- Zimmerman, Marc. “‘Woody Allen visita Guatemala’: o una reivindicación frustrada: consideraciones sobre la novela de Francisco Goldman”. *Mesoamérica*, vol. 18, núm. 33, 1997, pp. 651-665.
- Zwick, Edward, director. *The Last Samurai*. Warner Bros., The Bedford Falls Company, Cruise-Wagner Productions, Radar Pictures, 2003.